

WILLIAM
BARCLAY

COMENTARIO
AL
NUEVO
TESTAMENTO
-Tomo
8

Carta
a
los
Romanos

PRESENTACIÓN

Los
que
hayáis
empezado
a
usar
el
COMENTARIO
AL
NUEVO
TESTAMENTO
de
William
Barclay
por
los
tomos
de
Lucas

o
de
Hechos
-que
es
lo
más
recomendable,
y
por
eso
los
hemos
publicado
antes,
siguiendo
su
consejo-notaréis
en
Romanos
un
cambio
notable
que
ya
esperaríais.
Reconoceréis
que
es
el
mismo
Barclay,
pero
el
libro

que
comenta
es
único
en
su
género.
De
todas
maneras
estamos
seguros
de
que
os
ayudará,
enseñará,
edificará
Y
entusiasmará
por
lo
menos
tanto
como
los
otros.
Cuando
leáis
el
segundo
párrafo
de
la
página
19
comprenderéis
por
qué
yo,
que
cuando
Barclay
publicó
este
tomo
en
1955
era
uno
de
sus
alumnos,
no
podía
vivir
tranquilo
hasta
compartir
con

vosotros,
estudiantes
de
la
Biblia
que
usáis
mi
lengua,
este
comentario
sencillo,
sugestivo,
simpático
y
edificante.

Lo
de
sencillo
ya
se
supone
que,
en
el
caso
de
Romanos,
es
en
la
medida
de
lo
posible.
Pero
esa
medida
en
el
caso
de
William
Barclay,
es
«apretada,
remecida
y
rebosando»,
porque
nuestro
autor
se
crece
ante
las
dificultades.
Ya

se
supone
que,
en
una
carta
tan
importante,
escrita
hace
más
de
diecinueve
siglos
por
un
judío
de
Tarso
de
Cilicia
Y
ciudadano
romano
a
algunos
habitantes
de
Roma,
se
incluyan
alusiones
Y
referencias
a
las
condiciones
de
vida
de
aquel
entonces
Y
a
los
forjadores
Y
principales
exponentes
de
aquella
cultura.
Para
entender
esta
carta
tendríamos
que
espigar
muchos

datos
en
los
escritos
de
aquel
tiempo.
Eso
es
lo
que
ha
hecho
para
nosotros
William
Barclay,
especialista
Y
forofo
de
la
historia
Y
las
lenguas
clásicas,
cicerone
ideal
para
guiarnos
en
la
visita
al
Foro
romano,
con
sus
tribunales
en
los
que
se
tramitan
adopciones
entre
bebés
abandonados
de
los
que
sólo
sobrevivirán,
si
a
eso
se
puede
llamar

sobrevivir,
los
que
recojan
para
las

especulaciones
de
aquel
tiempo,
que
no
eran
tan
diferentes
de
las
actuales
en
algunos
sitios.
Nos
presentará
a
emperadores

crueles,
viciosos,
ansiosos
de
notoriedad
y
de
poder,
y
a
otros
que
figuran
entre
los
grandes
santos
estoicos
de
entonces
y
de

todos
los
tiempos;
y
a
personas
de

todas
las
escalas
sociales
hasta
llegar
a
los
esclavos,
porque
no
se
puede
llegar
más
abajo.

Pero,
sobre
todo,
nos
mostrará
cómo
ha
ido
penetrando
el
Evangelio
en
toda
la
gama
de
la
sociedad
romana,
desde
los
esclavos

hasta
las
clases
más
altas,
probablemente
en
este
orden,
produciendo
grandes
santos
y
mártires
de
Cristo.

Es
natural
que
en
un
comentario
como
éste
haya
que
explicar
palabras
que
ya
entonces
estaban
encintas
de
una
gran
carta
histórica
Y
psicológica.
Si
nos
inspira
excesivo
respeto
el
descubrir
que
Barclay
estudia
una
por
una
las
20
palabras
griegas
de
la
«larga
lista
de
cosas
terribles»
de
los
versículos
28
a
32
del
capítulo
primero,
se
nos
pasará

el
susto
en
seguida
cuando
comprobemos
que
las
expone
en
una
galería
de
escenas
costumbristas
Y
de
retratos
entre
los
que
no
faltan
graciosas
caricaturas.

Y
no
digamos
cuando
se
enfrenta
con
las
listas
de
nombres.
Nos
confiesa
en
algún
sitio
que
hubo
un
tiempo
en
que
pensaba
que
no
perderían
gran
cosa
las
Sagradas
Escrituras
si
se

omitieran
las
genealogías
y
cosas
por
el
estilo;
pero
nos
hace
felices
comprobar
que
superó
aquella
actitud,
y
que
desarrolló
una
de
sus
habilidades
superlativas
como
expositor
par
excellence:
la
de
seguir
el
hilo
de
esos
nombres
que
no
nos
dicen
nada
a
la
mayoría
por
los
laberintos
de
la
Biblia,
las
historias
romanas,
los
papiros
egipcios,
las
inscripciones
y

hasta
las
catacumbas,
para
reconstruirnos
verdaderas
sagas
que,
si
no
siempre
podemos
decir
que
«escrito
lo
tenemos,
es
verdadera
historia»,
merecerían
serlo.
Si
en
algún
momento
se
os
hace
pesada
la
lectura
con-
tinuada,
os
aconsejo
que
paséis
al
último
capítulo,
el
de
los
saludos
finales.
Sólo
os
advertiré,
por
propia
experiencia,
que
tengáis
pañuelos
abundantes
a
mano.
¡Que
os

aproveche
mucho!

Alberto
Araujo

INTRODUCCIÓN
GENERAL
A
LAS
CARTAS
DE
PABLO

LAS
CARTAS
DE
PABLO

Las
cartas
de
Pablo
son
el
conjunto
de
documentos
más
interesante
del
Nuevo
Testamento;
y
eso,
porque
una
carta
es
la
forma
más
personal
de
todas
las
que
se
usan
en
literatura.
Demetrio,
uno
de
los
antiguos

críticos
literarios
griegos,
escribió
una
vez:
«Cada
uno
revela
su
propia
alma
en
sus
cartas.
En
cualquier
otro
género
se
puede
discernir
el
carácter
del
escritor,
pero
en
ninguno
tan
claramente
como
en
el
epistolar»
(Demetrio,
Sobre
el
Estilo,
227).
Es
precisamente
porque
disponemos
de
tantas
cartas
suyas
por
lo
que
nos
parece
que
conocemos
tan
bien
a
Pablo.
En

ellas
abría
su
mente
y
su
corazón
a
los
que
tanto
amaba;
en
ellas,
aún
ahora
podemos
percibir
su
gran
inteligencia
enfrentándose
con
los
problemas
de
la
Iglesia
Primitiva,
y
sentimos
su
gran
corazón
latiendo
de
amor
por
los
hombres,
aun
por
los
descarriados
y
equivocados.

EL
ENIGMA
DE
LAS
CARTAS

Por
otra
parte,
muchas
veces

no
hay
nada
más
difícil
de
entender
que
una
carta.
Demetrio
(Sobre
el
Estilo,
223)
cita
a
Artemón,
el
editor
de
las
cartas
de
Aristóteles,
que
decía
que
una
carta
es
en
realidad
una
de
las
dos
partes
de
un
diálogo,
y
como
tal
debería
escribirse.
En
otras
palabras:
leer
una
carta
es
como
escuchar
un
lado
de
una
conversación

telefónica.
Por

eso
a
veces
nos
es
difícil
entender
las
cartas
de
Pablo:
porque
no
tenemos
las
otras
a
las
que
está
contestando,
y
no
conocemos
la
situación
a
la
que
se
refiere
nada
más
que
por
lo
que
podemos
deducir
de
su
respuesta.
Antes
de
intentar
entender
cualquiera
de
las
cartas
que
escribió
Pablo
debemos
hacer
lo
posible
para
reconstruir

la
situación
que
la
originó.

LAS
CARTAS
ANTIGUAS

Es
una
lástima
que
las
cartas
de
Pablo
se
llamen
epístolas.
Son,
en
el
sentido
más
corriente,
cartas.
Una
de
las
cosas
que
más
luz
han
aportado
a
la
interpretación
del
Nuevo
Testamento
ha
sido
el
descubrimiento
y
la
publicación
de
los
papiros.
En
el
mundo
antiguo,
el

papiro
era
el
antepasado
del
papel
en
el
que
se
escribían
casi
todos
los
documentos.

Se
hacía
con
tiras
de
la
corteza
de
una
planta
que
crecía
en
las
orillas
del
Nilo.
Las
tiras
se
colocaban
unas
encima
de
otras
y
se
abatanaban,
de
lo
que
resultaba
algo
parecido
al
papel
de
estruza.
Las
arenas
del
desierto
de
Egipto
eran

ideales
para
la
conservación
de
los
papiros,
que
eran
de
larga
duración
siempre
que
no
estuvieran
expuestos
a
la
humedad.
Los
arqueólogos
han
rescatado
centenares
de
documentos
-contratos
de
matrimonio,
acuerdos
legales,
fórmulas
de
la
administración-y,
lo
que
es
más
interesante,
cartas
personales.
Cuando
las
leemos
nos
damos
cuenta
de
que
siguen
una
estructura
determinada,
que
también
se
reproduce
en

las
cartas
de
Pablo.
Veamos
una
de
esas
cartas
antiguas,
que
resulta
ser
de
un
soldado
que
se
llamaba
Apión
a
su
padre
Epímaco,
diciéndole
que
ha
llegado
bien
a
Miseno
a
pesar
de
la
tormenta.

«Apión
manda
saludos
muy
cordiales
a
su
padre
y
señor
Epímaco.
Pido
sobre
todo
que
usted
se
encuentre
sano
y
bien;
y

que
todo
le
vaya
bien
a
usted,
a
mi
hermana
y
su
hija
y
a
mi
hermano.
Doy
gracias
a
mi
Señor
Serapis
por
conservarme
la
vida
cuando
estaba
en
peligro
en
el
mar.
En
cuanto
llegué

a
Miseno
recibí
del
César
el
dinero
del
viaje,
tres
piezas
de
oro;
y
todo
me
va
bien.
Le
pido,
querido

Padre,
que
me
mande
unas
líneas,
lo
primero
para
saber
cómo
está,
y
también
acerca
de
mis
hermanos,
y
en
tercer
lugar
para
que
bese
su
mano
por

haberme
educado
bien,
y
gracias
a
eso
espero
un
ascenso
pronto,
si
Dios
quiere.
Dé
a
Capitón
mis
saludos
cordiales,
y
a
mis
hermanos,
y
a
Serenilla
y
a
mis

amigos.
Le
mandé
un
retrato
que
me
pintó
Euctemón.
En
el
ejército
me
llamo
Antonio
Máximo.
Hago
votos
por
su
buena
salud.
Recuerdos
de
Serenio,
el
de
Agato
Daimón,
y
de
Turbo,
el
hijo
de
Galonio>

(G.
Milligan,
Selections
from
the
Greek
Papyri,
36).
¡No
podría
figurarse
Apión
que
estaríamos
leyendo
la
carta
que
le
escribió
a
su

padre
1.800
años
después!
Nos
muestra
lo
poco
que
ha
cambiado
la
naturaleza
humana.
El
mozo
está
esperando
un
ascenso.
Era
devoto
del
dios
Serapis.
Serenilla
sería
la
chica
con
la
que
salía.
Y
le
ha
mandado
a
los
suyos
el
equivalente
de
entonces
de
una
foto.

Notamos
que
la
carta
tiene
varias
partes:
(i)
Un
saludo.
(ii)

Una
oración
por
la
salud
del
destinatario.

(iii)

Una
acción
de
gracias
a
un
dios.

(iv)

El
tema
de
la
carta.

(v)

Finalmente,
saludos
para
unos
y
recuerdos
de
otros.

En
casi
todas
las
cartas
de
Pablo
encontramos
estas
secciones,
como
vamos
a
ver:

(i)

El
saludo:
Romanos
1:1;

1

Corintios
1:1;

2

Corintios
1:1;

Gálatas

1:1;

Efesios

1:1;
Filipenses
1:1;
Colosenses
1:1
s;
1
Tesalonicenses
1:1;
2
Tesalonicenses
1:1.
(ii)
La
oración:
en
todas
sus
cartas
Pablo
pide
la
gracia
de
Dios
para
las
personas
a
las
que
escribe:
Romanos
1:
7;
1
Corin-
tios
1:3;
2
Corintios
1:2;
Gálatas
1:3;
Efesios
1:2;
Filipenses
1:
3;
Colosenses
1:2;
1
Tesalonicenses
1:1;
2
Tesalonicenses
1:
2.
(iii)
La

acción
de
gracias:
Romanos
1:8;
1
Corintios
1:4;
2
Corintios
1:3;
Efesios
1:3;
Filipenses
1:3;
1
Tesalonicenses
1:3;
2
Tesalonicenses
1:3.

(iv)
El
tema
de
la
carta:
de
lo
que
trata
cada
una.

(v)
Saludos
especiales
Y
recuerdos
personales:
Romanos
16;
1
Corintios
16:19;
2
Corintios
13:13;
Filipenses
4:21s;
Colosenses
4:12-15;
1
Tesalonicenses
5:26.
Las
cartas
de
Pablo

siguen
el
modelo
de
todo
el
mundo.
Deissmann
dice
de
ellas:
«Son
diferentes
de
las
otras
que
encontramos
en
las
humildes
hojas
de
papiro
de
Egipto,
no
en
cuanto
cartas,
sino
en
cuanto
cartas
de
Pablo.»
No
son
ejercicios
académicos
ni
tratados
teológicos,
sino
documentos
humanos
escritos
por
un
amigo
a
sus
amigos.

LA
SITUACIÓN
INMEDIATA

Con
unas
pocas
excepciones,
Pablo
escribió
todas
sus
cartas
para
salir
al
paso
de
una
situación
inmediata,
y
no
como
tra-
tados
elaborados
en
la
paz
y
el
silencio
de
su
despacho.
Si
se
había
producido
una
situación
peligrosa
en
Corinto,
Galacia,
Filipos
o
Tesalónica,
Pablo
escribía
una
carta
para
solucionarla.
No
estaba
pensando
en
nosotros,
sino
solamente
en

aquellos
a
los
que
escribía.
Deissmann
dice:
«Pablo
no
estaba
pensando
en
añadir
unas
pocas
composiciones
nuevas
a
las
ya
existentes
epístolas
judías;
Y
menos
en
enriquecer
la
literatura
sagrada
de
su
nación...
No
tenía
ningún
presentimiento
del
lugar
que
sus
palabras
llegarían
a
ocupar
en
la
historia
universal;
ni
siquiera
de
que
se
conservarían
en
la
generación
siguiente,
y

mucho
menos
de
que
llegaría
el
día
en
que
se
consideraran
Sagrada
Escritura.»
Debemos
recordar
siempre
que
una
cosa
no
tiene
que
ser
pasajera
porque
se
escribió
para
salir
al
paso
de
una
situación
inmediata.
Todas
las
grandes
canciones
de
amor
del
mundo
se
escribieron
para
una
persona
determinada,
pero
siguen
viviendo
para
toda
la
humanidad.
Precisamente
porque
Pablo
escribió

sus
cartas
para
salir
al
paso
de
un
peligro
amenazador
o
de
una
necesidad
perentoria
es
por
lo
que
todavía
laten
de
vida.
Y
es
precisamente
porque
las
necesidades
y
las
situaciones
humanas
no
cambian
por
lo
que
Dios
nos
habla
por
medio
de
ellas
hoy.

LA
PALABRA
HABLADA

De
una
cosa
debemos
darnos
cuenta
en

estas
cartas.
Pablo
hacía
lo
que
la
mayoría
de
la
gente
de
su
tiempo:
no
escribía
él
mismo
las
cartas,
sino
se
las
dictaba
a
un
amanuense,
Y
añadía
al
final
su
firma,
a
veces
con
algunas
palabras
más.
(Conocemos
el
nombre
de
uno
de
los
que
escribieron
para
Pablo:
en
Romanos
16:22,
Tercio,
el
amanuense,
introduce
su
propio
saludo

antes
del
final
de
la
carta).
En
1
Corintios
16:21
Pablo
dice:
«Esta
es
mi
firma,
mi
autógrafo,
para
que
estéis
seguros
de
que
esta
carta
os
la
mando
yo.»
(Ver
también
Colosenses
4:18;
2
Tesalonicenses
3:17).

Esto
explica
un
montón
de
cosas.
Algunas
veces
es
difícil
entender
a
Pablo
porque
sus
frases
no
terminan
nunca,
la
gra-

mática
se
quiebra
y
se
enreda
la
construcción.
No
debemos
figurárnosle
sentado
tranquilamente
a
su
mesa
de
despacho,
puliendo
cuidadosamente
cada
frase;
sino
más
bien
recorriendo
de
un
lado
a
otro
la
habitación,
soltando
un
torrente
de
palabras,
mientras
su
amanuense
se
daba
toda
la
prisa
que
podía
para
no
perder
ni
una.
Cuando
Pablo
componía
sus
cartas,
tenía
presentes

en
su
imaginación
a
las
personas
a
las
que
iban
destinadas,
y
se
le
salía
del
pecho
el
corazón
hacia
ellas
en
palabras
que
se
atropellaban
en
su
ansia
de
comunicar
y
ayudar.

INTRODUCCIÓN
A
LA
CARTA
A
LOS
ROMANOS

LA
EPÍSTOLA
QUE
ES
DIFERENTE

Hay
una
diferencia
indiscutible
entre
la
Carta
a
los

Romanos
de
Pablo
y
otra
cualquiera
de
sus
cartas.
El
que
haya
leído
antes,
digamos,
las
Cartas
a
los
Corintios,
notará
la
diferencia
inmediatamente,
tanto
de
ambiente
como
de
método.
Una
parte
considerable
de
ella
es
debida
a
un
hecho
básico:
cuando
Pablo
escribió
Romanos
se
estaba
dirigiendo
a
una
iglesia
en
cuya
fundación
no
había
tenido
arte
ni
parte

Y
con
la
que
no
había
tenido
contacto
personal.
Esto
explica
por
qué
en
Romanos
hay
tan
pocas
de
las
alusiones
a
los
problemas
prácticos
que
abundan
en
las
otras
cartas.
Por
eso
Romanos, a
primera
vista,

parece
mucho
más
impersonal.
Como
dijo
Dibelius,
«es
la
menos
condicionada
por
la
situación
momentánea
de
todas
las
cartas
de
Pablo.»
Para

decirlo
de
otra
manera:
Romanos
es
la
que
más
se
parece
a
un
tratado
teológico.
En
casi
todas
las
otras
cartas
Pablo
está
saliendo
al
paso
de
algún
problema
inmediato,
de
alguna
situación
apremiante,
de
algún
error
extendido,
de
algún
peligro
amenazador,
que
se
cernían
sobre
la
iglesia
a
la
que
estaba
escribiendo.
Romanos
es
la
que
se
acerca
más

a
una
exposición
sistemática
de
la
posición
teológica
del
mismo
Pablo
independientemente
de
cualquier
conjunto
de
circunstancias
inmediatas.

TESTAMENTARIA
Y
PROFILÁCTICA

Por
eso
dos
grandes
investigadores
le
han
aplicado
a
Romanos
dos
adjetivos
muy
iluminadores:
(a)
Sanday
la
llamó
«tes-
tamentaria».
Es
como
si
Pablo
hubiera
escrito
en
Romanos
su
última
voluntad
y
testamento;
como
si

hubiera
destilado
en
esa
carta
la
quintaesencia
de
lo
que
creía
Y
predicaba.
Roma
era
la
ciudad
más
grande
del
mundo,
la
capital
del
Imperio
más
grande
que
se
había
conocido.
Es
posible
que
Pablo
no
hubiera
estado
nunca
allí,
ni
supiera
si
iría
alguna
vez.
Pero,
al
escribir
a
la
iglesia
de
tal
ciudad,
era
comprensible
que
expusiera
la

esencia
y
el
corazón
de
su
fe.
(b)
Burton
llamó
a
Romanos
«profiláctica»
-es
decir,
algo
que
protege
de
una
infección.
Pablo
había
visto
muy
a
menudo
el
daño
y
los
problemas
que
podían
causar
las
ideas
erróneas,
las
nociones
tergiversadas,
las
concepciones
equivocadas
de
la
fe
y
la
doctrina
cristiana.
Por
tanto
quería
enviarle
a
la
iglesia
de
la

ciudad
que
era
el
centro
del
mundo
una
carta
que
edificara
su
fe
de
tal
manera
que,
si
le

llegaban
infecciones,
tuvieran
en
la
verdadera
palabra
de
la
doctrina
cristiana
una
defensa
poderosa
Y
efectiva.
Se
daba
cuenta
de
que
la
mejor
protección
contra
la
infección
de
la
falsa
doctrina
era
Y
es
el
antiséptico
de
la
verdad.

CIRCUNSTANCIAS
EN
QUE
PABLO
ESCRIBE
A
LA
IGLESIA
DE
ROMA

Pablo
siempre
había
estado
muy
interesado

en
Roma.
Uno
de
sus
sueños
era
predicar
allí.
Cuando
se
encuentra
en
Éfeso,
está
programando
pasar
otra
vez
por
Acaya
y
Macedonia,
y
se
le
escapa
de
lo
hondo
del
corazón
la
frase:
«Después
de
estar
allí
también
tengo
que
ver
Roma»
(Hechos
19:21).
Cuando
todo
le
iba
mal
en
Jerusalén
y
la
situación
parecía
erizada
de
peligros
y

el
fin
próximo,
tuvo
una
de
aquellas
visiones
que
siempre
le
animaban
el
corazón.
Vio
al
Señor
a
su
lado,
que
le
decía:
«¡Valor,
Pablo!
Como
has
dado
testimonio
de
Mí
en
Jerusalén,
es
necesario
que
también
lo
des
en
Roma»
(Hechos
23:11).
El
primer
capítulo
de
esta
carta
respira
el
deseo
de
Pablo
de
ver
Roma:
<
Estoy
deseando

veros
para
impartiros
algún
don
espiritual
que
os
fortalezca»
(Romanos
1:11).
«Tengo
muchas
ganas
de
predicaros
el
Evangelio
también
a
los
que
estáis
en
Roma»
(Romanos
1:15).
Bien
podemos
decir
que
Pablo
llevaba
el
nombre
de
Roma
escrito
en
el
corazón.

Cuando
escribió
la
Carta
a
los
Romanos,
en
el
año
58
d.C.,
Pablo
se
encontraba
en
Corinto.

Estaba
a
punto
de
culminar
un
proyecto
que
le
era
muy
querido:
la
Iglesia
de
Jerusalén
era
la
madre
de
todas
las
demás,
pero
era
pobre,
y
Pablo
había
organizado
una
colecta
entre
las
iglesias
más
jóvenes
para
ayudarla
(1
Corintios
16:1
ss;
2
Corintios
9:1ss).
Esa
colecta
tenía
un
doble
sentido:
(a)
Era
una
oportunidad
para
que
los
convertidos

más
recientes
manifestaran
su
amor
cristiano.
(b)
Era
una
manera
práctica
de
enseñar
a
todos
los
cristianos
la
unidad
de
la
Iglesia
Cristiana;
Y
que
no
eran
simplemente
miembros
de
congregaciones
aisladas
o
independientes,
sino
de
la
Iglesia
universal,
en
la
que
cada
parte
tiene
una
responsabilidad
con
las
demás.
Cuando
Pablo
escribe
Romanos,
está
a
punto
de
ponerse
en

camino
con
esa
colecta
para
la
Iglesia
de
Jerusalén:
«
En
este
momento,
sin
embargo,
voy
a
Jerusalén
con
la
ayuda
para
los
santos»
(Romanos
15:25).

PROPÓSITO
DE
PABLO
AL
ESCRIBIR
ESTA
CARTA

¿Por
qué
escribe
precisamente
entonces?

(a)
Pablo
sabía
que
el
viaje
a
Jerusalén
no
estaba
exento
de
peligros.
Sabía
que
tenía

enemigos
allí,
y
que
ir
a
Jerusalén
era
arriesgar
su
libertad
y
su
vida.
Deseaba
las
oraciones
de
la
Iglesia
de
Roma
antes
de
emprender
la
expedición:
«Así
es
que
apelo
a
vosotros,
hermanos,
por
nuestro
Señor
Jesucristo
y
por
el
amor
del
Espíritu,
que
contendáis
juntamente
conmigo
pidiéndole
por
mí
a
Dios
para
que
me
libre
de
los
de

Judea
que
no
creen
en
Jesucristo»
(Romanos
15:30s).
Pablo
estaba
movilizando
las
oraciones
de
la
Iglesia
antes
de
embarcarse
en
esa
peligrosa
empresa.

(b)
Pablo
tenía
grandes
proyectos
bulléndole
en
el
corazón.
Se
ha
dicho
de
él
que
<
le
alucinaban
las
regiones
más
allá.»
Nunca
veía
una
nave
anclada
sin
desear
embarcarse
para
llevar
la
Buena
Nueva

a
los
del
otro
lado
del
mar.
Nunca
veía
una
cordillera,
azul
en
la
distancia,
sin
que
le
dieran
ganas
de
pasar
al
otro
lado
para
llevarles
la
historia
de
la
Cruz
a
los
que
no
la
habían
oído.
Esta
vez
Pablo
estaba
obsesionado
con
la
idea
de
España:
«Espero
veros
cuando
vaya
de
camino
a
España»
(Romanos
15:24).
«Cuando

haya
concluido
esto
-es
decir,
cuando
haya
entregado
la
colecta
de
las
iglesias
a
la
de
Jerusalén-
pasaré
por
vosotros
rumbo
a
España»
(Romanos
15:28).
¿Por
qué
este
anhelo
de
ir
a
España?
Roma
había
abierto
nuestra
tierra.
Algunas
de
las
calzadas
romanas
y
de
las
grandes
construcciones
todavía
se
pueden
ver
en
nuestro
país.
Y
era
el
caso
que,

precisamente
entonces,
había
un
destello
de
grandeza
en
España.
Muchas
de
las
grandes
figuras
que
estaban
escribiendo
sus
nombres
en
la
historia
Y
en
la
literatura
de
Roma
eran
españoles.
Estaba
Marcial,
el
maestro
del
epigrama.
Estaba
Lucano,
el
poeta
épico.
Estaban
Columela
Y
Pomponio
Mela,
grandes
figuras
de
la
literatura
latina.
Estaba
Quintiliano,
el
maestro
de
la
oratoria.
Y,

sobre
todo,
estaba
Séneca,
el
más
grande
de
los
filósofos
estoicos
latinos,
tutor
del
emperador
Nerón
Y
primer
ministro
del
Imperio
Romano.
Era
natural
que
se
le
fuera
el
pensamiento
a
Pablo
hacia
esta
tierra
que
estaba
produciendo
tal
galaxia
refulgente
de
ingenios.
¿Qué
pasaría
si
hombres
de
esa
talla
llegaran
a
ser
ganados
para
Cristo?

No
hay

datos
históricos
que
nos
confirman
a
ciencia
cierta
que
Pablo
llegó
a
España.
Fue
arrestado
en
aquella
visita
a
Jerusalén,
y
después
de
dos
años
en
la
cárcel
en
Cesarea
fue
remitido
a
Roma
para
comparecer
ante
el
Emperador,
a
lo
que
se
había
visto
obligado
a
apelar
como
ciudadano
romano.
El
Libro
de
los
Hechos
nos
le
deja
en

Roma,
viviendo
por
su
cuenta
pero
como
prisionero
en
espera
de
juicio;
Y,
a
partir
de
entonces,
todo
son
conjeturas.
Pero,
al
escribir
Romanos,
España
era
su
sueño.

Pablo
era
un
gran
estratega.
Tenía
vista
para
planificar
un
territorio
como
un
gran
general.
Se
daba
cuenta
de
que,
para
entonces,
ya
podía
dejar
atrás
Asia
Menor,
pasando
también

Grecia
de
momento.
Veía
todo
el
Oeste
extenderse
ante
él,
territorio
virgen
para
ganar
para
Cristo.
Pero
para
iniciar
la
campaña
del
Oeste
necesitaba
una
base
de
operaciones.
Sólo
había
una
que
valía
la
pena
considerar,
y
era
la
misma
Roma.

Fue
por
eso
por
lo
que
escribió
esta
carta
a
Roma.
Tenía
este
gran
sueño
en
el
corazón
Y
este
gran
proyecto
en
la
mente.
Necesitaba
a
Roma
como
base
para
su
nueva
campaña.
Se
daba
cuenta
de
que
la
Iglesia
de
Roma
le
conocería
por
referencias.
Pero
también
se
daba
cuenta,
porque
era
realista,
de
que
las
referencias

que
hubieran
llegado
a
Roma
serían
confusas.
Sus
opositores
eran
capaces
de
difundir
calumnias
y
acusaciones
falsas
contra
él.
Así
es
que
escribió
esta
carta
para
exponerle
a
la
Iglesia
de
Roma
la
quintaesencia
de
su
fe
a
fin
de,
cuando
llegara
el
momento
de
la
acción,
poder
encontrar
en
Roma
una
iglesia
que
estuviera
en
simpatía
con
él,
desde

la
que
pudieran
salir
las
líneas
de
comunicación
al
Oeste
Y
a
España.
Con
tal
proyecto
e
intención
Pablo
se
puso
a
escribir
en
Corinto,
el
año
58
d.C.,
esta
carta
a
la
Iglesia
de
Roma.

DESARROLLO
DE
LA
CARTA

La
Carta
a
los
Romanos
es
al
mismo
tiempo
muy
complicada
Y
muy
cuidadosamente
estructurada.
Por

tanto
nos
ayudará
a
adentrarnos
en
ella
el
tener
una
idea
de
su
trazado
y
disposición.
Se
divide
naturalmente
en
cuatro
partes:

(i)
Capítulos
1-8,
que
tratan
del
problema
de
la
justificación.

(ii)
Capítulos
9-11,
que
tratan
del
problema
de
los
judíos,
el
Pueblo
Escogido.

(iii)
Capítulos
12-15,
que
tratan
de
cuestiones
prácticas
de
la
vida
y
la

conducta.
(iv)
Capítulo
16,
que
es
una
carta
de
presentación
de
Febe
y
una
lista
de
saludos
personales.

(i)
Cuando
Pablo
usa
la
palabra
justicia
quiere
decir
estar
en
la
debida
relación
con
Dios,
palabra
especialmente
paulina,
como
justificación
y
justificar,
que
aparecen
en
Romanos
más
que
en
ningún
otro
libro
del
Nuevo
Testamento.
Una
persona
justa
es
la
que

se
mantiene
en
la
debida
relación
con
Dios,
y
cuya
vida
lo
demuestra.
Pablo
empieza
con
una
panorámica
del
mundo
gentil.
No
tenemos
más
que
ver
su
decadencia
y
corrupción
para
saber
que
no
ha
resuelto
el
problema
de
la
justicia.
Pablo
considera
entonces
a
los
judíos,
que
habían
intentado
resolver
el
problema
de
la
justicia
mediante
una
observancia
meticulosa

de
la
Ley.
Pablo
mismo
había
probado
ese
camino,
que
le
había
conducido
solamente
al
fracaso
Y
a
la
derrota,
porque
no
hay
nadie
en
la
Tierra
que
pueda
obedecer
plenamente
la
Ley,
Y
por
tanto
todos
deben
darse
cuenta
de
que
están
en
deuda
con
Dios
Y
merecen
su
desaprobación.

Así
es
que
Pablo
encuentra
el
único

camino
a
la
justicia
en
la
actitud
de
confianza
absoluta
Y
total
rendición.
La
única
manera
de
llegar
a
la
debida
relación
con
Dios
es
creer
en
su
Palabra
Y
arrojarse,
tal
como
se
es,
a
merced
de
su
misericordia
Y
su
amor.
Este
es
el
camino
de
la
fe.
Es
reconocer
que
lo
único
importante
no
es
lo
que

nosotros
podemos
hacer
por
Dios,
sino
lo
que
Él
ha
hecho
por
nosotros.
Para
Pablo,
el
centro
de
la
fe
cristiana
era
que
no
podemos
nunca
llegar
a
ganar
o
a
merecer
el
favor
de
Dios,
ni
es
eso
lo
que
Él
espera
de
nosotros.
Todo
, depende
exclusivamente
de
su
gracia,
y
nosotros
también.
Lo
único
que
podemos
hacer
es

aceptar
con
amor
y
gratitud
y
confianza
lo
que
Dios
ha
hecho
por
nosotros.

Sin
embargo,
eso
no
nos
libra
de
las
obligaciones,
ni
nos
permite
vivir
como
nos
dé
la
gana.
Quiere
decir
que
para
siempre
jamás
debemos
esforzarnos
en
ser
dignos
del
amor
que
hace
tanto
por
nosotros.
Pero
ya
no
estamos
intentando
cumplir
las
exigencias

de
una
ley
austera,
inflexible
Y
condenatoria;
ya
no
somos
criminales
ante
el
Juez,
sino
hijos
amantes
que
Le
hemos
dado
toda
nuestra
vida
por
amor
a
Aquel
que
nos
amó
primero.

(ii)
El
problema
de
los
judíos
era
verdaderamente
angustioso.
En
un
sentido
muy
real
eran
el
Pueblo
Escogido
de
Dios;
Y,
sin
embargo,
cuando
el
Hijo

de
Dios
vino
al
mundo,
le
rechazaron.
¿Qué
explicación
se
puede
dar
a
este
hecho
desgarrador?
La
única
que
pudo
encontrar
Pablo
fue
que,
a
fin
de
cuentas,
Dios
lo
había
querido
así.
De
alguna
manera,
los
corazones
de
los
judíos
se
habían
endurecido;
pero
no
fue
un
fracaso
total,
porque
siempre
había
habido
un
remanente
fiel.
Ni
tampoco
acabó

ahí
la
cosa;
porque
el
hecho
de
que
los
judíos
rechazaran
a
Cristo
abrió
la
puerta
de
la
Salvación
a
los
gentiles,
Y
esto
provocaría
la
vuelta
de
los
judíos,
de
manera
que
la
Salvación
alcanzaría
a
todos.

Pablo
llega
más
lejos.
El
judío
siempre
había
pretendido
ser
un
miembro
del
Pueblo
Escogido
por
el
hecho
de
ser

judío.
Todo
dependía
de
ser
descendiente
de
Abraham.
Pero
Pablo
insiste
en
que
el
verdadero
judío
no
es
simplemente
el
que
desciende
racialmente
de
Abraham,
sino
el
que
hace
la
misma
decisión
de
total
entrega
a
Dios
que
hizo
Abraham
por
la
fe
impregnada
de
amor.
Por
tanto,
deduce
Pablo,
hay
muchos
judíos
de
pura
sangre
que
no
lo
son

en
el
sentido
más
profundo
del
término;
y
hay
muchos
de
otras
naciones
que
son
realmente
judíos
en
el
verdadero
sentido
de
la
palabra.
El
Nuevo
Israel
no
depende
de
la
raza,
sino
que
está
formado
por
los
que
tienen
la
misma
fe
que
Abraham.

(iii)
El
capítulo
12
de
Romanos
es
una
exposición
ética
tan
grande
que

merece
colocarse
siempre
al
lado
del
Sermón
de
la
Montaña.
En
él
establece
Pablo
el
carácter
ético
de
la
fe
cristiana.
Los
capítulos
14
y
15
tratan
de
un
problema
que
sigue
presentándose.
Había
en
la
iglesia
un
sector
más
estrecho,
que
creía
que
se
debía
abstener
de
ciertos
alimentos
y
bebidas,
y
que
consideraba
ciertos
días
y
ceremonias
de

especial
importancia
o
santidad.
Pablo
los
considera
«hermanos
débiles»
en
comparación
con
otros
cuya
fe
no
dependía
de
estas
cosas,
y
que
formarían
el
sector
más
liberal.
Lo
curioso
del
caso
es
que
la
descripción
de
los
hermanos
débiles
parece
corresponder
a
los
que
procedían
del
judaísmo,
y
Pablo
considera
a
los
otros
como
«más
fuertes»
en
la
fe,
y

no
oculta
que
sus
simpatías
están
con

ellos.
Pero
lo
importante
es
que
establece
el
gran
principio
de
que
nadie
debe
hacer
nada
que
hiera
la
conciencia
de
un
hermano
más
débil
o
que
le
pueda
escandalizar.
Su
punto
de
vista
es
que
no
debemos
hacer
nada
nunca
que
le
haga
más
difícil
a
otro
el
ser
cristiano;
y
que
debemos
estar
dispuestos
a
renunciar
a

algo
que
es
bueno
para
nosotros
por
amor
al
hermano
débil.
La
libertad
cristiana
no
debe
usarse
nunca
de
forma
que
dañe
la
conciencia
o
la
vida
de
otro.

(iv)
La
cuarta
sección
es
la
presentación
de
Febe,
posiblemente
la
portadora
de
la
carta,
que
está
al
servicio
de
la
Iglesia
de
Cencreas
y
que
se
dirige
a

Roma,
al
parecer
por
asuntos
o
negocios
personales.

La
carta
termina
con
una
lista
de
saludos

Y
la
bendición
final.

DOS
PROBLEMAS

El
capítulo
16
siempre
ha
presentado
problemas
a
los
investigadores.

(i)
Muchos
han
pensado
que
no
debe
de
formar
parte
de
la
Carta
a
los
Romanos,
sino
que
probablemente
antes
pertenecía
a
una
carta

dirigida
a
otra
iglesia,
y
se
puso
al
final
de
ésta
cuando
se
coleccionaron
todas
las
cartas
de
Pablo.
¿Por
qué
piensan
así?
En
principio
y
sobre
todo
porque
en
este
capítulo
Pablo
manda
saludos
a
veintiséis
personas
diferentes,
veinticuatro
de
las
cuales
menciona
por
nombre,
y
parece
conocer
íntimamente
a
todas.
Llega
a
decir,
por
ejemplo,
que
la
madre

de
Rufo
se
ha
portado
con
él
como
si
fuera
su
madre.
¿Es
probable
que
Pablo
conociera
íntimamente
a
veintiséis
personas
en
una
iglesia
que
no
había
visitado
nunca?
De
hecho,
saluda
a
muchas
más
personas
en
este
capítulo
que
en
ninguna
otra
de
sus
cartas.
Aquí
hay
algo
que
requiere
explicación.
Si
este
capítulo
no
fue
dirigido
a
Roma,

¿adónde
iba
destinado?
Aquí
intervienen
Prisca
Y
Aquila
en
el
argumento.
Sabemos
que
se
marcharon
de
Roma
en
el
año
52
d.C.,
cuando
Claudio
expulsó
de
allí
a
los
judíos
(Hechos
18:2).
Sabemos
que
fueron
con
Pablo
a
Éfeso
(Hechos
18:18),
y
que
estaban
allí
cuando
Pablo
escribió
1
Corintios,
menos
de
dos
años
antes
de
que
escribiera
Romanos
(1

Corintios
16:19).
Y
sabemos
que
todavía
estaban
en
Éfeso
cuando
se
escribieron
las
Cartas
Pastorales
(2
Timoteo
4:19).
Parece
normal
que,
si
nos
encontramos
una
carta
que
incluye
saludos
para
Prisca
y
Aquila,
debemos
suponer
que
va
dirigida
a
Éfeso,
si
no
se
nos
dice
otra
cosa.

¿Hay
alguna
otra
razón
para
pensar
que
el
capítulo
16
de

Romanos
fuera
dirigido
a
Efeso
en
primera
instancia?
Sí:
el
hecho
de
que
Pablo
pasara
más
tiempo
en
Éfeso
que
en
ningún
otro
lugar,
lo
que
hace
perfectamente
natural
que
mandara
saludos
para
tantas
personas.
Pablo
menciona
a
Epeneto,
<
las
primicias
de
Asia»:
Éfeso
está
en
Asia,
y
esa
referencia
sería
también
muy
natural
en
una
carta
a
Éfeso,

Y
no
tanto
a
Roma.
Romanos
16:17
habla
de
«dificultades,
en
oposición
a
la
doctrina
que
se
os
ha
enseñado»,
lo
que
parece
aludir
a
la
enseñanza
que
el
mismo
Pablo
les
había
impartido,
cosa
que
no
podía
decir
a
la
Iglesia
de
Roma.

Se
puede
sugerir
que
el
capítulo
16
fue
dirigido
a
Éfeso
en
primera
instancia,

pero
no
es
tan
evidente
como
parece.
Por
una
parte,
no
tenemos
la
más
mínima
evidencia
de
que
este
capítulo
estuviera
incluido
en
ninguna
otra
carta
nada
más
que
en
Romanos.
Por
otra
parte,
lo
curioso
es
que
Pablo
no
manda
saludos
personales
en
las
cartas
a
las
iglesias
que
conocía
bien,
como
Tesalonicenses,
Corintios,
Gálatas
y
Filipenses;
mientras
que

hay
saludos
personales
en
la
carta
a
los
Colosenses,
aunque
Pablo
no
había
estado
allí.

La
razón
es
bien
sencilla.
Si
Pablo
mandaba
saludos
personales
en
las
cartas
a
las
iglesias
que
conocía
bien
podían
surgir
celos;
por
otra
parte,
cuando
escribía
a
iglesias
que
no
había
visitado,
procuraría
establecer
todos
los
lazos
personales

que
pudiera.

El
mismo
hecho
de
que
Pablo
no
hubiera
estado
nunca
en
Roma
hace
más
probable
el
que
tratara
de
establecer
tantas
conexiones
personales
como
le
fuera
posible.
Es
verdad
que
Prisca
y
Aquila
fueron
desterrados
de
Roma
por
el
edicto
de
Claudio;
pero,
¿no
sería
natural
que
volvieran
seis
o
siete
años
después,
cuando
cambiara
la
situación,
para
unir
los

cabos
de
su
negocio
después
de
haber
estado
en
otros
sitios?
¿Y
no
es
también
natural
que
muchos
de
los
otros
nombres
fueran
los
de
personas
que
habían
sido
desterradas
también,
a
las
que
Pablo
habría
conocido
en
otras
ciudades,
y
que
habrían
vuelto
a
sus
antiguos
hogares
en
Roma
cuando
dejó
de
haber
moros
en
la
costa?
Pablo
estaría

encantado
de
tener
tantos
contactos
personales
en
Roma
Y
de
reanudarlos.

Además,
como
veremos
cuando
estudiemos
el
capítulo
16
en
detalle,
muchos
de
los
nombres
-las
casas
de
Aristóbulo
Y
Narciso,
Amplias,
Nereo
Y
otros-encajan
bien
en
Roma.
A
pesar
de
las
razones
en
favor
de
Éfeso,
podemos
considerar
que
no
hay
por
qué
separar
el
capítulo
16

de
la
Carta
a
los
Romanos.

(ii)
Pero
hay
otro
problema
mucho
más
interesante
e
importante.
Los
manuscritos
más
antiguos
presentan
curiosas
variantes
en
los
capítulos
14,
15
y
16.
El
lugar
adecuado
para
una
doxología
es
al
final
de
todo.
Romanos
16:25-27
es
una
doxología,
y
en
la
mayor
parte
de
los
buenos
manuscritos
está
al
final;

pero
en
un
cierto
número
de
manuscritos
aparece
al
final
del
capítulo
14;
dos
buenos
manuscritos
la
ponen
en
los
dos
sitios;
un
manuscrito
antiguo
la
tiene
al
final
del
capítulo
15;
dos
manuscritos
no
la
incluyen
en
ningún
sitio,
pero
dejan
un
hueco
que
se
supone
sería
para
ella.
Un
antiguo
manuscrito
latino
tiene
una
serie
de
resúmenes
de

las
secciones
de
la
carta,
y
las
dos
últimas
son:
50:
Del
peligro
del
que
ofende
a
su
hermano
con
la
comida.

Está
claro
que
eso
se
refiere
a
Romanos
14:15-23.

51:
Del
misterio
del
Señor, que
se
mantuvo
secreto
antes
de
su
pasión
pero
que
se
reveló.
Eso
también
está
claro
que
es
Romanos
16:25-25,
la
doxología.
Es
evidente
que
esos
resúmenes
se
hicieron
sobre
la
base
de
un
manuscrito
que
no
contenía
los
capítulos
15
y
16.

Hay
algo
que
arroja
un
haz
de
luz
en
esta

cuestión:
en
un
manuscrito
se
omite
el
nombre
de
Roma
en
Romanos
1:
7
Y
15.
No
se
menciona
el
destinatario.
Todo
esto
nos
hace
pensar
que
Romanos
circuló
en
dos
versiones:
una,
como
la
tenemos,
con
16
capítulos,
y
otra
con
14;
y
tal
vez
hubo
otra
con
15.
Es
probable
que
la
explicación
sea
que
Pablo
la
escribió

a
Roma,
con
16
capítulos;
pero
los
capítulos
15
y
16
son
íntimos
y
personales
para
Roma.
Ahora
bien:
no
tenemos
otra
carta
que
contenga
un
compendio
comparable
de
la
doctrina
de
Pablo.
Lo
que
es
probable
que
sucediera
es
que
Romanos
empezara
a
circular
por
todas
las
iglesias,
sin
los
dos
últimos
capítulos,
a
excepción
de
la
doxología.
Se

debe
de
haber
reconocido
que
Romanos
era
demasiado
importante
para
limitarse
a
una
sola
iglesia;
así
es
que
se
suprimieron
las
referencias
puramente
locales
Y
se
envió
a
todas
las
iglesias
como
una
carta
circular.
Desde
los
primeros
tiempos
la
Iglesia
se
dio
cuenta
de
que
Romanos
era
una
exposición
tan
maravillosa
de
la
mente
Pablo
que
tenía
que
ser

propiedad,
no
de
una
sola
iglesia,
sino
de
toda
la
Iglesia.
Debemos
recordar
al
estudiarla
que
siempre
se
ha
considerado
Romanos
como
la
quintaesencia
del
Evangelio
de
Pablo.

VOCACIÓN,
EVANGELIO
Y
MISIÓN

Romanos
1:1-7

Os
manda
esta
carta
Pablo,
esclavo
de
Jesucristo,
llamado
para
ser
apóstol,
apartado
para
servir
al
Evangelio
de
Dios.
Este

Evangelio
es
la
Buena
Noticia
que
Dios
prometió
hace
mucho
por
medio
de
sus
profetas
en
las
Sagradas
Escrituras,
el
Evangelio
acerca
de
su
Hijo,
Quien, en
cuanto
a
su
naturaleza
humana,
nació
del
linaje
de
David;
Quien,
como
resultado
de
Su
Resurrección
de
los
muertos,
el
Espíritu
Santo
ha
demostrado
que
es
el
todopoderoso
Hijo
de
Dios.
Estoy
hablando
de

Jesucristo
nuestro
Señor,
a
través
de
Quien
yo
he
recibido
la
gracia
y
el
apostolado
para
despertar
una
fiel
obediencia
por
Su
causa
entre
todos
los
gentiles.
Entre
ellos
estáis
también
vosotros,
que
también
habéis
sido
llamados
para
pertenecer
a
Jesucristo.
Dirijo
esta
carta
a
todos
los
queridos
hermanos
de
Roma
que
pertenecéis
a
Dios, que
habéis
recibido
el
llamamiento
para

consagraron
a
Él:
¡Que
la
Gracia
Y
la
Paz
de
Dios
nuestro
Padre
Y
de
nuestro
Señor
Jesucristo
sean
con
vosotros!

Cuando
Pablo
escribió
la
Carta
a
los
Romanos
se
estaba
dirigiendo
a
una
iglesia
que
no
había
visitado
nunca
ni
conocía
personalmente.
Estaba
escribiendo
a
una
iglesia
que
estaba
en
la
ciudad
más
grande
del
imperio
más

grande
del
mundo.
Por
eso
escogió
las
palabras
y
las
ideas
con
el
máximo
cuidado.

Empezó
presentando
sus
credenciales:

(i)
Se
llama
a
sí
mismo
esclavo
(dulce)
de
Jesucristo.
Esta
palabra
tiene
dos
trasfondos
de
pensamiento:
(a)
El
título
que
a
Pablo
le
gustaba
más
aplicar
a
Jesús
es
Señor
(Kyrios).
En
griego,
la
palabra
kyrios

designa
a
alguien
que
está
en
posesión
indiscutible
de
una
persona
o
cosa.
Quiere
decir
dueño
o
propietario
en
el
sentido
más
absoluto.
Lo
contrario
de
Señor
(Kyrios)
es
esclavo
(dulos).
Pablo
se
consideraba
esclavo
de
Jesucristo,
su
Dueño
y
Señor.
Jesús
le
había
amado
y
se
había
entregado
por
él,
y
por
consiguiente
Pablo
estaba
seguro
de
que
ya

no
se
perteneía
a
sí
mismo,
sino
exclusivamente
a
Jesús.
Por
otra
parte,
esclavo
implica
la
absoluta
obligación
del
amor.
(b)
Pero
esclavo
(dulos)
tiene
otra
vertiente.
En
el
Antiguo
Testamento
es
el
término
general
para
designar
a
un
gran
hombre
de
Dios.
Moisés
era
el
dulos
del
Señor
(Josué
1:2).
Josué
era
el
dulos
de
Dios
(Josué
24:29).
El

más
alto
título
de
los
profetas,
el
que
los
distinguía
de
los
demás
hombres,
era
esclavos
de
Dios
(Amós
3:
7;
Jeremías
7.-25).
Cuando
Pablo
se
llama
esclavo
de
Jesucristo,
se
está
colocando
en
la
línea
de
los
profetas.
La
grandeza
y
la
gloria
de
éstos
dependía
del
hecho
de
ser
esclavos
de
Dios,
y
lo
mismo
sucedió
con
Pablo.

Así
que
el
título
esclavo
de
Jesucristo
incluye
al
mismo
tiempo
la
obligación
de
un
gran
amor
y
el
honor
de
una
gran
misión.

(ii)
Pablo
se
describe
a
sí
mismo
como
llamado
a
ser
apóstol.
Las
grandes
figuras
del
Antiguo
Testamento
fueron
personas
que
oyeron
y
respondieron
al
llamamiento
de
Dios.
Abraham
oyó
el
llamamiento
de
Dios

(Génesis
12:1-3).
Moisés
respondió
al
llamamiento
de
Dios
(Éxodo
3:10).
Jeremías
e
Isaías
fueron
profetas
porque,
sin
buscarlo
ellos,
oyeron
Y
respondieron
al
llamamiento
de
Dios
(Jeremías
1:4s;
Isaías
6:8s).
Pablo
no
se
consideró
nunca
como uno
que
había
aspirado
a
un
gran
honor,
sino
como
uno
al
que
se
había
asignado
una
misión.
Jesús
les
dijo
a
sus
hombres:
«No

fuisteis
vosotros
los
que
me
elegisteis

a
Mí,
sino
que
fui
Yo
el
que
os
elegí
a
vosotros»

(Juan
15:16).
Pablo
no
pensaba
en
la
vida
en
términos
de
lo
que
él
quería
hacer,
sino
en
términos
de
lo
que
Dios
quería
que
hiciera.

.
(iii)
Pablo
se
describe
a
sí
mismo
como
apartado
para
el
servicio
del
Evangelio,
la

Buena
Noticia
de
Dios.
Era
consciente
de
ser
un
hombre
que
había
sido
apartado.
Dos
veces
se
le
aplica
la
misma
palabra
(aforizein):

(a)
Fue
apartado
por
Dios.
Creía
que
Dios
le
había
separado
desde
antes
de
nacer
para
una
misión
(Gálatas
1:15).
Dios
tiene
un
plan
para
cada
persona;
no
hay
vida
que
no
tenga
sentido:
Dios
la
ha
puesto
en
el
mundo
para
algo
determinado.

(b)
Fue
apartado
por
hombres,
cuando
el
Espíritu
Santo
les
dijo
a
los
responsables
de

la
Iglesia
de
Antioquía
que
Le
apartaran
a
Bernabé
Y
a
Saulo
para
la
obra
a
la
que
los
tenía
destinados
(Hechos
13:2).
Pablo
era
consciente
de
que
le
habían
asignado
una
tarea
Dios
y
la
Iglesia
de
Antioquía.
Hay
personas
que
se
consideran
llamadas
por
Dios
aunque
la
iglesia
no
las
reconoce,
y
viceversa;
pero
el
verdadero
llamamiento
viene

de
Dios
Y
es
confirmado
por
el
Pueblo
de
Dios.
(iv)
Había
recibido
la
gracia.
Gracia
siempre
describe
algún
regalo
inmerecido
Y
gratuito.
Antes
de
ser
cristiano,
Pablo
había
tratado
de
ganar
gloria
a
los
ojos
de
los
hombres
Y
mérito
a
los
ojos
de
Dios
cumpliendo
meticulosamente
la
Ley;
pero
no
había
encontrado
la
paz
por
ese
camino.
Ahora

ya
sabía
que
lo
importante
no
es
lo
que
nosotros
podamos
hacer,
sino
lo
que
Dios
ha
hecho
por
medio
de
Jesucristo.
Para
decirlo
con
pocas
palabras:
«
La
Ley
establece
lo
que
el
hombre
tiene
que
hacer;
el
Evangelio
ofrece
lo
que
Dios
ha
hecho.»
Ahora
veía
Pablo
que
la
Salvación
no
depende
de
lo
que
el
esfuerzo
humano

pueda
hacer,
sino
de
lo
que
ya
ha
hecho
el
amor
de
Dios.
Todo
es
por
gracia,
inmerecido
Y
gratuito.
(b)
Había
recibido
una
tarea.
Había
sido
apartado
para
ser
el
Apóstol
de
los
Gentiles.
Pablo
sabía
que
había
sido
escogido,
no
para
un
honor,
sino
para
una
responsabilidad.
Sabía
que
Dios
le
había
apartado,
no
para
una
gloria,
sino

para
un
trabajo.
Puede
que
nos
encontremos
aquí
con
un
juego
de
palabras:
Saulo
había
sido
fariseo
(Filipenses
3:5).
Fariseo
quiere
decir
separado, y
tenían
ese
nombre
porque
se
separaban
deliberadamente
de
la
gente
ordinaria
hasta
el
punto
de
no
permitir
que
su
ropa
tocara
la
de
una
persona
ordinaria.
Se
habrían
estremecido
ante
la
sola
sugerencia
de
que
Dios
invitara

a
los
gentiles,
que
para
ellos
eran
«leña
para
los
fuegos
del
infierno».
Así
había
sido
Saulo:
se
había
sentido
separado
de
tal
manera
que
no
sentía
nada
más
que
desprecio
hacia
las
personas
ordinarias.
Ahora
se
sabía
separado
de
tal
manera
que
su
vida
estaba
dedicada
totalmente
a
llevar
la
Buena
Noticia
del
amor
de
Dios
a
todos
los

de
todas
las
razas.
El
Evangelio
nos
separa
siempre;
pero
no
para
el
privilegio,
la
gloria
personal
y
el
orgullo,
sino
para
el
servicio,
la
humildad
y
el
amor
a
todo
el
mundo.
Además
de
presentar
sus
credenciales
en
este
pasaje,
Pablo
expone
en
sus
líneas
más
esenciales
el
Evangelio
que
predicaba,
que
estaba
centrado
en
Jesucristo
(versículos
2
y

3) .
Especialmente
era
la
Buena
Noticia
de
dos
cosas:

(a)
Era
el
Evangelio
de
la
Encarnación.
Hablaban
de
un
Jesús
que
era
real
Y
verdaderamente
un
hombre.
Uno
de
los
primeros
grandes
pensadores
de
la
Iglesia
Cristiana
lo
resumió
cuando
dijo
de
Jesús:
«
Se
hizo
lo
que
somos
nosotros
para
hacernos
lo
que
es
Él.»
Pablo
no

predicaba
a
alguien
que
no
fuera
más
que
una
figura
legendaria
de
alguna
historia
imaginaria,
o
un
semidiós
mitad
dios
Y
mitad
hombre.
Predicaba

a
Uno
que
se
había
hecho
uno
con
los
hombres
a
los
que
vino
a
salvar.

(b)
Era
el
Evangelio
de
la
Resurrección.
Si
Jesús
hubiera
vivido
una
vida
maravillosa
y
hubiera
tenido
una
muerte
heroica

Y
eso
hubiera
sido
todo,
se
le
podría
incluir
entre
los
grandes
hombres
Y
los
héroes,
pero
habría
sido
sencillamente
uno
entre
muchos.
Su
unicidad
fue
garantizada
para
siempre
por
el
hecho
de
la
Resurrección.
Todos
«los
demás»
murieron
Y
desapare-
cieron,
aunque
se
los
recuerda.
Jesús
vive
Y
nos
otorga
su
presencia
siempre
hinchida
de
poder.
LA
CORTESÍA
DE

LA
GRANDEZA
AUTÉNTICA

Romanos
1:8-15

Lo
primero,
Le
doy
gracias
a
mi
Dios
por
todos
vosotros
mediante
Jesucristo.
Le
doy
gracias
porque
el
relato
de
vuestra
fe
se
cuenta
por
todo
el
mundo.
Dios, a
Quien
sirvo
en
mi
espíritu
en
la
obra
de
la
extensión
de
la
Buena
Noticia
de
Su
Hijo,
me
es
testigo
de

que
Le
estoy
hablando
continuamente
acerca
de
vosotros.
En
mis
oraciones
pido
siempre
que,
de
alguna
manera,
pronto,
por
fin,
consiga
encontrar
la
manera
de
llegar
hasta
vosotros
por
la
voluntad
de
Dios.
Porque
estoy
deseando
veros
para
compartir
con
vosotros
alguno
de
los
dones
que
da
el
Espíritu,
para
que
os
consolidéis
firmemente
sobre
el
cimiento
de
la
fe.

Lo
que
quiero
decir
es
que,
vosotros
y
yo,
nos
animemos
mutuamente,
vosotros
con
mi
fe
y
yo
con
la
vuestra.

Quiero
que
sepáis, hermanos,
que
muchas
veces
me
he
hecho
el
propósito
de
ir
a
veros, aunque
hasta
ahora
no
me
ha
sido
posible,
para
tener
también
algún
fruto
entre
vosotros,
como
lo
tengo
entre
los
demás
gentiles.
Estoy

en
deuda
con
los
griegos
Y
con
los
bárbaros, con
los
sabios
Y
con
los
ignorantes;
así
que
es
mi
ardiente
deseo
predicaros
el
Evangelio
también
a
los
de
Roma.

Después
de
más
de
mil
novecientos
años
este
pasaje
todavía
rezuma
cálido
afecto,
Y
podemos
sentir
el
gran
corazón
de
Pablo
palpitar
de
amor
hacia
la
iglesia
que
todavía

no
conocía
ni
siquiera
de
vista.
El
problema
de
Pablo
al
escribir
esta
carta
era
que
él
no
había
estado
en
Roma
ni
había
colaborado
directamente
en
la
fundación
de
aquella
iglesia.
Tenía
que
hacerles
sentir
que
no
estaba
tratando
de
introducirse
en
coto
ajeno
para
involucrarse
en
algo
que
no
le
concernía.
Antes
de
nada
tenía
que
establecer
contacto

con
ellos
para
que
desaparecieran
las
barreras
de
extranjería
y
suspicias.

(i)
Pablo,
con
psicología
y
amor
combinados,
empieza
alabándolos
por
algo
positivo:
les
dice
que
da
gracias
a
Dios
porque
la
fe
cristiana
de
ellos
se
conoce
en
todo
el
mundo.
Hay
personas
que
tienen
la
lengua
siempre
aunada
para
alabar,
y
otras,
siempre
afilada
para
criticar;
hay
personas
que
enfocan
la
mirada
para
descubrir
defectos,
y
otras,
virtudes.

Se
decía
de
Thomas
Hardy
que,
cuando
iba
al
campo,
no
descubría
las
florecillas
silvestres,
sino
el
estercolero
que
había
en
algún
rincón.
Pero
es
un
hecho
que
nos
llevaremos
mejor
con
las
personas
que
alabamos
que
con
las
que
criticamos.
Los
que
más
inspiran
y
ayudan
a
los
demás
son
los
que
tienen
la
capacidad
de
ver
lo
mejor

que
hay
en
las
personas.
Nunca
ha
habido
nada
en
la
historia
de
la
cultura
que
haya
igualado
en
belleza
a
la
civilización
griega
en
su
cumbre;
Y,
sin
embargo,
T.
R.
Glover
dijo
una
vez
que
estaba
fundada
en
«
la
fe
ciega
en
el
vulgo.»
Una
de
las
grandes
figuras
de
la
guerra
de
1914-18
fue
Donald
Hankey,

el
autor
de
El
estudiante
en
armas.
Veía
a
la
gente
en
su
mejor
y
en
su
peor
aspectos.
En
una
de
sus
cartas
les
decía
a
los
suyos:
«
Si
sobrevivo
a
esta
guerra
quiero
escribir
un
libro
sobre
"La
Bondad
viva",
analizando
toda
la
bondad
y
la
nobleza
inherente
en
la
gente
sencilla,
y
tratando
de
mostrar
cómo

debería
encontrar
cumplimiento
y
expresión
en
la
Iglesia.»
También
escribió
un
gran
ensayo
titulado
El
querido
capitán,
en
el
que
describe
al
querido
capitán
escogiendo
a
los
soldados
más
difíciles
para
entrenarlos
personalmente:
«Los
miraba,
y
ellos
le
miraban
a
él,
y
se
reconstruían
y
animaban
a
dar
de
sí
todo
lo
mejor.»

Nadie
podrá
ni
empezar
a

salvar
a
otros
a
menos
que,
en
primer
lugar,
crea
en
ellos.
Una
persona
humana
es
una
criatura
pecadora
que
no
merece
más
que
el
infierno;
pero
tiene
un
héroe
dormido
en
el
alma,
y
a
menudo
una
palabra
de
aprecio
despierta
ese
heroísmo
latente,
mientras
que
la
crítica
y
la
condenación
no
producirán
más
que
resentimiento
y
desesperación.
Aidano

fue
el
apóstol
de
los
sajones.
Allá
por
el
año
630
d.C.,
el
rey
sajón
hizo
una
petición
a
la
comunidad
cristiana
de
la
isla
escocesa
de
Iona
para
que
le
mandaran
un
misionero

a
su
reino
para
que
les
predicara
el
Evangelio.
El
primer
misionero
volvió
hablando
de
«la
disposición
testaruda
y
bárbara
de
los
ingleses.»
«

No
tienen
modales
-dijo-y
se
comportan
como
salvajes.»
En
su
informe
dijo
que
aquella
misión
no
tenía
sentido;
pero
entonces
Aidano
le
dijo:
«Creo,
hermano,
que
tal
vez
has
sido
demasiado
severo
con
esos
oyentes
ignorantes,
y
que
debes
guiarlos
gentilmente,
dándoles
primero
la
leche
de
la
religión
y
después
la
vianda.»
Así
es
que
mandaron
a
Aidano
a
Northumbria,

Y
su
gentileza
ganó
para
Cristo
a
aquel
mismo
pueblo
que
la
severidad
crítica
de
su
hermano
monje
había
repelido.

(ii)
Aunque
Pablo
no
conocía
personalmente
a
los
de
Roma,
oraba
constantemente
por
ellos
a
Dios.
Es
un
privilegio
y
un
deber
cristianos
el
presentar
a
nuestros
seres
queridos
y
a
nuestros
hermanos
en
la
fe
al
trono

de
la
gracia.
En
uno
de
sus
sermones
sobre
la
Oración
Dominical,
Gregorio
de
Nisa
tiene
un
pasaje
lírico
sobre
la
oración:
«El
efecto
de
la
oración
es
la
unión
con
Dios;
Y,
si
uno
está
con
Dios,
está
fuera
del
alcance
del
enemigo.
Mediante
la
oración
conservamos
la
castidad,
controlamos
el
genio
Y
nos
desembarazamos
de
la
vanidad.
Nos

hace
olvidar
las
ofensas,
vence
la
envidia,
derrota
la
injusticia
Y
enmienda
el
pecado.
Mediante
la
oración
obtenemos
bienestar
físico,
un
hogar
feliz,
una
sociedad
fuerte
Y
bien
ordenada...
La
oración
es
el
sello
de
la
virginidad
Y
la
garantía
de
la
fidelidad
en
el
matrimonio.
Escuda
al
viajero,
protege
al
dormido,
infunde
valor
al
vigilante...
Es
refresco
al
cansado

Y
consuelo
al
triste.
La
oración
es
deleite
para
el
que
está
contento,
Y
solaz
para
el
afligido...
La
oración
es
la
intimidad
con
Dios
Y
la
contem-
plación
de
lo
invisible...
La
oración
es
el
disfrute
de
las
cosas
presentes
Y
la
sustancia
de
las
venideras.»

Aunque
estemos
separados
de
otros
Y
aunque
no
tengamos
otra
cosa

que
darles,
podemos
rodearlos
con
la
fuerza
y
la
protección
de
nuestras
oraciones.

(iii)
Pablo,
en
su
humildad,
estaba
siempre
tan
dispuesto
a
recibir
como
a
dar.
Empieza
diciendo
que
quería
ir
a
Roma
para
impartirle
a
la
iglesia
algún
don
que
la
confirmara
en
la
fe;
y
entonces
cambia:
dice
que
quería
ir
a
Roma
para
que

tanto
él
como
la
iglesia
de
allí
pudieran
confortarse
y
fortalecerse
mutuamente,
y
para
que
cada
uno
pudiera
encontrar
riquezas
preciosas
en
la
fe
del
otro.
Hay
dos
clases
de
maestros:
los
que
se
consideran
por
encima
de
sus
alumnos
y
les
dicen
lo
que
tienen
que
saber
y
aceptar;
y
los
que
más
bien
parecen
decirles:
<
Venga,
vamos

a
aprender
esto
juntos.»
Pablo
era
el
mayor
pensador
que
había
en
la
Iglesia
Primitiva;
y
sin
embargo,
cuando
pensaba
en
aquellos
a
los
que
quería
predicar,
no
consideraba
que
él
solo
tenía
que
enseñarles,
sino
también
que
podía
aprender
de
ellos.
Requieren
humildad
tanto
el
enseñar
como
el
aprender.
(iv)
El
versículo
14
tiene
un
doble
sentido
en
griego

que
es
casi
imposible
traducir.
La
versión
Reina-Valera
dice:

«A
griegos
Y
a
no
griegos,
a
sabios
Y
a
no
sabios
soy
deudor.»

Pablo
estaba
pensando
en
dos
cosas
cuando
escribió
eso:

(a)
Estaba
en
deuda
con
ellos
por
todas
las
muestras
de
afecto
que
había
recibido.

(b)
Estaba
en
deuda
con
ellos
porque
había
recibido
de
Dios
el
encargo

de
predicarles
el
Evangelio,
y
se
lo
debía.
Esta
frase
tan
concisa
quiere
decir:
«Por
todo
lo
que
he
recibido
de
ellos
y
por
todo
lo
que
tengo
el
deber
de
darles
estoy
en
deuda
con
todo
el
mundo.»
Puede
parecer
extraño
que
Pablo
hable
de
los
griegos
cuando
estaba
escribiendo
a
los
romanos.
Ya
entonces
la
palabra
griego
había

perdido
totalmente
su
sentido
nacional.
Las
conquistas
de
Alejandro
Magno
habían
llevado
la
lengua
y
la
cultura
griegas
por
todo
el
mundo,
y
ya
no
era
griega
una
persona
solamente
por
el
hecho
de
haber
nacido
en
Grecia,
sino
por
participar
de
la
herencia
cultural
que
se
originó
en
aquel
país.
Un
bárbaro
es
literalmente
el
que
habla
diciendo
bar-bar,

es
decir,
usando

una
lengua
fea
Y
ridícula
en
contraste
con
la
lengua
hermosa,
flexible
Y
rica
de
Grecia.
Ser
griego
era
ser
un
hombre
de
cierta
cultura,
con
una
cierta
sensibilidad
Y

espíritu.
Uno
de
los
griegos
dijo
de
su
propio
pueblo:
<
Puede
que
los
bárbaros
se
topen
con
la
verdad;
pero
hace
falta
ser
griego
para
entenderla.»

Lo
que
Pablo
quería
decir
era
que
su
Mensaje,
su
amistad
y
su
obligación
eran
para
los
intelectuales
y
para
los
sencillos,
para
los
cultos
y
para
los
incultos,
para
los
letrados
y
para
los
analfabetos.
Tenía
un
Mensaje
para
todo
el
mundo,
y
su
ambición
era
llegar
a
comunicarlo
también
en
Roma.

LA
BUENA
NOTICIA

DE
LA
QUE
SE
ESTA
ORGULLOSO

Romanos
1:16,
17

Estoy
orgullosa
del
Evangelio,
porque
es
el
poder
de
Dios
que
les
produce
Salvación
a
todos
los
que
lo
creen;
a
los

judíos,
en
primer
lugar,
pero
también
a
los
griegos.
El
camino
de
la
buena
relación
con
Dios
se
revela
en
el
Evangelio

cuando
la
fe
del
hombre
responde
a
la
fidelidad
de
Dios,
exactamente
como
está
escrito:
«Es
la
persona
que
está
en
la

debida
relación
con
Dios
como
resultado
de
su
fe
la
que
vivirá.
»

Cuando
llegamos
a
estos
dos
versículos
ya
hemos
pasado
la
introducción
y
escuchamos
el
clarín
del
Evangelio.
Muchos
de
los

grandes
conciertos
para
piano
empiezan
con
un
acorde
explosivo,
y
luego
viene
el
tema
que
se
va
a
desarrollar.
La
probable
razón
es
que
se
interpretaban
en
reuniones
privadas
en
casas
grandes;
Y,
cuando
el
pianista
se
sentaba
al
piano
todavía
había
un
murmullo
de
conversación.
Tocaba
el
acorde
inicial
para
captar
la
atención
de
la
audiencia,
y
a
continuación

exponía
el
tema.
Hasta
estos
dos
versículos
Pablo
ha
estado
estableciendo
contacto
con
los
destinatarios
de
su
carta,
atrayéndose
su
atención;
Y
ahora
enuncia
el
tema.

Aquí
no
tenemos
más
que
dos
versículos;
pero
contienen
tanto
de
la
quintaesencia
del
Evangelio
de
Pablo
que
merecen

que
nos
detengamos
en
ellos
el
tiempo
necesario.

Pablo

empieza
diciendo
que
está
orgullosa
del
Evangelio
que
tiene
el
privilegio
de
predicar.
Es
sorprendente
considerar
el
trasfondo
de
esta
afirmación.

A
Pablo
le
habían
metido
en
la
cárcel
en
Filipos,
le
habían
obligado
a
escapar
por
su
vida
en
Tesalónica,
le
habían
tenido
que
sacar
de
contrabando
en
Berea,
se
habían
reído
de
él
en
Atenas,
y
en
Corinto

su
Mensaje
les
había
parecido
una
estupidez
a
los
griegos
Y
un
escándalo
a
los
judíos.
A
pesar
de
todo
eso
Y
mucho
más,
Pablo
proclama
que
está
orgullosa
del
Evangelio.
Había
algo
en
el
Evangelio
que
le
hacía
salir
victorioso
de
todo
lo
que
los
hombres
le
pudieran
hacer.

En
este
pasaje
nos
encontramos
con
tres
de

las
grandes
consignas
paulinas,
tres
grandes
pilares
de
su
pensamiento
y
creencia.

(i)
Tenemos
su
concepción
de
la
Salvación
(sotérica).
En
aquel
momento
de
la
Historia,
la
Salvación
era
el
bien
supremo
que
todos
estaban
buscando.
Había
habido
un
tiempo
en
el
que
la
filosofía
griega
había
sido
especulativa.
Cuatrocientos
o
quinientos
años
antes,
los
filósofos
habían
pasado

el
tiempo
discutiendo
el
problema
de
cuál
es
el
elemento
básico
del
que
se
ha
formado
el
universo.
La
filosofía
había
sido
especulativa
y
natural;
pero,
poco
a
poco,
con
el
paso
de
los
siglos,
la
vida
se
había
desplomado:
los
antiguos
hitos
habían
desaparecido;
los
hombres
se
sentían
rodeados
de
tiranos,
conquistadores
y
peligros;
la
degeneración
y
la
debilidad

los
acechaban,
y
la
filosofía
cambió
de
canal:
se
hizo,
no
especulativa,
sino
práctica.
Dejó
de
ser
filosofía
natural
para
convertirse
en
filosofía
moral.
Su
único
propósito
era
levantar
«una
muralla
defensiva
contra
el
caos
que
se
les
echaba
encima.»
Epicteto
llamaba
a
su
aula
«
el
hospital
para
las
almas
enfermas.»
Epicuro
llamaba
a
su
enseñanza
«
la
medicina

de
la
salvación».
Séneca,
el
contemporáneo
de
Pablo,
decía
que
todos
los
hombres
estaban
mirando
ad
salutem,
buscando
la
salvación.
Lo
que
necesitamos,
decía,
«es
que
se
nos
tienda
una

mano
para
levantarnos.»
Los
hombres,
decía,
son
abrumadoramente
conscientes
de
«su
debilidad
e
ineficacia
en
las
cosas
necesarias.»
Él
mismo,
decía,
era
homo
non
tolerabilis,
uno
al
que

no
se
podía
tolerar.
La
gente
amaba
sus
vicios,
decía
con
una
cierta
desesperación,
y
los
odiaba
al
mismo
tiempo.
En
este
mundo
desesperado,
decía
Epicteto,
la
gente
está
buscando
la
paz,
«
no
la
que
proclama
el
César,
sino
la
de
Dios.»

Difícilmente
se
encontrará
otra
época
de
la
Historia
en
la
que
la
humanidad
estuviera
buscando

más
la
salvación.
Era
precisamente
esa
salvación,
esa
liberación
y
ese
poder,
lo
que
el
Evangelio
ofrecía
al
mundo.
Veamos
qué
era
esa
sótéria, esa
Salvación
cristiana:

(a)
Era
la
salvación
de
la
enfermedad
física
(Mateo
9:21;
Lucas
8:36).
No
era
algo
que
sólo
tuviera
relación
con
el
otro
mundo.
Estaba
orientado
a
rescatar
al
ser
humano
en
cuerpo

Y
alma.

(b)
Era
la
salvación
del
peligro
(Mateo
8:25;
14:30).
No
es
que
le
garantizaba
al
hombre
una
vida
libre
de
riesgos
y
peligros,
sino
que
le
daba
la
seguridad
del
alma
en
cualesquiera
circunstancias.
Como
escribió
Rupert
Brook
en
los
días
de
la
I
Guerra
Mundial
en
su
poema
Seguridad:
A
salvo
estaré
al
salir
secretamente
armado
frente
a

todas
las
asechanzas
de
la
muerte;
a
salvo,
cuando
se
pierda
toda
seguridad;
a
salvo
cuando
los
hombres
caigan;
Y,
si
estos
pobres
miembros
mueren,
del
todo
a
salvo.

La
Salvación
de
Cristo
nos
pone
a
salvo
de
las
circunstancias
externas.

(c)
Era
la
salvación
de
toda
contaminación.
El
cristiano
está
a
salvo
del
contagio
de

una
generación
retorcida
y
perversa
(Hechos
2:40).
Los
que
tienen
la
Salvación
de
Cristo
tienen
un
antiséptico
divino
que
los
guarda
de
la
infección
del
mal
que
hay
en
el
mundo.

(d)
Era
la
salvación
de
la
perdición
(Mateo
18:11;
Lucas
19:10).
Jesús
vino
a
buscar
y
salvara
los
que
se
habían
perdido.
Por
naturaleza
nos
encontramos
en
un
camino

equivocado,
que
no
conduce
más
que
a
la
muerte.
Cuando
recibimos
la
Salvación
de
Cristo
vamos
por
el
camino
verdadero
de
la
Vida
(Juan
14:6).

(e)
Era
la
salvación
del
pecado
(Mateo
1:21).
La
humanidad
se
encuentra
sometida
a
esclavitud
bajo
un
tirano
del
que
no
puede
escapar.
La
Salvación
de
Cristo
nos
libra
de
la
tiranía
del

pecado
que
paga
el
servicio
de
sus
súbditos
con
la
muerte
(Romanos
6:23).

(f)
Era
la
salvación
de
la
ira
de
Dios
(Romanos
5:9).
En
el
próximo
pasaje
tendremos
ocasión
de
investigar
el
sentido
de
esta
frase.
De
momento
nos
basta
tomar
nota
de
que
hay
en
el
mundo
una
ley
moral
inexorable,
y
el
anuncio
de
un

juicio
ineludible
forma
parte
del
Evangelio.
Si
no
fuera
por
la
Salvación
de
Cristo,
no
podríamos
esperar
más
que
la
condenación
eterna.
(g)
Era
una
salvación
escatológica.
Es
decir:
una
salvación
que
alcanza
su
plenitud
en
el
triunfo
final
de
Jesucristo
(Ro-
manos
13:11;
1
Corintios
5:5;
2
Timoteo
4:18;
1
Pedro
1:5).
El
Evangelio
viene
a
ofrecerle
a
un

mundo
sin
esperanza
una
Salvación
que
puede
mantener
a
salvo
en
esta
vida
y
en
la
eternidad
a
todos
los
que
la
aceptan.

(ii)
Tenemos
su
concepción
de
la
fe.
Esta
es
una
palabra
hinchida
de
sentido
en
el
pensamiento
de
Pablo.

(a)
Su
sentido
más
corriente
es
lealtad.
Escribiendo
a
los
tesalonicenses,
Pablo
quería
tener
noticias
de

su
fe;
es
decir:
si
su
lealtad
estaba
resistiendo
la
prueba.
En
2
Tesalonicenses
1:4,
se
combinan
fe
y
paciencia
o
firmeza.
La
fe
es
la
fidelidad
a
toda
prueba
que
caracteriza
a
todo
fiel
soldado
de
Jesucristo.
(b)
Fe
quiere
decir
creencia,
la
convicción
de
que
algo
es
verdad.
En
1
Corintios
15:17
Pablo
les
dice
a
los
corintios

que
si
Jesús
no
resucitó,
entonces
su
fe
es
inconsistente,
todo
lo
que
han
creído
se
derrumba.

La
fe
es
el
asentimiento
al
Evangelio,
su
aceptación
como
verdad.

(c)
Fe
es
sinónimo
a
veces
de
la
religión
cristiana
(La
Fe).

En
2
Corintios
13:5
Pablo
dice
a
los
que
se
le
oponen
que
se
examinen
a
sí
mismos
para
ver

si
realmente
se
mantienen
en
la
fe, es
decir,
si
son
o
no
cristianos.

(d)
Fe
es
a
veces
equivalente
a
una
esperanza
indestructible.

«Andamos
-dice
Pablo-,
no
dependiendo
de
lo
que
vemos,
sino
por
la
fe»

(2
Corintios
5:7).

(e)
Pero
en
su
sentido
más
característicamente
paulino,
fe
quiere
decir
aceptación
total
y
confianza
absoluta.

Es
decir:
Jugarse
la
vida

a
que
hay
Dios,
y
que
es
como
Jesús
nos
Le
ha
mostrado.
Es
estar
absolutamente
seguros
de
que
lo
que
Jesús
ha
dicho
es
la
verdad,
y
apostar
el
tiempo
y
la
eternidad
a
esa
seguridad.
«Creo
en
Dios
-decía
Stevenson-,
y
si
me
despertara
en
el
infierno
seguiría
creyendo
en
Él.»
«Aunque
me
mate,
en
Él
esperaré»
-decía

Job
(13:15).
La
fe
empieza
por
receptividad.
Cuando,
por
lo
menos,
estamos
dispuestos
a
escuchar
el
Evangelio.
Sigue
por
asentimiento
de
la
mente:
después
de
oír,
estamos
de
acuerdo
en
que
es
verdad;
pero
ese
asentimiento
mental
puede
no
desembocar
en
acción.
Muchas
personas
saben
que
algo
es
cierto,
pero
no
cambian
lo
más
mínimo
en
consecuencia.
El
paso
decisivo

se
da
cuando
del
asentimiento
mental
se
pasa
a
la
entrega
total.
La
fe
madura
se
da
cuando
alguien
escucha
el
Evangelio,
está
de
acuerdo
en
que
es
verdad
Y
se
entrega
en
una
rendición
incondicional.

(iii)
Tenemos
su
concepción
de
la
justificación.
No
hay
palabras
que
sean
más
difíciles
de
entender
en
todo
el
Nuevo
Testamento
que

justo,
justicia,
justificar
Y
justificación.
En
esta
carta
tendremos
ocasión
de
encontrárnoslas
a
menudo.
Por
lo
pronto
nos
conformaremos
con
establecer
las
líneas
generales
por
las
que
discurre
el
pensamiento
de
Pablo.
El
verbo
griego
que
usa
Pablo
para
justificar
es
dikaiún,
del
que
la
primera
persona
de
singular
del
presente
de
indicativo
es
dikaióo,
justifico.
Debemos
darnos
cuenta
de

que
la
palabra
justificar
tiene
aquí
un
sentido
distinto
del
corriente
en
español.
Cuando
«nos
justificamos»,
damos
razones
para
demostrar
que
teníamos
razón;
si
es
otro
el
que
«nos
justifica»,
presenta
pruebas
que
confirman
que
actuamos
como
es
debido.
Pero
todos
los
verbos
griegos
que
terminan
en
oó
no
quieren
decir
probar
o
hacer
que
una
persona
o
cosa
sea

algo,
sino
tratar
o
considerar
a
una
persona
como
si
fuera
algo.
Si
Dios
justifica
a
un
pecador,
no
quiere
decir
que
le
da
la
razón
y
le
acepta
como
justo.
¡Lejos
de
eso!
Ni
siquiera
quiere
decir,
en
este
punto,
que
Dios
hace
que
el
pecador
sea
bueno.
Quiere
decir
que
Dios
trata
al
pecador
como
si
no
lo

fuera.
En
lugar
de
tratarle
como
a
un

criminal
que
merece
ser
condenado,
Dios
le
trata
como
a
un
hijo
al
que
ama.
Eso
es
lo
que
quiere
decir
la
justificación:
que
Dios
nos
considera,
no
como
enemigos,
sino
como
amigos;
no
como
merecen
los
malos,
sino
como
merecen
los
buenos;
no
como
a
transgresores
de
la
ley
a
los
que
hay
que
castigar,
sino
como
a

hombres
y
mujeres
a
los
que
hay
que
amar.
Esta
es
la
esencia
misma
del
Evangelio.

Esto
quiere
decir
que
ser
justificados
es
entrar
en
una
nueva
relación
con
Dios,
una
relación
de
amor,
de
confianza
y
de
amistad,
en
lugar
del
distanciamiento
de
la
enemistad
y
el
miedo.
Ya
no
nos
dirigimos
a
un
Dios
que
irradia

justo
y
terrible
castigo,
sino
perdón
y
amor
redentor.
La
justificación
(dikaiosyné)
es
la
relación
correcta
entre
Dios
y
la
criatura
humana.
El
que
es
justo
(dikaios)
es
el
que
está
en
esta
correcta
relación
con
Dios
-y
aquí
viene
un
detalle
de
suprema
importancia-,
no
por
nada
que
él
haya
hecho,
sino
por
lo
que
Dios
ha
hecho
por

él.
Está
en
la
debida
relación
con
Dios,
no
por
haber
cumplido
meticulosamente
todos
los
mandamientos
de
la
ley,
sino
porque
se
ha
arrojado
en
una
fe
a
ultranza
a
merced
de
la
misericordia
y
el
amor
de
Dios.

En
la
antigua
versión
Reina-Valera
teníamos
la
famosa
frase:
«El
justo
vivirá
por
la
fe»
(Romanos
1:17).
Ahora
podemos

ver
lo
que
quería
decir
Pablo
con
esta
cita
de
Habacuc
2:4:
Es
el
que
está
en
la
correcta
relación
con
Dios
-no
por
sus
propias
obras,
sino
por
su
absoluta
fe
en
lo
que
el
amor
de
Dios
ha
hecho-el
que
experimenta
la
vida
de
veras,
ahora
y
en
la
eternidad.
Para
Pablo,
ha
sido
la
Obra
de
Jesús

lo
que

ha
hecho
posible
para
el
hombre
entrar
en
esta
relación
nueva
y
preciosa
con
Dios.
El
miedo
a
Dios
ha
dejado
su
lugar
al
amor.
Al
Dios
al
Que
el
hombre
consideraba
su
enemigo,
ahora
Le
ve
y
Le
conoce
como
su
supremo
y
eterno
Amigo.

LA
IRA
DE
DIOS

Romanos
1:18-23

Porque
da
ira
de
Dios
se
revela
desde
el
Cielo,
Y
se
dirige
contra
toda
impiedad
Y
maldad
de
los
hombres
que,
en
su
maldad,
intencionadamente
sofocan
la
verdad
que
está
luchando
en
sus
corazones.
Porque,
lo
que
se
puede
conocer
de
Dios
lo
tienen
claro
en
su
interior
porque
Dios
mismo
se
lo
pone
claro;
porque,
desde

la
creación
del
universo,
siempre
ha
sido
posible
entender
las
cosas
invisibles,
como
el
poder
y
la
divinidad,
por
medio
de
las
cosas
creadas.
El
orden
de
la
creación
está
patente
para
dejar
a
los
hombres
sin
disculpa;
porque,
aunque
saben
de
Dios,
sin
embargo
no
Le
glorifican
ni
Le
dan
gracias,
sino
se
enredan
en
toda
clase
de
especulaciones

hueras,
de
tal
manera
que
se
les
oscurece
más
su
mente
insensata.
Pretenden
ser
sabios,
pero
no
son
más
que
necios,
y
han
cambiado
la
gloria
del
Dios
inmortal
por
imágenes
de
semejanzas
de
personas
mortales, y
de
aves
y
de
cuadrúpedos
y
de
reptiles.

En
el
pasaje
anterior
Pablo
estaba
pensando
en
la
relación
con
Dios
en
que

el
hombre
puede
entrar
mediante
una
fe
que
es
absoluta
confianza
Y
entrega.
En
contraste
con
esa
relación
pone
ahora
la
ira
de
Dios
en
la
que
se
incurre
cuando
se
es
deliberadamente
ciego
a
Dios
Y
se
adoran
los
propios
pensamientos
e
ídolos
en
vez
de
a
El.

Esto
es
difícil
Y
nos
exige
pensar
en
serio,

porque
aquí
nos
encontramos
con
la
concepción
de
la
ira
de
Dios,
una
frase
alarmante
Y
aterradora.
¿Qué
quiere
decir?
¿Qué
tenía
Pablo
en
la
mente
cuando
la
usaba?

En
las
partes
más
antiguas
del
Antiguo
Testamento
la
ira
de
Dios
se
relaciona
especialmente
con
la
idea
del
pueblo
del
pacto.
El
pueblo
de
Israel
estaba
en
una

relación
especial
con
Dios,
Que
le
había
escogido
Y
ofrecido
una
relación
especial
que
se
obtendría
Y
mantendría
siempre
que
guardara
la
Ley
(Éxodo
24:3-8).
Eso
quería
decir
dos
cosas:

(a)
Quería
decir
que,
dentro
de
la
nación,
cualquier
desobediencia
a
la
Ley
provocaba
la
ira
de
Dios,
porque
quebrantaba
la
relación
con
El.
Números
16
nos
habla

de
la
rebelión
de
Coré,
Datán
Y
Abiram,
Y
que
al
final
Moisés
le
dijo
a
Aarón
que
hiciera
expiación
por
el
pecado
del
pueblo,
«porque
el
furor
ha
salido
de
la
presencia
del
Señor»
(Números
16:46).
Cuando
los
israelitas
se
desviaron
para
dar
culto
a
Baal,
«
el
furor
del
Señor
se
encendió
contra
Israel»
(Números
25:3).
(b)
Además,

como
la
nación
de
Israel
estaba
en
una
relación
exclusiva
con
Dios,
cualquier
otra
nación
que
la
tratara
con
crueldad
o
injusticia
incurría
en
la
ira
de
Dios.
Babilonia
había
maltratado
a
Israel,
y
«por
la
ira
del
Señor
no
será
habitada»
(Jeremías
50:13).

En
los
profetas
aparece
la
idea
de
la
ira
de
Dios,
pero
con
un

nuevo
hincapié.
El
pensamiento
religioso
judío
a
partir
de
los
profetas
estaba
dominado
por
la
idea
de
las
dos
edades,
la
presente
y
la
por
venir:
la
presente
es
esencialmente
mala,
y
la
edad
dorada
por
venir
será
esencialmente
buena.
Entre
ambas
estará
el
Día
del
Señor,
que
será
un
día
terrible
de
juicio
y
retribución
en
el
que
el

mundo
será
sacudido,
los
pecadores
destruidos
Y
el
universo
rehecho
antes
de
que
venga
el
Reino
de
Dios.
Será
entonces
cuando
entre
en
acción
la
ira
del
Señor
de
una
manera
aterradora.

«
He
aquí
el
Día
del
Señor
viene,
terrible,
y
de
indignación
y
ardor
de
ira,
para
convertir
la
Tierra
en
soledad»
(Isaías
13:9).
«Por
la
ira
del

Señor
de
los
Ejércitos
se
oscureció
la
Tierra,
y
será
el
pueblo
como
pasto
del
fuego»
(Isaías
9:19).

«
Ni
su
plata
ni
su
oro
podrán
librarlos
en
el
día
del
furor
del
Señor»
(Ezequiel
7:19).
Dios
derramará
sobre
las
naciones
su
enojo,
todo
el
ardor
de
su
ira;
por
el
fuego
de
su
celo
será
consumida
toda
la
Tierra

(Sofonías
3:8).

Pero
los
profetas
no
consideraban
que
la
ira
de
Dios
se
posponía
hasta
ese
terrible
Día
del
Juicio.
La
veían
constantemente
en
acción.
Cuando
Israel
se
alejaba
de
Dios,
cuando
era
rebelde
e
infiel,
la
ira
de
Dios
operaba
en
su
contra
y
le
envolvía
en
ruina,
desastre,
cautividad
y
derrota.

Para
los
profetas,
la
ira
de

Dios
estaba
obrando
continuamente,
aunque
alcanzaría
su
clímax
de
terror
y
destrucción
en
el
Día
del
Señor.

Un
investigador
moderno
lo
expresa
de
la
siguiente
manera:
Porque
Dios
es
Dios,
y
es
esencialmente
santo,
no
puede
tolerar
el
pecado,
y
la
ira
de
Dios
es
su
«reacción
aniquiladora»
contra
el
pecado.

Esto
nos
es
difícil
de

entender
y
de
aceptar.
Es
de
hecho
la
clase
de
religión
que
identificamos
con
el
Antiguo
Testamento
más
que
con
el
Nuevo.
Hasta
Lutero
lo
encontraba
difícil,
y
hablaba
del
amor
como
la
obra
característica
de
Dios,
y
de
la
ira
como
la
extraña
acción
de
Dios.
Para
la
mentalidad
cristiana
es
una
cosa
sorprendente.

Vamos
a
tratar

de
ver
cómo
lo
entendía
Pablo.
C.
H.
Dodd
escribió
con
mucho
profundidad
y
sabiduría
sobre
este
tema.
Pablo
habla
a
menudo
de
la
idea
de
la
ira;
pero
no
dice
nunca
que
Dios
esté
airado.
Habla
del
amor
de
Dios,
y
dice
que
Dios
ama;
habla
de
la
gracia
de
Dios,
y
de
Dios
actuando
por
gracia;
habla
de

la
fidelidad
de
Dios,
y
de
que
Dios
es
fiel
con
su
pueblo...
Pero,
aunque
nos
parezca
extraño,
habla
de
la
ira
de
Dios,
pero
no
dice
nunca
que
Dios
esté
airado
o
se
aíre,
expresión
que
sí
encontramos
en
el
Antiguo
Testamento;
así
es
que
hay
una
diferencia
entre
el
amor
y
la
ira
de
Dios.

Además,

Pablo
habla
de
la
ira
de
Dios
solamente
tres
veces:
aquí,
en
Efesios
5:6
Y
en
Colosenses
3:6,
donde
habla
de
la
ira
de
Dios
que
viene
sobre
los
hijos
de
desobediencia.
Habla
a
menudo
de
la
ira,
sin
decir
que
es
la
ira
de
Dios,
como
si
debiera
escribirse
con
mayúscula
-La
Ira-,
y
fuera
una
clase
de
fuerza

impersonal
que
actúa
en
el
mundo.

La
traducción
literal
de
Romanos
3:5
es:
«..

.
Dios,
que
trae
sobre
los
hombres
la
Ira»
(R-V:
«que
da
castigo»).

En
Romanos
5:9
habla
de
ser
salvos
de
la
Ira.

En
Romanos
12:19
avisa
a
los
humanos
que
no
se
venguen,
sino
que
dejen
a
los
malhechores
para
la
Ira
(R-V
añade
«

de
Dios»).
En
Romanos
13:5
habla
de
la
Ira
como
una
razón
de
peso
para
hacer
a
los
hombres
obedientes
a
las
leyes
(R-V
«
el
castigo»).
En
Romanos
4:15
dice
que
la
Ley
produce
Ira.
Y
en
1
Tesalonicenses
1:10
dice
que
Jesús
nos
ha
librado
de
la
Ira
venida.
Ahora
bien,
aquí
hay
algo
muy
importante:
Pablo
habla,

sí,
de
la
Ira,
pero
nos
dice
que
Jesús
nos
salva
de
esa
misma
Ira.

Volvamos
a
los
profetas.
Muy
a
menudo
su
mensaje
equivale
a:
«Si
no
obedecéis
a
Dios,
su
ira
os
acarreará
ruina
y
desastre.»
Ezequiel
lo
dice
de
una
manera
lapidaria:
«
El
alma
que
pecare,
ésa
morirá»
(18:4).
Hay
un
orden
moral
en

este
mundo,
y
el
que
lo
quebranta
tiene
que
sufrir
más
tarde
o
más
temprano.
Eso
es
exactamente
lo
que
dijo
el
gran
historiador
J.
A.
Froude:
<
Hay
una
lección,
una
sola,
que
podemos
decir
que
la
Historia
repite
con
claridad;
y
es
que
el
mundo
está
basado
en
un
fundamento
moral,
y
que,
a
la
larga,
les
va

bien
a
los
buenos
Y,
a
la
larga,
les
irá
mal
a
los
malvados.»
La
esencia
del
mensaje
de
los
profetas
hebreos
es
que
hay
un
orden
moral
en
el
mundo.
La
conclusión
es
clara:
Ese
orden
social
es
la
operación
de
la
ira
de
Dios.
Dios
ha
hecho
este
mundo
de
tal
manera
que,
si
quebrantamos
sus
leyes,
sufrimos

las
consecuencias.
Ahora
bien:
si
estuviéramos
solamente
a
merced
de
ese
inexorable
orden
moral,
no
podríamos
esperar
más
que
muerte
y
destrucción.
El
mundo
está
hecho
de
tal
manera
que
el
alma
que
peque
tendrá
que
morir
-si
no
hay
más
que
ese
orden
moral.
Pero
en
este
dilema
de
la
humanidad
llega
el
amor
de
Dios,
y
en
un

acto
de
gracia
indescriptible
rescata
al
hombre
de
las
consecuencias
del
pecado
y
le
salva
de
la
ira
en
que
ha
incurrido.

Pablo
continúa
insistiendo
en
que
el
hombre
no
puede
alegar
ignorancia
de
Dios.
Puede
ver
cómo
es
por
Su
obra.
Se
puede
conocer
bastante
a
una
persona
por
lo
que
ha
hecho,
e
igualmente
a
Dios

por
Su
creación.
El
Antiguo
Testamento
ya
lo
afirma.
En
Job
38-41
se
nos
presenta
esta
n-isma
idea.
Pablo
lo
sabía;
cuando
habla
de
Dios
a
los
paganos
de
Listra,
empieza
por
Su
obra
en
la
naturaleza
(Hechos
14:17).
Tertuliano,
el
gran
teólogo
de
la
Iglesia
Primitiva,
tiene
mucho
que
decir
acerca
de
la
convicción
de
que
a
Dios
se

Le
puede
conocer
en
la
creación:
«
No
fue
la
pluma
de
Moisés
la
que
inició
el
conocimiento
del
Creador...
La
inmensa
mayoría
de
la
humanidad,
aunque
no
han
oído
nada
de
Moisés,
y
no
digamos
de
sus
libros,
conocen
al
Dios
de
Moisés.»
«La
naturaleza
es
el
maestro,
y
el
alma,
el
discípulo.»
«Una
florecilla
junto
a
la
valla,

Y
no
digo
del
jardín;
una
concha
del
mar,
Y
no
digo
una
perla;
una
pluma
de
alguna
avecilla,
no
tiene
que
ser
la
de
un
pavo
real,
¿os
dirán
acaso
que
el
Creador
es
mezquino?»

«
Si
te
ofrezco
una
rosa,
no
te
burlarás
de
su
Creador.»

En
la
creación
podemos
conocer
al
Creador.
El
argumento
de

Pablo
es
totalmente
válido:
si
observamos
el
mundo
vemos
que
el
sufrimiento
sigue
al
pecado.
Si
quebrantas
las
leyes
de
la
agricultura,
la
cosecha
no
grana;
si
las
de
la
arquitectura,
el
edificio
se
derrumba;
si
las
de
la
salud,
se
presenta
la
enfermedad.
Pablo
estaba
diciendo:
«
¡Observad
el
mundo,
y
veréis
cómo
está
construido!
Fijádonos
en
cómo
es

el
mundo,
podemos
aprender
mucho
de
cómo
es
Dios.»
El
pecador
no
tiene
disculpa.

Pablo
avanza
aún
otro
paso.
¿Qué
hace
el
pecador?
En
lugar
de
mirar
hacia
Dios,
se
mira
a
sí
mismo.
Se
enreda
en
vanas
especulaciones
y
se
cree
sabio,
cuando
en
realidad
no
es
más
que
un
necio.
¿Por
qué?
Porque
hace
de
sus

ideas,
sus
opiniones
y
sus
especulaciones,
en
lugar
de
la
voluntad
de
Dios,
el
principio
y
la
ley
de
la
vida.
La
necesidad
del
pecador
consiste
en
hacer
«
al
hombre
dueño
y
señor
de
las
cosas.»
Basa
sus
principios
en
sus
propias
opiniones
en
lugar
de
en
las
leyes
de
Dios.
Vive
en
un
universo
del
que
él
es

el
centro,
en
lugar
del
universo
del
que
el
centro
es
Dios.
En
lugar
de
caminar
con
la
mirada
fija
en
Dios,
no
se
mira
nada
más
que
a
sí
mismo
Y,
por
no
mirar
por
dónde
ni
adónde
va,
cae.

El
resultado
es
la
idolatría.
Se
cambia
la
gloria
de
Dios
por
imágenes
de
formas
humanas
Y
animales.
La
raíz
del
pecado
de
la
idolatría
es
el
egoísmo.
El
hombre
hace
un
ídolo,
le
trae
ofrendas
y
le
dirige
oraciones.
¿Por
qué?
Para
que
prosperen
sus
planes
y
sus
sueños.
Su
religión
no
tiene
en
cuenta
a
Dios,
sino

a
sí
mismo.

En
este
pasaje
nos
encontramos
cara
a
cara
con
el
hecho
de
que
la
esencia
del
pecado
es
ponernos
a
nosotros
mismos
en
el
lugar
de
Dios.

HOMBRES
CON
LOS
QUE
DIOS
NO
PUEDE
HACER
NADA

Romanos
1:24,
25

En
consecuencia,
Dios
los
ha
dejado
a
merced
de
la

inmundicia
en
el
ansia
de
placer
de
sus
corazones,
que
los
arrastra
a
deshonrar
sus
cuerpos
entre
ellos,
ya
que
han
cambiado
la
verdad
de
Dios
por
la
falsedad,
y
dan
culto
y
sirven
a
la
creación
en
vez
de
al
Creador, Que
es
bendito
para
siempre.
Amén.

La
palabra
que
traducimos
como
ansia
(epithymía),
en
R-V
concupiscencia,
es

la
clave
de
este
pasaje.
Aristóteles
definía
epithymía
como
lanzarse
tras
el
placer.
Los
estoicos,
como
lanzarse
tras
un
placer
que
desafía
toda
razón.
Clemente
de
Alejandría
lo
llamaba
un
irracional
lanzarse
hacia
lo
que
produce
placer.
Epithymía
es
el
deseo
apasionado
de
una
placer
prohibido.
Es
el
deseo
que
hace
cometer
acciones
innominables
y
vergonzosas.
Es
la
manera
de

vivir
de
una
persona
que
está
tan
inmersa
en
el
mundo
que
ya
no
tiene
a
Dios
en
cuenta
para
nada.

Es
algo
terrible
decir
que
Dios
ha
dejado
a
alguien,
se
ha
desentendido
de
él;
y
sin
embargo
hay
dos
razones
para
decirlo:

(i)
Dios
ha
dado
a
los
hombres
el
libre
albedrío,
y
se

lo
respetar.
En
último
análisis,
ni
siquiera
Él
puede
interferir
en
el
libre
albedrío.
En
Efesios
4:19
Pablo
habla
de
los
que
se
han
abandonado
a
la
lascivia,
le
han
rendido
toda
su
voluntad.
Oseas
4:17
tiene
una
frase
terrible:
<
Efraín
se
ha
entregado
a
los
ídolos.
¡Déjalo!»
Al
hombre
se
le
presenta
una
elección
libre,
y
así
tiene

que
ser.
Sin
posibilidad
de
elección
no
puede
haber
bondad,
ni
puede
haber
amor.
Una
bondad
impuesta
no
es
verdadera,
como
un
amor
impuesto
no
es
amor.
Si
los
hombres
escogen
deliberadamente
volver
la
espalda
a
Dios
después
que
El
ha
enviado
al
mundo
a
su
Hijo
Jesucristo,
ni
siquiera
El
puede
hacer
nada
para
evitarlo.

Cuando
Pablo

dice
que
Dios
entregó
a
los
hombres
a
la
inmundicia,
esa
palabra
no
contiene
airada
indignación.
Más
aún,
su
tono
principal
no
es
de
condenación
o
juicio,
sino
de
anhelo,
de
dolorido
pesar,
como
el
de
un
amante
que
ha
hecho
todo
lo
que
ha
podido
y
ya
no
puede
hacer
más.
Describe
exactamente
el
sentimiento
del
padre
que
ve

a
su
hijo
volverle
la
espalda
Y
marcharse
a
poner
distancia
por
medio.

(ii)
Y
sin
embargo
en
esta
palabra
entregar
hay
más
que
eso,
hay
juicio.
Es
uno
de
los
hechos
inexorables
de
la
vida
que,
cuanto
más
se
comete
una
mala
acción,
más
fácil
resulta
cometerla.
Tal
vez
se
empieza
con
un
cierto
temblor
por
lo

que
se
está
haciendo,
pero
se
acaba
por
hacerlo
sin
darse
uno
cuenta.
No
es
que
Dios
le
esté
castigando,
sino
que
empieza
a
atraer
el
castigo
sobre
sí
mismo,
convirtiéndose
más
y
más
en
esclavo
del
pecado.
Los
judíos
conocían
este
hecho,
y
lo
expresaban
con
ciertos
dichos:
«Todo
cumplimiento
del
deber
se
recompensa
con
otro;
y
toda
transgresión

se
castiga
con
otra.»
«
El
que
se
esfuerza
por
mantenerse
puro,
recibe
poder
para
serlo;
y
el
que
se
atreve
a
abrir
la
puerta
a
la
impureza,
acaba
por
encontrarla
siempre
abierta.»
«
El
que
levanta
una
pared
a
su
alrededor
se
queda
emparedado,
y
el
que
se
entrega
queda
entregado.»
Lo
más
terrible
del
pecado
es
su
poder

para
engendrar
pecado.
La
terrible
responsabilidad
del
libre
albedrío
es
que
puede
usarse
de
tal
manera
que
al
final
se
pierde,
y
se
llega
a
ser
esclavo
del
pecado,
abandonado
al
mal.
En
el
pecado
hay
siempre
una
mentira,
porque
el
pecador
cree
que
aquello
le
va
a
hacer
feliz,
y
al
final
arruina
la
vida,
tanto
la
propia
como

la
ajena,
en
este
mundo
Y
en
el
venidero.

LA
ERA
DE
LA
VERGÜENZA

Romanos
1:26,
27

Por
todo
esto,
Dios
los
ha
abandonado
a
pasiones
deshonrosas;
porque
sus
mujeres
cambian
la
relación
natural
por
otras
que
van
en
contra
de
lo
natural,
y
los
hombres
hacen
lo
mismo,
dejando
la
relación
natural
con

las
mujeres
e
inflamándose
de
deseos
de
unos
por
otros, llegando
a
hacerse
culpables
de
una
conducta
vergonzosa
con
otros
hombres.
De
esta
manera
reciben
dentro
de
sí
mismos
las
consecuencias
justas
e
inevitables
de
su
error.

Romanos
1:26-32
podría
parecer
la
expresión
de
un
moralista
histórico
que
estuviera
exagerando
la
situación
contemporánea
y
pintándola
con
colores
de
hipérbole

retórica.
Describe
una
situación
de
degeneración
moral
casi
sin
paralelo
en
la
Historia
universal.
Pero
Pablo
no
dice
nada
que
no
dijeran
los
escritores
griegos
y
latinos
de
su
tiempo.

(i)
Fue
una
época
en
la
que
las
cosas
parecían,
como
si
dijéramos,
fuera
de
todo
control.
Virgilio
escribió:
«
Se
confunden
el
bien
y
el
mal.
Hay
tantas
guerras
por
todo
el
mundo,
y
tantas
formas
de
mal;
ya
no
se
respetan
ni
el
arado:
los
campesinos
se
llevan
a
otro
sitio,
y
los
campos
se
pierden;
la

reja
se
endereza
para
hacer
una
espada.
En
el
Oriente,
el
Éufrates
se
está
desperzando
para
la
guerra,
y
en
el
Oeste,
Alemania.
Sí,
las
ciudades
cercanas
quebrantan
sus
alianzas
y
sacan
la
espada,
y
la
furia
salvaje
del
dios
de
la
guerra
ruge
por
todo
el
mundo,
lo
mismo
que
cuando
las
cuadrigas
del
circo
arremeten
desde
sus
compuertas

y
se
lanzan
a
la
carrera,
y
el
piloto
tensa
desesperadamente
las
riendas,
pero
tiene
que
dejar
que
los
caballos
vayan
por
donde
quieran,
fuera
de
todo
control.»

Es
un
mundo
en
el
que
la
violencia
se
ha
desbocado.
Cuando
Tácito
se
puso
a
escribir
la
historia
de
este
periodo,
dijo:
«Estoy
entrando
en
la
historia
de
un

periodo
rico
en
desastres,
tenebroso
de
guerras,
rasgado
de
sediciones,
salvaje
hasta
en
sus
momentos
de
paz...
Todo
estaba
en
un
delirio
de
odio
Y
terror;
se
sobornaba
a
los
esclavos
para
que
traicionaran
a
sus
amos,
los
libertos
a
sus
patronos.
Al
que
no
tenía
enemigos
le
destruían
sus
amigos.»
Suetonio
escribe
del
reinado
de
Tiberio:
«No
pasaba
ningún

día
sin
que
se
ejecutara
a
alguien.»
Era
una
época
de
puro
Y
absoluto
terror.
«Roma
-dice
el
historiador
Tito
Livio-no
podía
soportar,
ni
sus
males,
ni
los
remedios
que
podrían
haberlos
curado.»
El
poeta
Propertio
escribe:
«
Veo
a
Roma,
a
la
soberbia
Roma,
perecer
víctima
de
su
propia
prosperidad.»
Era
una
edad
de
suicidio
moral.
El
satírico
Juvenal

escribía:

«
La
Tierra
ya
no
produce
más
que
hombres
malos
Y
cobardes.
Por
tanto
Dios,
sea
quien
sea,
mira
hacia
abajo,
se
ríe
de
ellos
Y
los
odia.»

Para
los
pensadores
era
un
tiempo
en
el
que
todo
parecía
fuera
de
control,
en
el
que,
entre
bastidores,
se
podía
oír
la
risa
burlona
de
los
dioses.
Como

dijo
Séneca,
era
una
edad
«sacudida
por
la
agitación
de
un
alma
que
ya
no
era
dueña
de
sí
misma.»

(ii)
Era
una
época
de
lujo
desmesurado.
En
los
baños
Públicos
de
Roma
salía
el
agua
caliente
y
fría
de
grifos
de
plata.
Calígula
llegó
hasta
a
rociar
la
arena
del
circo
de
polvo
de
oro
en
lugar

de
serrín.
Juvenal
decía
con
amargura:
«
Se
cierne
sobre
Roma
un
lujo
más
despiadado
que
la
guerra...
No
hay
delito
ni
obra
de
codicia
que
falte
desde
que
Roma
acabó
con
la
pobreza.»
«
El
dinero,
nodriza
del
libertinaje...
y
la
riqueza
enervadora
socavaron
el
nervio
de
una
edad
con
su
sucio
lujo.»
Séneca
hablaba
del
«dinero,
que
arruina

el
verdadero
valor
de
las
cosas»
-y
añadía-:
«
No
preguntamos
qué
es
una
cosa,
sino
cuánto
cuesta.»
Era
una
edad
tan
harta
de
las
cosas
ordinarias
que
estaba
ávida
de
sensaciones
nuevas.
Lucrecio
habla
de
cesa
amargura
que
fluye
de
la
misma
fuente
del
placer.»
El
crimen
llegó
a
ser
el
único
antídoto
del
aburrimiento,
hasta
que,
como
dijo

Tácito,
«cuanto
mayor
la
infamia,
más
salvaje
la
delicia.»
(iii)
Era
una
edad
de
inmoralidad
sin
precedentes.
No
había
habido
ni
un
solo
caso
de
divorcio
en
los
primeros
520
años
de
la
historia
de
la
república
romana.
El
primer
romano
del
que
se
sabe
que
se
divorció
de
su
mujer
fue
Spurio
Carvilo
Ruga,
el
año
234
a.C.
Pero

Séneca
dice
de
su
tiempo
que
«
la
gente
se
casa
para
divorciarse
y
se
divorcia
para
casarse.»
Matronas
romanas
de
alcurnia
contaban
los
años
por
los
nombres
de
sus
maridos
en
lugar
de
los
nombres
de
los
cónsules,
que
era
la
manera
oficial
de
fechar.
Juvenal
no
podía
creer
que
fuera
posible
tener
la
suerte
de
encontrar
una
matrona

de
impoluta
castidad.
Clemente
de
Alejandría
habla
de
la
típica
dama
de
la
sociedad
romana
«ceñida
como
Venus
con
el
cinto
dorado
del
vicio.»
Juvenal
escribía:
«¿Le
bastaría
a
Iberina
con
un
solo
marido?
¡Más
contenta
estaría
si
no
tuviera
más
que
un
ojo!»
Cita
el
caso
de
una
mujer
que
había
tenido
ocho
maridos
en
cinco
años,
y
el

increíble
de
la
emperatriz
Agripina,
esposa
de
Claudio,
que
solía
salir
del
palacio
por
las
noches
para
servir
voluntariamente
en
un
burdel
por
puro
vicio.
«Dan
señales
de
un
espíritu
impávido
en
todo
lo
que
se
rebajan
a
acometer.»
No
hay
nada
de
lo
que
dijo
Pablo
del
mundo
pagano
que
no
hubieran
dicho
sus
mismos
moralistas.
Y
el
vicio

no
se
limitaba
a
las
manifestaciones
más
crudas
y
animales.
La
sociedad
estaba
contaminada
de
arriba
abajo
con
vicios
contra
naturaleza.
Catorce
de
los
primeros
quince
emperadores
romanos
eran
homosexuales.
Lejos
de
cargar
las
tintas,
Pablo
se
contuvo
en
su
descripción
de
Roma,
y
era
allí
donde
anhelaba
predicar
el
Evangelio
del
que
estaba
orgullosa.
El
mundo
necesitaba
un
poder

capaz
de
producir
Salvación,
y
Pablo
sabía
que
ese
poder
no
existía
nada
más
que
en
Cristo.

LA
VIDA
QUE
HA
PRESCINDIDO
'
TOTALMENTE
DE
DIOS

Romanos
1:28-32

De
la
misma
manera
que
se
han
entregado
a
una
forma
de
conocimiento
que
rechaza
la
idea
de
Dios,
Dios
también
los
ha
entregado
a
la

clase
de
mentalidad
que
todos
rechazan.
El
resultado
es
que
hacen
cosas
indignas
de
un
ser
humano.
Están
repletos
de
toda
maldad,
villanía,
ansia
de
poseer,
depravación.
Están
llenos
de
envidia,
asesinato,
contienda,
falsedad,
y
del
espíritu
que
atribuye
siempre
lo
peor.
Son
chismosos
y
criticones,
aborrecedores
de
Dios.
Son
personas
insolentes,
arrogantes,
fanfarronas,
inventoras
de
males,
desobedientes
a
los

padres,
insensatas,
gente
sin
palabra,
sin
afecto
natural,
despiadados.
Son
la
clase
de
personas
que
saben
perfectamente
que
los
que
hacen
tales
cosas
merecen
la
muerte,
y
sin
embargo
no
sólo
las
hacen,
sino
también
dan
su
aprobación
a
dos
que
las
hacen.

Sería
difícil
encontrar
un
pasaje
que
nos
presentara
con
más
claridad
lo
que
le
sucede
a
la
persona
que
no
tiene
en
cuenta

、
a
Dios.
No
es
tanto
que
Dios
le
envía
el
juicio
como
que
esa
persona
se
lo
atrae
sobre
sí
al
dejar
a
Dios
fuera
de
su
esquema
de
las
cosas.
Cuando
uno

destierra
a
Dios
de
su
vida
se
convierte
en
cierta
clase
de
persona,
y
en
este
pasaje
tenemos
una
de
las
descripciones
más
terribles
de
ninguna
literatura
de
la
clase
de
persona
que
llega
a
ser.
Veamos
el
catálogo
de
cosas
horri-
bles
que
entran
en
la
vida
sin
Dios.

Tales
personas
hacen
cosas
que
son
impropias
de

un
ser
humano.
Los
estoicos
tenían
una
expresión:
llamaban
kathékonta
a
lo
que
es
propio
de
una
persona.
Ciertas
cosas
son
esencial
e
inherentemente
parte
de
la
humanidad,
y
otras
no.
Como
dice
Shakespeare
en
Macbeth:

Osaré
hacer
todo
lo
que
compete
a
un
hombre;
El
que
pretende
hacer
más,
no
lo
es.

El
que
destierra

a
Dios
no
pierde
sólo
la
piedad;
pierde
también
la
humanidad.

A
continuación
viene
una
larga
lista
de
cosas
terribles.
Vamos
a
considerarlas
una
por
una.

(a)
Maldad
(adikía).
Adikía
es
precisamente
lo
contrario
de
dikaiosyné,
que
quiere
decir
justicia,
integridad;
y
los
griegos
definían
la
justicia
como
darle
a
Dios
y
al
hombre
lo
que
les
es

debido.
El
malvado
es
el
que
despoja
de
sus
derechos
al
hombre
Y
a
Dios.
Se
ha
erigido
un
altar
a
sí
mismo
en
el
centro
de
todo,
de
manera
que
se
rinda
culto
a
sí
mismo
excluyendo
a
Dios
Y
al
hombre.
(b)
Villanía
(ponería).
La
palabra
griega
quiere
decir
más
que
maldad.
Hay
una
clase
de
maldad
que,

por
lo
general,
no
hace
daño
nada
más
que
al
que
la
tiene.
No
es
una
maldad
transitiva.
Cuando
perjudica
a
otras
personas,
como
es
natural
que
suceda
con
la
maldad,
no
lo
hace
intencionadamente.
Puede
ser
insensatamente
cruel,
pero
no
tiene
una
crueldad
encallecida.
Pero
los
griegos
definían
ponería
como
el
deseo
de
hacer
daño.
Es
la
voluntad
activa

e
intencionada
de
corromper
y
de
infligir
una
injuria.
Cuando
los
griegos
definían
a
una
mujer
como
ponerá
querían
decir
que
seducía
deliberadamente
a
los
inocentes.
Uno
de
los
títulos
más
corrientes
de
Satanás
en
griego
es
ho
ponerós,
el
malvado,
el
que
ataca
a
propósito
la
bondad
para
destruirla.
Ponerós
describe
al
hombre
que
no
sólo
es
malo,
sino

que
quiere
hacer
a
los
demás
tan
malos
como
él.
Ponería
es
una
maldad
destruktiva.

(c)
El
ansia
de
poseer
(pleonexía).

La
palabra
griega
es
compuesta
de
otras
dos
que
quieren
decir
tener
más.

Los
mismos
griegos
definían
pleonexía
como
un
maldito
amor
a
tener.

Es
un
vicio
agresivo.

Se
ha
descrito
como
el
espíritu
que
persigue
el
interés
propio

sin
tener
en
absoluto
en
cuenta
los
derechos
de
los
demás,
y
hasta
sin
la
menor
consideración
para
con
la
común
humanidad.
Su
característica
es
la
rapacidad.
Teodoreto,
el
prolífico
teólogo
sirio
del
siglo
V,
lo
describe
como
el
espíritu
que
se
apropia
y
retiene
cosas
a
las
que
no
tiene
ningún
derecho.
Puede
operar
en
cualquier
esfera
de
la

vida:
en
cuanto
a
cosas
materiales
quiere
decir
apropiarse
de
dinero
y
bienes
sin
respeto
ni
honradez;
en
la
esfera
ética
se
refiere
a
la
ambición
que
lo
pisotea
todo
para
ganar
algo
que
no
le
corresponde;
en
la
esfera
moral
indica
la
concupiscencia
incontrolada
que
encuentra
placer
donde
no
tiene
ningún
derecho.
La
pleonexía
es
el
deseo
que
no

respetar
ninguna
ley.

(d)
La
depravación
(kakía).
Kakía
es
la
palabra
griega
más
general
para
maldad.
Describe
la
situación
del
que
está
despro-
visto
de
toda
cualidad
positiva.
Por
ejemplo,
un
kakós
krités
es
un
juez
que
no
tiene
ningún
respeto
a
las
leyes,
ni
tampoco
el
menor
sentido
moral
ni
la
rectitud
de
carácter
que
no
pueden

faltar
en
un
buen
juez.
Teodoreto
describe
esta
condición
como
«la
tendencia
del
alma
a
lo
peor.»
La
palabra
que
usa
para
tendencia
es
ropé,
que
quiere
decir
la
inclinación
de
la
balanza.
Un
hombre
que
es
kakós
es
el
que
siempre
tiende
hacia
lo
peor.
Kakía
se
ha
descrito
acertadamente
como
la
depravación
total
que
incluye
todos
los
vicios

e
introduce
todos
los
pecados.
Es
la
degeneración
de
la
que
crecen
y
en
la
que
florecen
todos
los
pecados.
(e)
Envidia
(fthonos).
Hay
envidia
buena
y
mala.
Existe
una
envidia
que
le
revela
a
una
persona
sus
debilidades
e
incapa-
cidades,
y
la
predispone
a
seguir
buenos
ejemplos;
y
existe
otra
que
sencillamente
se
entristece
por
el
bien
ajeno

Y,
si
lo
desea
para
sí,
tendría
que
ser
sin
que
le
costara
el
menor
esfuerzo,
aunque,
como
dice
el
poeta,
a
veces
puede
llegar
hasta
el
crimen:
La
envidia
de
la
virtud
-hizo
a
Caín
criminal.
¡Gloria
a
Caín!
Hoy
el
vicio
-es
lo
que
se
envidia
más.

Es
la
más
destruktiva
Y
retorcida
de
las
emociones

humanas.
(f)
Asesinato
(fonos).
Debemos
tener
presente
siempre
que
Jesús
amplió
inconmensurablemente
el
sentido
de
esta
palabra
cuando
enseñó
que
no
son
solamente
los
actos
de
violencia
los
que
debemos
evitar,
sino
también
el
espíritu
de
odio
y
de
ira
(Mateo
5:21
ss).
Debemos
desterrar
de
nuestro
corazón
toda
malquerencia
o
desprecio
hacia
otras
personas.
Tal
vez
no
hayamos
golpeado

nunca
a
nadie;
pero,
¿podemos
decir
que
no
le
hemos
deseado
nunca
el
mal?
Como
decía
Tomás
de
Aquino
hace
mucho
tiempo:
«El
hombre
mira
los
hechos;
pero
Dios
ve
las
intenciones.»

(g)
Contienda
(eris).
Indica
la
rivalidad
que
nace
de
la
envidia,
de
la
ambición,
del
deseo
de
prestigio,
puestos
Y
superioridad.
Si
nos
limpiamos
de
los
celos
ya
hemos
hecho
algo
para
librarnos
de
muchas
peleas
Y
contiendas.
Es
un
don
de
Dios
el
ser
capaces
de
experimentar
tanto
placer
ante
el
éxito
de
los
otros
como
ante
el

nuestro.
(h)
Falsedad
(dolos).
Como
mejor
comprendemos
el
sentido
de
esta
palabra
es
a
partir
del
verbo
correspondiente,
dolún.
Dolún
quiere
decir
corrientemente
mezclar
un
metal
precioso
con
otro
de
menos
valor,
o
aguar
el
vino.
Dolos
es
falsedad;
describe
la
cualidad
de
la
persona
de
inteligencia
tortuosa
y
retorcida,
que
no
sabe
actuar
con
rectitud
y
que
se
escora

hacia
métodos
astutos
y
disimulados
para
salirse
con
la
suya;
que
siempre
actúa
con
segundas.
Describe
la
cualidad
del
intrigante
nato
que
se
encuentra
en
todas
las
comunidades
y
sociedades.
(i)
El
espíritu
que
atribuye
siempre
lo
peor
(kakoétheía).
Kakoétheía
quiere
decir
literalmente
de
mala
naturaleza.
En
el
sentido
más
amplio
quiere
decir
malignidad.
Aristóteles
lo
definía
en
un
sentido

más
restringido
que
siempre
ha
conservado.
Decía
que
era
«
el
espíritu
que
siempre
piensa
lo
peor
de
los
demás.»
Plinio
lo
llamaba
«malignidad
en
la
interpretación.»
Jeremy
Taylor
decía
que
es
«la
bajeza
de
la
naturaleza
que
nos
hace
tomarlo
todo
por
el
lado
malo,
y
atribuirle
a
todo
la
peor
intención.»
Puede
que
este
sea
el
más
corriente

de
todos
los
pecados,
el
que
se
recomienda
en
el
horrible
dicho
español:
«Piensa
mal,
y
acertarás.»
Es
terrible
pensar
en
la
cantidad
de
reputaciones
que
se
han
asesinado
mientras
se
tomaban
unas
cañas
o
unos
cafés,
cuando
se
ha
atribuido
la
peor
intención
a
una
acción
completamente
inocente.
Cuando
nos
den
ganas
de
hacerlo,
debemos
recordar
que
Dios
oye

Y
recuerda
cada
palabra
que
decimos.

(j)
Chismosos
Y
criticones
(psithyristés
Y
katálalos).
Estas
dos
palabras
describen
a
los
de
lengua
de
víbora;
pero
hay
diferencia
entre
ellas.
Katálalos,
denigrante,
describe
al
que
va
pregonando
sus
maledicencias
por
todas
partes,
al
que
hace
sus
críticas
Y
cuenta
sus
cuentos
abiertamente.
Psithyristés
describe
al
que
cuenta
sus
historias
al

oído,
llevándose
a
su
interlocutor
a
un
rincón
para
susurrarle
una
confidencia
que
destruye
un
carácter.

Los
dos
son
malos;
pero
el
confidente
es
el
peor.

Uno
puede
por
lo
menos
defenderse
de
una
acusación
pública;
pero
es
impotente
frente
al
cuchicheo
confidencial
que
se
deleita
en
destruir
reputaciones.

(k)
Aborrecedores
de
Dios
(theostygués).
Esta
palabra
describe
al
que
odia

a
Dios
porque
sabe
que
Le
está
desafiando.
Dios
es
la
barrera
que
se
interpone
entre
él
Y
sus
placeres,
la
cadena
que
lé
impide
hacer
lo
que
le
dé
la
gana.
De
buena
gana
eliminaría
a
Dios
si
pudiera,
porque
el
mejor
de
todos
los
mundos
posibles
sería
para
él
uno
en
el
que
su
vicio
no
tuviera
cortapisas.

(1)
Personas
insolentes
(hybristés).
Hybris
era
para
los
griegos
el
vicio
que
más
atraía
su
propia
destrucción
a
manos
de
los
dioses.
-Representa
dos
líneas
de
pensamiento:
(i)
Describe
el
espíritu
de
la
persona
que
desafía
a
Dios
movidada
por
el
orgullo;
la
soberbia
insolente
que
precede
a
la
caída.
La
criatura
humana
se
olvida
de
su
criaturidad.
Es
el

espíritu
del
que
está
tan
confiado
en
su
riqueza,
poder
y
habilidad,
que
cree
que
no
tiene
que
depender
de
nadie.
(ii)
Describe
a
la
persona
que
es
desenfrenada
y
sádicamente
cruel
e
injuriosa.
Aristóteles
lo
describe
como
el
espíritu
que
hiere
y
ofende
a
los
demás,
no
por
venganza
ni
para
obtener
ninguna
ventaja,
sino
simplemente
por
el
placer

de
hacer
daño.
Hay
personas
que
disfrutan
viendo
a
uno
estremecerse
al
oír
una
palabra
cruel.
Hay
personas
que
sienten
un
placer
diabólico
al
infligirle
a
otros
un
dolor
mental
o
físico.
Eso
es
hybris.
Es
el
sadismo
que
se
deleita
haciendo
daño
a
los
demás
solamente
por
hacer
daño.
(m)
Personas
arrogantes
(hyperéfanos).
Esta
es
una
palabra
que
se

usa
tres
veces
en
la
Escritura
cuando
se
dice
que
«Dios
resiste
a
los
soberbios»
(Proverbios
3:34;
Santiago
4:6;
1
Pedro
5:5).
Teofilacto
lo
llamaba
«
la
cumbre
de
todos
los
pecados.»
Teofrasto,
filósofo
griego
que
escribió
una
serie
de
bocetos
de
caracteres,
definía
hyperéfanía
como
«un
profundo
desprecio
por
todo
lo
que
no
sea
uno
mismo»,
y
señala
las

cosas
de
la
vida
diaria
que
son
señales
de
esta
arrogancia:
cuando
se
le
pide
a
uno
que
accepte
un
cargo
Y
rehúsa
porque
dice
que
no
tiene
tiempo
para
esas
cosas;
nunca
dirige
la
mirada
a
nadie
en
la
calle
a
menos
que
le
produzca
algún
placer;
invita
a
comer
a
una
persona
y
luego
no
aparece
él,
y

le
manda
a
un
esclavo
para
que
le
haga
compañía.
Está
rodeado
de
una
atmósfera
de
desprecio,
y
se
complace
en
hacer
que
los
demás
se
sientan
insignificantes.
(n)
Fanfarrones
(alazón).
Alazón
es
una
palabra
que
tiene
una
historia
interesante.
Literalmente
quiere
decir
vagabundo.
De
ahí
pasó
a
designar
a
charlatanes
ambulantes
que
presumen
de
haber
realizado
curas
extraordinarias,
o

quincalleros
que
aseguran
que
sus
quincallas
tienen
propiedades
maravillosas.

Los
griegos
definían
alazonía
como
el
espíritu
que
pretende
tener
lo
que
no
tiene.

Jenofonte
decía
que
se
da
este
nombre
a
los
que
presumen
de
ser
más
ricos
o
más
valientes
de
lo
que
son,
y
se
comprometen
a
hacer
para
obtener
alguna
ganancia
o
provecho
lo
que
no
son

capaces
de
hacer.
Teofrasto
tiene
aquí
también
un
estudio
de
una
persona
así:
el
presumido,
el
esnob.
Es
la
clase
de
persona
que
pretende
tener
negocios,
estar
en
relación
con
gente
importante,
haber
hecho
obras
de
caridad
y
haber
prestado
servicios
públicos
que
no
existen
más
que
en
su
imaginación.
Dice
que
su
casa
es
demasiado
pequeña
para
él/ella,
y

que
tiene
que
comprarse
otra
mayor.
La
persona
presumida
sólo
pretende
impresionar
a
las
demás,
y
quedan
muchas
de
las
tales
en
el
mundo.

(ñ)
Inventores
de
males
(efeuretés
kakón).

La
frase
describe
a
la
persona
que,
digamos,
no
tiene
bastante
con
las
maneras
ordinarias
y
corrientes
de
pecar,
sino
que
descubre
o
inventa

vicios
nuevos
y
recónditos,

porque
ya
está
hastada
y
anda
buscando
nuevas
emociones
en
nuevos
pecados.

(o)
Desobedientes
a
los
padres
(goneúsin
apeithés).
Tanto
los
judíos
como
los
romanos
colocaban
la
obediencia
a
los
padres
muy
alta
en
la
escala
de
las
virtudes.
Era
uno
de
los
Diez
Mandamientos
el
respetar
a
los
padres.
En
los
primeros
tiempos
de
la
República
Romana,
la
patria
potestas
-es
decir,
la
autoridad
paterna-era
tan
absoluta
que
el
padre

tenía
poder
de
vida
o
muerte
sobre
su
familia.
La
razón
para
incluir
aquí
este
pecado
es
que,
una
vez
que
se
relajan
los
lazos
familiares,
se
produce
una
degeneración
total
en
cadena.
(p)
Insensatos
(asynetos).
Esta
palabra
describe
a
la
persona
que
carece
de
sentido
común,
que
no
aprende
por
experiencia,
que
se
niega
a
usar
la
cabeza
que

Dios
le
ha
dado.
(q)
Que
no
tienen
palabra
(asyntetos).
Esto
sería
especialmente
grave
para
los
romanos;
porque,
en
los
buenos
tiempos
de
la
historia
de
Roma,
la
honestad
era
clave
e
importantísima.
La
palabra
de
un
hombre
era
suficiente
garantía.
En
realidad,
en
eso
se
distinguían
los
romanos
de
los
griegos,
que
eran
unos
tramposos
redomados.
Los
griegos
decían

que
si
se
le
confiaba
un
talento
-una
suma
importante
de
dinero-a
un
gobernador
o
a
un
funcionario,
aunque
estuvieran
presentes
diez
secretarios
o
contables,
ya
se
las
arreglaría
para
hacer
un
desfalco;
mientras
que
un
romano,
ya
fuera
un
magistrado
en
su
jurisdicción
o
un
general
en
una
campaña,
podía
hacerse
cargo
de
miles
de
talentos
con
la
sola

garantía
de
su
palabra,
sin
que
faltara
luego
ni
una
blanca.
Al
usar
esta
palabra,
Pablo
estaba
recordándoles
a
los
romanos
no
sólo
la
ética
cristiana,
sino
los
principios
de
honestad
de
sus
mejores
días
como
nación.
(r)
Sin
afecto
natural
(ástorgos).
Storgué
era
la
palabra
griega
para
el
amor
de
la
familia.
Es
verdad
que
el
amor
de
la

familia
estaba
desapareciendo
en
aquella
época.
Nunca
ha
sido
la
vida
de
un
niño
tan
precaria
como
entonces.
Los
hijos
se
consideraban
una
desgracia.
Cuando
nacía
un
bebé,
se
le
ponía
a
los
pies
de
su
padre:
si
le
levantaba,
eso
quería
decir
que
le
reconocía;
pero
si
se
marchaba
dejándole
ahí,
se
le
echaba
a
la
basura
literalmente.
Todas

las
noches
había
treinta
o
cuarenta
bebés
abandonados
en
el
foro
romano.
Hasta
Séneca,
que
fue
un
gran
hombre
en
muchos
sentidos,
escribía:
«Matamos
a
un
perro
rabioso;
sacrificamos
a
un
toro
acorneados;
aplicamos
el
cuchillo
a
las
reses
enfermas
para
que
no
contaminen
el
rebaño;
a
los
bebés
que
nacen
deformes
o
débiles, los
ahogamos.»
Los
lazos
de
amor
humano

estaban
desapareciendo.

(s)

Despiadados
(aneleémón).

Nunca
ha
tenido
menos
valor
la
vida
humana.

Un
amo
podía
matar
o
torturar
a
un
esclavo
si
quería;

al
fin
y
al
cabo
no
era
más
que
una
cosa,

y
la
ley
le
concedía
al
amo
un
poder
ilimitado
sobre
el
esclavo.

Una
vez,
en
una
casa
de
lujo,
un
esclavo
que
llevaba
una

bandeja
de
copas
de
cristal
tropezó,
y
se
le
cayó
una;
inmediatamente
el
amo
hizo
que
echaran
al
esclavo
en
un
estanque
que
estaba
lleno
de
voraces
lampreas
que
se
le
comieron
vivo.
Era
una
época
despiadada
en
sus
mismos
placeres,
la
de
las
luchas
de
gladiadores
que
le
encantaba
presenciar
a
la
gente
para
ver
cómo
se
mataban.
Era

una
época
en
la
que
se
desconocía
la
compasión.

(t)

Pablo
termina
su
catálogo
de
vicios
diciendo
que
aquella
gente
había
desterrado
de
su
vida

a
Dios.

Sucede

a
menudo

que
una
persona
sabe

que
es
pecadora,

y
que
está

mal
lo
que
hace,

y
lo
reprocha
en
los
demás.

Pero
en
aquel
tiempo,
la
gente
había
llegado

a
tal

grado
de
maldad
que
no
le
daba
ninguna
importancia
Y
animaba
a
otros
a
que
hicieran
lo
mismo.
George
Bernard
Shaw
dijo
una
vez:
«
No
hay
nación
que
sobreviva
a
la
pérdida
de
sus
dioses.»
Aquí
nos
da
Pablo
una
descripción
terrible
de
lo
que
pasa
cuando
desterramos
deliberadamente
a
Dios
de
nuestra
vida.
A
su
debido
tiempo,
Roma

pereció.
El
desastre
sigue
irremisiblemente
a
la
degeneración.
LA
RESPONSABILIDAD
DEL
PRIVILEGIO

Romanos
2:1-11

Así
que
tú,
hombre,
que
juzgas
a
los
demás,
tampoco
tienes
defensa.
Cuando
juzgas
a
otros
te
condenas
a
ti
mismo;
porque, aunque
te
eriges
en
juez, haces
lo
mismo
que
todos.
Sabemos
que
los
que
hacen
ciertas
cosas
están
bajo
el
juicio
de

Dios,
que
no
se
basa
más
que
en
la
realidad.
¿Estás
haciéndote
la
cuenta,
hombre,
tú
que
te
pones
de
juez
de
los
que
hacen
esas
cosas,
que
tú
también
haces,
de
que
vas
a
escapar
de
la
sentencia
condenatoria
de
Dios?
¿O
es
que
tratas
con
ligereza
la
riqueza
de
su
amabilidad
y
aguante
y
paciencia, sin
querer
darte
cuenta

de
que
lo
que
pretende
la
amabi-
lidad
de
Dios
es
conducirte
al
arrepentimiento?
Lo
que
haces
con
tu
insensatez
Y
con
tu
corazón
impenitente
es
almacenar
ira
para
el
día
de
la
ira
Y
de
la
manifestación
del
justo
juicio
de
Dios,
que
ajustará
las
cuentas
a
todas
las
personas
según
sus
obras.
A
los
que
buscan
gloria
Y

honor
e
inmortalidad
con
constantes
buenas
obras,
les
asignará
la
vida
eterna.
Pero
los
que
estuvieron
dominados
por
la
ambición,
fueron
desobedientes
a
la
verdad
Y
obedientes
al
mal,
para
ellos
habrá
ira
e
indignación,
tribulación
Y
aflicción.
Estas
son
las
cosas
que
sobrevendrán
a
todas
las
almas
humanas
que
obran
el
mal,
el
alma
de
los
judíos
en
primer

lugar
y
también
de
los
griegos;
pero
gloria
y
honor
y
paz
serán
la
porción
de
todos
los
que
obran
el
bien,
el
judío
en
primer
lugar
y
también
el
griego,
porque
Dios
no
hace
discriminaciones.

En
este
pasaje
Pablo
se
dirige
concretamente
a
los
judíos.
Su
pensamiento
se
desarrolla
de
la
manera
siguiente..
En
el
pasaje
anterior,

Pablo
ha
descrito
con
los
colores
más
sombrios
el
mundo
pagano,
que
se
encontraba
bajo
la
condenación
de

Dios.
Los
judíos
estarían
totalmente
de
acuerdo
con
todos
los
términos
de
esa
condenación;
pero
no
considerarían
ni
por
un
momento
que
ellos
se
encontraban
en
la
misma
situación.
Creían
que
ocupaban
una
posición
privilegiada,
porque
Dios
podría
ser
el
Juez
de
los
paganos,
pero
era
el
Protector
especial
de
los
judíos.
Aquí
Pablo
les
dice
a
los
judíos

que
son
tan
pecadores
como
los
gentiles,
y
que
al
condenar
a
los
gentiles
se
están
condenando
a
sí
mismos;
porque
Dios
los
juzgará,
no
sobre
la
base
de
su
herencia
racial,
sino
por
la
clase
de
vida
que
viven.

Los
judíos
siempre
se
consideraban
en
una
posición
especialmente
privilegiada
con
Dios.
«Dios
decían-no
ama
más
que
a

Israel
entre
todas
las
naciones
del
mundo.»
«Dios
juzgará
a
los
gentiles
con
una
medida,
y
a
los
judíos
con
otra.»
«Todos
los
israelitas
tendrán
parte
en
el
mundo
venidero.»
«
Abraham
se
sienta
delante
de
la
puerta
del
infierno,
y
no
deja
entrar
a
ningún
israelita
por
malo
que
sea.»
Cuando
Justino
Mártir
estaba
discutiendo
con
un
judío
acerca

de
la
posición
de
los
judíos
en
el
Diálogo
con
Trifón, el
judío
decía:
«Los
que
son
descendientes
de
Abraham
por
naturaleza
participarán
del
Reino
eterno
aunque
sean
pecadores
e
incrédulos
y
desobedientes
a
Dios.»
El
autor
del
Libro
de
la
Sabiduría,
comparando
la
actitud
de
Dios
hacia
los
gentiles
y
los
judíos,
dice:
«Porque
a
éstos
probaste
enseñándoles
como
padre;

mas
a
los
otros,
como
severo
rey,
condenándolos
los
pusiste
en
tormento»
(11:9,
Biblia
del
Oso).
«Así
que
cuando
a
nosotros
castigas,
mil
veces
más
azotas
a
nuestros
enemigos»
(12:22,
ídem).
Los
judíos
creían
que
todos
tendrían
que
pasar
por
el
juicio
menos
ellos;
y
que
se
librarían
de
la
ira
de
Dios,
aunque
no
fueran
mejores
que
los
demás,

simplemente
por
ser
judíos.
Para
salir
al
paso
de
esta
situación,
Pablo
les
recuerda
cuatro
cosas
a
los
judíos.

(i)
Les
dice
claramente
que
están
comerciendo
con
la
misericordia
de
Dios.
En
el
versículo
4
usa
tres
grandes
palabras.
Les
pregunta:
«
¿No
será
que
estáis
abaratando
la
riqueza
de
su
amabilidad
y
aguante
y
paciencia?»
Vamos
a

fijarnos
en
estas
tres
grandes
palabras.
(a)
Amabilidad
(jréstótés).
(R-V
benignidad).
Trench
dice:
«Es
una
hermosa
palabra,
Y
expresa
una
idea
hermosa.»
En
griego
hay
dos
palabras
para
bueno:
son
agathós
Y
jréstós.
Tienen
matices
diferentes.
La
bondad
de
uno
que
es
agathós
puede
desembocar
en
reprensión,
disciplina
Y
castigo;
pero
la
bondad
de
uno
que
es
jréstós
es
siempre

esencialmente
amable.
Jesús
fue
agathós
cuando
echó
del
Templo
a
los
cambistas
Y
a
los
vendedores
de
palomas
con
una
ira
al
rojo
vivo;
pero
fue
jréstós
cuando
trató
a
la
mujer
pecadora
que
le
ungió
los
pies
Y
a
la
que
había
sido
sorprendida
en
adulterio
(Lucas
7
Y
Juan
8) .
Lo
que
Pablo
dice
realmente
es:
«Vosotros,
judíos,

estáis
sencillamente
tratando
de
sacar
ventaja
de
la
gran
amabilidad
de
Dios.»

(b)
Aguante
(anojé).
(R-V
paciencia).
Anojé
es
la
palabra
para
tregua.
Es
verdad
que
quiere
decir
cese
de
hostilidades,
pero
que
tiene
un
límite.
Pablo
les
está
diciendo
a
los
judíos
en
realidad:
«Creéis
que
estáis
a
salvo
porque
no
os
ha
caído
todavía
el
juicio

de
Dios;
pero
lo
que
Dios
os
está
dando
no
es
carte
blanche
para
pecar,
sino
una
oportunidad
para
arrepentiros
Y
enmendaros.»
Nadie
puede
seguir
ofendiendo
a
Dios
impunemente
por
tiempo
indefinido.

(c)
Paciencia
(makrothymía).
(R-V
longanimidad).
Makrothymía
es
una
palabra
que
indica
expresamente
paciencia
con
las
personas.
Crisóstomo
la
definía
como
la
cualidad
del
que
se
puede
vengar
y

escoge
deliberadamente
no
hacerlo.
Pablo
les
está
diciendo
a
los
judíos:
«
No
penséis
que
si
Dios
no
os
castiga
es
porque
no
puede.
El
que
Su
castigo
no
siga
inmediatamente
al
pecado
no
es
una
señal
de
impotencia,
sino
de
paciencia.
Le
debéis
vuestra
vida
a
la
paciencia
de
Dios.»
Un
gran
comentarista
ha
dicho
que
casi
todos
tenemos

«una
vaga
e
indefinida
esperanza
en
la
impunidad»,
algo
así
como
decirse:
«
No
me
pasará
nada.»
Los
judíos
llegaban
todavía
más
lejos:
Se
atribuían
abiertamente
estar
exentos
del
juicio
de
Dios.
Jugaban
con
Su
misericordia,
lo
mismo
que
siguen
haciendo
muchas
personas
todavía.

(ii)
Pablo
les
decía
a
los
judíos
que
estaban
tomando
la
misericordia
de
Dios

como
una
invitación
a
pecar
más
que
como
un
incentivo
a
arrepentirse.
Fue
Heine
el
que
hizo
una
famosa
Y
cínica
afirmación.
No
cabe
duda
de
que
no
le
preocupaba
el
otro
mundo.
Le
preguntaron
por
qué
estaba
tan
confiado,
Y
contestó:
<
Dios
me
perdonará.»
Y
cuando
le
preguntaron
que
cómo
estaba
tan
seguro,
contestó:
«C'est
son
métier»,
<

Para
eso
está.»
Considerémoslo
en
términos
humanos:
hay
dos
actitudes
ante
el
perdón
humano.
Supongamos
que
un
joven
hace
algo
vergonzoso,
que
les
produce
tristeza
y
dolor
a
sus
padres,
y
supongamos
que
se
le
perdona
totalmente
por
amor,
y
aquello
se
olvida.
Puede
hacer
una
de
dos
cosas:
puede
ir
y
hacer
lo
mismo
otra
vez,
asumiendo
que
se

le
perdonará
otra
vez;
o
puede
sentirse
movido
a
un
agradecimiento
tan
grande
por
el
generoso
perdón
que
ha
recibido,
que
pasa
la
vida
tratando
de
ser
digno
de
él.
Una
de
las
cosas
más
vergonzosas
del
mundo
es
el
tomar
el
perdón
que
ha
inspirado
el
amor
como
excusa
para
seguir
pecando.
Eso
era
lo
que
estaban
haciendo
los

judíos.
Y
eso
es
lo
que
sigue
haciendo
mucho
gente.
La
misericordia
y
el
amor
de
Dios
no
han
de
hacernos
pensar
que
podemos
pecar
porque
no
nos
pasará
nada;
sino
quebrantarnos
el
corazón
de
tal
manera
que
procuremos
no
pecar
nunca
más.
(iii)
Pablo
insiste
en
que
no
hay
nación
que
sea
más
favorecida
que
las
demás
en
la

economía
divina.
Puede
que
haya
naciones
a
las
que
se
les
asigne
una
tarea
o
una
responsabilidad
especiales,
pero
ninguna
a
la
que
se
le
asigne
un
privilegio
o
una
consideración
especiales.
Puede
que
sea
verdad
lo
que
dijo
Milton
de
que,
«Cuando
Dios
tiene
una
gran
obra,
se
la
encarga
a
Sus
ingleses»;
pero
se
tratará
de
una
gran

obra,
no
de
un
gran
privilegio.
Toda
la
religión
judía
se
basaba
en
la
convicción
de
que
los
judíos
ocupaban
una
posición
privilegiada
y
favorecida
a
los
ojos
de
Dios.
Puede
que
consideremos
que
esa
es
una
actitud
del
pasado;
pero,
¿lo
es?
¿Es
que
no
existe
la
barrera
del
color?
¿Es
que
ya
no
se
da
tal
cosa
como

el
sentimiento
de

superioridad
sobre
los
que
llamaba
Kipling
«las
castas
inferiores
fuera
de
la
ley»?
Esto
no
es
decir
que
todas
las
naciones
tengan
el
mismo
talento;
pero
sí
que
las
más
avanzadas
no
deberían
mirar
por
encima
del
hombro
a
las
otras,
sino
ayudarlas
a
avanzar.

(iv)
Este
es
el
pasaje
de
Pablo
que
deberíamos
estudiar
más
a

fondo
para
comprender
exactamente
lo
que
él
pensaba;
porque
muchas
veces
se
dice
que
a
Pablo
lo
único
que
le
importaba
era
la
fe;
Y
se
suele
marginar
despectivamente
como
ajena
al
Nuevo
Testamento
una
religión
que
haga
hincapié
en
la
importancia
de
las
obras.
Nada
más
lejos
de
la
verdad.
«Dios
-decía
Pablo-
tratará
a
cada
uno
según
sus

obras.»
Para
Pablo,
una
fe
que
no
producía
obras
era
una
fe
de
pega,
o
no
era
fe
ni
era
nada.
Él
habría
dicho
que
sólo
se
puede
ver
la
fe
de
alguien
en
sus
obras.
Una
de
las
tendencias
religiosas
más
peligrosas
es
hablar
de
la
fe
y
las
obras
como
si
fueran
cosas
diferentes.
No
hay
tal
cosa

como
una
fe
que
no
produce
obras,
ni
obras
que
no
sean
el
resultado
de
la
fe.
La
fe
y
las
obras
van
inseparablemente
unidas.
¿Cómo
va
a
poder
juzgar
Diosa
nadie
fuera
de
sus
obras?
No
podemos
decir
cómodamente:
«Yo
tengo
fe»,
y
dejarlo
ahí.
Nuestra
fe
tiene
que
producir
obras,
porque
es
por
las
obras
por
lo
que

somos
aceptados
o
condenados.
LA
LEY
QUE
NO
ESTÁ
ESCRITA

Romanos
2:12-16

Cuantos
han
pecado
fuera
de
la
Ley, perecerán
fuera
de
la
Ley;
Y
cuantos
han
pecado
estando
dentro
de
la
Ley, serán
juzgados
según
la
Ley;
porque
los
que
serán
considerados
íntegros
a
los
ojos
de
Dios
el
día
que
juzgue
las
cosas
ocultas
de
los

hombres
según
mi
Evangelio
mediante
Jesucristo
no
serán
los
que
no
han
hecho
más
que
oír
la
Ley,
sino
los
que
la
han
cumplido.
Porque
siempre
que
los
gentiles
que
no
poseen
la
Ley
hacen
por
naturaleza
las
obras
de
la
Ley, aunque
no
posean
la
Ley
son
una
ley
para
sí
mismos;
dan
muestras
de
poseer
la
Ley
escrita
en

sus
corazones, y
su
conciencia
les
da
testimonio
y
sus
pensamientos
más
íntimos
los
acusan
o
los
excusan.

En
la
traducción
hemos
cambiado
ligeramente
el
orden
de
los
versículos.
El
sentido
del
pasaje
requiere
que
el
versículo
16
siga
inmediatamente
al
13,
y
los
versículos
14
y
15
son
un
largo
paréntesis.
Hay
que
tener
presente
que
Pablo
no

estaba
escribiendo
esta
carta
sentado
a
la
mesa
Y
pensando
las
palabras
Y
frases.
Estaría
paseándose
por
la
habitación
mientras
se
la
dictaba
a
Tercio
(Romanos
16:22),
que
hacía
todo
lo
posible
por
no
perder
palabra.
Eso
explica
el
largo
paréntesis;
pero
es
más
fácil
seguir
el
sentido
en
español
si
seguimos
el
orden
que
hemos
dicho,
poniendo
los
versículos

14
y
15
después
de
13
y
16.

En
este
pasaje,
Pablo
se
dirige
a
los
gentiles.
Antes
se
ha
referido
a
los
judíos
y
a
su
pretensión
de
un
privilegio
especial.
Pero
es
verdad
que
los
judíos
tenían
una
ventaja,
que
era
la
Ley.
Un
gentil
podía
objetar:
«
Es
justo
que
Dios
condene
a
los
judíos,

porque
tenían
la
Ley
y
deberían
saber
mejor
lo
que
hacían;
pero
nosotros
nos
libraremos
del
juicio
porque
no
hemos
tenido
oportunidad
de
conocer
la
Ley,
y
no
sabíamos
nada.»
En
respuesta
a
esto
Pablo
establece
dos
grandes
principios.

(i)
Cada
uno
será
juzgado
por
lo
que
tuvo
oportunidad
de
saber.
Si
no
conocía
la
Ley,
se
le

juzgará
como
a
uno
que
no
conocía
la
Ley.
Dios
es
justo.
Y
aquí
tienen
la
respuesta
los
que
preguntan
qué
les
va
a
pasar
a
los
que
vivieron
en
el
mundo
antes
que
Jesús
viniera,
y
no
tuvieron
oportunidad
de
conocer
el
Evangelio.
Cada
uno
será
juzgado
por
su
fidelidad
a
lo
más
elevado
que
pudo
conocer.
(ii)
Pablo

sigue
diciendo
que,
hasta
los
que
no
conocieron
la
Ley
escrita,
tenían
otra
ley
en
el
corazón.
Nosotros
lo
lla-
maríamos
un
conocimiento
instintivo
del
bien
y
del
mal.
Decían
los
estoicos
que
había
ciertas
leyes
que
estaban
vigentes
en
el
universo
que
uno
quebrantaba
a
su
riesgo:
las
leyes
de
la
salud,
y
las
leyes
morales
que
gobiernan
la

vida.
Los
estoicos
llamaban
a
estas
leyes
fysis,
que
quiere
decir
naturaleza,
y
exhortaban
a
la
gente
a
vivir
kata
fysin,
de
acuerdo
con
la
naturaleza.
El
razonamiento
de
Pablo
es
que
el
ser
humano
sabe
por
naturaleza
cómo
debe
vivir.
Los
griegos
habrían
estado
de
acuerdo
con
eso.
Aristóteles
decía:
<
El
hombre
culto
y
libre
se
comportará
como

el
que
es
una
ley
para
sí
mismo.

»

Plutarco
preguntaba:
«¿Quién
gobernará
al
gobernador?»

Y

respondía:

«

La
Ley,
que
es
el
rey
de
todos
los
mortales
y
de
los
inmortales,
como
la
llama
Píndaro;
que
no
está
escrita
en
rollos
de
papiro
ni
en
tabletas
de
madera,
pero
que
es
la
misma
razón
dentro
del
alma
humana,
que

vive
permanentemente
en
ella
y
la
guarda
y
no
la
deja
nunca
privada
de
dirección.»

Pablo
veía
el
mundo
dividido
en
dos
clases
de
personas:
a
los
judíos,
con
la
Ley
que
procedía
directamente
de
Dios
y
estaba
escrita
de
forma
que
la
podía
leer;
y
a
las
demás
naciones,
sin
una
ley
escrita,
pero
con
un
conocimiento

del
bien
y
del
mal
implantado
por
Dios
en
sus
corazones.
Nadie
podía
pretender
la
exención
del
juicio
de
Dios.
No
la
podía
pretender
el
judío
por
el
hecho
de
ocupar
un
lugar
especial
en
el
plan
de
Dios.
Y
el
gentil
tampoco,
por
el
hecho
de
no
haber
recibido
la
Ley
escrita.
El
judío
será
juzgado
como
alguien
que

ha
conocido
la
Ley;
y
el
gentil,
como
uno
que
tiene
la
conciencia
que
Dios
le
ha
dado.
Dios
juzgará
a
cada
uno
según
lo
que
ha
conocido
y
ha
tenido
oportunidad
de
conocer.

EL
JUDÍO
VERDADERO

Romanos
2:17-29

Si
a
ti
se
te
llama
judío,
si
te
apoyas
en
la
Ley,
si
estás
orgullosos
de
tu
Dios
Y
conoces
Su
voluntad,
si
apruebas
lo
que
es
excelente,
si
estás
instruido
en
la
Ley,
si
te
crees
guía
de
los
ciegos, luz
en
las
tinieblas
y
educador
de
los
insensatos,
maestro
de
los
sencillos;
si

te
crees
poseedor
de
la
misma
forma
del
conocimiento
y
de
la
verdad
que
se
encuentra
en
la
Ley...
Entonces,
¿cómo
es
que
tú,
que
instruyes
a
otros,
no
te
instruyes
a
ti
mismo?
¿Cómo
es
que
tú,
que
proclamas
a
otros
que
el
robar
está
prohibido,
sin
embargo
robas?
¿Y
cómo
tú,
que
prohibes
a
otros
cometer
adulterio,
lo

cometes?
¿Tú,
que
sientes
repugnancia
de
los
ídolos,
robas
los
templos?
¿Tú,
que
te
enorgulleces
de
la
Ley,
deshonras
a
los
demás
no
cumpliéndola?
Porque
está
escrito:
«Por
vuestra
conducta,
el
Nombre
de
Dios
es
vilipendiado
entre
los
gentiles.
»
La
circuncisión
es
de
veras
un
privilegio
si
cumples
la
Ley;
pero
si
la
quebrantas,
tu
circuncisión
vale
tanto
como

la
incircuncisión.
Porque,
si
los
incircuncisos
cumplen
las
leyes
morales
de
la
Ley,
¿no
se
les
contará
su
incircuncisión
como
equivalente
de
la
circuncisión,
y
los
incircuncisos
que
cumplen
la
Ley
llegarán
a
ser
tus
jueces
por
haber
tú
quebrantado
la
Ley,
aunque
tienes
la
letra
de
la
Ley
y
el
rito
de
la
circuncisión?
Porque
el
verdadero
judío
no

es
el
que
lo
es
externamente,
ni
es
la
verdadera
circuncisión
la
que
se
hace
externamente
en
la
carne;
sino
que
el
verdadero
judío
es
el
que
lo
es
en
su
interior,
y
la
circuncisión
real
es
la
del
corazón,
de
acuerdo
con
el
espíritu
y
no
al
pie
de
la
letra.
La
alabanza
de
tal
hombre
no
viene
de

los
hombres, sino
de
Dios.

Este
pasaje
tiene
que
haberle
resultado
escandaloso
a
un
judío.
Estaría
seguro
de
que
Dios
le
consideraba
una
persona
especial
sencillamente
por
pertenecer
a
la
nación
de
los
descendientes
de
Abraham
y
porque
llevaba
en
el
cuerpo
la
señal
de
la
circuncisión.
Pero
Pablo
introduce
aquí
una
idea
a
la
que
volverá
después
repetidas

veces.
El
judaísmo,
insiste,
no
es
en
absoluto
una
cuestión
de
raza,
y
no
tiene
nada
que
ver
con
la
circuncisión:
depende
de
la
conducta.
Si
es
así,
muchos
supuestos
judíos,
que
son
descendientes
directos
de
Abraham
y
que
llevan
en
el
cuerpo
la
señal
de
la
circuncisión,
en
realidad
no
son
judíos;
y
muchos
gentiles
que
ni
siquiera
han

oído
hablar
de
Abraham
ni
se
les
ha
pasado
por
la
cabeza
el
circuncidarse,
son
judíos
en
el
verdadero
sentido
de
la
palabra.
A
un
judío
esto
le
sonaría
como
la
peor
herejía,
y
le
pondría
furioso.

El
último
versículo
de
este
pasaje
contiene
un
juego
de
palabras
que
es
imposible
traducir:
«
La
alabanza
de
tal
hombre

no
viene
de
los
hombres
sino
de
Dios.»
La
palabra
griega
para
alabanza
es
épainos.
Si
retrocedemos
al
Antiguo
Testamento
(Génesis
29:35;
49:8),
nos
encontramos
con
que
el
sentido
original
y
tradicional
de
la
palabra
Judá
es
alabanza
(épainos).
Así
es
que
esta
frase
quiere
decir
dos
cosas:
(a)
Que
la
alabanza
de
tal
hombre
no
viene
de
los
hombres,

sino
de
Dios.
(b)
Que
el
judaísmo
de
tal
hombre
no
viene
de
los
hombres,
sino
de
Dios.
El
sentido
del
pasaje
es
que
las
promesas
de
Dios
no
son
para
los
de
una
cierta
raza
y
que
llevan
una
cierta
señal
en
el
cuerpo,
sino
para
personas
que
viven
una
cierta
clase
de
vida,
sean
de
la
raza
que

sean.
El
ser
un
verdadero
judío
no
es
cuestión
de
«pedigrí»,
sino
de
carácter;
y
a
menudo
uno
que
no
es
judío
de
raza
puede
que
sea
mejor
judío
que
el
otro.

Pablo
dice
que
hay
judíos
cuya
conducta
hace
que
se
hable
mal
de
Dios
entre
los
gentiles.
Es
un
hecho
que
los
judíos
han
sido
muchas

veces,
y
todavía
lo
son,
la
gente
menos
popular
del
mundo.
Veamos
lo
que
los
gentiles
pensaban
de
los
judíos
en
los
tiempos
del
Nuevo
Testamento.

Consideraban
el
judaísmo
como
una
«superstición
bárbara»,
a
los
judíos
como
«
la
raza
más
repelente»,
y
como
«la
pandilla
de
esclavos
más
despreciables.»
Se
tergiversaban
los
orígenes
de
la
religión
judía

con
maliciosa
ignorancia.
Se
decía
que
los
judíos
habían
sido
en
su
origen
una
compañía
de
leprosos
a
los
que
el
rey
de
Egipto
había
mandado
a
trabajar
en
los
campos
de
arena;
y
que
Moisés
había
reunido
a
esa
banda
de
esclavos
leprosos
y
los
había
guiado
a
Palestina
a
través
del
desierto.
Se
decía
que
adoraban
una
cabeza

de
burro
porque
una
manada
de
asnos
salvajes
los
había
llevado
adonde
había
agua
cuando
se
estaban
muriendo
de
sed
en
el
desierto.
Decían
que
se
abstenían
de
comer
carne
de
cerdo
porque
los
cerdos
suelen
tener
una
enfermedad
de
la
piel,
la
sarna,
que
era
la
que
padecían
los
judíos
en
Egipto.

Los
gentiles
se
burlaban
de

algunas
de
las
costumbres
judías.
El
que
no
comieran
carne
de
cerdo
se
prestaba
a
muchos
chistes.
Plutarco
creía
que
podría
ser
porque
los
judíos
tenían
a
un
cerdo
como
dios.
Juvenal
afirma
que
la
clemencia
judía
permitía
que
los
cerdos
disfrutaran
de
una
buena
y
larga
vida,
y
que
se
considerara
la
carne
de
cerdo
de
más
valor
que

la
humana.
Atribuían
a
la
pereza
la
costumbre
de
descansar
los
sábados.

Algunas
cosas
de
las
que
disfrutaban
los
judíos
enfurecían
a
los
gentiles.
Era
incomprensible
que,
siendo
tan
impopulares,
los
judíos
tuvieran
privilegios
extraordinarios
del
gobierno
romano.

(a)
Se
les
permitía
aportar
a
Jerusalén
el
impuesto
del
Templo
todos
los
años.
Esto
revistió
tal
gravedad

en
Asia
hacia
el
año
60
a.C.,
que
se
prohibió
la
salida
de
moneda
Y,
según
los
historiadores,
se
confiscaron
no
menos
de
20
toneladas
de
oro
de
contrabando
que
los
judíos
estaban
a
punto
de
mandar
a
Jerusalén.
(b)
Se
les
permitía,
por
lo
menos
hasta
cierto
punto,
tener
sus
propios
tribunales
y
vivir
según
sus
leyes.
Se
sabe

de
un
decreto
del
gobernador
Lucio
Antonio
de
Asia
hacia
el
año
50
a.C.,
en
el
que
se
decía:
«Nuestros
ciudadanos
judíos
se
diri-
gieron
a
mí
para
informarme
de
que
tenían
sus
propias
asambleas
privadas
que
llevaban
a
cabo
según
sus
leyes
ancestrales,
y
un
lugar
propio
privado
en
el
que
resuelven
sus
asuntos
y
pleitos.
Cuando
pidieron
que

se
les
permitiera
continuar
con
sus

costumbres,
yo
dicté
sentencia
favorable
a
que
se
les
permitiera
conservar
este
privilegio.»

A
los
gentiles
les
fastidiaba
ver
a
una
raza
de
gente
que
vivía
como
una
especie
de
grupo
separado
Y
especialmente
privilegiado.

(c)
El
gobierno
romano
respetaba
la
observancia
judía
del
sábado.
Estaba
establecido
que
a
un
judío
no
se
le
podía
citar
para

prestar
declaración
en
un
juicio
en
sábado.
Y
también
que
si
se
distribuían
ayudas
especiales
entre
la
gente
en
sábado,
los
judíos
podrían
reclamar
su
parte
al
día
siguiente.
Y
-este
era
un
asunto
especialmente
molesto
para
los
gentiles-los
judíos
disfrutaban
de
astrateía, es
decir,
exención
del
servicio
militar,
que
era
debida
a
que
su
estricta
observancia
del
mandamiento
de
descansar

el
sábado
les
impedía
cumplir
los
deberes
militares
ese
día.
Ya
se
entiende
con
qué
resentimiento
vería
el
resto
de
la
población
esta
exención
de
un
deber
oneroso.

Había
dos
cosas
de
las
que
acusaban
a
los
judíos
especialmente:

(a)
Los
acusaban
de
ateísmo
(atheotés).
Al
mundo
antiguo
le
resultaba
sumamente
difícil
concebir
la
posibilidad
de

una
religión
que
no
tuviera
imágenes
visibles
de
culto.
Plinio
llamaba
a
los
judíos
<
una
raza
que
se
distingue
por
su
desprecio
de
todos
los
dioses.»
Tácito
decía:
«Los
judíos
conciben
su
deidad
como
una,
solamente
con
la
mente...
De
ahí
que
no
erijan
imágenes
en
sus
ciudades,
ni
siquiera
en
sus
templos.
Esta
reverencia
no
se
la
dan

a
los
reyes,
ni
a
los
césares
este
honor.»
Juvenal
dijo:
«
No
veneran
más
que
las
nubes
y
la
deidad
del
cielo.»
Pero
la
verdad
era
que,
lo
que
más
hacía
que
los
judíos
no
les
gustaran
a
los
gentiles
era
no
tanto
su
culto
sin
imágenes
como
su
frío
desprecio
hacia
todas
las
demás
religiones.
Nadie
que
no

sienta
hacia
los
demás
más
que
desprecio
puede
ser
misionero.
Esta
actitud
era
una
de
las
cosas
en
que
estaba
pensando
Pablo
cuando
decía
que
los
judíos
desacreditaban
el
Nombre
de
Dios.
(b)
Se
los
acusaba
de
odio
a
sus
semejantes
(misanthropía)
y
de
total
insociabilidad
(amixía).
Tácito
decía
que
los
judíos
«manifiestan
una
honradez
a
toda
prueba
y
una

compasión
inaplazable
entre
ellos;
pero
hacia
todos
los
demás
no
muestran
más
que
odio
Y
antagonismo.»
En
Alejandría
se
decía
que
los
judíos
se
habían
juramentado
para
no
mostrar
nunca
ninguna
amabilidad
a
un
gentil,
y
que
hasta
ofrecían
a
un
griego
en
sacrificio
a
su
dios
todos
los
años.
Tácito
decía
que
lo
primero
que
le
enseñaban
a
los

gentiles
que
se
convertían
al
judaísmo
era
«despreciar
a
los
dioses,
repudiar
su
nacionalidad,
y
denigrar
a
sus
padres,
hijos
y
hermanos.»
Juvenal
aseguraba
que
si
se
le
preguntaba
a
un
judío
cómo
se
iba
a
un
sitio,
se
negaba
a
dar
ninguna
información,
como
no
fuera
a
otro
judío;
y
que
si
uno
estaba
buscando
una
fuente
donde
beber,

no
le
dirigiría
a
menos
que
fuera
circuncidado.
Otra
vez
nos
encontramos
con
lo
mismo:
la
actitud
característica
de
un
judío
hacia
los
que
no
lo
eran
era
de
desprecio,
lo
que
no
provocaba
sino
odio
como
respuesta.

Era
innegable
que
los
judíos
producían
descrédito
al
Nombre
de
Dios;
porque
se
encerraban
en
una
comunidad
rígida
que
excluía

a
todos
los
demás,
y
adoptaban
una
actitud
de
desprecio
a
la
religión
y
de
total
insensibilidad
a
las
necesidades
de
los
no
judíos.
La
verdadera
religión
se
manifiesta
en
un
corazón
y
una
puerta
abiertos;
mientras
que
el
judaísmo
los
tenía
cerrados.

LA
FIDELIDAD
DE
DIOS
Y
LA
INFIDELIDAD
HUMANA

Romanos
3:1-8

-Entonces, ¿qué

tiene
un
judío
que
no
tenga
otro
cualquiera?
¿O
qué
ventajas
tienen
los
que
han
sido
circuncidados?

-Muchas,
se
mire
como
se
mire.
En
primer
lugar,
tienen
esta
ventaja:
Que
es
a
los
judíos
a
los
que
se
han
confiado

los
oráculos
de
Dios.

-Sí,
estoy
de
acuerdo;
pero, ¿qué
pasa
si
algunos
de
ellos

les
han
sido
infieles?
¿No
irás
a
decirme
que
su
infidelidad

anula
la
fidelidad
de
Dios?

-¡Eso,
de
ninguna
manera!
Dios
se
muestra
veraz
aunque
todo
el
mundo
resulte
mentiroso,
como
está
escrito:
«Para

que
se
vea
que
Tú
tienes
razón
en
tus
argumentos,
y
ganes
el
caso
cuando
vas
ajuicio.»

-Pero

tú
dices
que,
si
nuestra
culpabilidad
no
hace
más
que
demostrar
que
Dios
es
justo,
¿qué
podemos
decir

nosotros?
¿No
irás
a
intentar
convencerme
de
que
Dios
es
injusto
si
lanza
la
Ira
sobre
ti?
(Está
claro
que
estoy
usando

argumentos
meramente
humanos).

-¡Eso, de
ninguna
manera!
Porque, si
fuera
así, ¿cómo
iba
Dios
a
juzgar
al

mundo?

-Pero
es
que
tú
dices
que,
si
el
que
yo
sea
falso
sencillamente
le
brinda
a
Dios
una
nueva
oportunidad
de
demostrar,
para
Su
mayor
gloria, que
El
es
veraz, ¿por
qué
encima
me
condena
a
mí
como
pecador?
-¿Vas
a
razonar,
como
algunos
calumniosamente
nos
atribuyen
a
nosotros,
que
lo
que
tenemos
que
hacer
es
obrar
mal
para

que
se
produzca
el
bien?
Está
bien
claro
que
tal
afirmación
no
merece
más
que
la
condenación.

Aquí
Pablo
sostiene
una
discusión
sumamente
difícil.
Nos
será
de
ayuda
recordar
que
está
hablando
con
un
objeto
imaginario.
Vamos
a
exponer
su
argumento
en
detalle.

Objetor.-La
consecuencia
de
todo
lo
que
has
estado
diciendo
sería
que
no
hay
ninguna
diferencia
entre
los
judíos
Y
los
gentiles
Y
que se encuentran
en
la misma
situación.

¿Es
eso
en
realidad
lo
que quieres
decir?

Pablo.-De ninguna manera.

Objetor.-Entonces,
¿en
qué consiste la diferencia?

Pablo.-Lo
primero
es
que los
judíos
conocen
los
mandamientos
de Dios,
Y
los
gentiles
no.

Objetor.-¿De
acuerdo!

Pero,
¿qué
pasa
si
algunos
judíos
desobedecen

esos
mandamientos
y
merecen
la
condenación
por
haber
sido
infieles?
Acabas
de
decir
que
Dios
colocó
a
los
judíos
en
una
posición
especial
y
les
dio
una
promesa
exclusiva.
Y
ahora
estás
diciendo
que
por
lo
menos
algunos
están
bajo
la
condenación
de
Dios.
¿No
querrá
decir
eso
que
Dios
está
faltando
a
su
promesa
y
quedando
como
injusto
y

arbitrario?
Pablo.-;Nada
de
eso!
Lo
que
sí
queda
claro
es
que
Dios
no
hace
discriminación,
y
que
castiga
el
pecado
donde
lo
encuentra.
El
hecho
de
que
condene
a
los
judíos
infieles
es
la
mejor
demostración
de
lo
absoluto
de
su
justicia.
Se
habría
podido
suponer
que
Dios
pasaría
por
alto
los
pecados
de Su
pueblo
escogido,
pero
no
hay
tal.

Objetor.-;Muy
bien,
entonces!
Lo
que
has
conseguido
demostrar
es
que
mi
desobediencia
le
ha
dado
a
Dios
oportunidad
de
demostrar
Su
justicia.
Mi
infidelidad
le
ha
dado
a
Dios
una
oportunidad
maravillosa
para
hacer
gala
de
Su
fidelidad.
Según
eso,
¡mi
pecado
es
algo
excelente!
¡Le
ha
dado
a
Dios
la
oportunidad
de
demostrar
lo
bueno
que
es!
Puede
que

yo
haya
hecho
algo
malo,
pero
el
resultado
ha
sido
bueno.
¡No
se
puede
condenar
a
un
hombre
por
darle
a
Dios
la
oportunidad
de
demostrar
su
justicia!
Pablo.-Tal
razonamiento
es
peor
que
despreciable.
¡No
tienes
más
que
sugerirlo
para
descubrir
lo
inaceptable
que
es!

Desarrollando
así
el
pasaje
nos
damos
cuenta
de
que
Pablo
expone
en
él

algunas
de
sus
ideas
acerca
de
los
judíos.

(i)
No
cabe
duda
de
que
creía
que
los
judíos
ocupan
una
posición
especial
en
el
plan
de
Dios.
Eso
es,
de
hecho,
lo
que
los
judíos
mismos
creían.
La
diferencia
está
en
que
Pablo
creía
que
esa
posición
especial
era
una
responsabilidad;
mientras
que
los
judíos
la
consideraban
un

privilegio.
¿Qué
es
lo
que
Pablo
decía
que
se
les
había
confiado
especialmente
a
los
judíos?
Los
oráculos
de
Dios
(Versión
Hispanoamericana,
1916).
¿Qué
quiere
decir
eso?
La
palabra
que
él
usa
es
loguía,
que
es
la
que
se
usa
normalmente
en
la
traducción
griega
del
Antiguo
Testamento
para
designar
una
comunicación
o
pronunciamiento
de
Dios.
Aquí
quiere
decir
Los

Diez
Mandamientos,
que
en
hebreo
se
llaman
Las
diez
Palabras
(Debarim).

Pablo
les
dice:
<
Sois
un
pueblo
especial;
por
tanto,
tenéis
que
vivir
una
vida
especial.»

No
dijo:
<
Sois
un
pueblo
especial;
por
tanto
podéis
hacer
lo
que
os
dé
la
gana.»

Lo
que
sí
dijo
fue:
«Sois
un
pueblo
especial
para
Dios;
por
tanto,
tenéis
que
hacer

Su
voluntad.»
Cuando
el
Lord
Dunsany
quedó
con
vida
después
de
la
guerra
de
1914-18,
nos
cuenta
que
se
dijo:
«Por
alguna
extraña
razón,
todavía
estoy
vivo.
¿Qué
será
lo
que
Dios
quiere
que
haga
con
una
vida
que
ha
sido
preservada
de
una
manera
tan
especial?»
Eso
no
se
les
ocurría
nunca
a
los
judíos.
Nunca
consiguieron
darse
cuenta

de
que
la
elección
especial
de
Dios
era
para
una
tarea
especial.

¿Lo
tenemos
presente
nosotros
cuando
hablamos
de
la
elección
de
Dios?

(ii)
Hay
tres
ideas
básicas
acerca
de
los
judíos
que
siempre
aparecen
en
los
escritos
de
Pablo.
Aquí
las
encontramos
en
embrión;
pero
en
realidad
son
las
tres
ideas
que
desarrolla
en
toda
la
epístola.
Debemos
darnos

cuenta
de
que
no
coloca
a
todos
los
judíos
bajo
la
misma
condenación.

Lo
que
dice
es:
<
¿Qué
pasa
si
algunos
de
ellos
fueron
infieles?>

(a)
Estaba
seguro
de
que
Dios
tenía
razón
al
condenar
a
los
judíos.
Ocupaban
un
lugar
especial
y
habían
recibido
promesas
especiales;

y
por
eso
mismo
su
condenación
había
de
ser
mayor.
La
responsabilidad

siempre
es
la
otra
cara
del
privilegio.
Cuantas
más
oportunidades
tiene
una
persona
para
hacer
el
bien,
mayor
será
su
condenación
por
hacer
el
mal.
(b)
Pero
no
todos
fueron
infieles.
Pablo
nunca
se
olvidaba
del
resto
fiel;
y
estaba
completamente
seguro
de
que
ese
resto
fiel
-aunque
fuera
muy
pequeño
en
número-era
el
verdadero
Israel.
Los
demás
habían
perdido

sus
privilegios
y
estaban
bajo
condenación.
Ya
no
eran
verdaderos
judíos.
El
resto
era
el
verdadero
pueblo
de
Dios.
(c)
Pablo
estaba
siempre
seguro
de
que
el
rechazo
de
Dios
no
era
definitivo.
La
consecuencia
de
ese
rechazo
fue
que
se
abrió
la
puerta
a
los
gentiles;
pero,
al
final,
los
gentiles
harán
volver
a
los
judíos
al
redil,
y

judíos
y
gentiles
serán
una
sola
cosa
en
Cristo.
La
tragedia
de
los
judíos
fue
que
rechazaron
la
gran
tarea
de
la
evangelización
del
mundo
que
les
habría
correspondido;
y
por
tanto
se
les
asignó
a
los
gentiles,
de
forma
que
el
plan
de
Dios
se
invirtió:
no
fueron
los
judíos
los
que
evangelizaron
a
los
gentiles,
sino
al
revés;

y
este
proceso
todavía
continúa.
Además,
este
pasaje
contiene
dos
grandes
verdades
humanas
universales.

(i)
La
desobediencia
es
la
raíz
de
todo
pecado.
La
raíz
del
pecado
de
los
judíos
fue
la
desobediencia
a
la
Ley
de
Dios
que
conocían.
Como
escribió
Milton,
fue
«
la
primera
desobediencia
humana»
la
responsable
del
«paraíso
perdido».
Cuando
el
orgullo
enfrenta

la
voluntad
humana
con
la
de
Dios,
se
produce
el
pecado.
Si
no
hubiera
desobediencia
no
habría
pecado.

(ii)
Una
vez
que
ha
cometido
un
pecado,
el
ser
humano
despliega
una
habilidad
extraordinaria
para
justificarse.
Aquí
tenemos
un
razonamiento
que
se
presenta
con
frecuencia
en
el
pensamiento
religioso:
el
de
que
el
pecado
le
da
a
Dios
la
oportunidad
de
demostrar
al
mismo
tiempo
su
justicia
y
su
misericordia,
y
es
por
tanto
una
cosa
buena.
Es

un
razonamiento
tergiversado.
Se
podría
decir-y,
de
hecho,
sería
el
mismo
razonamiento-que
está
bien
el
quebrantarle
el
corazón
a
una
persona,
porque
así
se
le
da
la
oportunidad
de
demostrar
lo
mucho
que
nos
ama.
Cuando
uno
peca,
lo
que
necesita
no
es
ingenio
para
justificarse,
sino
humildad
para
reconocerlo
y
arrepentirse.
UN
MUNDO
SIN
CRISTO

Romanos
3:9-18

-Entonces, ¿qué
pasa?
¿Tenemos
los
judíos
alguna
ventaja?

-¡Claro
que
no!
Porque
ya
hemos
acusado
a
todos
los
judíos
Y
griegos
de
que
están
bajo
el
poder
del
pecado,
como
está
escrito:
«No
hay
nadie
que
sea
justo,
ni
uno.
Nadie
se
da
por
enterado.
Nadie
busca
al
Señor.
Todos
se
han
desviado,
y
se
han
echado

a
perder.
No
hay
nadie
que
haga
cosas
buenas,
ni
uno.
Tienen
una
boca
que
parece
una
tumba
abierta.
Cultivan
el
fraude
con
sus
lenguas.
Tienen
veneno
de
víboras
en
los
labios,
y
las
bocas
cargadas
de
maldiciones
y
hiel.
Sus
pies
son
rápidos
para
correr
a
cometer
asesinatos.
La
destrucción
y
la
desgracia
están
en
sus
caminos, pero
ni
conocen

el
camino
de
la
paz.
No
tienen
nunca
el
temor
de
Dios
ante
los
ojos.

En
el
pasaje
anterior
Pablo
insistía
en
que,
a
pesar
de
todo,
los
judíos
ocupan
una
posición
especial
en
el
plan
de
Dios.
No
nos
sorprende
que
entonces
el
objeto
pregunte
si
eso
quiere

decir
que
los
judíos
les
llevan
ventaja

a
los
demás
pueblos.
Y
la
respuesta
de
Pablo
es
que
tanto
los
judíos
como
los
gentiles,
si
están
sin
Cristo,
están
bajo
el
dominio
del
pecado.
La
frase
griega
que
usa
es
muy
sugestiva:
hypo
hamartían.
En
este
sentido,
hypo
quiere
decir
en
el
poder
de,
bajo
la
autoridad
de.
En
Mateo
8:9,
el
centurión
dice:
<
Tengo
soldados

hypo
emautón,
por
debajo
de
mí.»
Es
decir,
a
mis
órdenes.
Un
escolar
está
hypo
paidagógon,
bajo
la
dirección
del
pedagogo,
un
esclavo
al
que
se
le
ha
confiado.
En
su
estado
natural,
sin
Cristo,
el
ser
humano
está
bajo
el
control
del
pecado,
y
es
incapaz
de
evadirse.

Hay
otra
palabra
interesante
en
este
pasaje,
la
del

versículo
12,
que
hemos
traducido
«se
han
echado
a
perder.»
La
palabra
griega
es
ajeiroó,
que
quiere
decir
literalmente
dejar
inútil.
Se
usa
en
relación
con
la
leche
que
se
ha
estropeado.
La
naturaleza
humana
sin
Cristo
es
una
cosa
corrompida
e
inútil.

Pablo
hace
aquí
lo
que
solían
hacer
los
rabinos.
En
los
versículos
10-18
ensarta
una

serie
de
textos
del
Antiguo
Testamento,
no
citándolos
literalmente
sino
de
memoria;
incluye
versículos
de
los
Salmos
14:1-3;
5:
9;
140:
3;
10:7;
Isaías
59:7s,
Y
Salmo

36:1.
Era
frecuente
en
la
predicación
de
los
rabinos
el
ensartar
textos
así.
Lo
llamaban
jaraz,
que
quería
decir
precisamente
eso:
ensartar
perlas.
Es
una
descripción
terrible
de
la
naturaleza
humana

en
su
estado
sin
Cristo.
Vaughan
señala
que
estos
textos
del
Antiguo
Testamento
describen
tres
cosas:
(a)
EL
carácter
cuyas
notas
distintivas
son
la
ignorancia,
la
indiferencia,
la
tortuosidad
y
la
inutilidad.
(b)
La
lengua
que
se
caracteriza
por
sus
cualidades
destructivas,
mentirosas
y
maliciosas.
(c)
La
conducta
que
se
manifiesta
en
la
opresión,
la
injuria,
la
implacabilidad.
Estos
son

los
resultados
de
no
tener
en
cuenta
a
Dios.

Nadie
ha
visto
tan
claramente
como
Pablo
la
maldad
de
la
naturaleza
humana;
pero
advertimos
que
esto
no
era
para
él
una
llamada
a
la
desesperación,
sino
un
desafío
a
la
esperanza.
Cuando
decimos
que
Pablo
creía
en
el
pecado
original
y
en
la
depravación
de
la
naturaleza
humana

no
debemos
concluir
que
desesperara
de
la
naturaleza
humana
ni
que
la
mirara
con
un
desprecio
cínico.
Una
vez,
cuando
William
Jay
de
Bath
ya
era
anciano,
dijo:
«Me
va
fallando
la
memoria;
pero
hay
dos
cosas
de
las
que
no
me
olvido
nunca:
Que
soy
un
gran
pecador,
y
que
Jesucristo
es
un
gran
Salvador.»

Pablo
nunca

le
quitaba
importancia
al
pecado
humano,
ni
grandeza
al
poder
redentor
de
Jesucristo.
Una
vez,
cuando
el
gran
independiente
de
Lancashire
William
Roby
era
joven,
estaba
predicando
en
Malvem.
Tenía
tan
poco
éxito
que
estaba
desanimado
y
a
punto
de
dejar
la
obra,
cuando
recibió
una
reprensión
en
sazón
de
un
cierto
señor
Moody,
que
le
preguntó:
«Entonces,
¿es
que

son
demasiado
malos
para
salvarse?»
El
desafío
le
hizo
volver
a
William
Roby
a
la
labor.

Pablo
creía
que
la
gente
sin
Cristo
era
mala,
pero
no
demasiado
mala
para
salvarse.
Estaba
convencido
de
que
lo
que
Cristo
había
hecho
por
él
lo
podía
hacer
por
cualquier
otro.

LA
ÚNICA
MANERA
DE
QUEDAR
EN
PAZ
CON

DIOS

Romanos
3:19-26

Sabemos
que
todo
lo
que
dice
la
Ley
va
dirigido
a
los
que
están
dentro
de
su
sistema;
y
la
finalidad
de
la
Ley
es
que
se
callen
todas
las
bocas
y
que
todo
el
mundo
sepa
que
está
expuesto
al
juicio
de
Dios;
porque
nadie
va
a
llegar
a
la
debida
relación

con
Dios
haciendo
las
cosas
que
manda
la
Ley.
Lo
que
sí
se
obtiene
mediante
la
Ley
es
la
plena
consciencia
de

la
realidad
del
pecado.
Pero
ahora
se
nos
abre
un
camino
hacia
la
recta
relación
con
Dios
aparte
de
la
Ley, del
que
dan
testimonio
la
Ley
y
los
Profetas.
Porque
la
perfecta
relación
con
Dios
la
obtienen
por
medio
de
la
fe
en
Jesucristo
todos
los
que
creen
en
El.
Yaquí
no
hay
diferencia
entre
judíos
y
gentiles,
porque

todos
han
pecado
y
se
encuentran
excluidos
de
la
gloria
de
Dios;
pero
alcanzan
la
debida

relación
con
Dios
gratuitamente, mediante
Su
Gracia,

'
por
medio
de
la
liberación
que
ha
obrado
Jesucristo.
Dios
mismo
nos
Le
presenta
como
el
Que
puede
ganar
nos
el
perdón
de
pecados
si
ponemos
nuestra
fe
en
su
sangre.
Dios
lo

ha
hecho
todo
así
para
demostrar
Su
justicia, porque, en
Su
paciencia,
había
pasado
por
alto
los
pecados
cometidos
en
el
tiempo
pasado, y
lo
hizo
para
demostrar
Su
justicia
en
esta
era
presente, para
que
quede
claro
que
Él
es
el
único
justo, y
el
Que
acepta
como
justos
a
todos
los
que
creen
en
Jesús.

Aquí
tenemos
otro
pasaje
que
no

es
fácil
de
entender,
pero
que
está
lleno
de
riqueza
cuando
se
capta
su
significado.

A
ver
si
podemos
penetrar
en
la
verdad
básica
que
contiene.

El
problema
supremo
de
la
vida
es:
¿Cómo
puede
uno
estar
en
la
debida
relación
con
Dios?
¿Cómo
puede
sentirse
en
paz
con
Dios?
¿Cómo
puede
dejar
de
sentirse
a
una
distancia

insalvable,
y
de
tenerle
miedo
a
la
presencia
de
Dios?
La
religión
de
los
judíos
contestaba:
«Uno
puede
llegar
a
estar
en
la
debida
relación
con
Dios
cumpliendo
meticulosamente
todo
lo
que
manda
la
Ley.»
Pero
eso
equivale
a
decir
sencillamente
que
nadie
tiene
la
menor
posibilidad
de
llegar
a
estar
en
la
debida
relación
con
Dios,
porque
nadie
puede

cumplir
perfectamente
todos
los
mandamientos
de
la
Ley.
Entonces,
¿para
qué
sirve
la
Ley?
Para
que
nos
demos
cuenta
de
la
realidad
del
pecado.
Sólo
cuando
conocemos
la
Ley
e
intentamos
cumplirla
nos
damos
cuenta
de
que
nos
es
imposible.
El
propósito
de
la
Ley
es
hacernos
conscientes
de
nuestra
debilidad
y
pecado.
Entonces,
¿es
imposible
llegar
a
Dios?
Todo

lo
contrario;
porque
el
camino
que
nos
lleva
a
Dios
no
es
el
de
la
Ley,
sino
el
de
la
Gracia.
No
por
las
obras,
sino
por
la
fe.

Para
ponérselo
más
claro,
Pablo
usa
tres
comparaciones.

(i)
Nos
pone
el
ejemplo
del
tribunal,
lo
que
llamamos
justificación.
En
este
ejemplo
se
piensa
que
el
hombre

se
encuentra
ante
el
tribunal
de
Dios.
La
palabra
griega
que
traducimos
por
justificar
es
dikaiún.
Todos
los
verbos
griegos
que
terminan
en
-ún
quieren
decir,
no
hacer
a
alguien
algo,
sino
tratar,
considerar
a
uno
como
algo.
Si
se
presenta
ante
el
juez
uno
que
es
inocente,
el
juez
le
declara
inocente.
Pero
el
caso
del
que
se
presenta

ante
Dios
es
que
es
totalmente
culpable,
y
sin
embargo
Dios,
en
su
infinita
misericordia,
le
trata
y
le
considera
como
si
fuera
inocente.
Eso
es
lo
que
quiere
decir
justificación.
Cuando
Pablo
dice
que
<
Dios
justifica
al
malvado»
quiere
decir
que
Dios
le
trata
como
si
fuera
bueno.
Eso
era
lo
que
escandalizaba
a
los
judíos
hasta
el

colmo.
Para
ellos
eso
sólo
lo
harta
un
juez
inicuo.
«
El
justificar
al
culpable
es
una
abomi-
nación
para
Dios»
(Proverbios
17:15).
«Yo
no
perdonaré
al
culpable»
(Éxodo
23:7).
Pero
Pablo
dice
que
eso
es
precisamente
lo
que
hace
Dios.

¿Cómo
puedo
yo
saber
que
Dios
es
así?
Lo
sé
porque
Jesús
lo
ha
dicho.
Vino
a

decirnos
que
Dios
nos
ama
aunque
somos
malos.
Vino
a
decirnos
que,
aunque
somos
pecadores,
seguimos
siéndole
muy
queridos
a
Dios.
Cuando
descubrimos
eso
y
lo
creemos,
se
cambia
radicalmente
nuestra
relación
con
Dios.
Somos
conscientes
de
nuestro
pecado,
pero
ya
no
estamos
aterrados
ni
alejados.
Quebrantados
y
arrepentidos
acudimos
a
Dios,
como
viene
a
su
madre
un
niño
triste,

Y
sabemos
que
el
Dios
al
Que
venimos
es
amor.

Eso
es
lo
que
quiere
decir
justificación
por
la
fe
en
Jesucristo.
Quiere
decir
que
estamos
en
la
debida
relación
con
Dios
porque
creemos
de
todo
corazón
que
lo
que
Jesús
nos
ha
dicho
de
Dios
es
la
verdad.
Ya
no
somos
extraños
que
tienen
terror
a
un

Dios
airado.
Somos
hijos,
hijos
errantes
que
confían
en
que
su
Padre
los
ama
Y
los
perdonará.
Y
nosotros
no
podríamos
haber
llegado
nunca
a
esa
relación
con
Dios
si
Jesús
no
hubiera
venido
a
vivir
Y
a
morir
para
decirnos
lo
maravillosamente
que
Dios
nos
ama.

(ii)
Pablo
nos
pone
el
ejemplo
del
sacrificio.
Nos
dice
que

Dios
hizo
que
Jesús
fuera
el
que
ganara
el
perdón
de
nuestros
pecados.
La
palabra
griega
que
usa
Pablo
para
describir
a
Jesús
es
hilastérion.
Viene
de
un
verbo
que
quiere
decir
propiciar,
y
que
se
usa
en
relación
con
los
sacrificios.
En
el
Antiguo
Testamento,
cuando
uno
quebrantaba
la
Ley
le
ofrecía
un
sacrificio
a
Dios.
Lo
que
pretendía

era
que
el
sacrificio
le
librara
del
castigo
que
habría
de
venirle.
Para
decirlo
de
otra
forma:
un
hombre
pecaba,
Y
aquel
pecado
destruía
su
relación
con
Dios;
para
restaurarla
ofrecía
un
sacrificio.

Pero
la
experiencia
humana
era
que
un
sacrificio
animal
no
podía
producir
ese
efecto.
«A
Ti
no
Te
complacen
los
sacrifi-
cios;
si
yo
Te

ofreciera
holocaustos,
a
Ti
no
Te
agradaría»
(Salmo
51:16).
«¿Con
qué
me
presentaré
al
Señor,
y
daré
culto
al
Dios
Altísimo?
¿Con
holocaustos,
con
becerros
de
un
año?
¿Le
agradarán
al
Señor
millares
de
carneros,
o
miríadas
de
arroyos

de
aceite?
¿Tendré
que
dar
mi
primogénito
en
compensación
por
mi
transgresión,
o
el
fruto
de
mis
entrañas
para
expiar
el
pecado
de
mi
alma?»
(Miqueas
6:6s).
Los
hombres
sabían
instintivamente
que,
una
vez
que
habían
pecado,
toda
la
parafernalia
de
los
sacrificios
terrenales
no
podría
arreglar
las
cosas.

Por
eso
dice
Pablo:
«Jesucristo,
con
su
vida

de
obediencia
y
su
muerte
por
amor,
Le
ofreció
a
Dios
el
único
sacrificio
que
puede
expiar
el
pecado
real
Y
verdaderamente.»
E
insiste
en
que
lo
que
sucedió
en
la
Cruz
nos
abre
la
puerta
para
que
volvamos
a
estar
en
la
debida
relación
con
Dios,
cosa
que
no
puede
hacer
ningún
otro
sacrificio.

(iii)
Pablo
pone

el
ejemplo
de
la
esclavitud.
Habla
de
la
liberación
que
ha
obrado
Jesucristo.
La
palabra
apolytrósis
significa
rescate,
redención,
liberación.
Esto
quiere
decir
que
la
humanidad
estaba
en
poder
del
pecado,
y
Jesucristo
es
el
único
que
la
podía
libertar.
Por
último,
Pablo
dice
que
Dios
hizo
todo
esto
porque
es
justo,
y
acepta
como
justo
al
que
cree
en

Jesús.
Es
lo
más
sorprendente
que
se
puede
decir
jamás.
Bengel
lo
llamaba
«
la
suprema
paradoja
del
Evangelio.»
Pensemos
un
poco:
quiere
decir
que
Dios
es
justo,
y
que
acepta
al
pecador
como
si
fuera
justo.
Lo
natural
habría
sido
decir:
«Dios
es
justo;
y,
por
tanto,
condena
al
pecador
como
a
un
criminal.»
Pero
aquí
tenemos
la
gran

paradoja:
Dios
es
justo,
Y,
de
alguna
manera,
con
esa
Gracia
increíble,
milagrosa,
que
Jesús
vino
a
traer
al
mundo,
acepta
a
los
pecadores,
no
como
criminales,
sino
como
hijos
a
los
que
sigue
amando
a
pesar
de
todo.

¿Qué
es
todo
esto
en
esencia?
¿En
qué
consiste
la
diferencia
entre
esto
y
el
antiguo
sistema
de
la

Ley?
La
diferencia
fun-
damental
es
esta:
que
el
método
de
la
obediencia
a
la
Ley
se
refiere
a
lo
que
el
hombre
puede
hacer
por
sí
mismo;
mientras
que
el
método
de
la
Gracia
consiste
en
lo
que
Dios
ha
hecho
por
él.
Pablo
hace
hincapié
en
que
nada
que
nosotros
podamos
hacer
puede
ganar
el
perdón
de
Dios;

solamente
lo
que
Dios
ha
hecho
por
nosotros
puede
ganarlo.
Por
tanto,
el
camino
que
conduce
a
la
perfecta
relación
con
Dios
no
es
un
intento
agotador
y
desesperado
para
ganar
el
perdón
de
Dios
por
nuestra
cuenta,
sino
la
humilde
y
arrepentida
aceptación
del
Amor
y
de
la
Gracia
que
Dios
nos
ofrece
en
Jesucristo.

EL
FINAL

DEL
CAMINO
DE
LOS
LOGROS
HUMANOS

Romanos
3:27-31

¿Dónde
queda
entonces
la
base
de
nuestra
jactancia?
Ha
quedado
completamente
descartada.
¿Por
qué
clase
de
ley?
¿La
que
nos
mandaba
hacer
obras
para
agradar
a
Dios?
No,
sino
por
medio
de
la
ley
que
nos
invita
a
poner
nuestra
fe
en
Jesucristo.
Así
es
que,
entonces,
nos

damos
cuenta
de
que
llegamos
a
la
perfecta
relación
con
Dios
mediante
la
fe,
y
completamente
aparte
de
las
obras
que
mandaba
la
Ley.
Porque,
¿es
que
Dios
es
sólo
el
Dios
de
los
judíos?
¿No
lo
es
también
de
los
gentiles?
¡Pues
claro
que
sí!
Si,
como
es
en
verdad,
no
hay
más
que
un
Dios,
Él
es
el

Dios
que
traerá
a
los
que
están
circuncidados
a
la
perfecta
relación
con
Él
mediante
la
fe,
y
a
los
que
no
sabían
nada
de
la
circuncisión
también

mediante
la
fe.
¿Cancelamos
entonces
completamente
toda
ley
mediante
la
fe?
¡De
ninguna
manera!,
sino
que
confirmamos
la
Ley.

Pablo
desarrolla
aquí
tres
puntos.

(i)
Si

el
camino
a
Dios
es
el
de
la
fe
y
la
aceptación,
queda
descartada
toda
presunción
por
méritos
humanos.
Había
cierto
tipo
de
religiosidad
judía
que
pretendía
llevar
una
cuenta
de
debe
y
haber
con
Dios,
y
el
que
la
llevaba
-naturalmente,
el
hombre-llegaba
al
convencimiento
de
que
Dios
estaba
en
deuda
con
él.
Pablo
partía
de
la
base
de

que
todos
los
seres
humanos
somos
pecadores
Y
estamos
en
deuda
con
Dios,
Y
que
nadie
puede
llegar
por
su
propio
esfuerzo
a
estar
en
paz
con
Dios;
por
tanto,
no
hay
la
menor
base
para
estar
satisfecho
o
presumir
de
ningún
mérito
propio.
Y
después
de
conocer
a
Cristo,
«todo
lo
bueno
que
haya
podido
hacer
no
he
sido

yo
sino
la
Gracia
de
Dios
obrando
en
mí»
(1
Corintios
15:10).
(ii)
Pero
un
judío
podría
objetar:
«Eso
está
muy
bien
para
un
gentil
que
no
conoce
la
Ley;
pero
no
para
un
judío
que
la
conoce.»
A
eso
Pablo
contestaría
con
la
frase
que
es
la
base
del
credo
de
Israel
y
con
la
que
empiezan
todas
sus

devociones
privadas
Y
públicas:
«Oye,
Israel:
El
SEÑOR
nuestro
Dios
es
el
Unico
Dios»
(Deuteronomio
6:4).
No
hay
un
Dios
para
los
judíos
Y
otros
para
los
gentiles.
Dios
no
hay
más
que
Uno.
El
camino
a
Dios
es
el
mismo
para
judíos
Y
gentiles;
Y
no
es
el
de
los
méritos
humanos,
sino
el
de
la
confianza
Y
la

aceptación
creyente.
(iii)
«Pero
-podría
decir
el
judío-,
¿quiere
eso
decir
que
la
Ley
no
cuenta
para
nada?»
Y
podríamos
esperar
que
Pablo
contestara
que
sí;
pero
contesta:
«
No.»
Dice
que,
por
el
contrario,
lo
que
hace
es
dar
más
valor
a
la
Ley.
Lo
que
Pablo
quiere
decir
es
que,
hasta
ahora,
los
judíos
han
procurado
ser
buenos

Y
cumplir
los
mandamientos
porque
le
tenían
miedo
a
Dios
Y
les
aterraba
el
castigo
que
les
reportaría
el
quebrantar
la
Ley.
Pero
esa
actitud
ya
no
tiene
la
menor
justificación,
porque
lo
único
que
tiene
ahora
suprema
importancia
es
el
amor
de
Dios.

Debemos
esforzarnos
por
ser
buenos
y
cumplir
la
Ley
de
Dios,
pero
no
ya
porque
tenemos
miedo
al
castigo
de
Dios,
sino
porque
nos
damos
cuenta
de
que
debemos
hacer
todo
lo
posible
para
ser
dignos
de
ese
amor
tan
maravilloso.
El
esforzarnos
por
ser
buenos
no
viene
de
tenerle
miedo
a
Dios,
sino
de
tenerle
amor.
Ahora
sabemos

que
el
pecado
no
es
quebrantar
la
Ley,
sino
quebrantar
el
corazón
de
Dios;
y
es,
por
tanto,
mucho
más
terrible.

Comparemos
esto
con
lo
que
pasa
en
el
nivel
humano.
Muchas
personas
se
enfrentan
con
la
tentación
de
hacer
algo
que
no
está
bien;
y
no
lo
hacen,
no
porque
tienen
miedo
a
las
consecuencias
legales
-una

multa,
o
la
cárcel-, sino
porque
no
podrían
enfrentarse
con
el
dolor
o
la
tristeza
en
los
ojos
de
algún
ser
querido
o
varios.
No
es
la
ley
del
temor,
sino
la
ley
del
amor
la
que
les
ha
evitado
dar
el
mal
paso.

Esa
debe
ser
nuestra
actitud
con
Dios.
Hemos
sido
liberados
de
la
esclavitud
de
la

ley
del
miedo,
pero
eso
no
justifica
el
que
vivamos
de
cualquier
manera.
Ya
no
podemos
hacer
las
cosas
buscando
sólo
nuestro
gusto
e
interés
material,
porque
lo
que
ahora
nos
mueve
a
la
bondad
es
la
ley
del
amor,
a
la
que
nos
sentimos
más
obligados
que
antes
a
la
ley
del
miedo.

CREER
EN
LA
PALABRA

DE
DIOS

Romanos
4:1-8

¿Qué
podemos
decir
que
encontró
nuestro
patriarca
Abraham,
de
quien
todos
los
judíos
somos
descendientes?
Si
entró
en
la
debida
relación
con
Dios
gracias
a
sus
obras,
puede
estar
orgulloso
de
algo,
pero
no
en
relación
con
Dios.
Pero,
¿qué
es
lo
que
dice
la
Escritura?
«Abraham
confió
en
Dios,
y
aquello

se
le
contó
como
justicia.»
EL
que
hace
un
trabajo
no
recibe
el
sueldo
por
misericordia,
sino
como
algo
que
se
le
debe.
Pero,
al
que
confía
en
el
Dios
que
trata
al
que
no
es

bueno
como
si
lo
fuera,
la
fe
se
le
cuenta
como
justicia.
Así
dice
David
que
considera
dichoso
al
que
Dios
trata

como
justo
sin
que
haya
hecho
ninguna
cosa
especial:
<
¡Dichosos
aquellos
a
los
que
se
perdonan
las
transgresiones
Y
cubren
los
pecados!
¡Dichoso
el
hombre
a
quien
Dios
no
le
lleva
la
cuenta
del
pecado!»

Pablo
pasa
a
hablar
de
Abraham
por
tres
razones.

(i)
Los
judíos
consideraban
a
Abraham
el
patriarca
de
su
raza

y
el
dechado
de
todo
lo
que
debe
ser
un
hombre;
por
tanto
sería
natural
que
le
preguntaran
a
Pablo:
<
Si
lo
que
dices
es
cierto,
¿qué
fue
lo
que
Dios
vio
en
Abraham
cuando
le
eligió
para
que
fuera
el
patriarca
de
Su
pueblo
escogido?
¿En
qué
era
diferente
de
los
demás?>
Pablo
se
dispone
a
contestar
a

esa
pregunta.
(ii)
Pablo
ha
estado
tratando
de
demostrar
que
lo
que
pone
a
un
hombre
en
relación
con
Dios
no
es
el
cumplimiento
de
lo
que
establece
la
Ley,
sino
sencillamente
la
confianza
que
se
manifiesta
en
una
entrega
incondicional
creyendo
que
Dios
tiene
palabra
y
que
nos
sigue
amando
a
pesar
de
que
no
hemos
hecho
nada
para

merecerlo.
La
reacción
inmediata
de
los
judíos
sería:
«Esto
es
algo
completamente
nuevo,
y
que
contradice
todo
lo
que
se
nos
ha
dicho
que
tenemos
que
creer.
Esto
es
totalmente
increíble.»
Y
Pablo
responde:
«Lejos
de
ser
nada
nuevo,
esta
doctrina
es
tan
antigua
como
la
fe
de
Israel.
Lejos
de
ser
una
herejía
novedosa,
es
la
misma
base
de

la
religión
judía.»
Y
eso
es
lo
que
se
dispone
a
demostrar.
(iii)
Pablo
empieza
hablando
de
Abraham
porque
es
un
maestro
consciente
Y
sabe
cómo
funciona
la
mente
humana.
Ha
estado
hablando
de
la
fe.
La
fe
es
una
idea
abstracta.
Una
mente
sencilla
tiene
dificultad
para
captar
las
ideas
abstractas.
Un
buen
maestro
sabe
que
las
ideas
hay

que
personificarlas;
que
la
única
manera
de
que
una
mente
corriente
pueda
entender
una
idea
abstracta
es
presentársela
en
acción,
en
una
persona.
Así
es
que
lo
que
Pablo
dice
en
realidad
es:
«He
estado
hablando
de
la
fe.
Si
quieres
saber
lo
que
es
la
fe,
mira
a
Abraham.»
Cuando
Pablo
empieza
a
hablar
de
Abraham
se
coloca
en

un
terreno
que
les
era
conocido
a
todos
los
judíos.
Abraham
ocupaba
un
puesto
de
honor
en
su
pensamiento.
Era
el
fundador
de
la
nación.
Fue
el
primer
hombre
con
quien
Dios
se
puso
en
contacto.
Fue
un
hombre
único,
porque
Dios
le
escogió,
y
porque
escuchó
y
obedeció
a
Dios.
Los
rabinos
habían
discu-
tido
mucho
sobre
Abraham.
La

esencia
de
su
grandeza
era
para
Pablo
que
Dios
se
había
puesto
en
contacto
con
él
Y
le
había
mandado
marcharse
de
su
casa
Y
de
sus
parientes
Y
amigos
Y
medio
de
vida,
Y
le
había
dicho:
«Si
te
embarcas
en
esta
gran
aventura
de
fe,
llegarás
a
ser
el
padre
de
una
gran
nación.»
Abraham
creyó
que
Dios

tenía
palabra;
no
se
puso
a
discutir,
ni
a
dudar,
sino
que
se
puso
en
camino
sin
saber
adónde
iba
(Hebreos
11:8).
Lo
que
le
puso
en
relación
con
Dios
no
fue
el
haber
cumplido
meticulosamente
los
preceptos
de
una
ley,
sino
el
poner
toda
su
confianza
en
Dios
y
estar
dispuesto
a
dedicarle
su
vida.
Para
Pablo
eso
era

la
fe,
Y
fue
la
fe
de
Abraham
lo
que
hizo
que
Dios
le
considerara
bueno.
Unos
pocos,
muy
pocos,
de
los
rabinos
más
avanzados
pensaban
así.
Había
un
comentario
rabínico
que
decía:
«
Nuestro
padre
Abraham
heredó
este
mundo
Y
el
mundo
venidero
únicamente
por
el
mérito
de
la
fe
con
que
creyó
en
el
Señor;
porque
dice
la

Escritura
que
"creyó
al
Señor,
y
Él
se
lo
contó
como
justicia."»
Pero
la
inmensa
mayoría
de
los
rabinos
manipulaban
la
historia
de
Abraham
para
ponerla
de
acuerdo
con
sus
creencias.
Sostenían
que
Abraham
era
el
único
justo
de
su
generación,
y
por
tanto
Dios
le
eligió
como
patriarca
de
su
pueblo
escogido.
La
objeción
inmediata
sería:
«Si
la
única

manera
de
ser
justo
es
cumplir
perfectamente
la
Ley,
¿cómo
pudo
serlo
Abraham,
que

vivió
cientos
de
años
antes
de
que
se
promulgara
la
Ley?»
Y
los
rabinos
contestaban
con
la
extraña
teoría
de
que
Abraham
cumplió
la
Ley
por
intuición
o
por
anticipación.
«En
aquel
entonces
-dice
el
Apocalipsis
de
Baruc
57:2-1a
Ley
no
escrita
se
conocía
instintivamente,
y
así
se
podían
cumplir
los
mandamientos.»
«Cumplió
la
Ley
del
Altísimo
-dice
Eclesiástico

44:20s-y
entró
en
alianza
con
Dios...
Por
tanto,

Dios
le
aseguró
con
un
juramento
que
las
naciones
serían
benditas
en
su
descendencia.»

Los
rabinos
estaban
tan
enamorados
de
su
teoría
de
las
obras
que
insistían
en
que
Abraham
había
sido
elegido
por
sus
obras,
aunque
entonces
tenían
que
suponer
que
conocía
la
Ley
por
anticipación,
porque
todavía
no

había
sido
promulgada.

Aquí
tenemos
otra
vez
la
raíz
de
la
escisión
entre
el
legalismo
judío
y
la
fe
cristiana.

La
idea
básica
de
los
judíos
era
que
el
hombre
tiene
que
ganarse
el
favor
de
Dios;
y
la
idea
básica
del
Cristianismo
es
que
lo
único
que
puede
hacer
el
hombre
es
creer
que
Dios
tiene
palabra,

Y
jugárselo
todo
a
que
Dios
cumplirá
sus
promesas.
El
razonamiento
de
Pablo,
realmente
incontestable,
era
que
Abraham
había
entrado
en
relación
con
Dios,
no
por
cumplir
toda
clase
de
preceptos
legales,
sino
por
dar
crédito
a
la
promesa
de
Dios,
y
obrar
en
consecuencia.

La
fe
que
al
hombre
anima,
-tu
más
precioso
don,
es
luz
en

las
tinieblas,
-alivio
en
la
aflicción;
amparo
al
desvalido,
-
al
náufrago
salud,
origen
de
alegrías,
-cimiento
a
la
virtud.

JUAN
BAUTISTA
CABRERA.

El
descubrimiento
supremo
de
la
vida
cristiana
es
que
no
tenemos
que
torturarnos
en
una
batalla
perdida
para
ganar
el
amor
de
Dios,
sino
que
lo
único
que
tenemos
que
hacer
es
aceptarlo

con
completa
confianza.
Es
verdad
que,
después
de
eso,
una
persona
de
bien
está
obligada
toda
su
vida
a
mostrarse
agradecida
por
ese
amor.
Pero
ya
no
es
un
criminal
que
trata
de
cumplir
una
ley
imposible,
sino
un
enamorado
ofreciéndose
entero
al
que
le
amó
cuando
no
lo
merecía.

James
Barrie
contó
una
vez
una
historia
acerca

de
Robert
Louis
Stevenson:
«Cuando
Stevenson
fue
a
Samoa,
primero
se
construyó
una
choza,
y
luego
se
mudó
a
una
casa
grande.
La
primera
noche
que
pasó
en
la
casa
grande
se
sentía
muy
frustrado
y
triste
porque
no
se
le
había
ocurrido
encargarle
a
su
criado
que
le
trajera
café
y
cigarrillos.
Cuando
estaba
pensándolo,
se
abrió
la
puerta

Y
entró
el
muchacho
nativo
con
una
bandeja
de
café
Y
cigarrillos.
Stevenson
le
dijo
en
su
lengua
nativa:
«Grande
es
tu
previsión.»
A
lo
que
contestó
el
muchacho,
corrigiéndole:
«Grande
es
mi
amor.»
Prestaba
sus
servicios,
no
a
la
fuerza
ni
servilmente,
sino
movidito
por
el
amor.
Ese
es
el
móvil
de
la
bondad
cristiana.

EL
PADRE

DE
LOS
FIELES

Romanos
4:9-12

¿Se
le
nombró
a
Abraham
bienaventurado
cuando
ya
estaba
circuncidado,
o
estando
todavía
incircunciso?
Estamos
diciendo
que
«su
fe
se
le
contó
como
si
fuera
bueno».
¿En
qué
circunstancias
«se
le
contó»?
¿Cuándo
estaba
circuncidado,
o
cuando
estaba
sin
circuncidar?
No
fue
después
de
circuncidarse,
sino
antes;
y
recibió
la
señal

de
la
circuncisión
como
sello
de
la
relación
con
Dios
cuyo
origen
fue
la
fe
cuando
todavía
estaba
incircunciso.
Y
así
sucedió
para
que
pudiera
ser
el
padre
de
los
creyentes
no
circuncidados,
para
que
a
ellos
se
les
aplique
también
la
justicia,
lo
mismo
que
es
el
padre
de
los
circuncidados,
por
los
cuales
yo
entiendo,
no
los
que

están
circuncidados
solamente,
sino
que
caminan
en
los
pasos
de
fe
que
mostró
nuestro
padre
Abraham
cuando
estaba
todavía
sin
circuncidar.

Para
comprender
este
pasaje
tenemos
que
entender
lo
importante
que
era
la
circuncisión
para
los
judíos.
Para
ellos,
si
uno
no
estaba
circuncidado
no
era
judío,
aunque
lo
fueran
sus
padres
y
antepasados.
La
oración
judía
en

la
circuncisión
dice:
«Bendito
sea
el
Que
santificó
a
su
amado
desde
el
seno
materno,
y
puso
su
ordenanza
sobre
su
carne,
y
selló
su
descendencia
con
la
señal
del
santo
pacto.»
La
ordenanza
rabínica

establece:

«
No
comeréis
la
Pascua
si
no
tenéis
el
sello
de
Abraham
en
vuestra
carne.»
Si
un
gentil
se
convertía
a
la

religión
de
Israel,
no
podía
participar
plenamente
en
ella
hasta
que
hubiera
cumplido
tres
ordenanzas:
bautismo,
sacrificio
Y
circuncisión.

El
objedor
judío
al
que
está
contestando
Pablo
todo
el
tiempo
todavía
ataca
por
la
retaguardia.
«Supongamos
que
yo
admi-
tiera
dice-todo
lo
que
estás
diciendo
de
Abraham,
y
el
hecho
de
que
fue
su
absoluta
confianza
en
Dios

la
que
le
ganó
la
entrada
en
la
perfecta
relación
con
Él;
pero
tendrás
que
reconocer
que
fue
circuncidado.»

Y
Pablo
hace
un
razonamiento
contundente.

La
historia
del
llamamiento
de
Abraham

Y
de
la
bendición
que
Dios
le
dio
está
en
Génesis
15:6;

Y
la
historia
de
la
circuncisión
de
Abraham
en
Génesis
17:10ss.

No
fue
circuncidado
realmente
hasta
catorce

años
después
de
haber
respondido
a
la
llamada
de
Dios
Y
entrado
en
aquella
relación
exclusiva
con
Dios.
La
circuncisión
no
fue
la
puerta
de
acceso
a
la
relación
con
Dios,
sino
el
signo
Y
sello
de
que
ya
había
entrado.
El
que
se
le
contara
como
justicia
no
tenía
nada
que
ver
con
la
circuncisión,
sino
con
su
acto

de
fe.
De
este
hecho
indiscutible
Pablo
saca
dos
conclusiones:

(i)
Abraham
no
es
el
padre
de
los
meramente
circuncidados,
sino
de
los
que
hacen
el
mismo
acto
de
fe
en
Dios
que
él
hizo.
Es
decir:
que
es
el
padre
de
todos
los
que
en
cualquier
tiempo
y
lugar
han
creído
la
palabra
de
Dios
como
él,
aunque
no
estén
circuncidados.
Esto
quiere
decir,
además,
que
el
verdadero

judío
es
el
que
confía
en
Dios
como
Abraham,
sea
de
la
raza
que
sea.
Todas
las
promesas
de
Dios
son,
no
para
la
nación
judía,
sino
para
los
que
son
descendientes
de
Abraham
porque
confían
en
Dios
como
él.
Lo
que
importa
no
es
pertenecer
a
una
determinada
nación,
sino
una
manera
de
vivir
y
una
relación
con
Dios. Los

descendientes
de
Abraham
no
son
los
que
pertenecen
a
una
nación
determinada,
sino
los
que
pertenecen
a
la
familia
de
Dios,
sean
de
la
nación
que
sean.
(ii)
La
inversa
también
es
cierta.
Uno
puede
ser
judío
de
pura
cepa
y
estar
circuncidado,
y
sin
embargo
no
ser
descendiente
de
Abraham
en
el
verdadero
sentido.
No
tiene
ningún
derecho
a

llamar
a
Abraham
su
padre
ni
a
reclamar
las
promesas
de
Dios
a
menos
que
emprenda
la
aventura
de
la
fe
que
hizo
Abraham.
Con
un
breve
pasaje
Pablo
ha
producido
una
sacudida
en
todo
el
pensamiento
judío.
Los
judíos
creían
que,
por
el
hecho
de
serlo,
gozaban
automáticamente
de
los
privilegios
de
la
bendición
de
Dios
y
de
la

inmunidad
del
castigo.
La
prueba
de
que
se
era
judío
era
la
circuncisión.
Tan
literalmente
tomaban
esto
algunos
rabinos
que
de
hecho
llegaban
a
decir
que,
si
un
judío
era
tan
malo
que
Dios
tenía
que
condenarle,
había
un
ángel
cuya
misión
era
volverle
otra
vez
incircunciso
antes
de
entrar
en
el
lugar
del
castigo.

Pablo
ha
dejado

bien
sentado
el
gran
principio
de
que
el
camino
a
Dios
no
consiste
en
pertenecer
a
una
cierta
nación,
ni
en
llevar
en
el
cuerpo
una
señal;
sino
la
fe
que
cree
la
Palabra
de
Dios,
según
la
cual
todo
depende,
no
de
los
méritos
del
hombre,
sino
solamente
de
la
Gracia
de
Dios.

TODO
POR
GRACIA

Romanos
4:13-17

No
fue
por
medio
de
la
Ley
como
se
transmitió
la
promesa
de
heredar
la
Tierra
a
Abraham
Y
a
su
«simiente»,
sino
que
vino
de
aquella
correcta
relación
con
Dios
que
tuvo
su
origen
en
la
fe.
Si
los
vasallos
de
la
Ley
son
los
herederos,
entonces
la
fe
pierde
todo
su
sentido,
y

la
promesa
resulta
inoperante.
Porque
lo
que
produce
la
Ley
es
ira;
pero
donde
no
existe
una
ley
tampoco
puede
haber
transgresión.
Así
es
que
todo
depende
de
la
fe,
para
que
quede
claro
que
es
cuestión
de
Gracia,
y
se
garantice
la
promesa
a
todos
los
descendientes
de
Abraham,
no
sólo
los
que
pertenecen
a
la
tradicón
de
la

Ley, sino
también
los
que
son
de
la
familia
de
Abra-

ham
en
virtud
de
la
fe.
Abraham
es
el
padre
de
todos
nosotros;
porque
está
escrito:

<
Te
he
nombrado
padre
de
muchas
naciones.

»
Y
así
es
para
Dios
porque
creyó
en
Él
como
el
Que
llama
a
los
muertos
a
la
vida,
Y
a
la
existencia
a

cosas
que
todavía
no
existen.

Dios
le
hizo
a
Abraham
una
promesa
maravillosa.

Le
prometió
que
sería
una
gran
nación,

y
que
en
él
serían
benditas
todas
las
familias
de
la
Tierra
(Génesis
12:2s).

La
Tierra
se
le
daría
como
heredad.

y
Dios
le
hizo
esa
promesa
simplemente
porque
puso
su
confianza
en
Él.
No
la
recibió
por

haber
amontonado
méritos
cumpliendo
los
mandamientos
de
la
Ley,
sino
como
una
gracia
generosa
en
respuesta
a
su
fe
absoluta
en
Dios.
La
promesa,
como
lo
vio
Pablo,
dependía
exclusivamente
de
dos
cosas:
de
la
Gracia
generosa
e
inmerecida
de
Dios,
y
de
la
perfecta
fe
de
Abraham.

La
Gracia
es
la
mano
que
da,
y
la
fe,

la
mano
que
recibe,
como
en
la
famosa
pintura
de
Miguel
Ángel.

Los
judíos
seguirían
preguntando:
«¿Cómo
puede
uno
entrar
en
la
debida
relación
con
Dios
para
estar
incluido
en
esta
gran
promesa?»
La
respuesta
que
ellos
mismos
daban
era:
«Adquiriendo
méritos
ante
Dios
haciendo
lo
que
manda
la
Ley.»
Es
decir,
uno
tiene
que
conseguirlo
por
su

propio
esfuerzo.
Pero
Pablo
veía
con
absoluta
claridad
que
esta
actitud
judía
había
destruido
totalmente
la
promesa.
Y
la
razón
era
que
no
hay
nadie
que
pueda
cumplir
perfectamente
la
Ley;
por
tanto,
si
la
promesa
depende
de
la
observancia
de
la
Ley,
no
se
puede
cumplir.

Pablo
veía
las
cosas
con
claridad
meridiana.
Veía
dos
maneras
mutuamente

excluyentes
de
tratar
de
entrar
en
relación
con
Dios:
una
dependía
del
esfuerzo
humano,
y
la
otra,
de
la
Gracia
divina.
La
primera
era
una
batalla
irremisiblemente
perdida
para
obedecer
una
ley
imposible;
y
la
segunda,
la
fe
que
no
hace
más
que
cogerle
a
Dios
la
palabra.
Cada
una
tenía
tres
partes:

(i)
Por
una
parte
tenemos

la
promesa
de
Dios.
Hay
dos
palabras
griegas
que
quieren
decir
promesa:
Hyposjésis
es
una
promesa
con
condiciones
-«Prometo
hacer
esto
si
tú
haces
lo
otro»-.
Epanguelía
quiere
decir
una
promesa
que
se
hace
generosamente
y
sin
ninguna
condición
por
la
otra
parte;
y
esta
es
la
palabra
que
usa
Pablo;
como
si
dijéramos:
<
Dios
es
como
una
padre

humano;
promete
amar
a
sus
hijos
independientemente
de
lo
que
hagan.»
Cierto
que
amará
a
algunos
de
nosotros
con
un
amor
que
le
hace
estar
contento,
y
a
otros
con
un
amor
que
le
hará
estar
triste;
pero
en
ambos
casos
es
un
amor
que
no
nos
abandonará
jamás.
No
depende
de
nuestros
méritos,
sino
sólo
del
generoso
corazón
de

Dios.
(ii)
Tenemos
la
fe.
Fe
es
la
seguridad
de
que
Dios
es
realmente
así.
Es
jugárnoslo
todo
a
su
amor.

(iii)
Tenemos
la
Gracia.
Un
regalo
de
gracia
es
siempre
algo
que
no
se
gana
ni
merece.
La
verdad
es
que
nadie
puede
ganar
el
amor
de
Dios.
Tenemos
que
encontrar
nuestra
gloria,
no
en
lo
que
podamos
hacer
por
Dios,
sino
en
lo
que
Él
ha
hecho
por
nosotros.
(i)
Por
otra
parte
tenemos
la
Ley.
Lo
que

pasa
con
la
ley
es
que
siempre
puede
diagnosticar
la
enfermedad,
pero
no
puede
curarla.

La
Ley
le
dice
a
uno
lo
que
está
mal,
pero
no
le
ayuda
a
evitarlo.

De
hecho,
como
Pablo
señalará
más
adelante,
hay
una
especie
de
paradoja
terrible
en
la
Ley.

La
naturaleza
humana
tiende
a
querer
aquello
que
se
le
prohíbe.

<
La

fruta
robada
es
la
más
dulce.»
Así
que
la
Ley
puede
de
hecho
inducirnos
a
desear
precisamente
lo
que
nos
prohíbe.
La
consecuencia
natural
de
la
Ley
es
el
juicio;
Y,
mientras
una
persona
viva
en
una
religión
cuyo
principal
componente
sea
la
Ley,
no
puede
verse
a
sí
misma
más
que
como
un
criminal
ante
el
tribunal
de
Dios.

(ii)
Tenemos
la
transgresión.
En
cuanto
se
introduce
la
ley,
la
transgresión
la
sigue.
No
se
puede
quebrantar
una
ley
que
no
existe,
ni
se
puede
condenar
a
nadie
por
quebrantar
una
ley
que
no
sabía
que
existiera
-aunque
es
un
principio
jurídico
que
la
ignorancia
de
la
ley
no
exime
de
su
cumplimiento-.
Si
no
hacemos
más
que
introducir

una
ley,
y
si
hacemos
de
la
religión
exclusivamente
una
cuestión
de
obedecer
una
ley,
la
vida
se
reduce
a
una
cadena
de
transgresiones
a
la
espera
del
castigo.

(iii)
Tenemos
la
ira.
Pensad
en
la
ley,
y
en
la
transgresión, e
inevitablemente
el
siguiente
pensamiento
será
la
ira.
Pensad
en
Dios
en
términos
de
ley,
y
no
podréis
evitar
el

pensar
en
Él
en
términos
de
justicia
ofendida.
Pensad
en
una
persona
en
términos
de
ley,
y
no
podréis
considerarla
más
que
como
culpable
y
destinada
a
la
condenación
de
Dios.
Así
es
que
Pablo
pone
ante
los
romanos
dos
caminos:
uno
es
el
del
que
trata
de
relacionarse
debidamente
con
Dios
mediante
su
propio
esfuerzo;
y
el
otro,
el

del
que
entra
por
la
fe
en
una
relación
con
Dios
que
ya
existe
por
la
gracia
de
Dios
para
que
él
pueda
entrar
con
confianza.

LA
FE
EN
UN
DIOS
QUE
HACE
POSIBLE
LO
IMPOSIBLE

Romanos 4:18-25

Abraham
tuvo
esperanza
para
creer
contra
toda
esperanza
que
él
podía
llegar
a
ser
el
padre
de
muchas

naciones,
como
dice
la
Escritura
en
el
pasaje
de
«Así
será
tu
descendencia.
»
No
tuvo
una
fe
raquítica,
aunque
se
daba
perfecta
cuenta
de
que,
ya
entonces,
había
perdido
la
vitalidad
corporal,
porque
era
casi
centenario,
y
que
Sara
tampoco
podía
dar
la
vida
a
hijos.
No
vaciló
ante
la
promesa
de
Dios
por
incredulidad,
sino
se
vitalizó
por

medio
de
la
fe,
dio
gloria
a
Dios,
y
se
mantuvo
firmemente
convencido
de
que
el
Que
le
había
hecho
la
promesa
era
también
capaz
de
cumplirla.

Así
es
que
la
fe
se
le
contó
como
si
fuera
justo.

Y
no
fue
sólo
por
él
por
quien
dice
la
Escritura
que
«se
le
contó
como
si
fuera
justo»,
sino
también

por
nosotros,
que
creemos
en
el
Que
resucitó
a
nuestro
Señor
Jesús,
Que
fue
entregado
por
nuestro
pecado
Y
resucitado
para
introducirnos
en
la
perfecta
relación
con
Dios.

El
pasaje
anterior
acababa
diciendo
que
Abraham
creyó
en
el
Dios
que
llama
a
los
muertos
a
la
vida
Y
que
hace
ser
lo
que
no
era.

En

este
pasaje,
el
pensamiento
de
Pablo
vuelve
a
otro
ejemplo
sobresaliente
de
la
disposición
de
Abraham
a
cogerle
la
palabra
a
Dios.
La
promesa
de
que
todas
las
familias
de
la
Tierra
serían
benditas
en
su
descendencia
se
le
dio
a
Abraham
cuando
ya
era
viejo.
Su
mujer,
Sara,
siempre
había
sido
estéril;
y
entonces,
cuando
él
tenía
cien
años

y
ella
noventa
(Génesis
17:17),
les
llegó
la
promesa
de
que
tendrían
un
hijo.

A
todas
luces
parecía
totalmente
increíble
e
irrealizable,
porque
a
él
ya
se
le
había
pasado
la
edad
de
engendrar

y
a
ella
la
de
concebir

y
dar
a
luz.
Pero,
una
vez
más,
Abraham
le
tomó
la
palabra
a
Dios,
y
de
nuevo
fue
la

fe
lo
que
se
le
contó
a
Abraham
por
justicia.

Lo
que
puso
a
Abraham
en
relación
con
Dios
fue
el
creer
Su
palabra.

Los
rabinos
judíos
tenían
un
dicho
que
aquí
cita
Pablo.
Decían:

«
Lo
que
está
escrito
de
Abraham
está
escrito
de
sus
hijos.»
Querían
decir
que
las
promesas
que
Dios
le
hizo
a
Abraham

se
aplican
también
a
sus
hijos.
Por
tanto,
si
lo
que
le
puso
en
la
debida
relación
con
Dios
fue
estar
dispuesto
a
dar
crédito
a
Su
palabra,
lo
mismo
nos
sucederá
a
nosotros.
No
fueron
las
obras
que
mandaba
la
Ley,
sino
la
fe
que
confía
lo
que
estableció
la
relación
que
debe
existir
entre
Dios
y
el
hombre.

La
esencia
de
la
fe
de
Abraham
en
este
caso
fue
que
creyó
que
Dios
puede
hacer
posible
lo
imposible.
Mientras
creamos
que
todo
depende
de
nuestro
esfuerzo
no
tenemos
más
remedio
que
ser
pesimistas,
porque
la
triste
lección
de
la
experiencia
es
que
es
muy
poco
lo
que
podemos
lograr
con
nuestro
esfuerzo.
Cuando
nos
damos
cuenta

de
que
no
es
nuestro
esfuerzo
sino
la
Gracia
Y
el
poder
de
Dios
lo
que
importa,
entonces
podemos
ser
optimistas,
porque
podemos
creer
que
no
hay
imposibles
para
Dios.

Se
dice
que
una
vez
santa
Teresa
quería
construir
un
convento,
y
no
tenía
más
que
una
cantidad
insignificante
de
dinero.

Alguien
le
dijo:
<
Ni
siquiera
Teresa
puede
hacer
tanto
con
tan
poco.»
Y
ella
contestó:
«Cierto;
pero
Teresa,
con
tan
poco
Y
Dios
puede
hacerlo
todo.»
Uno
puede
dudar
de
emprender
una
gran
tarea
por
sí
mismo;
pero
no
tiene
por
qué
dudar
si
Dios
está
con
él.
La
gran
misionera
maestra
Ann
Hynter
Small
cuenta
que
su

padre,
que
también
había
sido
misionero,
solía
decir:
«
¡Qué
malvados
y
qué
estúpidos
son
los
que
no
hacen
más
que
gruñir!»
Y
el
dicho
favorito
de
ella
era:
«Una
iglesia
que
está
viva
se
atreve
con
todo.»
El
atreverse
sólo
es
posible
cuando
una
persona
o
una
iglesia
confía
en
la
Palabra
de
Dios.

CONFIANDO
EN
DIOS

Romanos
5:1-5

Entonces,
como
hemos
entrado
en
la
debida
relación
con
Dios
por
medio
de
la
fe,
disfrutemos
de
estar
en
paz
con
Él
mediante
nuestro
Señor
Jesucristo.
Por
medio
de
Él, por
la
fe,
estamos
en
posesión
de
una
introducción
a
esta
Gracia
en
la
que
nos
sentimos
seguros;
así
que,
encontremos
nuestra
gloria
en
la

esperanza
de
la
gloria
de
Dios.
Y
no
sólo
eso,
sino
hallamos
que
las
dificultades
conducen
ala
gloria;
porque
sabemos
que
la
oposición
produce
entereza;
la
entereza,
carácter;
el
carácter,
esperanza;
una
esperanza
que
no
es
ilusoria,
porque
el
Espíritu
Santo
Que
se
nos
ha
dado
ha
derramado
el
amor
de
Dios
en
nuestros
corazones.

Aquí
tenemos
uno

de
esos
grandes
pasajes
líricos
de
Pablo,
en
el
que
canta
el
íntimo
gozo
de
su
confianza
en
Dios.
La
confianza
de
la
fe
realiza
lo
que
nunca
podría
conseguir
el
esfuerzo
por
producir
las
obras
de
la
Ley:
le
da
al
hombre
la
paz
con
Dios.
Hasta
que
vino
Jesús,
nadie
podía
sentirse
realmente
cerca
de
Dios.

Algunos
han
llegado
a
pensar
en
Dios,
no
como
el
Bien
supremo,
sino
como
el
mal
supremo.
Antonio
Machado
escri-
bió
en
su
poema
El
dios
ibero:

«¡Señor,
por
Quien
arranco
el
pan
con
pena,
sé
tu
poder,
conozco
mi
cadena!
¡Oh
dueño
de
la
nube
del
estío
que
la
campaña
arrasa,
del
seco
otoño,
del
helar
tardío,

Y
del
bochorno
que
la
mies
abrasa!»

Algunos
han
considerado
a
Dios
como
el
supremo
forastero,
el
totalmente
inalcanzable.

En
uno
de
los
libros
de
H.
G.
Wells
se
encuentra
la
historia
de
un
hombre
de
negocios
que
tenía
la
mente
tan
tensa
que
estaba
al
borde
de
la
locura.
Su
médico
le
dijo
que
lo
único
que

podía
salvarle
era
encontrar
la
paz
que
da
la
relación
con
Dios.
«¡Qué!
-dijo
el
hombre-¿Pensar
en
Ése,
allá
arriba,
en
relación
conmigo?
¡Más
fácil
me
parecería
refrescarme
el
gaznate
con
la
Vía
Láctea,
o
chocar
los
cinco
con
las
estrellas!»
Para
él
Dios
era
totalmente
inasequible.
Rosita
Forbes,
la
viajera,
cuenta
que
se
refugió
en
el
templo
de
un

pueblo
chino
porque
no
tenía
otro
lugar.
En
medio
de
la
noche
se
despertó
y
vio,
a
la
luz
de
la
luna
que
entraba
de
refilón
por
las
ventanillas,
los
rostros
de
las
imágenes
de
los
dioses,
en
los
cuales
no
había
más
que
gestos
despectivos,
burlones
y
sarcásticos
hacia
los
humanos,
como
si
los
odiaran.

Sólo
cuando

nos
damos
cuenta
de
que
Dios
es
el
Padre
de
nuestro
Señor
Jesucristo
entra
en
nuestra
vida
esa
intimidad
con
Él,
esa
nueva
relación
que
Pablo
llama
justificación.

Por
medio
de
Jesús,
dice
Pablo,
tenemos
acceso
a
esta
Gracia
en
la
que
nos
sentimos
seguros.
La
palabra
que
usa
para
acceso
es
prosagógué.
Es
una
palabra
que
sugiere

dos
imágenes:

(i)
Es
la
palabra
corriente
para
introducir
a
una
persona
a
la
presencia
de
la
realeza;
Y
es
también
la
palabra
que
se
usa
para
el
adorador
que
se
acerca
a
Dios.
Es
como
si
Pablo
dijera:
«Jesús
nos
introduce
a
la
presencia
de
Dios
mismo;
nos
abre
la
puerta
de
acceso
a
la
presencia
del

Rey
de
reyes.
Y
cuando
se
abre
esa
puerta,
lo
que
encontramos
es
la
Gracia;
no
condenación,
ni
juicio,
ni
venganza;
sino
la
prístina,
inmerecida,
increíble
amabilidad
de
Dios.»

(ii)
Pero
prosagógué
nos
presenta
otra
escena.
En
el
griego
posterior
es
la
palabra
para
el
lugar
donde
atracan
los
barcos,
puerto
o
muelle.
Si
la
tomamos
en
este

sentido,
quiere
decir
que
mientras
tratemos
de
depender
de
nuestros
propios
esfuerzos
nos
encontramos
a
merced
de
las
tempestades,
como
los
marineros
que
luchan
con
un
mar
que
amenaza
tragárselos
irremisiblemente;
pero
ahora
que
hemos
oído
la
Palabra
de
Cristo,
hemos
llegado
por
fin
al
puerto
de
la
Gracia
de
Dios,
y
conocemos
la
calma
que
viene
de
depender,
no

de
lo
que
podemos
hacer
por
nosotros
mismos,
sino
de
lo
que
Dios
ha
hecho
por
nosotros.
Gracias
a
Jesús
tenemos
entrada
a
la
presencia
del
Rey
de
reyes
y
al
puerto
de
la
Gracia
de
Dios.

Cuando
Pablo
acaba
de
decir
esto,
se
le
presenta
la
otra
cara
de
la
moneda.
Todo
esto
es
cierto,
y
es

la
misma
gloria;
pero
sigue
sucediendo
que
en
esta
vida
los
cristianos
lo
tenemos
muy
difícil.
Era
difícil
ser
cristiano
en
Roma.
Al
recordarlo,
Pablo
presenta
un
gran
clímax:
«
La
oposición
dice-produce
entereza.»
La
palabra
que
usa
para
oposición
es
thlipsis,
que
quiere
decir
literalmente
opresión.
Hay
un
montón
de
cosas
que
pueden
oprimir
a
un
cristiano:
necesidades,
estrecheces,

dolor,
persecución,

rechazamiento
y
soledad.
Todo
lo
que
oprime,
dice
Pablo,
produce
entereza.
La
palabra
que
usa
para
entereza
es
hypomoné, que
quiere
decir
más
que
aguante:
es
el
espíritu
que
puede
vencer
al
mundo,
que
no
se
limita
a
resistir
pasivamente,
sino
que
vence
activamente
las
pruebas
y
tribulaciones
de
la
vida.

Cuando
Beethoven
se
vio
amenazado
por
la

sordera,
lo
más
terrible
que
le
puede
suceder
a
un
músico,
dijo:
«Cogeré
a
la
vida
por
el
cuello.»
Eso
es
hypomoné.
Cuando
Walter
Scott
estaba
en
la
ruina
por
la
bancarrota
de
sus
editores,
dijo:
«Nadie
va
a
decir
que
soy
un
pobre
hombre.
Pagaré
la
deuda
con
mi
propia
mano.»
Eso
es
hypomoné.
Alguien
le
dijo
a
una

noble
alma
que
estaba
pasando
un
gran
dolor:
«
El
dolor
le
da
color
a
la
vida,
¿no?»
Y
respondió:
«
¡Sí!
¡Pero
yo
escojo
el
color!»
Eso
es
hypomoné.
Cuando
Henley
yacía
en
la
enfermería
de
Edimburgo
con
una
pierna
amputada
y
con
la
otra
en
peligro
de
serlo,
escribió
Invictus:

En
medio
de las
nieblas
que me
cubren,

como
un
pozo
de polo
a polo
negras,
doy
gracias
por
mi
alma
inconquistable.

Eso
es
hypomoné.
Hypomoné
no
es
un
espíritu
que
se
tumba
y
deja
que
la
riada
le
pase
por
encima,
sino
el
espíritu
que
apechuga
con
la
adversidad
y
la
vence.

«La
entereza
-continúa
Pablo-produce
carácter.»
La
palabra
que
usa
para
carácter
es
dokimé.

Dokimé
se
dice
de
un
metal
que
ha
pasado
por
el
fuego
de
forma
que
ha
quedado
limpio
de
todo
lo
inferior.
Se
usa
de
una
moneda
de
quilates.
Cuando
se
arrostra
la
aflicción
con
entereza,
se
sale
de
la
batalla
más
fuerte,
más
puro
y
mejor
y
más
cerca
de
Dios.

«El
carácter
-continúa
Pablo-produce
esperanza.»
Dos

personas
se
enfrentan
con
la
misma
situación;
a
una
la
puede
conducir
a
la
desesperación,
y
puede
espolear
a
la
otra
a
una
acción
victoriosa.
Para
una
puede
ser
el
final
de
la
esperanza,
y
para
la
otra
un
desafío
a
la
grandeza.
«No
me
gustan
las
crisis
decía
Lord
Reith-,
pero
sí
las
oportunidades
que
presentan.»
La
diferencia
está

en
las
personas.
Si
uno
se
ha
dejado
llegar
a
ser
débil
Y
flojo,
si
ha
dejado
que
las
circunstancias
le
venzan,
si
no
ha
hecho
más
que
gimotear
Y
achicarse
bajo
la
aflicción,
ha
llegado
a
un
punto
en
el
que,
cuando
se
presenta
el
desafío
de
la
crisis,
no
puede
hacer
más
que
desesperarse.
Si,
por
el
contrario,

uno
ha
ido
por
la
vida
con
la
frente
alta,
enfrentándose
con
las
cosas
hasta
conquistarlas,
entonces,
cuando
llega
el
desafío,
lo
arrostra
con
los
ojos
inflamados
por
la
esperanza.
El
carácter
que
ha
resistido
la
prueba
siempre
sale
lleno
de
esperanza.

Luego
Pablo
hace
una
afirmación
final:
«La
esperanza
,
cristiana
nunca
resulta
una
vana
ilusión,
porque

está
cimentada
en
el
amor
de
Dios.»
La
Epístola
moral
a
Fabio
dice
de
ciertas
esperanzas:

«
Fabio,
las
esperanzas
cortesananas
prisiones
son
do
el
ambicioso
muere
Y
donde al
más
activo
nacen
canas...»

Pero
la
esperanza
que
se
pone
en
Dios,
no
se
desvanece,
ni
deja
frustrados.
La
esperanza
que
se
pone
en
el
amor
de

Dios
no
es
ninguna
ilusión;
porque
Dios
nos
ama
con
un
amor
eterno
respaldado
por
un
poder
eterno.

LA
PRUEBA
DEFINITIVA
DEL
AMOR

Romanos
5:6-11

Cuando
no
teníamos
remedio,
en
el
tiempo
de
Dios
Cristo
murió
por
los
que
éramos
impíos.
A
duras
penas
se
encontrará
alguien
que
muera
por
otro;
pero
podría
ser

que
uno
estuviera
dispuesto
hasta
a
morir
por
una
buena
causa.
Pero
Dios
llega
a
mucho
más:
nos
demuestra
Su
amor
al
morir
Cristo
por
nosotros
cuando
no
éramos
más
que
pecadores.
Como
hemos
entrado
en
la
perfecta
relación
con
Dios
al
precio
de
la
sangre
vital
de
Cristo, con
más
razón
seremos
salvos
de
la
Ira
por
medio
de
Él.

Porque,
si
cuando
no
éramos
más
que
enemigos
de
Dios
fuimos
reconciliados
con
Él
al
precio
de
la
muerte
de
Su
Hijo, mucho
más
ahora
que
ya
estamos
reconciliados, seguiremos
a
salvo
por
Su
vida.
Y
no
sólo
esto,
sino
que
nuestra
gloria
está
en
Dios
mediante
nuestro
Señor
Jesucristo,
por
medio
de
Quien
hemos
recibido
esta
reconciliación.

El
hecho

de
que
Jesucristo
muriera
por
nosotros
es
la
prueba
definitiva
del
amor
de
Dios.
Ya
sería
bastante
difícil
encontrar
a
alguien
que
estuviera
dispuesto
a
morir
por
un
justo;
sería
remotamente
posible
convencer
a
alguien
para
que
muriera
por
alguna
idea
grande
y
buena;
y
alguien
podría
tener
el
amor
necesario
para
dar
su
vida
por
un
amigo.
Pero
lo

inmensamente
maravilloso
del
amor
de
Jesucristo
es
que
murió
por
nosotros
cuando
no
éramos
más
que
pecadores
enemistados
con
Dios.
Ningún
amor
puede
llegar
más
lejos.

Rita
Snowdon
relata
un
incidente
de
la
vida
de
T.
E.
Lawrence.
En
1915
iba
viajando
por
el
desierto
con
unos
árabes.
La
situación
era
desesperada.
Ya
casi
no
tenían
comida,
y

apenas
les
quedaba
una
gota
de
agua.
Llevaban
las
capuchas
puestas
para
protegerse
la
cabeza
del
viento,
que
era
como
una
llama
e
iba
cargado
de
la
tempestad
de
arena.
De
pronto,
alguien
dijo:
<
¿Dónde
está
Jazmin?>
Y
otro
contestó:
«¿Qué
Jazmin?»
«
El
de
la
piel
amarilla,
de
Maan;
el
que
mató
al
cobrador
turco
y
huyó

al
desierto.»

El
primero
dijo:
«Mira,
no
hay
nadie
montado
en
el
camello
de
Jazmin.
Su
rifle
está
colgando,
pero
Jazmin
no
está.»

Y
un
segundo
dijo:
«Alguien
le
ha
pegado
un
tiro
durante
la
marcha.»

Y
un
tercero
añadió:
«No
está
muy
bien
de
la
cabeza.

A
lo
mejor
ha
visto
un
espejismo.

Y
no
es
muy
fuerte;

a
lo
mejor
se
ha
desmayado
y
se
ha
caído
del
camello.»
Y
el
primero
comentó:
«
¡Qué
más
da!
Jazmin
no
valía
un
chavo.»
Y
los
árabes
se
acomodaron
en
sus
camellos
y
reanudaron
la
marcha.
Pero
Lawrence
se
dio
la
vuelta.
Solo,
en
el
calor
abrasador,
arriesgando
la
vida,
volvió
para
atrás.
Después
de
hora
y
media
de

cabalgada
vio
algo
en
la
arena.
Era
Jazmin,
ciego
y
loco
de
calor
y
de
sed,
a
punto
de
perecer
en
el
terrible
desierto.
Lawrence
le
montó
en
su
camello,
le
dio
las
últimas
gotas
de
agua
que
le
quedaban
e
inició
la
lenta
marcha
hacia
la
comitiva.
Cuando
los
alcanzó,
los
árabes
le
miraron
alucinados.
«Aquí
está
Jazmin
-dijeron-,

que
no
vale
un
chavo,
y
nuestro
jefe
Lawrence
ha
arriesgado
la
vida
para
salvarle.»

Esto
es
toda
una
parábola.
No
fue
por
buenas
personas
por

las
que
murió
Cristo,
sino
por
pecadores;
no
eran
amigos
de
Dios,
sino
gente
que
estaba
enemistada
con
Él.

Pablo
da
otro
paso
adelante.
Gracias
a
Jesús
ha

cambiado
nuestro
status
con
Dios.
Aunque
éramos
pecadores,
Jesús
nos
puso
en
la
debida
relación
con
Dios.
Pero
eso
no
es
todo.
No
sólo
había
que
cambiar
nuestro
status;
también
había
que
cambiar
nuestro
estado.
Un
pecador
salvado
no
puede
seguir
siendo
pecador;
tiene
que
hacerse
bueno.
La
muerte
de
Cristo
cambió
nuestro
status;
su
vida
de
Resurrección
cambia
nuestro

estado.
Jesús
no
está
muerto,
sino
vivo;
está
siempre
con
nosotros
para
ayudarnos
y
guiarnos,
para
llenarnos
de
Su
fuerza
para
que
venzamos
la
tentación,
para
vestirnos
con
algo
de
su
gloria.
Jesús
empieza
por
poner
a
los
pecadores
en
la
debida
relación
con
Dios
aun
cuando
son
pecadores;
y
continúa,
por
su
Gracia,
capacitándolos
para
que
abandonen
el
pecado

Y
sean
personas
nuevas
Y
buenas.

Hay
términos
técnicos
para
estas
cosas.
El
cambio
de
nuestro
status
es
la
justificación;
ahí
es
donde
empieza
todo
el
proceso
de
la
Salvación.
El
cambio
de
nuestro
estado
es
la
santificación;
así
prosigue
el
proceso
de
nuestra
Salvación,
que
no
termina
hasta
que
Le
veamos
cara
a
cara
Y
seamos
como

El
(1
Juan
3:2).

Hay
que
notar
aquí
una
cosa
de
gran
importancia.
Pablo
está
seguro
de
que
todo
el
proceso
salvífico,
la
venida
de
Cristo
y
su
muerte,
son
una
prueba
del
amor
de
Dios.
A
veces
se
presenta
esta
verdad
como
si
por
una
parte
estuviera
un
Dios
airado
y
vengativo,
y
por
otra
un
Cristo

compasivo
y
amoroso;
y
como
si
Cristo
hubiera
hecho
algo
que
obligó
a
Dios
a
cambiar
de
actitud.
¡Nada
podría
estar
más
lejos
de
la
verdad!
Nuestra
Salvación
tiene
su
origen
y
realización
en
el
amor
de
Dios.
Jesús
no
vino
a
cambiar
Su
actitud
hacia
los
hombres,
sino
a
mostrarles
a
éstos
cómo
es
y
ha
sido
siempre
Dios.

Vino
para
demostrar,
sin
lugar
a
dudas,
que
Dios
es
amor.

LA
RUINA
Y
EL
RESCATE

Romanos
5:12-21

Por
tanto,
de
la
misma
manera
que
el
pecado
se
introdujo
en
el
mundo
por
medio
de
un
hombre,
y
con
el
pecado,
entró
la
muerte
y
se
extendió
a
todo
el
género
humano,
por
cuanto

eran
pecadores;
porque,
hasta
la
promulgación
de
la
Ley,
el
pecado
estaba
en
el
mundo,
pero
no
se
podía
culpar
a
los
humanos
porque
la
Ley
no
existía
todavía;
sin
embargo, la
muerte
reinó
desde
los
tiempos
de
Adán
hasta
el
de
Moisés
aun
sobre
los
que
no
habían
pecado
de
la
misma
manera
que
Adán,
que
era
un
símbolo
del

Mesías
Que
había
de
venir.
Pero
el
don
de
la
Gracia
gratuita
no
actuó
como
la
transgresión.
Porque,
si
los
muchos
murieron
a
consecuencia
del
pecado
de
uno,
la
Gracia
de
Dios
y
su
don
gratuito
en
la
Gracia
del
Hombre
único
Jesucristo
abundaron
para
muchos.
El
don
gratuito
no
es
como
los
efectos
del
hombre
que
pecó.
La
sentencia

que
siguió
al
hombre
que
pecó
fue
condenatoria;
pero
el
don
gratuito
que
siguió
a
las
muchas
transgresiones
fue
una
sentencia
absolutoria.
Porque,
si
por
el
delito
de
uno
la
muerte
reinó
por
culpa
de
uno,
mucho
más
los
que
reciben
el
derroche
de
Gracia
y
del
don
gratuito
que
establece
la
recta
relación
entre
Dios
y
el
hombre
reinarán

en
la
vida
por
medio
del
Hombre
único
Jesucristo.
Así
es
que,
entonces,
como
por
un
pecado
toda
la
raza
humana
quedó
incluida
en
la
sentencia,
así
también
por
un
supremo
acto
de
justicia
vino
a
los
seres
humanos
la
posibilidad
de
entrar
en
la
debida
relación
con
Dios
que
les
da
la
vida.
De
la
misma
manera
que
por

la
desobediencia
de
un
hombre
todos
quedaron
incluidos
en
la
condición
de
pecadores,
así,
por
la
obediencia
de
un
Hombre,
los
muchos
pueden
ser
absueltos.
Pero
la
Ley
se
introdujo
para
que
abundaran
las
transgresiones;
pero, donde
el

pecado
abundaba,
la
Gracia
le
superó
en
abundancia,
para
que,
así
como
el
pecado
reinó
en
la
muerte,
la
Gracia
pudiera

reinar
poniendo
a
los
seres
humanos
en
la
debida
relación
con
Dios
para
que
puedan
entrar
en
la
vida
eterna
gracias
a
la
Obra
de
nuestro
Señor
Jesucristo.

No
hay
pasaje
en
todo
en
Nuevo
Testamento
que
haya
tenido
más
influencia
en
la
teología
que
éste;
ni
que
sea
más
difícil
de
entender
para
la
mentalidad
moderna.
Es

difícil,
porque
Pablo
se
expresa
con
dificultad.
Notamos,
por
ejemplo,
que
la
primera
frase
no
termina,
sino
que
se
interrumpe
a
mitad
del
camino
mientras
Pablo
persigue
otra
idea
por
otra
vía.
Y
además,
es
que

Pablo
está
pensando
y
expresándose
en
términos
que
eran
corrientes
y
claros
para
los
judíos
de
su
tiempo,
pero
no
para
nosotros.

Si
hubiéramos
de
encerrar
el
pensamiento
de
este
pasaje
en
una
sola
frase
escogeríamos
la
que
Pablo
pone
al
principio
e
interrumpe
después:
<
Por
el
pecado
de
Adán
toda
la
raza
humana
quedó
contaminada

de
pecado
y
separada
de
Dios;
pero
por
la
justicia
de
Jesucristo
toda
la
humanidad
adquiere
la
justicia
y
vuelve
a
estar
en
la
debida
relación
con
Dios.»
De
hecho,
Pablo
lo
dijo
mucho
más
claro
en
1
Corintios
15:21:
<
Como
vino
la
muerte
por
un
hombre,
también
por
un
Hombre
ha
venido
la
Resurrección
de
los
muertos.
Porque

si
todos
morimos
por
nuestra
relación
con
Adán,
también
por
nuestra
relación
con
Cristo
todos
volvemos
a
la
vida.»

Hay
que
tener
en
cuenta
dos
ideas
judías
básicas
para
entender
este
pasaje.

(i)
Está
la
idea
de
la
solidaridad.
El
judío
no
se
consideraba
a
sí
mismo
individualmente,
sino
siempre
como
parte
de
una
tribu,
de

una
familia
o
nación,
aparte
de
la
cual
no
tenía
una
identidad
real.
Hoy
en
día
también
se
dice
que
si
se
le
pregunta
a
un
aborigen
australiano
cómo
se
llama,
responde
con
el
nombre
de
su
tribu
o
clan.
No
piensa
en
sí
mismo
como
una
persona,
sino
como
un
miembro
de
una
sociedad.
Uno
de
los
ejemplos
más

claros
de
esta
mentalidad
se
ve
en
la
venganza
de
sangre
en
los
pueblos
primitivos.
Supongamos
que
uno
que
es
de
una
tribu
mata
a
otro
que
es
de
otra.
La
de
la
víctima
adquiere
la
responsabilidad
de
vengarse
de
la
otra;
es
la
tribu
la
que
ha
sufrido
un
daño,
y
por
tanto
es
la
que
debe
buscar
satisfacción.

En
el
Antiguo
Testamento
tenemos
un
claro
ejemplo
de
esto.

Es
el
caso
de
Acán
que
se
nos
cuenta
en
Josué
7.

En
el
asedio
a
Jericó,
Acán
se
quedó
con
parte
del
botín,
desobedeciendo
lo
que
Dios
había
mandado,
es
decir,
que
todo
se
destruyera.

En
la
siguiente
campaña,
estaban
cercando
a
Haj,
que
parecía
una
empresa
mucho
más

fácil,
pero
los
ataques
fracasaron
desastrosamente.

¿Por
qué?
Porque
Acán
había
pecado,
ya
toda
la
nación
había
contraído
culpa

Y
fue
castigada
por
Dios.

El
pecado
de
Acán
no
era
el
de
un
individuo,
sino
el
de
toda
la
nación.

Esta
no
era
una
suma
de
individuos,
sino
una
masa
indivisible.

Lo
que
hacía
uno
de
sus
miembros
lo
hacía

la
nación.
Cuando
se
descubrió
el
pecado
de
Acán,
no
fue
ejecutado
él
solo,
sino
toda
su
familia;
porque
Acán
no
era
un
individuo
aislado,
sino
parte
de
un
pueblo
del
que
no
se
le
podía
separar.

Así
es
como
Pablo
ve
a
Adán:
no
como
un
individuo,
sino
como
el
representante
de
toda
la
humanidad;
Y,
como

tal,
su
pecado
fue
el
de
todos
los
seres
humanos.

Pablo
dice
que
«todos
los
seres
humanos
contraemos
el
pecado
de
Adán»
-literalmente
«pecamos
en
Adán»-.
Si
hemos
de
llegar
a
comprender
el
pensamiento
de
Pablo
tenemos
que
saber
lo
que
quiere
decir
aquí,
y
que
lo
dice
en
serio.
A
lo
largo
de
la
historia
del
pensamiento

cristiano
se
han
hecho
esfuerzos
para
interpretar
de
diferentes
maneras
la
conexión
entre
el
pecado
de
Adán
y
el
de
la
humanidad.

(a)
Se
ha
pensado
que
este
pasaje
quiere
decir
que
«todo
ser
humano
es
su
propio
Adán.»
Esto
quiere
decir
que,
como
Adán
pecó,
todos
hemos
pecado;
pero
que
entre
el
pecado
de
Adán
y
el

de
la
humanidad
no
hay
ninguna
conexión
real,
más
que,
como
si
dijéramos,
que
el
pecado
de
Adán
es
típico
del
de
todos
los
seres
humanos.
(b)
Existe
la
que
se
ha
llamado
la
interpretación
legal.
Esta
supone
que
Adán
era
el
representante
de
la
humanidad,
y
que
ésta
participa
de
la
obra
de
su
representante.
Pero
un
representante
ha

de
ser
escogido
por
las
personas
a
las
que
representa;
Y
eso
no
lo
podemos
decir
de
Adán.
(c)
Existe
la
interpretación
de
que,
lo
que
heredamos
de
Adán
es
la
tendencia
al
pecado.
Eso
es
cierto,
sin
duda;
pero
no
es
lo
que
Pablo
quiere
decir.
No
encajaría
en
absoluto
en
su
razonamiento.
(d)
A
este
pasaje
hay
que

darle
lo
que
se
ha
llamado
la
interpretación
realista,
es
decir,
que,
a
causa
de
la
solidaridad
de
la
raza
humana,
toda
la
humanidad
pecó
de
hecho
en
Adán.
Esto
no
era
ninguna
idea
rara
para
un
judío,
sino
lo
que
creían
de
hecho
los
pensadores
judíos.
El
autor
de
2
Esdras
lo
dice
con
toda
claridad:
«Una
semilla
de

mal
se
sembró
en
el
corazón
de
Adán
desde
el
principio,
y
¡cuánta
maldad
ha
producido
hasta
este
tiempo!
¡Y
cuánta
producirá
hasta
que
llegue
el
tiempo
de
la
recolección!»

(4:30).
«Porque
el
primer
Adán,
que
tenía
un
corazón
malo,
transgredió
y
fue
vencido;
y
no
sólo
él,
sino
todos
los
que
descienden
de
él»
(3:21).
(ii)
La
segunda
idea

básica
está
íntimamente
relacionada
con
la
primera
en
el
razonamiento
de
Pablo:
La
muerte
es
la
consecuencia
directa
del
pecado.
Los
judíos
creían
que,
si
Adán
no
hubiera
pecado,
los
seres
humanos
habríamos
sido
inmortales.
Sirac
2:23
dice:
«Una
mujer
fue
el
origen
del
pecado,
y
por
medio
de
ella
morimos
todos.»
El
Libro
de
la
Sabiduría
dice:
«Dios
creó

al
hombre
para
la
inmortalidad,
y
le
hizo
a
imagen
de
su
propia
naturaleza;
pero
la
muerte
penetró
en
el
mundo
a
causa
de
la
envidia
del
demonio.»
En
el
pensamiento
judío,
el
pecado
y
la
muerte
están
íntimamente
relacionados.
A
eso
es
a
lo
que
Pablo
está
llegando
por
el
complicado
y
difícil
camino
de
pensamiento
de
los
versículos

12
al
14.
Vamos
a
trazar
sus
etapas
en
una
serie
de
ideas.
(a)
Adán
pecó
porque
quebrantó
el
mandamiento
directo
de
Dios
de
no
comer
del
fruto
del
árbol
prohibido;
Y
porque
pecó,
murió,
aunque
había
sido
creado
inmortal.
(b)
La
Ley
no
llegó
hasta
el
tiempo
de
Moisés.
Ahora
bien:
si
no
hay
ley,
no
puede
haber
transgresión

de
la
ley;
es
decir,
pecado.
Por
tanto,
los
seres
humanos
que
vivieron
entre
Adán
y
Moisés
cometieron
de
hecho
acciones
pecaminosas,
pero
no
se
los
podía
considerar
pecadores,
porque
no
existía
la
Ley.

(c)

A
pesar
de
que
no
se
les
podía
atribuir
pecado,
sin
embargo
morían.
Estaban
sujetos
al
régimen
de
la
muerte,
aunque
no
se
los
podía
acusar
de
haber
quebrantado
una
ley
que
no
existía.

(d)

Entonces,
¿por
qué
morían?
Era
porque
habían
pecado
en
Adán.
El
estar
implicados
en
el
pecado
les
producía
la
muerte,
aunque
no
había

una
ley
que
pudieran
quebrantar.
De
hecho,
esa
es
la
prueba
para
Pablo
de
que
toda
la
humanidad
pecó
en
Adán.
Hemos
resumido
la
esencia
de
una
parte
del
pensamiento
de
Pablo.
A
causa
de
esta
idea
de
la
completa
solidaridad
de
la
humanidad,
literalmente
todos
los
seres
humanos
pecamos
en
Adán;
y
como
la
muerte
es
la
consecuencia
del

pecado,
ejerce
su
dominio
sobre
todos
nosotros.

Pero
esta
misma
concepción,
que
se
puede
usar
para
producir
una
visión
desesperada
de
la
situación
humana,
se
puede
usar
también
a
la
inversa
para
llenarla
de
un
resplandor
de
gloria.
En
esta
situación
entra
Jesús.
Jesús
Le
ofreció
a
Dios
la
perfecta
bondad.
Y,
exactamente
de
la
misma
manera
que

todos
los
seres
humanos
estuvieron
implicados
en
el
pecado
de
Adán,
todos
están
implicados
en
la
perfecta
bondad
de
Jesús;
Y,
de
la
misma
manera
que
el
pecado
de
Adán
fue
la
causa
de
la
muerte,
la
perfecta
bondad
de
Jesús
conquista
la
muerte
y
da
a
los
humanos
la
vida
eterna.
El
razonamiento
triumfal
de
Pablo
es
que,
como

la
humanidad
estaba
implicada
en
Adán
Y
quedó
por
tanto
condenada
a
muerte,
así
está
ahora
en
Cristo,
Y
queda
absuelta
para
poder
vivir.
Así
que,
aunque
ha
venido
la
Ley
y
ha
hecho
el
pecado
mucho
más
terrible,
la
Gracia
de
Cristo
sobrepaja
la
condenación
que
traía
le
Ley
(R-V
1909) .

Ese
es
el
razonamiento
de
Pablo,

Y
es
inapelable
para
la
mentalidad
judía.
Contiene
dos
grandes
verdades.

(i)
La
primera
es
la
siguiente:
Supongamos
que
asumimos
el
sentido
literal
de
la
historia
de
Adán:
nuestra
conexión
con
Adán
es
puramente
física.
No
nos
queda
otra
posibilidad;
de
la
misma
manera
que
no
se
le
deja
al
niño
escoger
su
padre.
Pero,
por
otra
parte,

nuestra
conexión
con
Cristo
es
voluntaria.

La
unión
con
Cristo
es
algo
que
uno
puede
aceptar
o
rechazar.

Se
trata
de
una
conexión
distinta
en
ambos
casos.

No
se
nos
dio
la
opción
de
elegir
o
no
nuestra
relación
con
Adán,
en
cuya
naturaleza
hemos
recibido
una
herencia
con
muchas
cosas
buenas,
pero
también
con
una
mala:
nuestra
condición
de

pecadores,
y
la
paga
del
pecado,
que
es
la
muerte.
Para
darnos
una
salida
victoriosa
a
una
vida
abundante
y
de
renovada
relación
con
Dios,
Cristo
vino
al
mundo
y
murió
por
nosotros.
Si
bien
esta
relación
es
optativa
y
no
impuesta
como
la
que
tenemos
con
Adán,
la
invitación
a
aceptar
el
Evangelio
debe
llegar
a
toda
la
raza

humana.
Esta
es
la
misión
de
la
Iglesia.
(ii)
La
segunda
es
la
siguiente:
Pablo
conserva
la
verdad
de
que
la
humanidad
está
sumida
en
una
situación
de
la
que
no
puede
escapar;
el
pecado
tiene
al
ser
humano
en
su
poder,
y
no
hay
esperanza.
Jesucristo
entra
en
esta
situación
trayendo
algo
que
corta
el
nudo
gordiano
que
existía.

Por
lo
que
Él
hizo,
por
Quien
Él
es
y
por
lo
que
El
da,
permite
al
hombre
salir
de
una
situación
en
la
que
se
encontraba
desesperadamente
dominado
por
el
pecado.
Sea
lo
que
sea
lo
que
digamos
del
razonamiento
de
Pablo,
es
absolutamente
cierto
que
el
pecado
ha
sumido
al
hombre
en
la
ruina,
y
que
Cristo
le

rescata.
MORIR
PARA
VIVIR

Romanos
6:1-11

¿Qué
consecuencia
sacaremos?
¿Que
hemos
de
seguir
pecando
para
que
abunde
la
Gracia?
¡De
ninguna
manera!
¿Cómo
vamos
a
vivir
todavía
en
el
pecado
si
hemos
muerto
para
él?
¿Es
que
no
os
dais
cuenta
de
que
todos
los
que
hemos
sido
introducidos
en
Cristo
por
el
bautismo
hemos
sido

bautizados
en
Su
muerte?
Nuestra
muerte
ha
sido
tan
real
que
hemos
sido
sepultados
con
Él
mediante
el
bautismo,
a
fin
de
que,
como
Cristo
fue
levantado
de
los
muertos
por
la
gloria
del
Padre,
así
nosotros,
también,
vivamos
una
vida
nueva.
Porque,
si
hemos
llegado
a
estar
unidos
a
ÉL
en
la
semejanza
de
Su
muerte,
así
también
estaremos

unidos
a
Él
en
la
semejanza
de
Su
Resurrección.
Porque
esto
sí
sabemos:
que
nuestro
viejo
yo
ha
sido
crucificado
con
ÉL
para
que
nuestro
cuerpo
pecador
pierda
su
operatividad, para
que
dejemos
de
ser
esclavos
del
pecado.
Porque
uno
que
ha
muerto
ya
ha
quedado
exculpado
de
pecado.
Pero,
si
hemos
muerto
con
Cristo,
creemos
que
igualmente
viviremos
con
Él;

porque
sabemos
que
Cristo,
después
de
Su
Resurrección,
ya
no
muere
más.
La
muerte
ya
no
tiene
ningún
dominio
sobre
Él.
El
Que
murió, murió
una
vez
por
todas
al
pecado;
Y
el
Que
vive,
vive
para
Dios.
Así
vosotros
también
debéis
consideraros
muertos
para
el
pecado,
pero
vivos
para
Dios
en
Jesucristo.

Como
ya
ha
hecho
varias
veces

en
esta
carta,
Pablo
vuelve
aquí
a
tener
una
discusión
con
una
especie
de
oponente
imaginario.

La
discusión
surge
del
gran
dicho
que
apareció
al
final
del
capítulo
anterior:
«Cuando
el
pecado
se
hizo
más
abundante
y
grave,
lo
sobrepujó
la
Gracia.»
Podemos
reconstruirlo
así.

Objetor.-Acabas
de
decir
que
la
Gracia
de
Dios
es
suficientemente
grande
para
perdonar

cualquier
pecado.
Pablo.-Y
lo
mantengo.
Objetor.-Estás
diciendo
que
la
Gracia
de
Dios
es
la
cosa
más
maravillosa
del
mundo.

Pablo.-Eso
es.
Objetor.-Pues
entonces,
¡sigamos
pecando!
Cuanto
más
pequemos,
más
abundará
la
Gracia.
El
pecado
no
importa,
porque
Dios
lo
va
a
perdonar
de
todas
maneras.
De
hecho,
aún
podríamos
decir
más:
que
el
pecado
es
algo
excelente,
porque
le
ofrece
a
la
Gracia
una
oportunidad
de
manifestarse.
La
conclusión
de
tu
razonamiento
es
que
el
pecado
produce
la

Gracia;
y
por
tanto
tiene
que
ser
una
cosa
buena,
ya
que
produce
la
cosa
más
grande
del
mundo.

La
primera
reacción
de
Pablo
es
retirarse
de
la
discusión
sobrecogido
de
horror:
<
¿Es
que
sugieres
-pregunta-que
deberíamos
seguir
pecando
para
darle
más
oportunidades
a
la
Gracia
de
seguir
operando?
¡No
permita
Dios
que
sigamos
un
curso
de

acción
tan
inaceptable!»

Pero
luego
pasa
a
otra
cosa:
«¿Has
pensado
alguna
vez
-pregunta-lo
que
te
sucedió
cuando
te
bautizaste?»
Ahora
bien,
cuando
intentamos
entender
lo
que
Pablo
dice
a
continuación
tenemos
que
recordar
que
el
bautismo
en
su
tiempo
era
distinto
de
lo
que
es
corrientemente
hoy.

(a)
Era
bautismo
de
adultos.
En
la
Iglesia

Primitiva
una
persona
mayor
venía
a
Cristo
individualmente,
a
menudo
dejándose
atrás
a
la
familia.

(b)
El
bautismo
en
la
Iglesia
Primitiva
estaba
íntimamente
relacionado
con
la
confesión
de
fe.

Una
persona
era
bautizada
cuando
entraba
en
la
Iglesia
dejando
el
paganismo.

Al
bautizarse,
una
persona
hacía
una
decisión
que
producía
un
corte
radical
en
su
vida,
lo
que
muchas

veces
quería
decir
que
acababa
una
vida
y
empezaba
otra
totalmente
distinta.
(c)
Generalmente
el
bautismo
era
por
inmersión
total,
y
esa
práctica
simbolizaba
una
verdad
que
no
queda
tan
clara
en
el
bautismo
por
aspersión.
Cuando
una
persona
descendía
al
agua,
y
era
sumergida
totalmente,
era
como
si
la
enterraran.
Cuando
salía
del
agua,
era
como
si
resucitara
saliendo

de
la
tumba.
El
bautismo
quería
decir
simbólicamente
morir
Y
resucitar.
La
persona
moría
a
una
clase
de
vida
Y
resucitaba
a
otra;
moría
para
la
vieja
vida
del
pecado,
Y
resucitaba
a
la
nueva
vida
de
la
Gracia.
Para
comprender
todo
esto
tenemos
que
recordar
de
nuevo
que
Pablo
estaba
usando
un
lenguaje
Y
unas
alegorías
que
casi
todos

los
de
su
tiempo
y
generación
entenderían.
Tal
vez
nos
parezcan
extraños
a
nosotros,
pero
no
lo
eran
para
sus
con-
temporáneos.

Los
judíos
le
entenderían.
Cuando
se
convertía
un
pagano
al
judaísmo,
tenía
que
hacer
tres
cosas:
sacrificio,
circuncisión
y
bautismo.
El
gentil
entraba
en
la
fe
de
Israel
mediante
el
bautismo,
cuyo
ritual
tenía
estas
partes:

El
que
iba
a
bautizarse
se
cortaba
el
pelo
y
las
uñas;
se
desnudaba
totalmente;
el
baptisterio
tenía
que
contener
por
lo
menos
40
seahs
-es
decir,
unos
500
litros,
medio
metro
cúbico
de
agua-,
y
el
agua
tenía
que
llegar
a
todas
las
partes
de
su
cuerpo.
Mientras
estaba
en
el
agua
tenía
que
hacer
profesión
de
su
fe

ante
tres
padrinos,
y
se
le
dirigían
algunas
exhortaciones
y
bendiciones.
El
efecto
de
este
bautismo
se
creía
que
era
una
total
regeneración;
al
bautizado
se
le
consideraba
como
un
recién
nacido
aquel
día.
Se
le
perdonaban
todos
los
pecados,
porque
Dios
no
podía
castigar
los
que
hubiera
cometido
antes
de
nacer
de
nuevo.
Lo
completo
del
cambio
se
veía

en
el
hecho
de
que
ciertos
rabinos
mantenían
que
el
hijo
que
le
naciera
a
un
hombre
después
de
su
bautismo
era
su
primogénito,
aunque
hubiera
tenido
otros
en
su
vida
anterior.
En
teoría
se
mantenía
-aunque
esta
creencia
nunca
se
ponía
en
práctica-que
un
hombre
era
tan
totalmente
nuevo
que
podría
casarse
con
una
hermana,
o
hasta
con
su

madre.
No
era
solamente
un
hombre
cambiado;
era
una
persona
diferente.

Cualquier
judío
entendería
lo
que
decía
Pablo
acerca
de
la
necesidad
de
que
un
bautizado
fuera
completamente
nuevo.
Y

lo
mismo
un
griego.
En
aquel
tiempo
la
única
verdadera
religión
griega
eran
los
misterios
o
religiones
misteriosas,
que
ofrecían
la
liberación
de
los
cuidados,
las

angustias
y
los
temores
de
la
Tierra;
esta
liberación
se
lograba
mediante
la
unión
con
un
dios.
Todos
esos
misterios
eran
representaciones
de
una
pasión;
se
basaban
en
la
supuesta
historia
de
algún
dios
que
sufría,
moría
y
resucitaba;
su
historia
se
representaba
como
un
drama.
Antes
de
participar
en
él,
uno
tenía
que
ser
iniciado;
es
decir,
tenía
que

seguir
un
curso
de
instrucción
sobre
el
sentido
del
drama,
tenía
que
someterse
a
un
proceso
de
disciplina
ascética
Y
prepararse
concienzudamente.
El
drama
se
representaba
con
todos
los
medios
disponibles
de
música
Y
luces,
de
incienso
Y
de
misterio.
Durante
la
representación,
el
iniciado
tenía
una
experiencia
emocional
de
identificación
con
el
dios.
La
iniciación
se
consideraba
siempre
como

una
muerte
seguida
de
un
nuevo
nacimiento,
en
el
cual
el
hombre
era
renatus
in
aeternum, nacido
de
nuevo
para
la
eternidad.
Uno
que
hizo
la
iniciación
nos
dice
que
pasó
por
cuna
muerte
voluntaria». Sabemos
que
en
uno
de
aquellos
misterios
el
que
se
iba
a
iniciar
se
llamaba
moriturus,
el
que
va
a
morir,
y
que
se
le
enterraba

hasta
la
cabeza
en
una
zanja.
Cuando
ya
había
pasado
la
iniciación,
se
le
hablaba
como
a
un
niño
pequeño,
Y
se
le
daba
leche
como
a
un
recién
nacido.
En
otro
de
aquellos
misterios,
la
persona
que
se
estaba
iniciando
oraba:
«Entra
tú
en
mi
espíritu,
en
mi
pensamiento
y
en
toda
mi
vida;
porque
tú
eres
yo,
y

yo
soy
tú.»
Cualquier
griego
que
hubiera
hecho
estas
experiencias
comprendería
sin
dificultad
lo
que
quería
decir
Pablo
con
aquello
de
morir
Y
resucitar
otra
vez
en
el
bautismo;
Y
al
hacerlo,
llegar
a
ser
uno
con
Cristo.

No
estamos
diciendo
de
ninguna
manera
que
Pablo
tomó
prestadas
estas
ideas
o
palabras
de
tales
prácticas
judías
o
paganas;

lo
que
decimos
es
que
estaba
usando
palabras
y
alegorías
que
reconocerían
y
entenderían
tanto
los
judíos
como
los
paganos.
En
este
pasaje
hay
tres
grandes
verdades
permanentes.

(i)
Es
una
cosa
terrible
el
intentar
comerciar
con
la

misericordia
de
Dios
convirtiéndola
en
una
licencia
para
seguir
pecando.
En
términos
humanos
sería
tan
despreciable
como
el
que
un
hijo
se
creyera
con
derecho
a
defraudar
a
su
padre
porque
sabe
que
éste
le
perdonará.
Eso
sería
aprovecharse
del
amor
para
quebrantarle
el
corazón.

(ii)

La
persona
que
inicia
el
camino
cristiano
se
compromete
a
una

clase
de
vida
diferente.
Ha
muerto
para
una
clase
de
vida,
y
ha
nacido
de
nuevo
para
otra.
En
los
tiempos
actuales
puede
que
tendamos
a
presentar
la
conversión
al
Cristianismo
como
algo
que
no
tiene
por
qué
producir
una
gran
diferencia.
Pablo
habría
dicho
que
tiene
que
producir
la
mayor
diferencia
del
mundo.
(iii)
Pero
hay
más
que
un

cambio
de
conducta
en
la
vida
de
una
persona
que
acepta
a
Cristo.
Hay
una
verdadera
identi-
ficación
con
Él.
Es
un
hecho
que
no
puede
haber
un
cambio
real
de
vida
sin
esa
unión
con
Cristo.
La
persona
está
en
Cristo.
Un
gran
pensador
cristiano
ha
sugerido
una
metáfora
para
explicar
esa
frase:
No
podemos
vivir
la
vida
física

a
menos
que
estemos
en
el
aire
y
el
aire
esté
en
nosotros;
de
la
misma
manera,
no
podemos
vivir
la
vida
que
Dios
nos
quiere
dar
a
menos
que
estemos
en
Cristo
y
Cristo
en
nosotros.
LA
PRÁCTICA
DE
LA
FE

Romanos
6:12-14

No
dejéis
reinar
al
pecado
en
vuestro
cuerpo
mortal
para
que
os

oblique
.a
seguir
lo
que
os
pida
el
cuerpo.
No
sigáis
rindiéndole
vuestros
miembros
al
pecado
como
armas
de
maldad,
sino
rendíos
de
una
vez
para
siempre
a
Dios
como
muertos
que
han
vuelto
a
la
vida,
y
rendidle
vuestros
miembros
a
Dios
como
armas
de
justicia.
Porque
el
pecado
no
tiene
por
qué
dominaros:
ya
no
estáis
bajo
la

Ley, sino
bajo
la
Gracia.

Al
salir
del
pasaje
anterior
y
entrar
en
este,
experimentamos
una
de
esas
transiciones
características
de
Pablo.
El
anterior
era
la
expresión
de
un
místico
acerca
de
la
unión
mística
entre
el
cristiano
y
Cristo
que
se
realiza
en
el
bautismo;
hablaba
de
la
manera
como
debe
vivir
un
cristiano,
tan
cerca
de
Cristo

que
se
puede
decir
que
vive
en
Él.
Y
ahora,
después
de
la
experiencia
mística
viene
la
exigencia
práctica.
El
Cristianismo
no
es
una
experiencia
emocional,
sino
una
manera
de
vivir.
El
cristiano
no
lo
es
para
complacerse
en
una
experiencia,
por
muy
maravillosa
que
sea,
sino
para
salir
a
vivir
una
cierta
clase
de
vida
entre
los
ataques
y

problemas
del
mundo.
Es
normal
en
el
mundo
de
la
vida
religiosa
que
nos
sentemos
en
la
iglesia
Y
sintamos
como
una
ola
de
sentimiento
que
pasa
por
nuestro
interior.
A
veces,
aun
cuando
nos
encontramos
solos,
nos
sentimos
muy
cerca
de
Cristo.
Pero
el
Cristianismo
que
se
detiene
allí
no
ha
recorrido
más
que
la
mitad
del
camino.
Esa

emoción
tiene
que
traducirse
en
acción.
El
Cristianismo
no
puede
ser
sólo
una
mera
experiencia
interior.
Tiene
que
ser
una
vida
en
la
palestra
del
mundo.

Cuando
uno
sale
al
mundo
se
tiene
que
enfrentar
con
una
situación
terrible.
Como
Pablo
la
ve,
Dios
y
el
pecado
están
buscando
armas
que
puedan
usar.
Dios
no
puede
actuar
sin

hombres;
si
quiere
que
se
diga
algo,
tiene
que
encontrar
a
una
persona
que
lo
diga;
si
quiere
que
se
haga
algo,
tiene
que
encontrar
a
alguien
que
lo
haga,
Y
si
quiere
que
alguien
reciba
ánimo,
necesita
a
alguien
que
se
lo
dé.
Y
lo
mismo
sucede
con
el
pecado:
alguien
tiene
que
empujarlo.
El
pecado
está
buscando
gente

que
induzca
a
otros
a
pecar
con
sus
palabras
o
ejemplo.
Es
como
si
Pablo
estuviera
diciendo:
«En
este
mundo
hay
una
batalla
constante
entre
Dios
y
el
pecado;
decide
de
qué
parte
estás.»
Nos
enfrentamos
con
la
tremenda
alternativa
de
convertirnos
en
instrumentos
en
las
manos
de
Dios,
o
en
las
del
pecado.

Un
creyente
inmaduro
podría

muy
bien
decir:
«Hay
decisiones
que
son
demasiado
difíciles,
y
voy
a
fallar.»
La
respuesta
de
Pablo
es:
«
No
te
desanimas
ni
te
desesperes;
el
pecado

no
te
dominará.»
«¿Por
qué?»
«Porque
ya
no
estamos
bajo
la
Ley,
sino
bajo
la
Gracia.
«
¿Y
eso
cambia
tanto
las
cosas?»
«
Sí;
porque
ya
no
estamos
tratando
de
satisfacer
las
exigencias
de
la
Ley,
sino
tratando
de
ser
dignos
de
los
dones
del
Amor».
Ya
no
pensamos
en
Dios
como
un
juez
severo,
sino
como
el

Que
ama
las
almas
de
todas
las
personas.
No
existe
en
todo
el
mundo
una
inspiración
que
se
pueda
comparar
con
la
del
amor.
¿Hay
alguien
que
salga
de
la
compañía
del
ser
querido
sin
sentir
el
deseo
ardiente
de
ser
mejor
persona?
La
vida
cristiana
ya
no
es
una
carga
que
hay
que
soportar,
sino
un
privilegio
a
cuya

altura
se
puede
vivir.
Como
decía
Denney:
«
No
son
las
prohibiciones
lo
que
libera
del
pecado,
sino
la
inspiración;
no
es
el
monte
Sinaí,
sino
el
Calvario
el
que
produce
santos.»
Muchos
han
sido
liberados
del
pecado,
no
por
las
normas
de
la
ley,
sino
porque
no
habrían
podido
soportar
el
desilusionar,
o
fallar,
o
herir
a
una
persona

a
la
que
amaban
o
que
los
amaba.
En
el
mejor
de
los
casos
la
ley
nos
sujeta
por
el
temor;
pero
el
amor
nos
redime
inspirándonos
para
que
seamos
mejores
de
lo
que
hemos
conseguido
ser.
La
inspiración
del
cristiano
viene,
no
del
miedo
al
castigo
de
Dios,
sino
de
la
contemplación
de
lo
que
Dios
ha
hecho
por

él.

LA
POSESIÓN
EXCLUSIVA

Romanos 6:15-23

Entonces,
¿qué?
¿Hemos
de
seguir
pecando
porque
no
estamos
bajo
la
Ley
sino
bajo
la
Gracia?
¡De
ninguna
manera!
¿No
os
dais
cuenta
de
que,
si
os
entregáis
a
alguien
como
esclavos
para
obedecerle,
de
hecho
os
convertís
en
esclavos
de
la
persona
que
habéis
elegido
obedecer:
ya
sea

del
pecado,
que
conduce
a
la
muerte,
o
de
la
obediencia,
que
conduce
a
la
perfecta
relación
con
Dios.
Pero,
gracias
a
Dios,
vosotros
que
erais
esclavos
del
pecado,
habéis
llegado
a
la
decisión
espontánea

de
obedecer
el
modelo
de
enseñanza
que
habéis
aceptado;
Y,
al
ser
liberados
del
pecado,
os
habéis
convertido
en
esclavos
de
la
justicia.

Hablo
en
términos
humanos,
porque
la
naturaleza
humana
no
puede
entender
otros
por
sí
sola:
De
la
misma
manera
que
antes
rendíais
vuestros
miembros
como
esclavos
de
la
inmundicia
y
la
iniquidad,
lo
que
producía
todavía
más
iniquidad,
así
ahora
habéis
rendido
vuestros
miembros
como
esclavos
de
la
justicia,
y
habéis
empezado
a
recorrer
el
camino
que
conduce
a
la

santidad.
Cuando
erais
esclavos
del
pecado,
estabais
libres
de
todo
compromiso
con
la
justicia;
pero,
¿qué
producto
obteníais?
Todo
lo
que
conseguíais
eran
cosas
de
las
que
ahora
os
avergonzáis
cordialmente,
porque
su
fin
es
la
muerte.
Pero
ahora,
puesto
que
ya
estáis
libres
del
pecado,
y
os
habéis
convertido
en
esclavos
de
Dios,
el
fruto
de
que
disfrutáis
está

designado
para
guiaros
en
el
camino
de
la
santidad
cuya
meta
es
la
vida
eterna.
Porque
la
paga
del
pecado
es
la
muerte, pero
el
don
gratuito
de
Dios
es
la
vida
eterna
en
nuestro
Señor
Jesucristo.

Para
cierto
tipo
de
mentalidad,
la
doctrina
de
la
Gracia
gratuita
es
siempre
una
tentación
a
decir:
«
Si
el
perdón
es

tan
fácil
Y
tan
inevitable
como
todo
eso,
si
lo
único
que
Dios
quiere
es
perdonar
Y
si
su
Gracia
es
tan
ancha
como
para
cubrir
cualquier
mancha
o
defecto,
¿por
qué
preocuparnos
del
pecado?
¿Por
qué
no
vivir
como
nos
dé
la
gana?
A
fin
de
cuentas,
da
lo
mismo.»

Pablo
se
opone
a
eso
con
una

imagen
de
la
vida
real:
«Hubo
un
tiempo
en
que
os
entregasteis
al
pecado
como
sus
esclavos;
entonces
la
integridad
no
tenía
ningún
derecho
sobre
vosotros.
Pero
ahora
os
habéis
entregado
a
Dios
como
esclavos
de
la
integridad,
y
el
pecado
no
tiene
ningún
derecho
sobre
vosotros.»

Para
entender
esto
tenemos
que
comprender
el
status
de
un
esclavo.

Cuando
hablamos
de
un
empleado,
en
el
sentido
actual,
nos
referimos
a
una
persona
que
da
una
parte
concertada

de
su
tiempo
y
actividad
a
un
patrono,
del
que
recibe
un
salario.
El
tiempo
concertado
está
al
servicio
del
patrono
y
a
sus
órdenes;
pero,
cuando
termina
ese
tiempo,
es
libre
para
hacer
lo
que
quiera.
Durante
la
jornada
laboral
«pertenece»
a
su
patrono;
pero
en
el
tiempo
libre
se
pertenece
a
sí
mismo.
Pero
en
el
tiempo

de
Pablo
el
status
de
un
esclavo
era
completamente
diferente.
Literalmente,
no
se
pertenecía
a
sí
mismo
en
ningún
momento,
todo
el
tiempo
le
pertenecía
a
su
amo.
Era
propiedad
exclusiva
de
su
amo.
Esa
es
la
imagen
que
Pablo
tiene
en
mente.
Dice:
«Hubo
un
tiempo
cuando
eras
esclavo
del
pecado.
El
pecado
era
tu
dueño
absoluto.
Entonces
no

podías
hablar
de
nada
más
que
del
pecado.
Pero
ahora
has
tomado
a
Dios
como
tu
dueño,
y
Él
tiene
posesión
absoluta
de
tu
persona.
Ahora
ya
no
puedes
ni
hablar
del
pecado:
tienes
que
hablar
sólo
de
la
santidad.»

Pablo
se
disculpa
por
adoptar
este
ejemplo.
Dice:
«Estoy
simplemente
usando
una
analogía
humana
para
que
vuestras
mentes

lo
puedan
captar.»
Se
disculpa
porque
no
le
gusta
comparar
la
vida
cristiana
con
ninguna
forma
de
esclavitud.
Pero
lo
que
quiere
decirnos
es
que
el
cristiano
no
puede
tener
más
dueño
que
Dios.
No
puede
darle
a
Dios
una
parte
de
su
vida
y
otra
parte
al
mundo.
En
cuanto
a
Dios,
es
todo
o
nada.
Mientras
uno
tenga

una
parte
de
su
vida
que
no
pertenece
a
Dios
no
es
cristiano
de
veras.
Es
cristiana
la
persona
que
le
ha
dado
a
Cristo
el
completo
control
de
su
vida
sin
reservarse
nada.
Nadie
que
lo
haya
hecho
podría
nunca
pensar
en
usar
la
Gracia
como
una
licencia
para
el
pecado.

Pero
Pablo
tiene
algo
más
que

decir:
«
Tú
tomaste
la
decisión
libre
y
espontánea
de
obedecer
el
esquema
de
la
enseñanza
que
habías
aceptado.»
En
otras
palabras,
es
como
si
dijera:
«
Tú
sabías
lo
que
estabas
haciendo,
y
lo
hiciste
con
absoluta
liber-
tad.»
Esto
es
interesante.
Recuerda
que
este
pasaje
ha
surgido
de
una
conversación
acerca
del
bautismo;
por
tanto
quiere
decir
que

al
bautismo
se
llegaba
después
de
una
preparación.
Ya
hemos
visto
que
en
la
Iglesia
Primitiva
el
bautismo
era
de
adultos,
es
decir,
de
creyentes,
previa
confesión
de
fe.
Está

claro,
por
tanto,
que
uno
no
ingresaba
en
la
iglesia
en
un
momento
de
emoción.
Se
le
instruía.
Tenía
que
saber
lo
que
estaba
haciendo.
Se
le
enseñaba

lo
que
Cristo
ofrecía
y
demandaba.
Entonces,
y
sólo
entonces,
tomaba
la
decisión
de
incorporarse.

Cuando
uno
quiere
ingresar
en
la
gran
orden
benedictina
se
le
acepta
por
un
año
de
prueba.
Todo
ese
tiempo
tiene
colgada
en
su
celda
la
ropa
que
usaba
en
el
mundo.
En
cualquier
momento
se
puede
quitar
el
hábito
y
ponerse
la

otra
ropa
y
salir,
y
nadie
se
lo
impedirá.
Sólo
después
de
aquel
año
se
llevan
definitivamente
de
su
celda
la
ropa
del
mundo.
Con
los
ojos
abiertos
y
sabiendo
lo
que
hace
entra
en
la
orden.

Así
sucede
con
el
Evangelio.
Jesús
no
quiere
seguidores
que
no
se
hayan
parado
a
considerar
el
precio.
No
se
conforma

con
una
persona
que
hace
protestas
de
lealtad
en
la
cresta
de
una
ola
de
emoción.

La
Iglesia
tiene
el
deber
de
presentar
la
fe
en
toda
su
riqueza,
y
las
exigencias
en
toda
su
seriedad,
a
los
que
quieren
hacerse
miembros.

Pablo
traza
una
diferencia
entre
la
vida
vieja
y
la
nueva.
La
vida
vieja
se
caracterizaba

por
la
suciedad
y
la
iniquidad.
El
mundo
pagano
era
un
mundo
sucio;
no
conocía
la
castidad.
Justino
Mártir
lanza
un
dicterio
terrible
cuando
habla
de
la
exposición
de
los
bebés.
En
Roma,
los
niños
que
no
se
querían,
especialmente
las
niñas,
literalmente
se
tiraban
a
la
basura.
Todas
las
noches
había
muchas
tiradas
en
el
foro.
A
algunas
las

recogían
ciertos
tipos
repugnantes
que
regentaban
burdeles
y
las
criaban
para
emplearlas
en
ellos.
Justino
presenta
a
sus
detractores
paganos
la
posibilidad
de
que,
en
su
inmoralidad,
cuando
fueran
a
un
burdel
de
la
ciudad,
podría
ser
que
les
correspondiera
su
propia
hija.

El
mundo
pagano
era
inicuo
en
el
sentido
de
que
la
concupiscencia
era
la
única

ley,
y
el
crimen
producía
más
crimen.
Esa
y
no
otra
es
la
ley
del
pecado:
el
pecado
engendra
pecado.
La
primera
vez
que
se
comete
un
acto
indigno,
tal
vez
se
hace
con
vergüenza
y
temblor.
La
segunda
vez
es
más
fácil;
y,
si
se
sigue
así,
ya
no
hay
que
vencer
ningún
escrúpulo
ni
realizar
ningún
esfuerzo.
El

pecado
pierde
su
horror.
La
primera
vez

puede
que
nos
permitamos
alguna
indulgencia
y
que
nos
conformemos
con
muy
poco;
pero
luego
se
llega
a
querer
más
y
más
para
conseguir
el
mismo
o
más
placer.
El
pecado
conduce
al
pecado;
el
libertinaje,
al
libertinaje.
Una
vez
que
se
entra
en
el
camino
del
pecado,
se
va
cada
vez
más
lejos.

La
nueva
vida

es
diferente:
es
la
vida
de
la
integridad.
Los
griegos
definían
la
integridad
como
darles
al
hombre
Y
a
Dios
lo
que
se
les
debe.
La
vida
cristiana
le
da
a
Dios
Su
lugar
Y
respetar
los
derechos
de
las
personas.
El
cristiano
nunca
desobedecerá
a
Dios
ni
usará
a
una
persona
humana
para
satisfacer
su
deseo
de
placer.
La

vida
cristiana
conduce
a
la
santificación.
La
palabra
griega
es
haguiasmós.
Todas
las
palabras
griegas
que
terminan
por
-asmós
describen,
no
un
estado,
sino
un
proceso.
La
santificación
es
el
camino
que
conduce
a
la
santidad.
Cuando
una
persona
le
entrega
su
vida
a
Cristo,
eso
no
la
hace
perfecta
instantáneamente;
la
lucha
no
ha
terminado
ni
mucho
menos;
pero

el
Cristianismo
siempre
ha
considerado
más
importante
la
dirección
en
que
se
marcha
que
la
etapa
particular
que
se
ha
alcanzado.
Una
vez
que
se
pertenece
a
Cristo
se
ha
empezado
el
proceso
de
la
santificación,
el
camino
a
la
santidad.
<
Lo
único
que
hago,
dejando
de
pensar
en
lo
que
queda
atrás
y
estirándome
a
lo
que
tengo

por
delante,
es
proseguir
hacia
la
meta,
al
premio
del
supremo
llamamiento
que
Dios
me
ha
dirigido
en
la
Persona
de
Jesucristo»
(Filipenses
3:13s).
Robert
Louis
Stevenson
decía:
<
Viajar
con
esperanza
es
mejor
que
llegar.»
Lo
que
no
se
puede
negar
es
que
es
una
gran
cosa
ponerse
en
camino
hacia
una
meta
gloriosa.

Pablo
termina
con

una
gran
frase
que
contiene
una
doble
metáfora:
«La
paga
del
pecado
es
la
muerte,
pero
el
regalo
gratuito
e
inmerecido
de
Dios
es
la
Vida
eterna.»
Pablo
usa
dos
palabras
militares:
Para
paga
usa
la
palabra
opsónia,
que
quiere
decir
literalmente
la
paga
del
soldado
-la
soldada
(N-C)-,
lo
que
se
ha
ganado
arriesgando
la
vida
y
con
mucho

sudor
y
dolor,
algo
que
se
le
debe
y
que
no
se
le
debe
escatimar;
y
para
regalo
usa
járisma
-en
latín
donativum-,
que
es
algo
que
no
se
ha
ganado,
que
el
ejército
recibía
a
veces.
En
ocasiones

especiales
-por
ejemplo,
en
su
cumpleaños,
el
día
que
ascendía
al
puesto
supremo
o
en
el
aniversario-,
el
emperador

les
repartía
a
los
soldados
un
regalo
en
dinero.
No
se
había
ganado,
sino
que
el
emperador
lo
daba
por
generosidad
Y
gracia.
Así
que
Pablo
dice:
<
Si
se
nos
da
lo
que
nos
hemos
ganado,
no
vamos
a
recibir
nada
más
que
la
muerte;
pero
Dios
nos
da
la
Vida
eterna
por
pura
Gracia
Y
generosidad.»

LA
NUEVA
LEALTAD

Romanos
7:1-6

No
podéis
por
menos
que
saber,
hermanos
porque
hablo
con
personas
que
saben
lo
que
es
una
ley-,
que
la
Ley
tiene
autoridad
sobre
el
hombre
sólo
mientras
está
vivo.
Así, una
mujer
casada
sigue
ligada
por
ley
a
su
marido
mientras
éste
vive;
pero,
una
vez
muerto, ella
queda
totalmente
desligada
de

la
ley
que
la
sujetaba
a
su
marido.
En
consecuencia, será
una
adúltera
si
tiene
relación
sexual
con
otro
hombre
mientras
su
marido
vive;
pero
si
ha
muerto,
ella
queda
libre
de
la
ley,
y
ya
no
será
adúltera
si
se
casa
con
otro
hombre.
Exactamente
igual,
hermanos,
vosotros
habéis
muerto
a
la
Ley
mediante
el
cuerpo
de
Cristo
(porque
habéis

compartido
Su
muerte
en
el
bautismo)
para
uniros
a
Otro
(quiero
decir
el
Que
ha
resucitado
de
los
muertos)
para
llevar
fruto
para
Dios.
En
los
días
de
nuestra
naturaleza
humana
desvalida,
las
pasiones
de
nuestros
pecados,
que
kit
Ley
ponía
en
movimiento,
obraban
en
nuestros
miembros
para
dar
fruto
para
la
muerte.
Pero
ahora
estamos
totalmente
desvinculados
de
la

Ley,
porque
hemos
muerto
a
todo
lo
que
nos
tenía
cautivos,
para
servir, no
bajo
la
vieja
ley
escrita,
sino
en
la
vida
nueva
del
Espíritu.

Este
es
un
pasaje
sumamente
complicado
y
difícil
de
entender.
C.
H.
Dodd
llegó
a
decir
que
aquí
tenemos
que
olvidarnos
de
lo
que
Pablo
dice,
y
procurar
descubrir
lo
que
quiso
decir.

El
pensamiento
clave
del
pasaje
se
encuentra
en
la
máxima
legal
de
que
la
muerte
cancela
todos
los
contratos.
Pablo
empieza
con
una
ilustración

de
esta
verdad,
y
quiere
usarla
como
símbolo
de
lo
que
le
sucede
al
cristiano.
Mientras
está
vivo
su
marido,
una
mujer
no
puede
pertenecer
a
otro
hombre
sin
cometer
adulterio.
Pero
cuando
muere
su
marido,
el
contrato
matrimonial
queda,
por
así
decirlo,
cancelado,
y
ella
es
libre
para
casarse
con
quien
quiera.

Siguiendo
esa
alegoría
Pablo
habría

podido
decir
que
nosotros
estábamos
casados
con
el
pecado;
que
el
pecado
ha
muerto
en
la
Cruz
de
Cristo,
y
que,
por
tanto,
ahora
somos
libres
para
pertenecer
a
Dios.
Parece
que
era
eso
lo
que
quería
decir;
pero
la
Ley
se
introdujo
en
la
escena.
Pablo
podría
haber
dicho
sencillamente
que
estábamos
casados
con
la
Ley;
que
la
Ley

ha
dejado
de
existir
por
la
Obra
de
Cristo,
y
que
ahora
somos
libres
para
pertenecer
a
Dios.
Pero,
de
pronto,
algo
cambia,
y
somos
nosotros
los
que
hemos
muerto
para
la
Ley.

¿Cómo
puede
ser
eso?
Por
el
bautismo,
participamos
de
la
muerte
de
Cristo.
Eso
quiere
decir
que,
habiendo
muerto,
que-
damos
descargados
de
todas
las

obligaciones
que
teníamos
con
la
Ley
y
somos
libres
para
casarnos
de
nuevo,
y
esta
vez
nos
casamos
con
Cristo.
Cuando
eso
sucede,
la
obediencia
cristiana
ya
no
es
algo
impuesto
externamente
por
un
código
escrito
de
leyes,
sino
una
lealtad
interior
del
espíritu
a
Jesucristo.

Pablo
traza
el
contraste
entre
dos
estados
del
hombre
-sin
Cristo
y

con
Él.
Antes
de
conocer
a
Cristo
tratábamos
de
vivir
obedeciendo
un
código
escrito
de
leyes.
Eso
era
cuando
estábamos
en
la
carne.
La
carne
no
quiere
decir
simplemente
el
cuerpo,
porque
el
ser
humano
tiene
cuerpo
mientras
vive.
Hay
algo
en
el
hombre
que
presta
atención
a
la
seducción
del
pecado,
que
le
ofrece
al
pecado
un
medio
de

acceso,
y
esa
es
la
parte
de
nuestra
personalidad
que
Pablo
llama
la
carne.

La
carne
es
la
naturaleza
humana
aparte
de
la
ayuda
de
Dios.

Pablo
dice
que,
cuando
nuestra
naturaleza
humana
estaba
separada
de
Dios,
la
Ley
nos
inducía
al
pecado.
¿Qué
quiere
decir
con
eso?
Más
de
una
vez
expresa
el
pensamiento
de

que
la
Ley
realmente
produce
el
pecado;
porque,
precisamente
porque
una
cosa
está
prohibida,
nos
parece
más
atractiva.
Cuando
no
teníamos
más
que
la
Ley,
estábamos
a
merced
del
pecado.

Luego
Pablo
pasa
a
considerar
el
estado
del
hombre
con
Cristo.
Cuando
uno
dirige
su
vida
mediante
la
unión
con
Cristo,
ya
no
lo
hace
por
obediencia
a

un
código
de
ley
escrita
que
de
hecho
despierta
el
deseo
de
pecar,
sino
por
la
lealtad
a
Jesucristo
en
lo
íntimo
del
espíritu
Y
del
corazón.
No
la
Ley,
sino
el
Amor
es
el
móvil
de
su
vida;
y
la
inspiración
del
Amor
puede
hacerle
capaz
de
lo
que
la
imposición
de
la
Ley
era
incapaz
de
ayudarle
a

hacer.

LA
ABSOLUTA
PECAMINOSIDAD
DEL
PECADO

Romanos
7:7-13

¿Qué
hemos
de
deducir
de
esto?
¿Que
la
Ley
es
el
pecado?
¡De
ninguna
manera!
Por
el
contrario,
yo
no
habría
sabido
nunca
lo
que
es
el
pecado
si
no
hubiera
sido
por
la
Ley.
No
habría
sabido
que
la
codicia
es
mala
si
no
fuera

porque
la
Ley
dice:
«No
debes
codiciar.»
Porque,
cuando
el
pecado
había
conseguido
un
asidero
por
medio
del
mandamiento,
produjo
en
mí
toda
clase
de
malos
deseos.
Y
es
que,
si
no
hay
ley,
el
pecado
está
sólo
latente.
Yo,
por
un
tiempo,
viví
sin
la
ley;
pero,
cuando
llegó
el
mandamiento,
el
pecado
cobró
vida,
y
en
aquel
momento

supe
que
había
incurrido
en
la
pena
de
muerte.
El
mandamiento
que
estaba
diseñado
para
dar
vida,
yo
descubrí
que
me
traía
la
muerte.
Porque,
cuando
el
pecado
consiguió
un
asidero
mediante
el
mandamiento,
por
medio
de
él
me
sedujo
y
me
dio
muerte.
Así
es
que
la
Ley
es
santa, y
el
mandamiento
es
santo

Y
justo
Y
bueno.
¿Entonces, lo
que
era
bueno
me
trajo
la
muerte?
¡De
ninguna
manera!
Pero
la
razón
era
que
el
pecado,
para
revelarse
como
lo
que
es,
me
produjera
la
muerte
por
medio
de
algo
que
era
en
sí
bueno,
para
que,
por
medio
del
mandamiento,
el
pecado
apareciera
en
toda
su
horrible
pecaminosidad.

Aquí
empieza

uno
de
los
pasajes
más
maravillosos
del
Nuevo
Testamento;
Y
uno
de
los
más
conmovedores,
porque
Pablo
nos
presenta
su
propia
autobiografía
espiritual,
descubriéndonos
su
corazón
Y
alma.

Pablo
está
hablando
de
la
torturadora
paradoja
de
la
Ley.
En
sí
misma,
es
algo
maravilloso
Y
espléndido.
Es
santa,
que
es
tanto
como
decir
que
es
la
misma
voz

de
Dios.
El
sentido
de
la
raíz
de
la
palabra
santo
(haguios)
es
diferente.
Describe
algo
que
no
es
de
este
mundo.
La
Ley
es
divina,
Y
transmite
la
misma
voz
de
Dios.
Es
justa.
Ya
hemos
visto
que
la
idea
de
la
raíz
griega
de
la
justicia
nos
dice
que
consiste
en
dar
al
hombre
Y
a
Dios
lo

que
les
es
debido.
Por
tanto
la
Ley
es
lo
que
establece
todas
las
relaciones,
humanas
y
divinas.
Si
una
persona
cumpliera
perfectamente
la
Ley,
estaría
en
perfecta
relación
tanto
con
Dios
como
con
sus
semejantes.
La
Ley
es
buena.
Es
decir,
que
está
diseñada
exclusivamente
para
nuestro
supremo
bien.
Su
fin
es
hacer
que
el
hombre
sea
bueno.
Todo

esto
es
cierto;
Y,
sin
embargo,
es
un
hecho
que
esa
misma
Ley
es
el
medio
por
el
que
el
pecado
se
introduce
en
el
hombre.
¿Cómo
puede
ser
así?
Hay
dos
maneras
en
las
que
se
puede
decir
que
la
Ley
es,
en
cierto
sentido,
el
origen
del
pecado.

(i)
Define
el
pecado.
El
pecado
sin
la

Ley,
como
dijo
Pablo,
no
tiene
existencia.
Hasta
que
la
Ley
define
algo
como
pecado,
no
se
podía
saber
que
lo
fuera.
Podríamos
encontrar
una
cierta
analogía
con
lo
que
pasa
en
los
juegos,
por
ejemplo
el
tenis.
Un
jugador
podría
dejar
que
la
pelota
botara
más
de
una
vez
en
su
campo
antes
de
devolverla;
si
no
hubiera
reglas

del
juego,
eso
no
sería
ninguna
falta.
Pero
hay
reglas,
y
establecen
que
la
pelota
no
puede
botar
más
de
una
vez
antes
de
que
se
devuelva
al
otro
lado
de
la
red;
así
que
es
falta
dejarla
botar
dos
veces.
Las
reglas
definen
las
faltas,
y
la
Ley
define
el
pecado.

Podemos
tomar
una
analogía
mejor:
lo

que
se
le
puede
permitir
a
un
niño,
o
a
una
persona
sin
civilizar
de
un
país
salvaje,
no
se
le
permitiría
a
un
hombre
maduro
de
un
país
civilizado.
La
persona
madura
y
civilizada
reconoce
unas
reglas
de
conducta
que
no
conocen
el
niño
o
el
salvaje;
por
tanto,
no
se
le
perdonaría
lo
que
a
éstos
se
les

puede
perdonar.

La
Ley
crea
el
pecado
en
el
sentido
de
que
lo
define.
Tal
vez
en
algún
lugar
era
legal
conducir
un
vehículo
en
cualquiera
de
los
dos
sentidos;
pero
luego
se
decidió
que
no
se
podía
nada
más
que
en
un
sentido,
y
desde
aquel
momento
está
prohibido
hacer
lo
que
antes
estaba
permitido.
Así
la

Ley,
al
presentar
sus
prohibiciones,
crea
el
pecado.

(ii)
Pero
hay
un
sentido
mucho
más
serio
en
el
que
la
Ley
produce
el
pecado.
Una
de
las
cosas
raras
de
la
vida
es
la
fascinación
de
lo
prohibido.
Los
rabinos
judíos
y
los
pensadores
descubren
esa
tendencia
en
el
Huerto
del
Edén.
Al
principio
Adán
vivía
inocentemente.
Entonces

se
le
prohibió
para
su
bien
que
no
comiera
el
fruto
de
cierto
árbol;
pero
vino
la
serpiente
Y
cambió
astutamente
la
prohibición
en
una
tentación.
El
hecho
de
que
estuviera
prohibido
hacia
aquel
árbol
más
deseable;
así
es
que
Adán
fue
seducido
al
pecado
por
el
fruto
prohibido,
y
la
muerte
fue
la
consecuencia.
Filón
de
Alejandría
alegorizaba
toda

la
historia.
La
serpiente
era
el
placer;
Eva
representaba
los
sentidos;
el
placer,
como
sucede
siempre,
quería
la
cosa
prohibida,
Y
atacó
por
los
sentidos.
Addn
era
la
razón;
Y,
por
el
ataque
de
lo
prohibido
a
los
sentidos,
la
razón
se
extravió
Y
vino
la
muerte.

En
un
pasaje
de
sus
Confesiones, Agustín
habla
de
la
fascinación
que

produce
la
cosa
prohibida.

<
Había
un
peral
cerca
de
nuestra
viña,
cargado
de
fruta.
Una
noche
de
tormenta,
unos
cuantos
gamberros
hicimos
el
plan
de
robarla
y
llevarnos
el
botín.
Cogimos
un
montón
tremendo
de
peras
-no
para
comérselas
nosotros,
sino
para
echárselas

a
los
cerdos,
aunque
nosotros
también
comimos
lo
suficiente
para
saborear
el
fruto
prohibido.
No
eran
muy
buenas;
pero
no
eran
las
peras
lo
que
codiciaba
mi
alma
pecadora,
porque
tenía
muchas
mejores
en
casa.
Las
cogí
sencillamente
para
cometer
un
robo.
La
única
fiesta
que
celebré
fue
la
de
la
iniquidad,
y
ésa la
disfruté a
tope.
¿Qué
era
lo

que
me
atraía
del
robo?
¿El
placer
de actuar
contra
la
ley,
yo
que,
al
fin
y
al
cabo,
era
un
prisionero
de
las
reglas,
para
tener
un
pobre
simulacro
de
libertad
haciendo
algo
prohibido,
como
una forma
de impotente
pataleo?

...

El
deseo
de robar
me lo
suscitaba precisamente
la prohibición
de hacerlo».

Poned
algo
en
la
categoría
de
lo
prohibido,
o
fuera
de
los

límites,
e
inmediatamente
ejerce
fascinación.
En
este
sentido,
la
Ley
produce
el
pecado.

Pablo
usa una palabra reveladora
en
relación
con
el
pecado:
«
El
pecado
me
sedujo.»
Siempre
hay
decepción
en
el
pecado.
Vaughan
dice
que
la
ilusión
del
pecado
obra
en
tres
direcciones.
(i)
Nos
engañamos
pensando
en
la
satisfacción
que
vamos
a
encontrar
en
él.
Todos
tomamos
la

cosa
prohibida
creyendo
que
nos
va
a
hacer
felices;
pero
a
nadie
le
resulta
así.
(ii)
Nos
engañamos
creyendo
que
tenemos
disculpa.
Todos
pensamos
que
podemos
justificarnos
por
haber
hecho
lo
que
no
debíamos;
pero
la
disculpa
no
suena
más
que
como
vana
cuando
se
hace
en
la
presencia
de
Dios.
(iii)
Nos
engañamos
pensando
en
la
probabilidad
de
escapar

a
las
consecuencias.
Todos
pecamos
con
la
esperanza
de salirnos
con
la
nuestra;
pero
es
muy
cierto
que,
más
tarde o
más
temprano,
se nos
descubrirá.

Entonces,
¿es
la
Ley
una
cosa
mala
porque
produce
el
pecado?
Pablo
no
tiene
la
menor
duda
de
que
hay
sabiduría
en
el
proceso.
(i)
Primero,
está
convencido
de
que,
sean
las
consecuencias
las
que

sean,
el
pecado
tiene
que
verse
como
pecado.

(ii)

El
proceso
muestra
la
terrible
naturaleza
del

pecado,
porque
toma

una
cosa
-la

Ley-que
era
santa

y
justa
y
buena,

y
la
retuerce
para
que
sirva
para
el
mal.

Lo
terrible
del
pecado
se ve

en
el
hecho
de que puede tomar
una cosa buena,
y
convertir-

la
en
un
instrumento
para
el
mal.
Eso
es

lo
que
hace
el
pecado.
Puede
tomar
el
encanto
del
amor,
Y
convertirlo
en
lujuria.
Puede
tomar
el
deseo
honroso
de
independencia,
Y
convertirlo
en
una
obsesión
de
dinero
Y
poder.
Puede
tomar
la
belleza
de
la
amistad,
Y
usarla
como
seducción
para
cosas
malas.
Eso
era
lo
que
Carlyle
llamaba
«la
infinita
condenabilidad
del
pecado.»
El
mismo
hecho
de

que
tomó
la
Ley
y
la
convirtió
en
una
cabeza
de
puente
para
el
pecado
muestra
la
suprema
maldad
del
pecado.
Todo
este
proceso
no
es
accidental;
está
diseñado
para
mostrarnos
lo
terrible
que
es
el
pecado,
porque
puede
tomar
las
cosas
más
maravillosas
y
contaminarlas
con
su
sucio
contacto.

LA
SITUACIÓN
HUMANA

Romanos
7:14-25

Somos
conscientes
de
que
la
Ley
es
espiritual.
¡Pero
yo
soy
una
criatura
de
carne
y
hueso
bajo
el
poder
del
pecado!
No
entiendo
lo
que
me
pasa.
Lo
que
quiero
hacer,
no
lo
hago;
pero
lo
que
me
repele, eso
sí
lo
hago.
Si
de
hecho
hago
lo
que
no
quiero
hacer, estoy
de
acuerdo
con
la
Ley
y
la

considero
justa.
Como
están
las
cosas, ya
no
soy
yo
el
que
lo
hace,
sino
el
pecado
que
reside
en
mí.
Quiero
decir
en
mi
naturaleza
humana.
El
querer
lo
que
está
bien
está
dentro
de
mis
posibilidades,
pero
no
el
hacerlo;
porque
no
hago
el
bien
que
quiero
hacer;
pero
el
mal
que
no
quiero
hacer,
eso
sí
que
lo

hago.
Así
que,
si
hago
precisamente
lo
que
no
quiero
hacer,
ya
no
soy
yo
quien
lo
hace,
sino
el
pecado
que
reside
en
mí.
Mi
experiencia
de
la
Ley,
entonces,
es
que
quiero
hacer
lo
que
está
bien,
pero
que
lo
único
que
está
dentro
de
mis
posibilidades
es
hacer
lo
que
está
mal.
En
cuanto
a
lo
íntimo

de
mi
ser,
estoy
totalmente
de
acuerdo
con
la
Ley
de
Dios;
pero
veo
otra
ley
en
mis
miembros

que
no
hace
más
que
presentar
batalla
contra
la
ley
de
mi
mente,
y
me
lleva
cautivo
mediante
la
ley
del
pecado
que
está
en
mis
miembros.
¡Qué
miserable
soy!
¿Quién
me
librará
de
este
cuerpo
fatal?
¡Dios!
¡Gracias
Le
doy
mediante
nuestro
Señor
Jesucristo.
Por
tanto, con
la
mente
sirvo
a
la
Ley
de
Dios;
pero
con
la
naturaleza

humana,
a
la
del
pecado.

Pablo
nos
presenta
su
alma
al
desnudo;
Y
nos
habla
de
una
experiencia
que
es
de
la
misma
esencia
de
la
situación
humana.
Sabía
lo
que
estaba
bien,
Y
quería
hacerlo;
Y
sin
embargo,
por
alguna
razón,
no
podía
hacerlo.
Sabía
lo
que
estaba
mal,
Y
lo
último
que
querría
sería
hacerlo;
Y,

sin
embargo,
lo
hacía.
Se
daba
cuenta
de
que
tenía
una
personalidad
dividida,
como
si
hubiera
dos
personas
diferentes
dentro
de
su
piel,
tirando
cada
una
en
un
sentido
diferente.
Le
perseguía
este
sentimiento
de
frustración;
su
capacidad
para
ver
lo
que
estaba
bien,
y
su
incapacidad
para
hacerlo;
su
capacidad
para
reconocer
lo
que
estaba
mal,
y
su
incapacidad

para
resistirse
a
hacerlo.

Los
contemporáneos
de
Pablo
conocían
muy
bien
este
sentimiento,
lo
mismo
que
lo
conocemos
nosotros.
Séneca
lo
llamaba
«nuestra
indefensión
en
las
cosas
necesarias»,
y
decía
que
los
hombres
odian
sus
pecados
y
los
aman
al
mismo
tiempo.
Ovidio,
el
gran
poeta
latino,
había
escrito
la
famosa
sentencia:
«Veo
las
cosas
mejores
y
las

apruebo;
pero
sigo
las
peores.»

Nadie
conocía
este
problema
mejor
que
los
judíos.
Lo
planteaban
diciendo
que,
en
toda
persona,
hay
dos
naturalezas,
a
las
que
llamaban
yétser
hatob
Y
yétser
hará
-tendencia
al
bien
y
tendencia
al
mal-.
Los
judíos
estaban
convencidos
de
que
Dios
había
hecho
al
hombre
con
un
buen
impulso
y
con
un
mal

impulso.

Había
rabinos
que
creían
que
el
mal
impulso
estaba
en
el
embrión
antes
del
nacimiento.
Era
una
«segunda
personalidad
malévola.»
Era
«
el
implacable
enemigo
del
hombre.»
Estaba
acechando
toda
la
vida
para
destruir
al
hombre.
Pero
los
judíos

veían
con
la
misma
claridad,
en
teoría,
que
nadie
tiene
por
qué
sucumbir
a
ese
mal

impulso.
Ben
Sira
escribió:

«Dios
mismo
creó
al
hombre
al
principio,
y
le
dejó
en
la
mano
de
su
propio
consejo.
Si
así
lo
quieres,
guardarás
los
mandamientos,
y
de
tu
voluntad
depende
el
obrar
con
fidelidad.
Él
te
ha
puesto
delante
agua
y
fuego:
extiende
la
mano
a
lo
que
prefieras.
Delante
del
hombre
están
la
vida

y
la
muerte,
y
se
le
dará
la
que
escoja...
Él
no
le
ha
mandado
a
nadie
que
obre
maldad,
ni
a
ningún
hombre
ha
dado
licencia
para
pecar.»

(Eclesiástico
15:14-17, 20).

Había
ciertas
cosas
que
guardarían
al
hombre
de
caer
en
el
impulso
malo,
y
una
de
ellas
era
la
Ley.
Pensaban
que
Dios
decía:

«
Yo
he
creado
para
ti
el
mal
impulso;
y
he
creado
para
ti
la
Ley
como
un
antiséptico.»

«
Si
te
ocupas
en
la
Ley
no
caerás
en
poder
del
mal
impulso.»

Estaban
la
voluntad
y
la
razón.

«Cuando
Dios
creó
al
hombre,
implantó
en
él
las
pasiones
y
las
disposiciones;
y
entonces,
por

encima
de
todo,
entronizó
la
sagrada
razón
gobernadora.»

Cuando
atacaba
el
mal
impulso,
los
judíos
creían
que
la
sabiduría
Y
la
razón
lo
podían
derrotar;
el
estar
ocupado
en
el
estudio
de
la
Palabra
de
Dios
era
su
seguridad;
la
Ley
era
un
profiláctico;
en
tales
momentos
se
podía
pedir
la
ayuda
del
buen
impulso.

Pablo

sabía
todo
eso;
y
también
sabía
que,
si
bien
todo
era

cierto
en
teoría,
no
lo
era
en
la
práctica.
Había
cosas
en
la
naturaleza
humana
-eso
era
lo
que
él
quería
decir
con
este
cuerpo
fatal-que
respondían
a
la
seducción
del
pecado.
Es
parte
de
la
situación
humana
que
conocemos
el
bien
pero
hacemos
el
mal,
que
nunca
somos
tan
buenos
como
sabemos
que
debemos
ser.
Al
mismo
tiempo

Y
a
la
vez
nos
atraen
la
bondad
Y
la
maldad.

Desde
cierto
punto
de
vista
este
pasaje
se
podría
llamar
el
de
las
incapacidades.

(i)
Demuestra
la
incapacidad
del
conocimiento
humano.
Si
el
saber
que
una
cosa
es
buena
fuera
el
hacerla,
la
vida
sería
fácil.
Pero
el
conocimiento
solo
no
hace
bueno
a
nadie.

Es
lo
mismo
en
la
vida
ordinaria:
podemos
saber
-por
lo
menos
mucha
gente
pretende
saber-cómo
se
debe
jugar
al
fútbol;
pero
eso
no
quiere
decir
que
se
sepa
jugar.
Puede
que
conozcamos
las
reglas
de
la
poética;
pero
eso
no
quiere
decir
que
sepamos
escribir
poesías
que
merezcan
ese
nombre.
Parece
fácil
decir
lo
que
se
debe
hacer
en

una
situación
laboral,
económica
o
política,
y
muchos
pretenden
saberlo;
pero,
como
en
la
fábula
de
los
ratones,
lo
difícil
es
ponerle
el
cascabel
al
gato.
Esa
es
la
diferencia
entre
religión
y
moral.
La
moral
es
el
conocimiento
de
un
código;
la
religión
es
el
conocimiento
de
una
Persona;
y
es
sólo
cuando
conocemos
a
Cristo
cuando
podemos
hacer

lo
que
sabemos
que
debemos
hacer.
(ii)
Demuestra
la
incapacidad
de
las
resoluciones
humanas.
El
decidir
hacer
una
cosa
está
muy
lejos
del
hacerla.
Tiene
la
naturaleza
humana
una
debilidad
radical
en
la
voluntad.
Se
enfrenta
con
los
problemas,
con
las
dificultades
y
con
la
oposición...
y
falla.
Una
vez,
Pedro
hizo
una
gran
resolución:
«Aunque
tenga
que
morir
contigo

-le
dijo
a
Jesús-,
no
te
negaré»
(Mateo
26:35);
Y
sin
embargo
fracasó
lastimosamente
cuando
se
le
presentó
la
ocasión
de
demostrar
su
lealtad.
Cuando
no
recibe
la
fuerza
de
Cristo,
la
voluntad
humana
está
abocada
al
fracaso.
(iii)
Demuestra
las
limitaciones
del
diagnóstico.
Pablo
sabía
muy
bien
lo
que
estaba
mal,
pero
era
incapaz
de
corregirlo.
Era
como
un

médico
que
sabe
diagnosticar
con
toda
seguridad
una
enfermedad,
pero
no
puede
prescribir
la
cura.
Jesús
es
el
único
que
no
sólo
diagnostica
el
mal
sino
que
puede
curarlo,
y
hacer
que
lo
que
está
malo
se
ponga
bueno.
Lo
que
ofrece
no
es
una
crítica,
sino
una
cura.

LA
LIBERACIÓN
DE
LA
NATURALEZA
HUMANA

Romanos

Por
tanto,
ya
no
hay
ninguna
condenación
para
los
que
viven
unidos
a
Jesucristo.
Porque
la
ley
que
viene
del
Espíritu
Y
conduce
a
la
vida
me
ha
librado
por
medio
de
Jesucristo
de
la
ley
que
engendra
el
pecado
Y
conduce
a
la
muerte.
En
cuanto
a
la
impotencia
de
la
Ley, esa
su
debilidad
que
era

el
efecto
de
nuestra
naturaleza
humana
pecadora,
Dios
envió
a
Su
propio
Hijo
como
ofrenda
por
el
pecado
con
esa
misma
naturaleza
humana
que
había
pecado
en
nosotros;
Y
así, mientras
existía
en
la
misma
naturaleza
humana
que
nosotros, condenó
al
pecado;
de
manera
que, como
resultado,
la
justa
exigencia
de
la
Ley
se
pudiera
cumplir
en
nosotros,
que
no
vivimos
sometidos
a

los
principios
de
la
naturaleza
humana
pecadora, sino
bajo
el
principio
del
Espíritu.

Este
pasaje
resulta
difícil
de
puro
comprimido,

Y
también
porque
Pablo
alude
a
cosas
de
las
que
ya
ha
hablado
antes.

Hay
dos
palabras
que
aparecen
una

Y
otra
vez

en
este
pasaje:
carne
(sarx)

Y
espíritu
(pneuma).

No
podremos
seguir
el
razonamiento
de
Pablo
a

menos
que
entendamos
el
sentido
que
les
da
a
estas
dos
palabras.

(i)
Sarx
quiere
decir
literalmente
carne.
Una
lectura
de
corrido
de
las
cartas
de
Pablo
nos
bastaría
para
descubrir
que
usa
esta
palabra
con
mucho
frecuencia
y
con
un
sentido
especial.
En
términos
generales
la
usa
de
tres
maneras
diferentes:

(a)
La
usa
en
su
sentido
literal.
Habla
de
la
circuncisión
física,
literalmente
«en
la
carne»
(Romanos
2:28).

(b)
Una
Y
otra
vez
emplea
la
frase
kata
sarka,
literalmente
de
acuerdo
con
la
carne,
que
quiere
decir
casi
siempre
mirando
las
cosas
desde
el
punto
de
vista
humano.
Por
ejemplo,
dice
que
Abraham
es
nuestro
antepasado
kata
sarka,
en

cuanto
a
la
naturaleza
humana.
Dice
que
Jesús
es
hijo
de
David
kata
sarka
(Romanos
1:
3),
es
decir,
en
cuanto
a
su
naturaleza
humana.
Habla
de
los
judíos
como
sus
parientes
kata
sarka
(Romanos
9:8);
es
decir,
por
parentesco
natural.
Cuando
Pablo
usa
la
expresión
kata
sarka,
siempre
implica
que
está
considerando
las
cosas
desde
el
punto
de
vista

humano.
(c)
Pero
otras
veces
usa
la
palabra
sarx
en
un
sentido
que
le
es
característico.
Hablandó
de
los
cristianos,
se
refiere
al
tiempo
cuando
estábamos
en
la
carne
(en
sarkí,
Romanos
7:5).
Habla
de
los
que
andan
conforme
a
la
carne
en
contraposición
a
los
que
viven
la
vida
cristiana
(Romanos
8:4s).
Dice
que
los
que
están
en
la

carne
no
pueden
agradar
a
Dios
(Romanos
8:8).
Dice
que
la
mentalidad
de
la
carne
es
muerte,
y
enemiga
de
Dios
(Romanos
8:6,
8).
Habla
de
vivir
de
acuerdo
con
la
carne
(Romanos
8:12).
Les
dice
a
sus
amigos
cristianos:
«Vosotros
no
estáis
en
la
carne»
(Romanos
8:9).
Está
muy
claro,
sobre
todo
en
el
último
ejemplo,
que
Pablo
no

usa
la
palabra
carne
refiriéndose
al
cuerpo,
como
cuando
nosotros
hablamos
de
carne
y
hueso.
Lo
que
quiere
decir
realmente
es
la
naturaleza
humana
con
todas
sus
debilidades
y
su
vulnerabilidad
al
pecado.
Se
refiere
a
la
parte
de
nuestra
persona
que
le
sirve
de
cabeza
de
puente
al
pecado;
es
decir,
nuestra
naturaleza
pecadora,
aparte
de
Cristo;
todo
lo

que
nos
ata
al
mundo
en
lugar
de
a
Dios.
Vivir
conforme
a
la
carne
es
llevar
una
vida
dominada
por
los
dictados
y
deseos
de
la
naturaleza
pecadora
en
lugar
de
una
vida
gobernada
por
el
amor
de
Dios.
La
carne
representa
lo
más
bajo
de
la
naturaleza
humana.

Tenemos
que
damos
cuenta
de
que,
cuando
Pablo

piensa
en
la
clase
de
vida
que
está
dominada
por
sax, no
está

pensando
exclusivamente
en
los
pecados
sexuales
o
corporales.
Cuando
da
una
lista
de
las
obras
de
la
carne
en
Gálatas
5:19-21,
incluye
los
pecados
sexuales
y
corporales,
pero
también
la
idolatría,
el
odio,
la
ira,
la
agresividad,
las
herejías,
la
envidia
y
el
asesinato.
Para
él

la
carne
no
era
algo
material,
sino
espiritual;
era
la
naturaleza
humana
en
toda
su
debilidad
y
pecado,
todo
lo
que
el
ser
humano
es
aparte
de
Dios
y
de
Cristo.

(ii)
Está
la
palabra
espíritu;
en
este
solo
capítulo
aparece
no
menos
de
veinte
veces.
Esta
palabra
tiene,
como
la
anterior,
un
trasfondo
que
le
viene
del

Antiguo
Testamento.

En
hebreo
existe
la
palabra
rúaj,
que
contiene
dos
ideas
básicas:

(a)
No
quiere
decir
sólo
espíritu,
sino
también
viento;
siempre
tiene
el
sentido
de
algo
poderoso,
como
un
potente
viento
de
tempestad.

(b)
En
el
Antiguo
Testamento
siempre
contiene
la
idea
de
algo
que
es
más
que
humano.

El
Espíritu,
para
Pablo,
representa
un
poder
divino.
Así

es
que
Pablo
dice
en
este
pasaje
que
hubo
un
tiempo
cuando
el
cristiano
estaba
a
merced
de
su
propia
naturaleza
humana
pecadora.
En
ese
estado,
la
Ley
era
algo
que
le
hacía
pecar,
de
modo
que
iba
de
mal
en
peor,
derrotado
y
frustrado.
Pero,
cuando
se
convirtió
al
Evangelio,
vino
a
su
vida
el
poder
del
Espíritu
de

Dios;
Y,
en
consecuencia,
entró
en
una
vida
de
victoria.

En
la
segunda
parte
del
pasaje,
Pablo
habla
del
efecto
de
la
Obra
de
Jesús
en
nosotros.
Es
complicado
y
difícil
de
entender,
pero
Pablo
quiere
decir
lo
siguiente:
Recordemos
que
empezó
este
tema
diciendo
que
todos
pecamos
en
Adán.
Ya
hemos
visto
cómo
la
idea
judía
de

la
solidaridad
le
permitía
afirmar
que,
literalmente,
todos
los
seres
humanos
estamos
implicados
en
el
pecado
de
Adán
y
en
su
consecuencia,
la
muerte.
Pero
esto
tiene
otra
cara:
Jesús
ha
venido
a
este
mundo
con
una
naturaleza
puramente
humana;
y
le
ha
ofrecido
a
Dios
una
vida
de
perfecta
obediencia,
de
perfecto
cumplimiento
de
Su
voluntad.
Ahora
bien:
como

Jesús
era
plenamente
humano,
de
la
misma
manera
que
éramos
uno
con
Adán
somos
ahora
uno
con
Cristo;
Y
de
la
misma
manera
que
nos
vimos

involucrados
en
el
pecado
de
Adán,
ahora
lo
estamos
en
la
perfección
de
Cristo.
En
Cristo,
la
humanidad
Le
ofreció
a
Dios
la
perfecta
obediencia,
lo
mismo
que
en
Adán
le
había
ofrecido
una
desobediencia
fatal.
Los
hombres
que
estaban
antes
invo-
lucrados
en
el
pecado
de
Adán
son
ahora
salvos
porque
están
incluidos
en
la
bondad
de
Cristo.

Ese
es
el
razonamiento
de
Pablo;
y
para
él
y
para
los
que
le
leían
era
algo
totalmente
convinciente,
aunque
sea
difícil
de
entender
para
nosotros.
Gracias
a
la
Obra
de
Cristo,
se
nos
ofrece
a
los
cristianos
una
vida
que
no
está
dominada
por
la
carne,
sino
por
el
Espíritu
de
Dios,
que
llena
al
hombre
de
un
poder

que
antes
no
tenía
ni
conocía.
Se
le
anula
el
castigo
de
su
pasado
y
se
le
asegura
la
fuerza
para
su
futuro.

LOS
DOS
PRINCIPIOS
DE
LA
VIDA

Romanos
8:5-11

Los
que
viven
de
acuerdo
con
los
dictados
de
la
naturaleza
humana
pecadora
están
inmersos
en
las
cosas
de
este
mundo.
Los
que

viven
de
acuerdo
con
los
dictados
del
Espíritu,
en
las
cosas
del
Espíritu.
Estar
absorto
en
las
cosas
de
este
mundo
conduce
a
la
muerte;
pero
estarlo
en
las
cosas
del
Espíritu
conduce
a
la
vida
y
a
la
paz.
Porque
el
estar
pendiente
de
las
cosas
que
fascinan
a
nuestra
naturaleza
humana
pecadora
implica
enemistad
con
Dios;
porque
así

no
se
obedece
a
la
Ley
de
Dios,
ni
se
puede
aunque
se
quisiera.
Los
que
viven
una
vida
exclusivamente
mundana
no
pueden
agradar
a
Dios;
pero
vosotros
no
estáis
dominados
por
los
intereses
que
fascinan
a
nuestra
naturaleza
humana
pe-
cadora,
sino
bajo
el
dominio
del
Espíritu
en
la
medida
que
el
Espíritu
de
Dios
mora
en
vosotros.
El

que
no
tiene
el
Espíritu
de
Cristo
no
pertenece
a
Cristo;
pero
si
en
vosotros
está
Cristo, aunque
a
causa
del
pecado
vuestro

cuerpo
sea
mortal, vuestro
espíritu
tiene
la
vida
que

'
viene
de
la
justicia.
Si
está
en
vosotros
el
Espíritu
del
Que
resucitó
a
Jesús, Él
hará
que
hasta
vuestros
cuerpos
mortales
estén
vivos
mediante
el

Espíritu
Que
mora
en
vosotros.

Pablo
está
presentando
el
contraste
entre
dos
clases
de
vida:
(i)
La
vida
que
está
dominada
por
la
naturaleza
humana
pecadora,
cuyo
centro
es
el
yo,
cuya
única
ley
es
el
propio
deseo,
que
se
apodera
de
lo
que
quiere
en
cuanto
puede.
Personas
diferentes
describirán
esa
vida
de
forma
diferente.
Puede
estar

controlada
por
las
pasiones,
por
la
lujuria,
por
el
orgullo
o
por
la
ambición.
Se
caracteriza
por
estar
absorta
en
las
cosas
en
las
que
pone
su
delicia
la
naturaleza
humana
sin
Cristo.

(ii)
Y
la
vida
controlada
por
el
Espíritu
de
Dios.
Como
los
seres
vivos
necesitan
el
aire
para
vivir,
así
el
cristiano
vive
en
Cristo.

De
la
misma
manera
que
está
en
nosotros
el
aire
que
respiramos,
así
también
Cristo.
El
cristiano
no
tiene
una
mente
propia;
su
mente
es
la
de
Cristo
(1
Corintios
2:16).
No
tiene
deseos
propios:
la
voluntad
de
Cristo
es
su
única
ley.
Está
gobernado
por
el
Espíritu,
controlado
por
Cristo,
centrado
en
Dios.
Estas
dos
vidas
van
en
sentidos

diametralmente
opuestos.
La
vida
dominada
por
los
deseos
y
las
actividades
de
la
natu-
raleza
humana
pecadora
se
dirige
a
la
muerte.
En
el
sentido
más
literal,
no
tiene
futuro,
porque
se
va
alejando
más
y
más
de
Dios.
El
permitir
que
las
cosas
del
mundo
dominen
totalmente
la
vida
conduce
a
la
extinción,
es
un
suicidio
espiritual.
Al
vivir

así
uno
se
incapacita
cada
vez
más
para
estar
en
la
presencia
de
Dios.
Se
vuelve
resentido
contra
la
Ley
Y
el
control
de
Dios.
No
piensa
en
Dios
como
su
amigo,
sino
como
su
enemigo.

La
vida
gobernada
por
el
Espíritu,
centrada
en
Cristo
Y
orientada
hacia
Dios,
se
va
acercando
día
a
día
al
Cielo
aun

cuando
sigue
en
la
Tierra.
Es
una
vida
que
es
una
marcha
tan
regular
hacia
Dios
que
la
transición
final
de
la
muerte
no
es

más
que
un
paso
más
en
el
camino.
Como
Enoc,
de
quien
se
nos
dice
que
su
vida
era
un
caminar
con
Dios,
y
Dios
le
tomó;
o,
como
lo
contó
un
niño,
<
se
daba
paseos
con
Dios,
hasta
que
un
día
no
volvió»
(Génesis
5:24).

Cuando
Pablo
acababa
de
decir
esto,
se
le
ocurrió
una

objeción:

«Tú
dices
que
una
persona
controlada

por
el
Espíritu
va
de
camino

a
la
vida;

pero
el
hecho

es
que
todos
tenemos
que
morir.

¿Qué
quieres
decir?»

Y

Pablo
contesta:

«Todos
los
seres
humanos
mueren
porque
están
involucrados

en
la
situación
humana.

Cuando
entró

en
el
mundo

el
pecado,
le
siguió

la
muerte
como

una
consecuencia
natural.

Por
tanto,

es
inevitable
que
los
seres
humanos
mueran;
pero
los
que
están
controlados
por
el
Espíritu
Y
tienen
a
Cristo
en
el
corazón
mueren
para
resucitar.»
El
pensamiento
fundamental
de
Pablo
es
que
el
cristiano
está
indisolublemente
unido
a
Cristo.
Ahora
bien,
Cristo
murió
Y
resucitó;
Y
el
que
es
uno
con
Cristo
es
uno
con
el
Conquistador
de
la
muerte

Y
participa
de
Su
victoria.
La
persona
controlada
por
el
Espíritu
Y
unida
a
Cristo
va
de
camino
a
la
vida;
la
muerte
no
es
más
que
un
interludio
inevitable
que
hay
que
pasar
en
el
camino.

LA
ENTRADA
EN
LA
FAMILIA
DE
DIOS

Romanos
8:12-17

Así
es
que, hermanos, tenemos
una
obligación, pero
no
con
nuestra

naturaleza
humana
pecadora, para
vivir
conforme
a
sus
principios;
porque
si
vivís
conforme
a
los
principios
de
la
naturaleza
humana
pecadora,
vais
camino
de
la
muerte;
pero
si
matáis
las
obras
del
cuerpo
por
medio
del
Espíritu,
viviréis.
Porque
los
que
son
guiados
por
el
Espíritu
de
Dios,
esos
y
sólo
esos
son
los
hijos
de
Dios.
Y
vosotros
no
habéis

recibido
un
estado
cuya
condición
dominante
es
la
esclavitud, para
volver
a
caer
en
una
situación
de
terror;
sino
que
habéis

recibido
un
estado
cuya
característica
dominante
es
la
adopción,
que
nos
hace
clamar:
«¡Abbá,
Padre!»
El
Espíritu
mismo
da
testimonio
juntamente
con
nuestro
espíritu
de
que
somos
hijos
de
Dios.
Y
si
somos
hijos,
entonces
somos
también
herederos:

herederos
de
Dios
y
coherederos
con
Cristo.
Si
sufrimos
con
Él,
también
seremos
glorificados
con
Él.

Pablo
nos
presenta
otra
gran
alegoría
de
las
suyas,
con
las
que
nos
describe
la
nueva
relación
que
tienen
los
cristianos
con
Dios.
Dice
que
el
cristiano
es
adoptado
como
hijo
en
la
familia
de
Dios.
Para
entender
la
profundidad
del
sentido

de
este
pasaje
tenemos
que
saber
algo
de
lo
seria
Y
complicada
que
era
la
adopción
entre
los
romanos.

Lo
que
hacia
de
la
adopción
un
asunto
tan
complicado
Y
difícil
era
la
patria
potestas
romana;
es
decir,
la
autoridad
del
padre
sobre
toda
la
familia.
El
padre
tenía
poder
para
disponer
absolutamente
de
la
familia;
Y,
en

los
primeros
tiempos,
hasta
de
vida
o
muerte.
En
relación
con
su
padre,
un
hijo
nunca
alcanzaba
la
mayoría
de
edad;
siempre
estaba
bajo
la
patria
potestas,
y
era
propiedad
absoluta
de
su
padre,
que
podía
disponer
de
él
como
quisiera.
Ya
se
comprende
que
esto
convertía
la
adopción
por
otra
familia
en
un
paso
difícil
y
serio.
Por
la

adopción,
una
persona
pasaba
de
estar
bajo
una
patria
potestas
a
estar
bajo
otra.

Tenía
dos
etapas.
La
primera
se
llamaba
mancipatio,
y
se
llevaba
a
cabo
mediante
una
venta
simulada
en
la
que
se
usaban
simbólicamente
unas
monedas
y
una
balanza.
El
simbolismo
de
la
venta
se
llevaba
a
cabo
tres
veces:
el
padre
hacía
como
que

vendía
a
su
hijo
dos
veces,
y
otras
dos
volvía
a
comprarlo;
pero
la
tercera
vez
ya
no
le
compraba,
por
lo
cual
se
consideraba
que
quedaba
rota
la
patria
potestas.
Luego
seguía
la
ceremonia
de
vindicatio.
El
padre
adoptante
se
dirigía
al
praetor,
uno
de
los
magistrados
romanos,
y
presentaba
el
caso
legal
para
la
transferencia
a
su
patria

potestas
de
la
persona
que
iba
a
adoptar.
Cuando
todo
esto
se
completaba,
quedaba

consumada
la
adopción.
No
cabe
duda
de
que
era
un
proceso
sumamente
serio
e
impresionante.

Pero
aún
nos
interesan
más
para
comprender
la
alegoría
de
Pablo
las
consecuencias
de
la
adopción.
Las
principales
eran
cuatro:
(i)
La
persona
adoptada
perdía
todos
los
derechos
que
le
hubieran
correspondido
en
su
vieja
familia,
y
adquiría
todos
los
de
un

hijo
legítimo
de
la
nueva
familia.
En
el
sentido
legal
más
estricto,
adquiría
un
nuevo
padre.
(ii)
Automáticamente
quedaba
constituido
heredero
de
las
propiedades
de
su
nuevo
padre.
Aunque
después
le
nacieran
a
éste
otros
hijos,
eso
no
afectaba
a
sus
derechos.
Sería
inalienablemente
coheredero
con
ellos.
(iii)
Para
la
ley,
la
vida
anterior
de
la
persona
adoptada
se
borraba

completamente.

Por

ejemplo:

si

tenía

deudas,

quedaban

canceladas.

Se

le

consideraba

una

nueva

persona

que

empezaba

una

vida

nueva

sin

la

menor

vinculación

con

el

pasado.

(iv)

Para

la

ley

era

hijo

de

su

nuevo

padre

en

todos

los

sentidos.

La

historia

de

Roma

contaba

un

caso

que

dejaba

bien

claro

hasta

qué

punto

esto

era

verdad.

El

emperador

Claudio

adoptó
a
Nerón
para
que
le
sucediera
en
el
trono.
No
eran
parientes
antes.
Claudio
ya
tenía
una
hija,
Octavia.
Para
consolidar
la
alianza
Nerón
se
quería
casar
con
ella;
no
había
entre
ellos
ningún
lazo
de
consanguinidad;
sin
embargo,
para
la
ley
eran
hermanos,
así
es
que
no
se
podían
casar
a
menos
que
el
senado
romano
dictara
una

ley
especial.

Eso
es
lo
que
está
pensando
Pablo
aquí.
Y
usa
además
otra
figura
de
la
adopción
romana:
dice
que
el
Espíritu
de
Dios
da
testimonio
a
nuestro
espíritu
de
que
somos
de
veras
hijos
de
Dios.
La
ceremonia
de
adopción
se
llevaba
a
cabo
en
presencia
de
siete
testigos.
Supongamos
que
el
padre
adoptante
muriera,
y

se
pusiera
en
duda
el
derecho
a
la
herencia
del
hijo
adoptivo;
uno

o
más
de
los
siete
testigos
se
personaría
Y
juraría
que
la
adopción
había
sido
genuina.
Así
quedaba
garantizado
el
derecho
de
la
persona
adoptada.
En
nuestro
caso,
dice
Pablo,
es
el
mismo
Espíritu
Santo
el
que
da
testimonio
de
que
Dios
nos
ha
adoptado

como
sus
hijos.
Vemos
que
todos
los
pasos
de
la
adopción
romana
tenían

un
significado
concreto
para
Pablo
como
ejemplo
de
nuestra
adopción
en
la
familia
de
Dios.
Hubo
un
tiempo
en
el
que
estábamos
bajo
el
control
absoluto
de
nuestra
naturaleza
humana
pecadora;
pero
Dios,
en
su
misericordia,
nos
ha
tomado
como
su
exclusiva
posesión.
El
pasado

ya
no
tiene
ningún
derecho
sobre
nosotros;
Dios
es
el
único
que
tiene
derecho
absoluto.
El
pasado
está
cancelado,
y
las
deudas
borradas;
empezamos
una
vida
nueva
con
Dios,
y
somos
herederos
de
todo
lo
que
es
suyo.
Ahora
somos
coherederos
con
Jesucristo,
el
Hijo
unigénito
de
Dios.
Lo
que
Cristo
hereda,
nosotros
lo
heredamos
también.
Si
Cristo
tuvo
que

sufrir,
nosotros
también
heredamos
ese
sufrimiento;
pero
como
Cristo
resucitó
a
la
vida
Y
a
la
gloria,
nosotros
también
heredamos
esa
vida
Y
gloria.

En
esta
alegoría
de
Pablo,
cuando
una
persona
llega
a
ser
cristiana
entra
en
la
familia
de
Dios.
No
había
hecho
nada
para
merecerlo;
Dios,
el
gran
Padre,
en
su
maravilloso
amor,
ha
tomado

al
perdido,
indigente,
desahuciado
y
endeudado
pecador,
y
le
ha
adoptado
en
su
familia,
de
forma
que
sus
deudas
han
quedado
canceladas,
y
hereda
la
gloria.

LA
GLORIOSA
ESPERANZA

Romanos
8:18-25

Estoy
convencido
de
que
los
sufrimientos
de
la
era
presente
no
se
pueden
comparar
con
la
gloria
que
se
nos
va
a
mostrar.

El
mundo
de
la
creación
espera
con
anhelante
expectación,
el
día
en
que
los
que
son
hijos
de
Dios
se
van
a
manifestar
en
toda
su
gloria.
Porque
el
mundo
creado
ha
sido
sometido
al
caos,
no
por
propia
voluntad,
sino
por
medio
del
que
le
sometió
a
tal
condición
de
sujeción,
y
todavía
tiene
la
esperanza
de
que
el

mundo
creado
también
participará
de
la
liberación
de
la
esclavitud
ala
caducidad
y
entrará
en
la
gloriosa
libertad
de
los
hijos
de
Dios;
porque
sabemos
que
toda

la
creación
está
unida
en
gemidos
Y
agonías.
Y
esto
no
se
limita
al
mundo
creado,
sino
que
también
nos
incluye
a
nosotros, que
hemos
recibido
las
primicias
del
Espíritu
Santo
como
adelanto
de
la
gloria
venidera;
sí, nosotros
también
gemimos
en
nuestro
interior
esperando
intensamente
la
plena
realización
de
la
adopción
en
la
familia
de
Dios.
Me
refiero
a
la

redención
de
nuestro
cuerpo.
Porque
ahora
somos
salvos
en
esperanza;
pero
una
esperanza
que
ya
se
disfruta
no
sería
esperanza;
porque,
¿quién
espera
lo
que
ya
tiene?
Pero
esperar
lo
que
no
vemos
todavía
es
esperarlo
ansiosamente
con
paciencia.

Pablo
ha estado
hablando
de la gloria de
la
adopción
en
la familia de
Dios,
y
ahora
vuelve
al
estado
turbulento
del
mundo
presente.
Traza

un
gran
cuadro.
Habla
con
visión
poética.
Ve a
toda
la naturaleza
esperando
la
gloria
que será.
Por
el
momento,
la creación
está
sometida
a la
esclavitud
de la caducidad.

En
el
mundo
se marchita
la belleza y
se aja el
encanto;
es
un
mundo
caduco,
pero
en
espera de la liberación
y
la realización.

Para
pintar
este
cuadro,
Pablo
estaba
usando
ideas
que
cualquier
judío
podría
reconocer
y
entender.
Habla
de

la
edad
presente
y
de
la
gloria
que
se
manifestará.
El
pensamiento
judío
dividía
la
historia
del
tiempo
en
dos
secciones:
la
edad
presente
y
la
edad
por
venir.
La
edad
presente
era
totalmente
mala,
sometida
al
pecado,
a
la
muerte
y
a
la
corrupción.
Pero
alguna
vez
llegaría
el
Día
del
Señor.
Sería
un
día
de
juicio
en
el

que se sacudirían
hasta los
mismos
cimientos
del
mundo;
pero
de su
ruina surgiría
un
nuevo
mundo.

La
renovación
del
mundo
era
uno
de
los
grandes
pensamientos
judíos.

El
Antiguo
Testamento
habla
de
ella
sin
multiplicar
o
elaborar
detalles:

«
He
aquí
que Yo
crearé
nuevos
cielos
y
nueva
Tierra»
(Isaías
65:17).

Pero
en
los
días
entre
los
dos
Testamentos,
cuando
los
judíos
eran

oprimidos,
esclavizados
Y
perseguidos,
soñaban
con
aquella nueva
Tierra
Y
con
aquel
mundo
renovado.

<
La
viña
dará
diez
mil
veces
más
fruto,
Y
en
cada
cepa
habrá
mil
sarmientos,
Y
cada
sarmiento
producirá
mil
racimos,
Y
cada
racimo
tendrá
mil
uvas,
Y
cada
uva
dará
un
coro
de
vino.
Y
los
que
hayan
pasado
hambre
se
regocijarán;
además,

contemplarán
maravillas
todos
los
días,
porque
los
vientos
saldrán
de
mi
Presencia
para
traer
cada
mañana
la
fragancia
de
frutos
aromáticos,
Y
a
la
caída de la tarde
las
nubes
destilarán
rocíos
salubres»
(Apocalipsis
de
Baruc
29:5).

«Y
la
tierra,
Y
todos
los
árboles,
Y
los
innumerables
rebaños
de
ovejas
darán
fielmente
a
la
humanidad
sus
productos
de
vino
Y
dulce miel

y
blanca
leche y
cereales
que son
el
regalo
más
excelente
para
los
hombres»
(Oráculos
sibilinos
3:620-633).

«
La
Tierra,
la
madre
universal,
dará
a
los
mortales
sus
mejores
frutos
en
incalculables
cantidades
de
grano,
vino
y
aceite.
Sí,
de
los
cielos
descenderá
una
dulce
lluvia
de
deliciosa
miel.
Todos
los
árboles
darán
su
propio
fruto,
y
los
ricos
rebaños

Y
manadas
darán
terneros,
corderos
Y
cabritos.
Él
hará
que
las
dulces
fuentes
de
blanca
leche
broten
Y
corran.
Y
las
ciudades
estarán
llenas
de
cosas
buenas,
Y
los
campos,
feraces.
Y
no
habrá
ninguna
espada
en
todo
el
país,
ni
ruido
de
batalla;
ni
será
conmovida
la
Tierra
nunca
más
con
gemidos
profundos.
Ya
no
habrá
más
guerras,
ni

sequías
en
todo
el
país,
ni
hambruna,
ni
granizo
que
destruya
las
cosechas»
(Oráculos
sibilinos
3:744-756).

El
sueño
de
un
mundo
renovado
les
era
muy
querido
a
los
judíos.
Pablo
lo
sabía
y
aquí,
por
así
decirlo,
dota
a la creación
de sensibilidad.
Concibe
la
naturaleza
esperando
anhelante
el
día
en
que
será
quebrantado
el
dominio
del
pecado,
y
la
muerte

Y
la
corrupción
habrán
pasado,
Y
vendrá
la
gloria
de
Dios.
Con
un
detalle
de
imaginación
poética,
dice
que
el
estado
de
la
naturaleza
era
aún
peor
que
el
de
los
seres
humanos;
porque éstos
habían
pecado
deliberadamente;
pero
aquella
había sido

sojuzgada
involuntariamente.
Inconscientemente
se
había
visto
involucrada
en
las
consecuencias
del
pecado
humano.
«Maldita
será
la
tierra
por
tu
causa»,
dijo
Dios
a
Adán
después
de
la
caída
(Génesis
3:17).
Y
aquí
Pablo,
con
visión
poética,
contempla
a
la
naturaleza
esperando
la
liberación
de
la
muerte
y
de
la
corrupción
que
ha
traído
al
mundo
el
pecado
humano.

Si
eso
es
verdad
de
la
naturaleza,
es
todavía
más
verdad
de
la
humanidad;
así
es
que
Pablo
pasa
a
considerar
la
ansiedad
humana.
En
la
experiencia
del
Espíritu
Santo
los
hombres
tienen
un
anticipo,
un
primer
plazo
de
la
gloria
que
ha
de
ser;
ahora
anhelan
con-, todo
el
corazón
la
plena
realización
del
significado
de
su
adopción
en

la
familia
de
Dios.
La
manifestación
final
de
esa
adopción
será
la
redención
del
cuerpo.
Pablo
no
pensaba
que
la
criatura
humana
en
su
estado
de
gloria
sería
un
espíritu
sin
cuerpo.
En
este
mundo,
el
hombre
es
un
cuerpo
y
un
espíritu;
en
el
mundo
de
la
gloria,
el
hombre
será
salvo
en
su
totalidad.
Pero
su
cuerpo
ya

no
será
la
víctima
de
la
caducidad
y
el
instrumento
del
pecado,
sino
un
cuerpo
espiritual
apto
para
la
vida
del
hombre
espiritual.

Entonces
viene
el
gran
dicho:
«Somos
salvos
por
esperanza.»
La
verdad
resplandeciente
que
iluminaba
la
vida
para
Pablo
era
que
la
situación
humana
no
es
desesperada.
Pablo
no
era
pesimista.
H.
G.
Wells
dijo
una

vez:
«El
hombre,
que
empezó
al
abrigo
de
una
cueva,
terminará
en
las
ruinas
de
un
suburbio
contaminado
por
la
enfermedad.»
Pero
Pablo
no
decía
eso.
Veía
el
pecado
humano
y
el
estado
del
mundo;
pero
veía
también
el
poder
redentor
de
Dios.
Por
lo
tanto,
lo
veía
todo
con
esperanza.
La
vida
no
era
para
él
una
espera
desesperada

del
trágico
final
de
un
mundo
sitiado
por
el
pecado,
la
muerte
y
la
corrupción;
sino
una
anticipación
anhelante
de
la
liberación,
la
renovación
y
la
recreación
que
obrarán
la
gloria
y
el
poder
de
Dios.

En
el
versículo
19
se
usa
una
palabra
maravillosa
para
anhelante
expectación,
apokaradokía,
que
describe
la
actitud
del
que
adelanta
la
cabeza

Y
aguza
la
mirada
escrutando
el
horizonte
para
descubrir
en
la
distancia
las
primeras
señales
del

amanecer
de
la
gloria.
Para
Pablo
la
vida
no
era
una
fatigosa
Y
frustrante
espera,
sino
una
expectación
gozosa
Y
trepidante.
El
cristiano
está
involucrado
en
la
situación
humana.
Por
dentro,
tiene
que
luchar
con
su
propia
naturaleza
humana
pecadora;
por
fuera,

tiene
que
vivir
en
un
mundo
de
muerte
y
corrupción.
Sin
embargo,
el
cristiano
no
vive
sólo
en
este
mundo:
¡también
vive
en
Cristo!
No
mira
solamente
a
las
cosas
de
este
mundo,
sino
también
hacia
Dios.
Además
de
las
consecuencias
del
pecado
humano,
ve
también
el
poder,
la
misericordia
y
el
amor
de
Dios.
Por
tanto,
la
clave
de

la
vida
cristiana
es
siempre
la
esperanza
y
nunca
la
desesperación.
El
cristiano
espera,
no
la
muerte,
sino
la
vida.

TODO
ES
DE
DIOS

Romanos 8:26-30

A
todo
esto,
el
Espíritu
nos
ayuda
en
nuestra
debilidad;
porque
no
sabemos
qué
es
lo
que
debemos
pedir,
si
hemos
de
pedir
como
debemos.
Pero
el
Espíritu
mismo
intercede

por
nosotros
con
gemidos
que
trascienden
el
lenguaje
humano;
Y
el
Que
escudriña
los
corazones
sabe
lo
que
quiere
decir
el
Espíritu,
porque
intercede
de
acuerdo
con
la
voluntad
de
Dios
por
aquellos
cuyas
vidas
Le
están
consagradas.
Sabemos
que
Dios
dirige
todas
las
cosas
para
el
bien
de
los
que
Le
aman, es
decir,
de
los
que
son
llamados
conforme

a
Su
propósito.
Porque
aquellos
a
los
que
ha
conocido
desde
siempre,
también
hace
mucho
los
designó
para
que
llegaran
a
ser
semejantes
a
da
imagen
de
Su
Hijo,
para
que
Éste
sea
el
primogénito
entre
muchos
hermanos.
A
los
que
hace
mucho
designó
para
este
fin,
a
esos
también
los
llamó;
Y
a
los
que
llamó, también
los
puso
en

buena
relación
con
Él;
y
a
los
que
puso
en
la
debida
relación
con
Él, también
los
glorificó.

Los
primeros
dos
versículos
forman
uno
de
los
pasajes
más
importantes
que
encontramos
en
el
Nuevo
Testamento
acerca
de
la
oración.
Pablo
dice
que,
por
nuestra
debilidad,
no
sabemos
qué
es
lo
que
debemos
pedir;
pero
que
las
oraciones
que
nosotros
deberíamos
hacer
las
hace
por
nosotros
el
Espíritu
Santo.
C.
H.
Dodd
definía
la
oración
de
esta
manera:

«La
oración
es
lo
divino
en
nosotros
apelando
a
lo
Divino
sobre
nosotros.»

Hay
dos
razones
muy
obvias
por
las
que
no
podemos
orar
como
debiéramos.

La
primera
es
porque
no
podemos
predecir
el
futuro.

No
podemos
ver
el
año
que
viene,
ni
siquiera
la
hora
que
viene;
y
por
tanto,
puede
que
pidamos
ser
librados
de
cosas

que
serían
para
nuestro
bien,
y
que
se
nos
concedan
otras
que
nos
causarían
la
ruina.
Y
en
segundo
lugar,
no
podemos
orar
como
es
debido
porque,
en
una
situación
dada,
no
sabemos
qué
es
lo
que
más
nos
conviene.
Muchas
veces
estamos
en
la
situación
del
niño
que
quiere
algo
que
le
podría
traer
muchos
males;
y
Dios
está

muchas
veces
en
el
lugar
del
padre
que
tiene
que
negarle
al
hijo
lo
que
le
pide,
Y
mandarle
hacer
lo
que
no
quiere;
porque
sabe
mejor
que
el
niño
lo
que
le
conviene.

Los
griegos
ya
sabían
eso.
Pitágoras
les
prohibía
a
sus
discípulos
pedir
para
sí
mismos
porque,
decía,
no
podían
saber
lo
que
les
convenía

a
causa
de
su
ignorancia.
Jenofonte
nos
cuenta
que
Sócrates
enseñaba
a
sus
discípulos
a
orar
sencillamente
por
cosas
buenas,
sin
especificarlas,
sino
dejándole
a
Dios
decidir
qué
cosas
eran
buenas
para
ellos.
C.
H.
Dodd
lo
expresa
diciendo
que
no
podemos
saber
cuáles
son
nuestras
verdaderas
necesidades,
ni
abarcas
con
nuestras
mentes
finitas
todo
el
plan
de
Dios;
en

última
instancia,
todo
lo
que
podemos
dirigir
a
Dios
es
un
suspiro
inarticulado
que
el
Espíritu
Santo
Le
traducirá
por
nosotros.

Pablo
veía
que
la
oración,
como
todo
lo
demás,
es
cosa
de
Dios.
Pablo
veía
que
al
hombre
no
le
es
posible
justificarse
por
su
propio
esfuerzo;
y
también
sabía
que
no
puede
el
hombre,
por
mucho

que
quiera
forzar
su
inteligencia,
saber
lo
que
tiene
que
pedirle
a
Dios.
En
última
instancia,
la
oración
perfecta
es

decir
sencillamente:
<
Padre,
en
Tus
manos
encomiendo
mi
espíritu.
Hágase
Tu
voluntad
y
no
la
mía.»

Pero
Pablo
sigue
adelante.
Dice
que
los
que
aman
a
Dios,
y
que
han
sido
llamados
conforme
a
Su

propósito,
saben
muy
bien
que
Dios
combina
todas
las
cosas
para
su
bien.
Es
la
experiencia
del
cristiano
que
todas
las
cosas
cooperan
a
su
bien.
No
tenemos
que
ser
muy
viejos
para
mirar
atrás
y
ver
que
las
cosas
que
considerábamos
desastrosas
resultaron
a
nuestro
favor;
y
las
que
nos
causaron
una
desilusión
luego
resultaron
una
bendición.

Pero
tenemos
que
advertir
que
esa
experiencia
no
les
sucede
más
que
a
los
que
aman
a
Dios.
Los
estoicos
tenían
una
gran
idea
que
puede
que
Pablo
tuviera
en
mente
al
escribir
este
pasaje.
Una
de
sus
grandes
concepciones
era
el
Logos
de
Dios,
que
era
Su
mente
o
razón.
Los
estoicos
creían
que
el
Logos
estaba
inherente
en

la
creación,
y
le
daba
sentido
al
mundo.
Era
el
Logos
el
que
mantenía
las
estrellas
en
sus
cursos
y
los
planetas
en
sus
derroteros
señalados.
Era
el
Logos
el
que
controlaba
la
sucesión
ordenada
de
los
días
y
las
noches
y
de
las
estaciones
del
año.
El
Logos
era
la
razón
y
la
mente
de
Dios
en
el
universo,

haciendo
que
fuera
un
orden
y
no
un
caos.

Pero
los
estoicos
iban
más
lejos.
Creían
que
el
Logos
no
sólo
tenía
un
orden
establecido
para
el
universo
sino
también
un
plan
y
un
propósito
para
cada
ser
humano.
Para
decirlo
de
otra
manera,
creían
que
a
una
persona
no
le
podía
suceder
nada
que
no
viniera
de

Dios
Y
que
no
fuera
parte
del
plan
de
Dios
para
ella.
Epicteto
escribió:
«Ten
valor
para
elevar
la
mirada
a
Dios
Y
decirle:
"Trátame
como
Tú
quieras
desde
ahora
en
adelante.
Soy
uno
contigo;
soy
tuyo;
no
me
resisto
a
nada
que
Tú
consideres
bueno.
Guíame
adonde
Tú
quieras;
vísteme
como
Tú
quieras.
¿Quieres
que
me
encargue
de
algo

o
que
lo
rechace,
que
me
quede

o
que
me
retire,
que
sea
rico
o
pobre?
Por
esto
Te
defenderé
ante
los
hombres."»
Los
estoicos
enseñaban
que
el
deber
de
todo
hombre
era
la
aceptación.
El
que
aceptaba
las
cosas
que
Dios
le
enviaba
experimentaba
la
paz.Si
las
resistía,
estaba
machacándose
la
cabeza
inútilmente
contra
el
propósito
ineludible

de
Dios.
Pablo
tiene
la
misma
idea.
Dice
que
todas
las
cosas
colaboran
para
el
bien,
pero
sólo
de
los
que
aman
a
Dios.
Si
una
persona
ama
Y
confía
Y
acepta
a
Dios,
si
está
convencida
de
que
Dios
es
el
Padre
infinitamente
sabio
Y
amoroso,
entonces
puede
aceptar
todo
lo
que
le
manda
Dios.
Uno
puede
ir
al

médico,
que
le
prescribe
un
tratamiento
que
al
principio
es
desagradable
y
hasta
doloroso;
pero
si
confía
en
el
médico,
acepta
lo
que
le
prescribe.

Así
nos
sucede
a
nosotros
si
amamos
a
Dios.
Pero
si
uno
no
ama
a
Dios
ni
confía
en
Él,
se
quejará
de
lo
que
le
sucede
y
peleará
contra
la
voluntad
de
Dios.
Sólo

al
que
ama
a
Dios
Y
confía
en
Él
todas
las
cosas
ayudan
para
bien,
porque
para
él
vienen
de
un
Padre
que
siempre
obra
bien
Y
con
sabiduría,
amor
Y
poder
que
son
perfectos.

Pablo
va
más
lejos;
pasa
a
hablar
de
la
experiencia
espiritual
de
cada
cristiano.
La
versión
Reina-Valera
lo
expresa
de
una
manera
inolvidable:

«Porque
a
los
que
antes
conoció,
también
los
predestinó
para
que
fuesen
hechos
conformes
a
la
imagen
de
su
Hijo,
para
que
El
sea
el
primogénito
entre
muchos
hermanos.
Y
a
los
que
predestinó,
a
éstos
también
llamó;
Y
a
los
que
llamó,
a
éstos
también
justificó;
Y
a
los
que
justificó,
a
éstos
también
glorificó.»
Este
es
un
pasaje

que
desgraciadamente
se
ha
usado
mal.
Si
hemos
de
llegar
a
entenderlo,
tenemos
que
reconocer
el
sencillo
hecho
de
que
Pablo
nunca
se
propuso
que
fuera
una
formulación
teológica
o
filosófica;
lo
que
quería
era
que
fuera
una
expresión
casi
lírica
de
la
experiencia
cristiana.
Si
lo
tomamos
como
filosofía
o
teología
y
le
aplicamos
las
leyes
de
la
fría

lógica,
querrá
decir
que
Dios
escogió
a
unos
y
no
a
otros.
Y
no
es
eso
lo
que
quiere
decir.

Piensa
en
la
experiencia
cristiana.
Cuanto
más
la
considera
un
cristiano
más
se
convence
de
que
él
no
tuvo
nada
que
ver
con
ello
Y
que
todo
es
cosa
de
Dios.
Jesucristo
vino
a
este
mundo,
vivió,
fue
a
la
Cruz,
resucitó.
Nosotros
no
hicimos
nada
para
que
todo
eso
sucediera;
es
la
Obra
de
Dios.
Nosotros
oímos
la

historia
de
este
amor
maravilloso.
No
la
hicimos;

solamente
la
recibimos.
El
amor
despertó
en
nuestros
corazones;
vino
la
convicción
de
pecado,
Y
con
ella
la
experiencia
del
perdón
Y
de
la
salvación.
No
lo
realizamos
nosotros;
todo
es
de
Dios.
Eso
es
lo
que
Pablo
está
pensando
aquí.

El
Antiguo
Testamento
usa
la
palabra
conocer

de
una
manera
iluminadora.
«Yo
te
conocí
en
el
desierto»,
le
dijo
Dios
a
Oseas
acerca
de
Su
pueblo
Israel
(Oseas
13:5).
«
A
vosotros
solamente
he
conocido
de
todas
las
familias
de
la
Tierra»,
le
dijo
Dios
a
Amós
(Amós
3:2).
Cuando
la
Biblia
dice
que
Dios
conoce
a
un
hombre,
quiere
decir
que
tiene
un
propósito
y
un

plan
y
una
tarea
para
él.
Y
cuando
miramos
hacia
atrás
y
pensamos
en
nuestra
experiencia
cristiana,
todo
lo
que
podemos
decir
es:
«
Yo
no
lo
hice;
jamás
hubiera
podido
hacerlo;
Dios
es
el
Que
lo
hizo
todo.»
Y
sabemos
muy
bien
que
eso
no
es
negar
nuestra
libertad.
Dios
conocía
a
Israel;
pero
llegó
el
día
cuando
Israel

rechazó
el
destino
que
Dios
le
había
asignado.
La
dirección
invisible
de
Dios
está
en
nuestra
vida;
pero
en
cualquier
momento
podemos
rechazarla
Y
seguir
nuestro
propio
camino.

Es
la
profunda
experiencia
de
todo
cristiano
que
todo
es
de
Dios;
que
él
no
hizo
nada,
Y
que
Dios
lo
hizo
todo.
Eso
es
lo
que
Pablo
quiere
decir

aquí:
que
Dios
nos
ha
elegido
para
la
salvación
desde
el
principio
del
tiempo;
que
a
su
debido
tiempo
nos
dirigió
Su
llamada;
pero
el
orgullo
del
corazón
humano
puede
estropear
el
plan
de
Dios,
y
la
desobediencia
de
la
voluntad
del
hombre
puede
rechazar
la
invitación
de
Dios.

EL
AMOR
DEL
QUE
NADA
NOS
PUEDE
SEPARAR

Romanos
8:31-39

Entonces, ¿qué
podemos
decir
nosotros
a
todo
esto?
Si
Dios
está
de
nuestra
parte, ¿quién
estará
en
contra
nuestra?
Si
Dios
mismo
no
escatimó
ni
el
dar
a
Su
propio
Hijo, sino
Le
entregó
a
la
muerte
por
todos

nosotros,
¿cómo
vamos
a
pensar
que
no
nos
dará
generosamente
con
Él
todas
las
cosas?
¿Quién
se

atreverá
a
acusar
a
los
que
Dios
ha
elegido, si
es
Dios
Quien
los
absuelve?
¿Y
quién
nos
va
a
condenar,
si
el
Que
intercede
por
nosotros
es
Jesús,
el
que
murió
Y
resucitó
Y
está
sentado
ala
diestra
de
Dios?
¿Quién
o
qué
nos
podrá
apartar
del
amor
de
Cristo?
¿Pruebas,
opresión,
persecución,
hambre,
desnudez,
peligro,
espada?
Porque
escrito
está:

«Por
causa
de
Ti
nos
están
matando
a
todas
horas,
y
nos
consideran
como
ovejas
para
la
matanza.

»

¡Pero
si
en
todas
estas
cosas
somos
más
que
vencedores
por
medio
de
Aquel
que
nos
amó!
Así
es
que
yo
estoy
convencido
de
que
no
nos
puede
apartar
del
amor
que
Dios
nos
ha
mostrado
en
nuestro
Señor
Jesucristo
ni

la
muerte,
ni
la
vida,
ni
los
ángeles,
ni
los
principados,
ni
la
edad
presente,
ni
la
edad
por
venir,
ni
poderes,
ni
alturas,
ni
profundidades,
de
esta
o
de
ninguna
otra
creación,
nos
podrá
apartar
del
amor
que
Dios
nos
ha
mostrado
en
nuestro
Señor
Jesucristo.

Este
es
uno
de
los
pasajes
más
líricos
del
apóstol
Pablo.

En
el
versículo
32
hay
una
maravillosa
alusión
que
impactaría
a
cualquier
judío
que
conociera
bien
el
Antiguo
Testamento:
<
Por
amor
a
nosotros
Dios
no
escatimó
ni
el
dar
a
su
propio
Hijo;
no
cabe
duda
de
que
esa
es
la
garantía
definitiva
de
que
nos
ama
lo
suficiente
para
suplir
todas
nuestras
necesidades.»
Las
palabras
que
usa
Pablo

refiriéndose
a
Dios
son
las
mismas
que
Dios
usó
acerca
de
Abraham,
que
Le
demostró
su
lealtad
a
ultranza
cuando
estuvo
dispuesto
a
sacrificarle
a
su
propio
hijo
único
Isaac
cuando
Dios
se
lo
mandó.
Dios
le
dijo:
«No
te
has
negado
a
darme
a
tu
hijo,
a
tu
único
hijo»
(Génesis
22:12).
Pablo
parece
decir:
<
Considera
el
ejemplo

más
grande
del
mundo
que
ha
dado
un
hombre
de
su
lealtad
a
Dios;
así
es
la
lealtad
de
Dios
contigo.»
De
la
misma
manera
que
Abraham
fue
tan
leal
a
Dios
que
estuvo
dispuesto
a
sacrificarle
lo
más
precioso
que
tenía,
Dios
es
tan
leal
a
los
hombres
que

estuvo
dispuesto
a
sacrificar
a
su
propio
Hijo

único
por
ellos.
Sin
duda
podemos
confiar
en
una
lealtad
así
para
todo.
Es
difícil
decidir
cómo
hemos
de
tomar
los
versículos
3335.
Se
pueden
tomar
de
dos
maneras,
cada
una
de
las
cuales
tiene
un
sentido
excelente
y
contiene
una
preciosa
verdad.

(i)
Podemos
tomarlos
como
dos
afirmaciones
seguidas
de
dos
preguntas
que
les
hacen
referencia:
(a)

Es
Dios
el
que
declara
a
los
hombres
no
culpables
-esa
es
la
afirmación-.
Siendo
así,
¿quién
se
atreverá
a
condenar
a
los
hombres?
Si
es
Dios
Quien
ha
declarado
a
los
hombres
no
culpables,
entonces
están
a
salvo
de
que
nadie
los
condene.
(b)
Ponemos
nuestra
fe
en
Cristo,
Que
murió
Y
resucitó
Y
vive
para
siempre
-esta
es

la
afirmación-.Siendo
así,
¿puede
haber
algo
en
este
o
en
otro
mundo
que
nos
pueda
separar
de
nuestro
Señor
Resucitado?
Si
lo
interpretamos
así,
se
establecen
dos
grandes
verdades:
(a)
Dios
nos
ha
declarado
no
culpables;
por
tanto,
nadie
nos
puede
condenar.
(b)
Cristo
ha
resucitado;
por
tanto,
no
hay
nada
que
nos
pueda
separar
de
Él.

(ii)
Pero
hay
otra
manera
de
interpretarlo.
Dios
nos
ha
declarado
no
culpables.
Entonces,
¿quién
nos
puede
condenar?
Y
la
respuesta
es
que
Jesucristo
es
el
Juez
de
toda
la
humanidad,
el
único
que
tiene
derecho
a
condenar
-pero,
lejos
de
condenar,
está
a
la
diestra
de
Dios
intercediendo
por
nosotros;
así
que
estamos
a
salvo.
Puede
que
Pablo

esté
diciendo
algo
muy
maravilloso
en
el
versículo
34.
Está
diciendo
cuatro
cosas
acerca
de
Jesús:
(a)
Que
murió.
(b)
Que
resucitó.
(c)
Que
está
a
la
diestra
de
Dios.
(d)
Que
allí
intercede
por
nosotros.
Ahora
bien:
el
primer
credo
de
la
Iglesia
Cristiana,
que
sigue
siendo
la
quintaesencia
de
todos
los
credos,
dice:
«Fue
crucificado,
muerto
y
sepultado;

al
tercer
día
resucitó
de
la
muerte,
y
está
sentado
a
la
diestra
de
Dios;
de
allí
vendrá
a
juzgar
a
los
vivos
y
los
muertos.

»
Tres
afirmaciones
de
la
declaración
de
fe
de
Pablo
coinciden
con
las
del
credo
de
la
Iglesia
Primitiva:
que
Jesús
murió,
que
resucitó
y
que
está
sentado
a
la
diestra
de
Dios.
Pero

la
cuarta
es
diferente.
En
el
credo
es
que
Jesús
vendrá
como
Juez
de
vivos
y
muertos.
En
Pablo,
que
Jesús
está
a
la
diestra
de
Dios
de-
fendiéndonos
como
nuestro
Abogado.
Es
como
si
Pablo
dijera:
«Creéis
que
Jesús
es
el
Juez
que
está
ahí
para
condenaros;
y
bien
podiera,
porque
tiene
derecho.
Pero
os
equivocáis.
No
está
ahí

como
Fiscal,
sino
como
Abogado
encargado
de
nuestra
defensa.»

Yo
creo
que
la
segunda
forma
es
la
correcta.
En
un
tremendo
salto
de
pensamiento,
Pablo
contempla
a
Cristo,
no
como
Juez,
sino
como
Amador
de
las
almas
de
los
hombres.
Con
fervor
de
poeta
y
en
rapto
de
amante,
Pablo
prosigue
cantando
que
nada
.nos
puede
separar
del

amor
de
Dios
que
se
nos
ha
manifestado
nuestro
Señor
Resucitado.

(i)
Ni
la
aflicción,
ni
las
penalidades
de
la
vida,
ni
el
peligro
nos
pueden
separar
(versículo
35).
Los
desastres
del
mundo
no
separan
de
Cristo
al
que
es
Suyo,
sino
le
acercan
más
a
Él.
(ii)
En
los
versículos
38
y
39
Pablo
hace
una
lista

de
cosas
terribles.
(a)
Ni
la
vida
ni
la
muerte
nos
pueden
separar
de
Cristo.
En
la
vida,
vivimos
con
Cristo;
en
la
muerte,
morimos
con
Él;
Y
como
morimos
con
Él,
también
resucitamos
con
Él.
La
muerte,
lejos
de
ser
una
separación,
es
solamente
un
paso
hacia
una
más
íntima
unión;
no
es
el
final,
sino
«
la
puerta

en
el
Cielo»
que
nos
da
acceso
a
la
presencia
de
Jesucristo.

(b)

Los
poderes
angélicos
no
nos
pueden
separar
de
Él.
En
aquel
tiempo,
los
judíos
habían
desarrollado
mucho
la
creencia
en
los
ángeles.
Todo
tenía
su
ángel:
había
ángeles
de
los
vientos,
de
las
nubes,
de
la
nieve,
del
granizo
y
de
la
escarcha,
del
trueno
y
del

rayo,
del
frío
y
del
calor,
y
de
las
estaciones.
Los
rabinos
decían
que
no
había
nada
en
el
mundo,
ni
siquiera
una
brizna
de
hierba,
que
no
tuviera
su
ángel.
Según
los
rabinos
había
tres
rangos
de
ángeles:
el
primero
incluía
tronos,
querubines
y
serafines;
el
segundo,
poderes,
señoríos
y
fuerzas,
y
el
tercero,
ángeles,
arcángeles
y
principados.
Pablo

se
refiere
a
estos
ángeles
en
más
de
una
ocasión
(Efesios
1:21;
3:10;
6:12;
Colosenses
2:10, 15;
1
Corintios
15:24).
Ahora
bien:
los
rabinos
-y
recordemos
que
Pablo
había
sido
uno
de
ellos-creían
que
los
ángeles
eran
poco
amigos
de
los
humanos.
Creían
que
se
habían
enfadado
cuando
Dios
creó
a
los
hombres;
se
habían
puesto
celosos,
porque
no
querían
compartir

a
Dios
con
otra
especie.
Los
rabinos
tenían
la
leyenda
de
que,
cuando
Dios
se
apareció
en
el
monte
Sináí
para
darle
la
Ley
a
Moisés,
estaba
rodeado
de
sus
ejércitos
de
ángeles,
que
no
estaban
de
acuerdo
con
que
se
diera
la
Ley
a
Israel
y
asaltaron
a
Moisés
cuando
subía
a
la
montaña
y
le
hubieran
impedido
llegar

arriba
si
Dios
mismo
no
hubiera
intervenido.
Así
es
que
Pablo,
haciéndose
eco
de
las
ideas
de
su
tiempo,
dice
que
«
ni
siquiera
los
mezquinos
y
celosos
ángeles
nos
pueden
separar
del
amor
de
Dios,
por
mucho
que
lo
intenten.»

(c)
No
hay
época
de
la
Historia
que
nos
pueda
separar
de
Cristo.
Pablo
habla
de
cosas

presentes
y
cosas
por
venir.
Sabemos
que
los
judíos
dividían
el
tiempo
en
esta
era
presente
y
la
era
por
venir.
Pablo
está
diciendo:
«
En
este
mundo
presente
no
hay
nada
que
nos
pueda
separar
de
Dios
en
Cristo;
llegará
el
día
cuando
este
mundo
será
sacudido
y
amanecerá
la
nueva
era.
Pero
no
importa;
porque
entonces
tampoco,
cuando

se
acabe
este
mundo
y
se
haga
realidad
el
nuevo,
el
lazo
de
unión
con
Cristo
permanecerá.»

(d)
Ninguna
influencia
maligna
(poderes)
nos
separará
de
Cristo.
Pablo
menciona
específicamente
altura

y
profundidad.
Son
términos
de
astrología.

El
mundo
antiguo
estaba
obsesionado
con
la
idea
de
la
tiranía
de
las
estrellas.
Creían
que
todas
las
personas
nacemos
bajo
una
cierta
estrella

que
decide
nuestro
destino.
Todavía
hay
algunos
que
creen
en
la
influencia
de
las
estrellas;
pero
en
el
mundo
antiguo
era
una
creencia
más
general
y
obsesiva.
La
altura
(hypsóma)
era
cuando
una
estrella
estaba
en
su
cenit,
y
se
suponía
que
su
influencia
era
máxima;
profundidad
(hathos)
era
cuando
estaba
en
su
nadir,
dispuesta
a
empezar
a
ascender
y

ejercer
su
influencia
en
alguna
persona.
Pablo
dice
a
los
que
estaban
-y
a
los
que
están-obsesionados
con
estas
cosas:
«Las
estrellas
no
te
pueden
hacer
ningún
daño.
En
su
subir
y
bajar
son
impotentes
para
separarte
del
amor
de
Dios.»
(e)
Ni
ningún
otro
mundo
nos
podrá
separar
de
Dios.
La
palabra
que
usa
Pablo
para
otro
es
héteros,

que
significa
realmente
diferente.
Está
diciendo:
«Supongamos
que,
inexplicablemente,
como
por
arte
de
magia,
os
encontrarais
en
otro
mundo
totalmente
diferente
de
éste.
Estaríais
a
salvo:
seguiría
envolviéndoos
el
amor
de
Dios.»
Aquí
tenemos
una
visión
que
despeja
toda
soledad
y
todo
temor.
Pablo
está
diciendo:
«Podéis
pensar
en
cualquier
cosa
aterradora
que
pueda
producir
este
mundo
o
cualquier
otro

mundo
diferente:
ninguna
de
ellas
conseguirá
separar
al
cristiano
del
amor
de
Dios
que
se
encuentra
en
Jesucristo.
Que
es
Señor
de
todo
terror
Y
de
todo
mundo.»
En
Él
se
hace
realidad
la
seguridad
que
anunciaba
proféticamente
el
salmo
27:

El
Señor
es
mi
luz
Y
mi
salvación.
¿De
quién
temeré?
El
Señor
es
la
fortaleza
de
mi
vida.
¿De
quién
he
de
atemorizarme?

EL
PROBLEMA
DE
LOS
JUDÍOS

En
los
capítulos
9
al
11
Pablo
se
enfrenta
con
uno
de
los
problemas
más
desconcertantes
que
se
le
presentan
a
la
Iglesia
Cristiana:
el
problema

de
los
judíos.
Los
judíos
eran
el
pueblo
escogido
de
Dios;
habían
ocupado
un
lugar
exclusivo
en
el
propósito
de
Dios;
Y
sin
embargo,
cuando
vino
al
mundo
el
Hijo
de
Dios,
Le
rechazaron
y
Le
crucificaron.
¿Cómo
se
puede
explicar
esta
trágica
paradoja?
Este
es
el
problema
que
Pablo
trata
de
resolver
en
estos
capítulos,
complicados
y
difíciles.
Antes

de
empezar
a
estudiarlos
en
detalle,
será
conveniente
que
veamos
en
líneas
generales
la
solución
que
Pablo
nos
presenta.

Hay
algo
que
debemos
tener
presente
antes
de
empezar
a
desentrañar
el
pensamiento
de
Pablo,
y
es
que
estos
capítulos
no
se
escribieron
con
ira,
sino
con
profundo
dolor
de
corazón.
Pablo
no
podía
olvidar
que
era
judío,
y

estaba
dispuesto
a
dar
su
vida
para
traer
a
sus
hermanos
de
raza
a
Jesucristo.

Pablo
no
niega
nunca
que
los
judíos
eran
el
pueblo
escogido.
Dios
los
había
adoptado
como
propios;
les
había
dado

los
pactos,
el
culto
del
Templo
y
la
Ley;
les
había
concedido
la
presencia
de
Su
misma
gloria,
y
les
había

dado
los
patriarcas.

Pero,
sobre
todo,
Jesús
era
judío,
de
la
tribu
de
Judá,
como
estaba
profetizado.
Pablo
acepta
como
axioma
en
toda
esta
cuestión
que
los
judíos
ocupaban
un
lugar
especial
en
la
economía
de
la
Salvación.

Lo
primero
que
Pablo
aclara
en
su
argumento
es
que,
si
bien
es
cierto
que
los
judíos,
como

nación,
rechazaron
Y
crucificaron
a
Jesús,
también
lo
es
que
no
todos
los
judíos
Le
rechazaron;
algunos
Le
recibieron
Y
creyeron
en
Él,
porque
todos
los
primeros
seguidores
de
Jesús
eran
judíos.
A
continuación,
Pablo
repasa
la
historia,
e
insiste
en
que
lo
que
hace
que
un
hombre
sea
judío
no
es
el
ser
descendiente
de
Abraham.
Repetidas
veces
en

la
historia
de
Israel
hubo
un
proceso
de
selección
-Pablo
lo
llama
elección-en
el
que
algunos
descendientes

de
Abraham
fueron
elegidos,
Y
otros
rechazados.
En
el
caso
del
mismo
Abraham,
su
hijo
Isaac,
que
nació
en
cumplimiento
de
la
promesa
de
Dios,
fue
elegido;
pero
Ismael,
que
nació
sencillamente
como
el
resultado
de
un
proceso
natural,
no
lo

fue.
En
el
caso
de
Isaac,
su
hijo
Jacob
fue
elegido;
pero
el

mellizo
de
éste,
Esaú,
no.
Esta
selección
no
era
el
resultado
de
los
méritos
personales,
sino
de
la
sabiduría
y
la
soberanía
de
Dios.

Además,
el
verdadero
pueblo
escogido
nunca
era
toda
la
nación,
sino
un
resto
fiel,
unos
pocos
que
eran
leales

a
Dios
cuando
todos
los
demás
Le
negaban.
Ese
fue
el
caso
en
los
días
del
profeta
Elías,
cuando
permanecieron
fieles
al
Señor
siete
mil,
mientras
la
mayoría
de
la
nación
se
había
apartado
para
seguir
a
Baal.
Era
una
parte
esencial
de
la
enseñanza
de
Isaías,
que
dijo:
«Aunque
el
número
de
los
hijos
de
Israel
sea
como
la

arena
del
mar,
sólo
un
resto
de
ellos
se
salvará»
(Isaías

10:22;
Romanos
9:27).
Lo
que
Pablo
deja
bien
sentado
es
que
nunca
fue
toda
la
nación
el
pueblo
escogido.
Siempre
hubo
selección
por
parte
de
Dios.

Sin
embargo,
el
que
Israel
fuera
rechazado
no
fue
insensible
ni
caprichoso.
Se
le
cerró
la
puerta
a
Israel

para
que
pudiera
abrírsele
a
los
gentiles.
Dios
endureció
el
corazón
de
los
judíos
Y
cegó
sus
ojos
con
el
propósito
final
de
abrirles
el
camino
de
la
fe
a
los
gentiles.

¿Qué
error
fundamental
cometieron
los
judíos?
Pablo
sostiene
que,
aunque
estaba
en
el
plan
de
Dios
el
que
los
judíos
fueran
rechazados,
sin
embargo
no
tenía

por
qué
haber
sucedido.
No
se
podía
desembarazar
de
la
paradoja
eterna
-ni
lo
pretendía-de
que,
al
mismo
tiempo,
todo
es
cosa
de
Dios
Y
el
hombre
es
libre.
El
error
fundamental
de
los
judíos
fue
que
intentaron
llegar
a
la
perfecta
relación
con
Dios
por
su
propio
esfuerzo.
Trataron
de
ganarse
la
Salvación;
mientras
que
los
gentiles
se
limitaron

a
aceptar
con
perfecta
confianza
lo
que
Dios
les
ofrecía.
Los
judíos
deberían
haber
sabido
que
la
única
manera
de
llegar
a
Dios
era
mediante
la
fe,
y
que
los
logros
humanos
no
llevan
a
ninguna
parte.
Así
lo
expresó
Isaías:
«Nadie
que
ponga
en
Él
su
confianza
quedará
defraudado»
(Isaías
28:16;
Romanos
10:11).
Y
Joel:
«Todos
los
que
invoquen

el
Nombre
del
Señor
se
salvarán»
(Joel
2:32;
Romanos
10:13).
Es
verdad
que
nadie
puede
tener
fe
hasta
oír
el
ofrecimiento
de
Dios;
pero
a
los
judíos
se
les
hizo
el
ofrecimiento.
Ellos
se
aferraron
al
mérito
humano
de
la
obediencia
a
la
Ley;
se
lo
jugaron
todo
a
sus
obras;
pero
deberían
haber
sabido
que
el
camino
que
conduce

a
Dios
es
el
de
la
fe,
porque
ya
se
lo
habían
dicho
los
profetas.

Una
vez
más
es
necesario
subrayar
que
todo
esto
era
el
plan
de
Dios,
y
que
Su
propósito
era
que
los
gentiles
pudieran
entrar.
Por
tanto,
Pablo
se
vuelve
ahora
a
los
gentiles.
Les
dice
que
no
caigan
en
el
orgullo.
Están
en

la
posición
del
acebuche
del
que
se
han
injertado
algunas
ramas
en
el
olivo
cultivado.
No
merecieron
la
Salvación
más
que
los
judíos;
de
hecho,
dependen
de
los

judíos,
porque
no
son
más
que
ramas
injertas:
la
raíz
y
el
tronco
son
el
pueblo
de
Israel.
El
que
fueran
elegidos
y
los
judíos
rechazados
no
debe
producir
orgullo
en
el
corazón
de
los
gentiles,
porque
si
no
ellos
también
serán
rechazados.

¿Acaban
aquí
y
así
las
cosas?
¡De
ninguna
manera!
El
propósito
de
Dios
es

que
los
judíos
sientan
envidia
de
la
relación
que
los
creyentes
gentiles
tienen
con
Él,
y
eso
los
mueva
a
solicitar
su
admisión.
Moisés
dijo:
«
Os
hago
tener
celos
de
los
que
no
son
la
nación;
os
provocaré
a
envidia
con
los
que
no
Me
conocían»
(Deuteronomio
32:21;
Romanos
10:19).
Al
final,
los
gentiles
serán
el
instrumento
para
la

Salvación
de
los
judíos:
«
Y
así
se
salvará
todo
Israel»
(Romanos
11:26).

Vamos
a
resumir
los
pasos
por
los
que
Pablo
llega
a
este
final
de
su
argumento:

(i)
Israel
es
el
pueblo
escogido.

(ii)
Pertenercer
a
Israel
quiere
decir
más
que
ser
descendiente
natural.
Siempre
ha
habido
elección
dentro
de
la
nación,
y
los

verdaderamente
elegidos
eran
el
resto
fiel.
(iii)
La
selección
que
Dios
hace
no
es
injusta.
(iv)
Dios
endureció
el
corazón
de
los
judíos,
pero
sólo
para
abrirles
la
puerta
a
los
gentiles.
(v)
El
error
de
Israel
era
depender
de
los
méritos
humanos
sobre
la
base
de
la
Ley;
el
único
acceso
a
Dios
es
el
del
corazón
totalmente
confiado.

(vi)
Los
gentiles
no
tienen
por
qué
estar
orgullosos;
porque
no
son
más
que
ramas
del
olivo
borde
injertas
en
el
olivo
cultivado.
Y
eso
es
algo
que
no
debemos
olvidar
jamás.
(vi j)
La
cosa
no
termina
ahí;
los
judíos
se
sentirán
tan
avergonzados
y
envidiosos
del
privilegio
que
han
recibido
los
gentiles
que,
al
final,
éstos
los
harán
entrar.

(vi; i)
Así
que,
al
final,
tanto
los
judíos
como
los
gentiles
se
salvarán.

La
gloria
se
encuentra
al
final
del
argumento
de
Pablo.
Empezó
diciendo
que
algunos
eran
aceptados
y
otros
rechazados.

Pero
acaba
diciendo
que
la
voluntad
de
Dios
es
que
todos
se
salven
(Cp.
1
Timoteo
2:4).
EL
TRÁGICO
FRACASO

Romanos
9:1-6

Os
digo
la
verdad,
como
corresponde
a
los
que
estamos
unidos
a
Cristo.
No
estoy
mintiendo
si
os
digo
en
conciencia
y
de
acuerdo
con
el
Espíritu
Santo
que
soporto
una
ardiente
pesadumbre
y
una
angustia
permanente
en
mi
corazón.
Porque
estaría
dispuesto
a
que
me
cayera
una
maldición
que
me
desterrara
totalmente
de
la
presencia

de
Cristo
si
de
esa
manera
se
salvaran
mis
hermanos,
los
que
son
mis
parientes
por
naturaleza.
Porque
son
israelitas;
Dios
los
hizo
miembros
de
Su
propia
familia,
y
les
confió
la
gloria,
los
pactos,
la
Ley,
el
culto
del
Templo,
las
promesas...
Suyos
son
también
los
patriarcas;
y
de
ellos,
en
cuanto
a
Su
naturaleza
humana,
vino
el
Ungido

de
Dios.
¡Bendito
sea
siempre
el
Dios
que
está
sobre
todo!
Amén.

Pablo
empieza
intentando
explicar
el
que
los
judíos
rechazaran
a
Jesús
como
Mesías;
Y
empieza,
no
con
rabia,
sino
con
angustia;
no
en
una
tempestad
de
airada
condenación,
sino
con
el
dolorido
sentir
de
un
corazón
quebrantado.
Pablo
compartía
el
sentimiento
del
Dios
al
Que
amaba

Y
servía:
odiaba
el
pecado,
pero
amaba
al
pecador.
Nadie
ni
siquiera
empezará
jamás
a
intentar
salvar
a
nadie
a
menos
que
empiece
por
amarle.
Pablo
veía
a
los
judíos,
no
como
culpables
a
los
que
había
que
azotar
con
ira,
sino
como
personas
a
las
que
había
que
anhelar
con
amor.

De
buena
gana
habría
dado
Pablo

su
vida
si
así
hubiera
podido
ganar
a
los
judíos
para
Cristo.
Tal
vez
sus
pensamientos
le
transportaban
a
uno
de
los
grandes
episodios
de
la
historia
de
su
pueblo.
Cuando
Moisés
subió
a
la
montaña
para
recibir
la
Ley
de
la
mano
de
Dios,
el
pueblo
que
había
dejado
abajo
pecó
haciéndose
un
becerro
de
oro
y
adorándolo.
Dios

estaba
airado
con
ellos;
Y
entonces
Moisés
hizo
la
gran
oración:
«Así

que,
si
quieres,
perdónales
su
pecado;
Y
si
no,
Te
lo
suplico,
bórrame
del
libro
que
has
escrito»
(Éxodo
32:32).

Pablo
dice
que,
por
amor
a
sus
hermanos,
estaría
dispuesto
a
que
cayera
sobre
él
la
maldición
de
Dios
si
así
se
pudiera
remediar

algo.
La
palabra
que
usa
es
anáthema,
que
es
una
palabra
terrible.
Cuando
algo
era
anatema,
estaba
bajo
maldición;
estaba
consagrado
para
una
destrucción
total.
Cuando
se
tomaba
una
ciudad
pagana,
todo
lo
que
había
en
ella
se
destruía
totalmente
porque
estaba
contaminado
(Deuteronomio
3:6;
2:34;
Josué
6:17;
7:1-26) .
Si
alguien
trataba
de
seducir
a
Israel
para
apartarle
del
culto

al
único
Dios
verdadero,
se
le
condenaba
irremisiblemente
a
una
destrucción
total
(Deuteronomio
13:8-11).
La
cosa
más
amada
que
Pablo
tenía
en
su
vida
era
la
seguridad
de
que
nada
le
podía
separar
del
amor
de
Dios
en
Jesucristo;
pero,
si
así
podían
salvarse
sus
hermanos,
estaba
dispuesto
a
perderla.

Aquí
tenemos
una
vez
más
la
gran
verdad

de
que
el
que
quiera
salvar
al
pecador
tiene
que
empezar
por
amarle.
Cuando
un
hijo
o
una
hija
ha
hecho
algo
por
lo
que
merece
castigo,
muchos
padres
y
madres
cargarían
con
gusto
con
el
castigo
si
pudieran.
Como
Myers
hace
decir
a
Pablo
en
su
famoso
poema
inglés:

«Como
un
escalofrío
de
anhelo
insoponable,
que
me
recorre
todo
cual
toque
de
trompeta,
¡Oh,
para
que
se
salven
entregar
vida
y
alma,
ofreciéndolo
todo
en
sacrificio
a
Dios!>

Eso
fue
lo
que
sintió
e
hizo
Cristo.
Pablo
también
tenía
el
mismo
sentimiento.
Si
hemos
de
ser
instrumentos
para
la
Sal-
vación
de
otros,
eso
es
lo

que
debemos
sentir.
Pablo
no
negó
ni
por
un
momento
que
los
judíos
ocupaban
un
lugar
especial
en
la
economía
de
Dios.
Y
enumera
sus
privilegios:

(i)
En
un
sentido
especial
eran
hijos
de
Dios,
especialmente
elegidos
y
adoptados
en
la
familia
de
Dios.
«Vosotros
sois
los
hijos
del
Señor
vuestro
Dios»
(Deuteronomio
14:1).
«¿Es
que
no
es

Él
vuestro
Padre,
el
que
os
crió?»
(Deuteronomio
32:6).
«Israel
es
mi
primogénito»
(Éxodo
4:22).
«Cuando
Israel
era
un
chico,
le
amé;
y
de
Egipto
llamé
a
Mi
hijo»
(Oseas
11:1).
La
Biblia
está
llena
de
esta
idea
de
la
especial
relación
filial
de
Israel
con
Dios,
que
el
pueblo
rehusó
aceptar
hasta
las
últimas
consecuencias.
Boreham
dice
en
algún

lugar
que,
cuando
era
pequeño,
estaba
una
vez
de
visita
en
casa
de
un
amigo.
Había
una
habitación
en
la
que
tenía
prohibido
entrar.
Se
encontraba
una
vez
en
la
habitación
de
enfrente
cuando
se
abrió
la
puerta
y
vio
dentro
a
un
chico
de
su
misma
edad,
pero
en
un
estado
sobrecogedor
de
idiotez
animal.
Vio
que
la
madre

se
acercaba
al
chico.
Había
visto
al
joven
Boreham,
sano
e
inteligente,
y
miraba
a
su
hijo,
no
pudiendo
por
menos
de
hacer
una
comparación
que
le
partía
el
corazón.
La
vio
arrodillarse
al
lado
de
la
cama
del
idiota,
y
la
oyó
decir
gimiendo
de
angustia:
«
Te
he
alimentado,
y
vestido,
y
querido...
¡Y
tú
ni
siquiera
me

reconoces!»
Eso
era
lo
que
Dios
hubiera
podido
decir
de
Israel;
solamente
que
en
este
caso
aún
era
más
terrible,
porque
el
rechazo
de
Israel
era
deliberado
y
consciente.
Es
terrible
llegar
a
partirle
el
corazón
a
Dios.

(ii)
Israel
tenía
la
gloria.
La
shejina
o
kabod
aparece
una
y
otra
vez
en
la
historia
de
Israel.
Era

el
divino
esplendor
de
luz
que
descendía
cuando
Dios
visitaba
a
su
pueblo
(Éxodo
16:10;
24:16s;
29:43;
33:18-22).
Israel
había
visto
la
gloria
de
Dios,
y
sin
embargo
Le
había
rechazado.
A
nosotros
se
nos
ha
concedido
contemplar
la
gloria
del
amor
y
la
Gracia
de
Dios
en
el
rostro
de
Jesucristo,
y
sería
terrible
que
escogiéramos
el
camino
del

mundo.
(iii)
Israel
tenía
los
pactos.
Un
pacto
es
la
relación
en
que
entran
dos
personas,
un
acuerdo
de
interés
mutuo,
un
compromiso
de
amistad
recíproca.
Una
Y
otra
vez
Dios
se
había
acercado
al
pueblo
de
Israel
Y
había
entrado
en
una
relación
especial
con
él.
Lo
hizo
con
Abraham,
Isaac
Y
Jacob,
Y
en
el
monte
Sinaí
cuando

dio
la
Ley.

.
Ireneo
distingue
cuatro
grandes
ocasiones
en
las
que
Dios
llegó
a
un
acuerdo
con
los
hombres.
La
primera
fue
el
pacto
con
Noé
después
del
diluvio,
y
la
señal
fue
el
arco
iris
en
los
cielos,
que
representaba
la
seguridad
que
Dios
daba
de
que
no
habría
otro
diluvio.
El
segundo
fue
el
pacto
que
Dios

hizo
con
Abraham,
y
su
señal
fue
la
circuncisión.

El
tercero
fue
el
pacto
que
estableció
con
la
nación
de
Israel
en
el
monte
Sinaí,
y
su
base
fue
la
Ley.

Y
el
cuarto
es
el
Nuevo
Testamento
en
Jesucristo,
cuya
señal
y
garantía
es
el
Espíritu
Santo.

Es
maravilloso
pensar
que
Dios
se
acerca
a
los
hombres

Y
entra
en
una
relación
concertada
con
ellos.
La
verdad
es
que
Dios
no
ha
abandonado
nunca
a
los
hombres.
No
hizo
ademán
de
acercarse
para
luego
abandonarlos,
sino
que
se
ha
acercado
una
y
otra
vez;
y
aún
lo
sigue
haciendo
con
cada
alma
humana
individual.
Está
a
la
puerta,
y
llama;
y
es
la
tremenda
responsabilidad
de
la

voluntad
humana
que
puede
negarse
a
abrir.

(iv)
Israel
tenía
la
Ley.
No
podía
pretender
ignorar
la
voluntad
de
Dios,
porque
Dios
le
había
dicho
cómo
quena
que
viviera.
Si
Israel
pecaba,
lo
hacía
a
sabiendas
y
no
por
ignorancia;
y
el
pecado
consciente
es
el
pecado
contra
la
luz,
que
es
el
peor
de
todos.
(v)
Israel

tenía
el
culto
del
Templo.
El
culto
es,
en
esencia,
el
acercamiento
del
alma
a
Dios;
Y
Dios
había
dado
a
los
judíos
en
el
culto
del
Templo
una
manera
para
que
se
acercaran
a
Él.
Si
estaba
cerrada
la
puerta
de
acceso
a
Dios
eran
ellos
los
que
la
habían
cerrado.
(vi)
Israel
tenía
las
promesas.
No
podía
decir

que
no
conocía
su
destino.
Dios
les
había
dado
a
conocer
la
tarea
y
el
privilegio
que
les
tenía
reservado
en
Su
propósito.
Sabían
que
estaban
destinados
para
grandes
cosas
en
la
economía
de
Dios.
(vi;)
Israel
tenía
a
los
patriarcas.
Tenía
una
tradicción
y
una
historia;
y
no
hay
mayor
miseria
que
la
del
que
se
atreve
a
ser

infiel
a
su
tradición
y
avergonzarse
de
la
herencia
que
ha
recibido.
(vi; ;)
Y
aquí
viene
la
culminación:
de
Israel
vino
el
Mesías,
el
Ungido
de
Dios.
Todo
lo
demás
había
sido
la
preparación;
y
sin
embargo,
cuando
vino,
Le
rechazaron.
El
mayor
pesar
que
puede
sentir
una
persona
es
haberle
dado
a
un
hijo
todas
las
oportunidades
de
éxito,

el
haberlo
dedicado
y
sacrificado
todo
para
darle
las
mejores
oportunidades,
y
descubrir
que
el
hijo,
por
desobediencia
o
rebeldía
o
dejadez,
ha
dejado
de
aprovecharlas.
Ahí
está
la
tragedia;
porque
se
hacen
baldíos
los
esfuerzos
del
amor,
y
no
se
hacen
realidad
sus
sueños.
La
tragedia
de
Israel
consistió
en
que
Dios
le
había
preparado
para
el
día
de

la
venida
de
Su
Hijo,
Y
toda
aquella
preparación
resultó
frustrada.
No
es
que
fuera
quebrantada
la
Ley
de
Dios,
sino
que
Su
amor
fue
desdeñado.
No
es
la
ira
de
Dios
la
que
se
oculta
tras
las
palabras
de
Pablo,
sino
el
corazón
quebrantado
de
Dios.

LA
ELECCIÓN
DE
DIOS

Romanos
9:7-13

Pero
esto
no
quiere
decir
que
la
Palabra
de
Dios
haya
quedado
completamente
frustrada.
Porque
no
todos
los
israelitas
son
el
verdadero
Israel;
ni
todos
los
que
se
consideran
descendientes
naturales
de
Abraham
son
plenamente
sus
hijos.
Por
el
contrario,
escrito
está:
«Por
medio
de
Isaac
tendrás
descendencia.»
Es
decir:
que
no
son
realmente
hijos

de
Dios
todos
los
que
se
consideran
descendientes
naturales
de
Abraham.
¡No!
Son
los
hijos
de
la
promesa
los
que
forman
la
verdadera
descendencia
de
Abraham;
porque
la
palabra
de
la
promesa
fue
esta:
«Vendré
a
este
tiempo,
y
Sara
tendrá
un
hijo.»
Y
no
hubo
sólo
este
caso,
sino
también
Rebeca,
cuando
concibió
de
uno,
es
decir,
de
nuestro

antepasado
Isaac.
-Nótese
bien
que
los
hijos
no
habían
nacido
todavía,
ni
habían
hecho
nada
ni
bueno
ni
malo,
para
que
la
elección
de
Dios
no
fuera
la
consecuencia
de
obras, sino
simplemente
porque
Dios
los
llamó-.
Se
le

dijo
a
ella:
«El
mayor
servirá
al
más
joven.»
Y
también
,
está
escrito:
«He
amado
a
Jacob,
pero
he

aborrecido
a
Esaú.
»

El
que
los
judíos
rechazaran
Y
crucificaran
a
Jesús,
el
Hijo
de
Dios,
¿quiere
decir
que
el
propósito
de
Dios
quedó
frustrado,
Y
fracasado
Su
plan?
Pablo
está
convencido
de
que
eso
no
puede
ser.
De
hecho,
no
todos
los
judíos
rechazaron
a
Jesús;
algunos
Le
aceptaron,
porque
no
cabe
duda
que
todos
Sus

primeros
seguidores
eran
judíos,
lo
mismo
que
Pablo.
«Ahora
bien
dice-,
a
lo
largo
de
la
historia
de
Israel
vemos
el
proceso
de
selección
una
Y
otra
vez
en
funcionamiento.
Una
Y
otra
vez
vemos
que
no
eran
todos
los
judíos
los
que
estaban
en
el
diseño
de
Dios.
Algunos
estaban,
Y
otros
no.
La
línea
de
la
nación
con

la
que
Dios
contaba,
y
por
medio
de
la
cual
obraba
para
llevar
adelante
Su
plan,
no
eran
todos
los
descen-
dientes
de
Abraham.
No
es
la
mera
descendencia
física
la
que
cuenta,
sino
la
selección,
la
elección
de
Dios.

Como
demostración
de
esta
verdad
cita
Pablo
dos
ejemplos
de
la
historia
de
Israel,
y
los
refuerza
con

citas
bíblicas:

(a)
Abraham
tuvo
dos
hijos:
Ismael,
que
le
nació
de
la
esclava
Agar,
e
Isaac,
que
tuvo
con
su
esposa
Sara.
Los
dos
eran
igualmente
descendientes
de
Abraham.
Cuando
les
nació
Isaac,
Abraham
y
Sara
eran
ya
de
edad
avanzada;
tanto
es
así
que,
humanamente
hablando,
ya
era
imposible
que
tuvieran
un
hijo.
Cuando
Isaac
era

muchacho,
un
día
Ismael
se
burló
de
él;
a
Sara
le
dio
tanta
rabia,
que
le
pidió
a
Abraham
que
echara
de
casa
a
la
esclava
Y
a
su
hijo,
para
que
Isaac
fuera
el
único
heredero.
Abraham
no
quería;
pero
Dios
le
dijo
que
lo
hiciera,
porque
sería
la
descendencia
que
tuviera
a
través
de
Isaac
la
que
preservaría

su
nombre
(Génesis
21:12).
Ahora
bien:
Ismael
había
nacido
por
un
proceso
humano
natural,
mientras
que
Isaac
había
nacido
en
cumplimiento
de
la
promesa
de
Dios
(Génesis
18:10-14).
Fue
al
hijo
de
la
promesa
al
que
se
le
concedió
transmitir
la
herencia
de
la
elección
de
Dios.
Aquí
tenemos
la
prueba
de
que
no
todos
los
descendientes
naturales
de
Abraham

se
pueden
considerar
elegidos.
Y
dentro
de
la
nación
siguió
manifestándose
la
selección
Y
elección
de
Dios.

(b)
Pablo
pasa
a
citar
otro
ejemplo.
Cuando
Rebeca,
la
mujer
de
Isaac,
estaba
embarazada,
Dios
le
hizo
saber
que
iba
a
tener
mellizos
que
serían
los
patriarcas
de
dos
naciones;
pero
que,
en
el
tiempo
venidero,
el
que
naciera
primero

serviría
y
estaría
sometido
al
segundo
(Génesis
25:23).
Cuando
nacieron
los
mellizos,
Esaú
nació
el
primero,
y
sin
embargo
la
elección
de
Dios
recayó
en
Jacob;
y
fue
por
la
línea
de
Jacob
por
la
que
Dios
siguió
llevando
a
cabo
su
plan.
Para
remachar
bien
su
argumento,
Pablo
cita
Madaquías
1:2s, donde
Dios
le
dice
al
profeta:
<
He
amado

a
Jacob
y
aborrecido
a
Esaú.»
Pablo
sostiene
que
ser
judío
es
más
que
formar
parte
de
la
descendencia
física
de
Abraham;
que
el
pueblo
escogido
no
es
meramente
la
suma
de
los
descendientes
de
Abraham,
sino
que
en
esa
familia
se
lleva
a
cabo
un
proceso
de
selección
a
lo
largo
de
la
historia.
Hasta
aquí,
un
judío
aceptaría

el
argumento
de
Pablo.
Los
árabes
son
los
descendientes
de
Ismael,
que
fue
hijo
de
Abraham;
pero
a
los
judíos
no
se
les
pasaría
por
la
cabeza
decir
que
los
árabes
pertenecían
al
pueblo
escogido.
Los
edomitas
eran
los
descendientes
de
Esaú
fue
es
lo
que
quería
decir
Malaquías-,
y
Esaú
fue
tan
hijo
de
Isaac
como
Jacob
su
mellizo;

pero
a
ningún
judío
se
le
ocurriría
decir
que
los
edomitas
tenían
parte
en
el
pueblo
escogido.
Desde
el
punto
de
vista
judío,
Pablo
ha
demostrado
su
argumento:
había
un
proceso
de
elección
que
se
estaba
llevando
a
cabo
en
la
familia
de
los
descendientes
de
Abraham.

Pablo
añade
que
esa
selección
no
se
basa
en
las
obras

ni
en
el
mérito.
La
prueba
está
en
que
Jacob
fue
elegido
Y
Esaú
recha-
zado
antes
de
que
naciera
ninguno
de
los
dos,
cuando
estaban
en
el
seno
materno.
Este
argumento
sigue
siendo
válido
Y
con-
cluyente
para
un
judío.
Y
hasta
para
nosotros,
una
gran
verdad
surge
del
corazón
de
este
argumento:
Todo
es
de
Dios;
detrás
de

todo
está
Su
obrar;
aun
las
cosas
que
parecen
arbitrarias
Y
fortuitas
tienen
en
Él
su
origen.
Nada
en
el
mundo
va
a
la
deriva.

LA
VOLUNTAD
SOBERANA
DE
DIOS

Romanos
9:14-18

¿Y
qué
se
puede
decir
a
esto?
¿Se
puede
decir
que
hay
injusticia
en
Dios?
¡De
ninguna
manera!,
porque
Él
le
dijo

a
Moisés:
«Tendré
misericordia
del
que
Yo
tenga
misericordia,
y
tendré
piedad
del
que
Yo
tenga
piedad.»
Así
es
que
todo

depende,
no
de
la
voluntad
ni
del
esfuerzo
humanos,
sino
exclusivamente
de
la
misericordia
de
Dios.
Por
eso
la
Escritura
dice
con
respecto
al
Faraón:
«Para
esto
solo
te
asigné
un
papel
en
el
drama
de
la
historia:
para
demostrar
mi
poder
por
medio
de
lo
que
te
va
a
ocurrir,
y
para
que
Mi
nombre
sea
proclamado
por

todo
el
mundo.»
Así
es
que
tiene
misericordia
del
que
Él
quiere, y
endurece
al
que
Él
quiere.

Ahora
Pablo
sale
al
paso
de
las
preguntas
y
objeciones
que
surgen
en
nuestra
mente.
Ha
dicho
que
el
proceso
de
selección
y
elección
ha
seguido
su
curso
a
lo
largo
de
la
historia
de
Israel;
ha
hecho
hincapié
en
el

hecho
de
que
la
elección
no
se
basa
en
ningún
mérito
humano,
sino
exclusivamente
en
la
voluntad
de
Dios.

Nuevamente
cita
dos
ejemplos
para
demostrar
su
afirmación,
y
los
refuerza
con
citas
bíblicas.
El
primer
ejemplo
está
tomado
de
Éxodo
33:19.
Moisés
está
pidiendo
una
prueba
definitiva
de
que
Dios
está
realmente
con
el
pueblo
de
Israel.
La

respuesta
de
Dios
es
que
Él
tendrá
misericordia
de
los
que
tenga
misericordia;
es
decir,
le
dice
a
Moisés
que
confíe
Y
deje
la
cosa
en
Sus
manos,
porque
Él
sabe
lo
que
hace.
Su
actitud
de
misericordia
hacia
la
nación
depende
exclusivamente
de
Él
mismo.
Y
el
otro
ejemplo
está
tomado
de
la
batalla
para
la
liberación
de
la

esclavitud
de
Egipto
y
el
poder
del
Faraón.
La
primera
vez
que
Moisés
fue
a
pedir
la
libertad,
advirtió
a
Faraón
que
Dios
le
había
colocado
en
el
escenario
de
la
historia
para
demostrar
Su
divino
poder
y
servir
de
ejemplo
a
la
hu-
manidad
de
lo
que
sucede
a
los
que
se
oponen
a
Dios
(Éxodo
9:16).
Pero
esto

no
quiere
decir
que
Faraón
no
fuera
más
que
una
marioneta.
Dios
le
advirtió,
pero
Faraón
escogió
no
hacer
caso.

Cuando
llegamos
al
fondo
de
la
cuestión,
vemos
que
conserva
una
gran
verdad.
Es
imposible
pensar
en
la
relación
entre
Dios
y
el
hombre
en
términos
de
justicia
-entendida
ésta
en
los
términos
de
nuestra
experiencia
humana
limitadísima.

El
hombre
no
puede
nunca
tener
ningún
derecho
ante
Dios.
La
creatura
no
puede
pretender
nada
ante
el
Creador.
Sea
cual
fuere
la
justicia
que
se
aplica,
la
respuesta
es
que
el
hombre
no
merece
nada
ni
puede
pretender
nada.
En
el
trato
de
Dios
con
los
humanos
lo
esencial
son
Su
voluntad
y
Su
misericordia.

EL
ALFARERO

Y
LA
ARCILLA

Romanos
9:19-29

Pero
entonces
tú
podrías
preguntar:
«Si
esto
es
así,
¿cómo
puede
Dios
seguir
echándole
las
culpas
a
los
hombres
cuando
no
hacen
lo
que
Él
quiere?
¿Es
que
hay
alguien
que
se
pueda
oponer
a
Su
voluntad?»
Amigo,
¿quién
eres
tú
para
ponerte
a
discutir
con
Dios?
Sería
tanto
como
que

la
arcilla
le
dijera
al
alfarero:
«
¿Por
qué
me
has
dado
esta
forma?»
El
alfarero
tiene
autoridad
total
para
hacer
del
mismo
pegote
de
arcilla
una
vasija
para
un
uso
honorable
u
otra
para
un
uso
humilde.
De
la
misma
manera,
¿qué
si
Dios,
aunque
Su
propósito
fuera
demostrar
su
ira
y
dar
a
conocer
Su
poder,
sin
embargo

tratará
con
mucho
paciencia
a
los
que
eran
objeto
de
Su
ira,
que
ya
estaban
maduros
y
listos
para
la
destrucción?
Sí;
¿Y
qué
si
lo
hizo
porque
quería
dar
a
conocer
las
riquezas
de
su
gloria
a
los
que
son
objeto
de
su
misericordia, que
Él
había
preparado
de
antemano
para
la
gloria?
Me
refiero
a
nosotros, a
los
que
Él

ha

llamado;
no
sólo
de
entre
los
judíos, sino
también
de
entre
los
gentiles.
Como
Él
dice
en
Oseas:

<
A
los
que
no
eran
pueblo
los
llamaré
<
Pueblo
mío»,
y
a
la
que
nadie
quería
la
llamaré
«Amada
mía».

Y
en
el
mismo
lugar
en
que
se
les
dijo:
«¡Vosotros
no
sois
mi

pueblo!», se
les
dará
el
título
de
«hijos
del
Dios
vivo».

Y
la
proclamación
profética
de
Isaías
acerca
de
Israel
es:
«Los
hijos
de
Israel
puede
que
sean
tan
numerosos
como
la
arena
del
mar,
pero
no
se
salvará
nada
más
que
el
resto.
Final
Y
sumariamente:
el
Señor
hará
en
la
Tierra
lo
que
dijo
que
haría.
»

Como
dijo
Isaías
en
un
pasaje
anterior:
«
Si
el
Señor
de
los
Ejércitos
no
nos
hubiera
dejado
hijos,
habríamos
llegado
a
ser
como
Sodoma, y
semejantes
a
Gomorra.
»

En
el
pasaje
anterior
Pablo
ha
mostrado
que,
a
lo
largo
de
toda
la
historia
de
Israel,
se
ha
venido
produciendo
el
proceso
de
elección
y
selección
de
Dios.

Cuando
el
alfarero
hace
una
vasija,
ésta
no
puede
hacerle
sugerencias
ni
discutirle
su
destino;
el
alfarero
tiene
poder
absoluto
sobre
la
arcilla
para
hacer
de
ella
algo
destinado
a
un
uso
honorable
o
vulgar,
y
la
arcilla
no
tiene
derecho
a
protestar.
Pablo
en
realidad
tomó
este
ejemplo
de
Jeremías
18:1-6,
que
es
un
ejemplo
de
la
paciencia
de

Dios,
Que
no
descarta
la
masa
rebelde,
sino
le
da
una
nueva
forma.
Este
pasaje
ha
inspirado
un
coro
que
se
canta
en
muchas
iglesias:

Yo
quiero
ser,
yo
quiero
ser,
Señor
amante,
como
el
barro
en
manos
del
alfarero:
toma
mi
vida,
hazla
de
nuevo;
yo
quiero
ser,
yo
quiero
ser
un
vaso
nuevo.

Conviene
decir
aquí
un
par
de
cosas.

Pero
debemos
recordar
una:
fue
con
angustia
de
corazón
como
Pablo
escribió
este
pasaje.
Se
enfrentaba
con
el
hecho
desconcertante
de
que
el
mismo
pueblo
de
Dios,
sus
propios
parientes,
habían
rechazado
y
crucificado
al
propio
Hijo
de
Dios.

De
todas
maneras,
Pablo
no
termina
así
su
argumento.

Continúa
diciendo
que
el
que
los
judíos
hayan
rechazado
al
Mesías
ha
sido
con
el
fin
de
que
se
les
abriera
la
puerta
a
los
gentiles.

Pablo
estaba
discutiendo
con
los
judíos,
y
sabía
que
la
única
manera
de
reforzar
su
argumento
era
con
citas
de
sus
Sagradas
Escrituras;
así
es
que
pasa
a
citar
textos
que
prueben

que
el
que
Cristo
fuera
rechazado
por
los
judíos
y
aceptado
por
los
gentiles
había
sido
de
hecho
anunciado
por
los
profetas.
Oseas
había
dicho
que
Dios
haría
que
fuera
pueblo
Suyo
uno
que
no
lo
era
(Oseas
2:23),
y
que
serían
llamados
hijos
de
Dios
(Oseas
1:10);
e
Isaías
había
previsto
una
situación
en
la
que
Israel
sería
obliterado

si
no
fuera
por
un
remanente
(Isaías
10:
22s;
37:32).
Su
argumento
es
que
Israel
podría
haber
previsto
su
ruina
si
hubiera
tenido
entendimiento.

LA
EQUIVOCACIÓN
DE
LOS
JUDÍOS

Romanos
9:30-33

¿Qué
podemos
decir
a
esto?
Que
los
gentiles,
que
no
estaban
buscando
estar
en
la
debida
relación
con
Dios,
la
han
recibido,
una

relación
que
es
el
resultado
de
la
fe;
mientras
que
Israel,
que
estaba
buscando
una
ley
que
produjera
la
debida
relación
con
Dios,
nunca
consiguió
encontrarla.
¿Y
por
qué?
Porque
estaban
intentando
entrar
en
una
buena
relación
con
Dios, no
confiando
en
Dios,
sino
dependiendo
de
sus
propios
logros
humanos.
Tropezaron
en
la
Piedra
que
hace
tropezar
a
los
hombres,
como

está
escrito:
«He
colocado
en
Sión
una
Piedra
que
hace
tropezara
la
gente,
una
Roca
que
los
hace
vacilar;
pero
el
que
crea
en
ÉL
no
será
defraudado.»

Aquí
Pablo
traza
un
contraste
entre
dos
actitudes
para
con
Dios.
La
de
los
judíos
pretendía
alcanzar
la
debida
relación
con
Dios
mediante
el
propio
esfuerzo.
Dicho
de
otra
manera,

para
que
quede
claro
lo
que
quiere
decir:
fundamentalmente,
la
idea
de
los
judíos
era
que
un
hombre,
mediante
la
estricta
obediencia
a
la
Ley,
podía
llegar
a
tener
una
cuenta
positiva
con
Dios,
con
el
resultado
de
que
Dios
estaría
en
deuda
con
él
y
le
debería
la
Salvación.
Pero
estaba
claro
que
siempre
era
una
batalla
perdida,
porque

la
imperfección
humana
no
podía
nunca
satisfacer
la
perfección
de
Dios;
nada
que
el
hombre
pudiera
hacer
por
Dios
podría
ni
empezar
a
devolverle
a
Dios
lo
que
ha
hecho
por
el
hombre.

Eso
es
precisamente
lo
que
Pablo
descubrió.
Como
él
decía,
los
judíos
se
pasaban
la
vida
tratando
de
satisfacer
una
Ley
cuya
obediencia
les
dejara

en
paz
con
Dios;
y
nunca
lo
conseguían,
porque
tal
cosa
era
imposible.
Los
gentiles
no
estaban
empeñados
en
tal
empresa;
pero,
cuando
se
encontraron
de
pronto
cara
a
cara
con
el
amor
increíble
de
Dios
manifestado
y
ofrecido
en
Jesucristo,
sencillamente
se
arrojaron
en
los
brazos
de
tal
amor
con
entera
confianza.
Fue
algo
así
como
si
los
gentiles

vieran
la
Cruz
Y
dijeran:
<
Si
Dios
me
ama
de
tal
manera,
puedo
confiarle
mi
vida
Y
mi
alma.»

El
judío
trataba
de
hacer
que
Dios
quedara
en
deuda
con
él;
el
gentil
estaba
contento
de
estar
en
deuda
con
Dios.
El
judío
creía
que
podía
ganarse
la
Salvación
haciendo
cosas
para
Dios;
el
gentil
se
sumía

en
la
admiración
de
lo
que
Dios
había
hecho
por
él.
El
judío
trataba
de
llegar
a
Dios
por
sus
obras;
el
gentil
llegaba
a
Dios
por
el
camino
de
la
confianza.

No
ya
he
de
gloriarme
jamás,
¡oh
Dios
mío!,
de
aquellos
deberes
que
un
día
cumplí.
Mi
gloria
era
vana;
confío
tan
sólo
en
Cristo
y

su
sangre
vertida
por
mí.

JOSÉ
M.
DE
MORA.

Pablo
habría
dicho
<
Amén>
a
esto.

La
piedra
es
una
de
las
referencias
características
de
los
primeros
escritores
cristianos.
En
el
Antiguo
Testamento
se
menciona
varias
veces
una
piedra
misteriosa
En
Isaías
8:14
se
dice
que
Dios
será
como
una
piedra
de
ofensa
y

una
roca
de
tropiezo
a
las
casas
de
Israel.
En
Isaías
28:16,
Dios
dice
que
va
a
poner
en
Sión
una
piedra,
una
preciosa
piedra
angular,
como
fundamento
estable.
En
Daniel
2:
34s,
44s,
se
hace
referencia
a
una
piedra
misteriosa.
En
el
Salmo
118:22,
el
salmista
escribe:
«La
piedra
que
desecharon
los
edificadores
ha
llegado
a
ser
la
cabeza

del
ángulo.»

Cuando
los
cristianos
empezaron
a
buscar
en
el
Antiguo
Testamento
anuncios
de
la
venida
de
Cristo
se
encontraron
con
estas
referencias
a
la
piedra
maravillosa,
y
se
dieron
cuenta
de
que
se
referían
a
Cristo.
En
los
Evangelios
se
dice
que
fue
Jesús
mismo
el
primero
que
hizo
la
identificación
y
se
aplicó
a
Sí
mismo

el
Salmo
118:22
(Mateo
21:42).
Los
cristianos
reconocieron
figuras
de
Cristo
en
la
piedra
que
era
fundamento
estable,
la
piedra
angular
que
daba
unidad
a
todo
el
edificio,
la
piedra
que
había
sido
desechada
y
luego
reconocida
como
la
más
importante
de
todas.

La
cita
que
hace
aquí
Pablo
combina
Isaías
8:14
Y
28:16.
Los
cristianos
entendieron
que
su
significado
era
que
Dios
se
había
propuesto
que
Su
Hijo
fuera
el
fun-damento
de
la
vida
de
todos
los
hombres;
pero
cuando
Él
vino,
los
judíos
Le
rechazaron;
y
el
rechazar
al
Don
de
Dios
que
era
para
su
Salvación
se
convirtió
en

la
causa
de
que
quedaran
excluidos.
Esta
figura
de
la
piedra
aparece
varias
veces
en
el
Nuevo
Testamento
(Hechos
4:11;
Efesios
2:20, y
1
Pedro
2:4-6).

La
verdad
eterna
que
contiene
este
pensamiento
es
que
Jesús
fue
enviado
al
mundo
para
ser
el
Salvador
de
todos
los
hombres,
pero
es
también
la
Piedra
de
toque
por
la
que
son

juzgados.
Si
el
corazón
de
una
persona
responde
al
amor
de
Jesús
y
Le
recibe
como
Salvador,
para
ella
lo
es;
pero
si
el
corazón
de
una
persona
queda
totalmente
insensible
o
Le
rechaza,
para
ella
es
la
condenación.
Jesús
vino
al
mundo
para
nuestra
Salvación;
pero
por
nuestra
actitud
hacia
Él
podemos
recibirla
o
perderla.

UN
CELO

MAL
ORIENTADO

Romanos
10:1-13

Hermanos, lo
que
deseo
cordialmente
para
los
judíos
y
le
pido
a
Dios
para
ellos
es
que
se
salven.
Porque
hay
que
reconocerles
que
tienen
celo
por
las
cosas
de
Dios;
pero
no
está
basado
en
un
conocimiento
verdadero;
porque
no
se
dan
cuenta
de
que
el
hombre
no
puede
llegar
a
la

condición
de
justicia
para
con
Dios
nada
más
que
aceptándola
como
don
de
Dios, y
ellos
tratan
de
establecerla
por
sí
mismos;
así
es
que
no
se
han
some
tido
a
ese
poder
de
Dios
que
es
el
único
que
los
puede
hacer
justos
en
relación
con
Él.
Porque
Cristo
es
el
fin
de
todo
el
sistema
de
la
ley, porque
vino

precisamente
para
poner
en
la
debida
relación
con
Dios
a
todos
los
que
creen
Y
confían.
Moisés
dice
que
el
que
actúa
de
una
manera
conforme
con
la
justicia
que
exige
la
ley, vivirá
por
ella.
Pero
de
la
justicia
que
se
deriva
de
la
fe, la
Escritura
dice:
«¿Quién
subirá
al
Cielo?»
-es
decir,
para
hacer
bajar
a
Cristo-;
o
«¿Quién

podrá
bajar
a
lo
profundo
del
abismo?»
-es
decir, para
sacar
a
Cristo
de
entre
los
muertos-.
Pero, ¿qué
es
lo
que
dice?
«
La
palabra
está
cerca
de
ti, en
tu
boca
y
en
tu
corazón.
»
La
palabra
de
la
que
se
habla
aquí
es
el
Mensaje
de
fe
que
proclamamos:
Que, si
confesáis
con
vuestra
boca
que
Jesús
es
el
Señor,

Y
creéis
con
el
corazón
que
Dios
Le
levantó
de
los
muertos, seréis
salvos.
Porque
al
creer
con
el
corazón
llegáis
a
la
perfecta
relación
con
Dios,
Y
al
confesar
con
la
boca
estáis
en
el
camino
de
la
Salvación.
Porque
la
Escritura
dice:
«Nadie
que
crea
en
Él
será
defraudado.»
Así
que
no
hay
diferencia
entre
judíos
Y
griegos;
porque

el
mismo
Señor
es
el
Señor
que
está
sobre
todos, y
es
suficiente
Salvador
de
todos
los
que
Le
invocan;
porque
dice
la
Escritura:
«Todo
el
que
invoque
el
Nombre
del
Señor
se
salvará.»

Pablo
ha
estado
diciendo
algunas
cosas
muy
duras
de
los
judíos;
cosas
que
a
ellos
les
resultaría
desagradable
oír,
y
más
aún
reconocer.
Todo
el

pasaje
de
Romanos
9
al
11
es
una
condenación
de
la
actitud
religiosa
de
los
judíos.
Sin
embargo,
desde
el
principio
hasta
el
fin
no
hay
ira,
sino
anhelo
y
ansiedad
cordiales.
Lo
que
Pablo
desea
por
encima
de
todo
es
que
los
judíos
se
salven.

Si
vamos
a
llevar
a
Cristo
a
otras
personas,
esa
debe
ser

nuestra
actitud.
Los
grandes
predicadores
lo
han
reconocido.
«No
des
palizas»
-decía
uno-.
«Acuérdate
de
no
chillar
demasiado»
-decía
otro.
Y
un
gran
predicador
de
los
tiempos
presentes
decía
que
predicar
es
«suplicar
a
las
almas.»
Eso
era
lo
que
decía
también
Pablo
(2
Corintios
5-:20).
Y
Jesús
lloró
por
Jerusalén.
Hay
una
manera
de
predicar
que
pretende
aterrar
al

pecador
con
palabras
airadas
de
condenación;
pero
Pablo
decía
la
verdad
con
amor.

Pablo
estaba
totalmente
dispuesto
a
admitir
que
los
judíos
tenían
celo
de
Dios;
pero
ese
celo
estaba
mal
orientado.
La
religión
judía
estaba
basada
en
una
obediencia
meticulosa
a
la
Ley.
Ahora
bien:
está
claro
que
esa
obediencia
sólo
se
la
podía

proponer
alguien
que
tomara
la
religión
totalmente
en
serio.
No
era
nada
fácil.
En
muchas
ocasiones
llevaría
a
graves
incon-
venientes
y
haría
la
vida
sumamente
incómoda.

Tomemos
como
ejemplo
la
ley
del
sábado.
Se
establecía
exactamente
la
distancia
máxima
que
se
podía
andar;
se
prohibía
llevar
una
carga
superior
al
peso
de
dos
higos
secos;
se

prohibía
cocinar
en
sábado;
se
fijaban
los
medios
para
evitar
que
un
enfermo
se
pusiera
peor,
pero
se
prohibía
curarle.
Todavía
hoy
en
día
hay
judíos
ortodoxos
estrictos
que
no
encienden
ni
apagan
una
luz
en
sábado.
Algunas
familias
judías
acomodadas
emplean
a
criados
gentiles
para
que
hagan
las
cosas
imprescindibles
los
sábados
-aunque,
según
Éxodo
20:10
Y
Deuteronomio
5:14,

la
ley
del
sábado
obligaba
igualmente
a
los
siervos
y
'a,
los
forasteros
gentiles.

Esto
es
algo
que
nos
cebe
mover,
no
a
la
risa,
sino
a
la
admiración.
La
vida
bajo
la
Ééy.no
era
fácil.
Nadie
se
sometería

a
menos
que
lo
tomara
realmente
en
serio.
Los
judíos
eran
y
son
celosos.
Pablo
no
tenía

dificultad
en
reconocérselo,
pero
les
advertía
que
aplicaban
u
orientaban
mal
su
celo.

En
el
Cuarto
libro
de
los
Macabeos
se
relata
un
incidente
sorprendente.
Llevaron
al
sacerdote
Eleazar
ante
Antíoco
Epí-
fanés,
que
se
había
propuesto
acabar
con
la
religión
judía.
Antíoco
le
mandó
a
Eleazar
que
comiera
cerdo.
El
anciano
sacerdote
rehusó:
«Ni
aunque
me
saques

los
ojos
o
me
abrasas
las
entrañas.
Nosotros,
oh
Antíoco,
que
vivimos
bajo
la
Ley
divina,
no
admitimos
ninguna
obligación
por
encima
de
la
obediencia
a
la
Ley.»
Si
tenía
que
morir,
sus
antepasados
le
recibirían
«santo
y
puro.»
Dio
orden
de
que
le
apalearan.
«
Le
rasgaron
la
carne
con
látigos
hasta
que
chorreaba
sangre
por
todo
el
cuerpo

y
las
heridas
le
descubrían
los
costados.
Cayó,
y
un
soldado
le
dio
de
patadas.
Al
final,
los
soldados
se
compadecieron
de
él
y
le
trajeron
carne
que
no
era
de
cerdo
y
le
dijeron
que
la
comiera
y
dijera
que
había
comido
cerdo.
Se
negó.
Por
último,
le
mataron.
«Muero
en
feroces
tormentos
por
amor
a
la
Ley»
-dijo

en
oración
a
Dios.
«Resistió
-añade
el-narrador-hasta
la
agonía
de
la
muerte
por
causa
de
la
Ley.»

¿Y
por
qué
todo
eso?
Para
no
comer
cerdo.
Parece
mentira
que
alguien
esté
dispuesto
a
morir
así
por
una
ley
así.
Pero
los
judíos
estaban
dispuestos.
No
cabe
duda
que
tenían
celo
por
la
Ley.
No
se
puede
decir
que

no
tomaran
absolutamente
en
serio
su
religión.

Los
judíos
estaban
convencidos
de
que
adquirían
crédito
con
Dios
mediante
la
obediencia
a
la
Ley.
Lo
que
mejor
revela
la
actitud
judía
son
las
tres
clases
en
que
dividían
la
humanidad:
Había
personas
que
eran
buenas,
cuyo
balance
era
positivo;
había
otros
que
eran
malos,
cuya
vida
arrojaba
un
balance

de
deuda,
y
había
quienes
estaban
en
medio,
que
serían
buenos
si
hicieran
una
buena
obra
más.
Todo
era
cuestión
de
ley
y
mérito.
A
esto
contesta
Pablo:
«Cristo
es
el
final
de
la
Ley»,
lo
que
quiere
decir
que
es
el
final
del
legalismo.
La
relación
entre
Dios
y
el
hombre
ya
no
es
la
que
existe
entre
un

acreedor
y
un
deudor,
entre
un
asalariado
y
un
patrono
o
entre
un
juez
y
un
acusado.
Gracias
a
Jesucristo,
el
hombre
ya
no
está
en
la
posición
de
tener
que
satisfacer
la
justicia
divina;
sólo
tiene
que
aceptar
Su
amor.
Ya
no
tiene
que
merecer
el
favor
de
Dios,
sino
solamente
tomar
la
Gracia
y
el
amor
y
la

misericordia
que
Dios
le
ofrece
gratuitamente.

Para
demostrar
su
argumento
Pablo
cita
dos
pasajes
del
Antiguo
Testamento.
En
primer
lugar,
Levítico
18:
S,
donde
se
dice
que
el
que
obedezca
meticulosamente
los
mandamientos
de
Dios
encontrará
la
vida.
Es
verdad,
pero
nadie
ha
podido.
Luego
cita
Deuteronomio
30:12s.
Dice
Moisés
que
la
Ley
de
Dios
no
es
inasequible

o
imposible:
está
en
la
boca,
en
la
mente
y
en
el
corazón
del
hombre.
Pablo
toma
ese
pasaje
en
sentido
alegórico.
No
fue
nuestro
esfuerzo
el
que
trajo
al
mundo
a
Cristo
o
Le
resucitó.
No
es
nuestro
esfuerzo
lo
que
nos
reconcilia
con
Dios.
Dios
lo
ha
hecho
por
nosotros,
y
no
tenemos
más
que
aceptarlo
y
recibirlo.

Los
versículos
9
y
10
son
de
suprema
importancia.
Contienen
la
base
del
primer
credo
cristiano.

(i)
Hay
que
confesar
que
Jesucristo
es
el
Señor.
La
palabra
para
Señor
es
Kyrios.
Es
la
palabra
clave
del
cristianismo
primitivo.
Su
significado
pasa
por
cuatro
etapas:
(a)
Es
el
título
normal
de
respeto,
como
en
español
señor,
en

inglés
sir,
en
francés
monsieur

Y
en
alemán
Herr.
(b)
Era
el
título
que
se
aplicaba
al
Emperador
romano.

(c)
Era
el
título
de
los
dioses
griegos
Y
romanos,
que
se
colocaba
antes
del
nombre;
por
ejemplo:
Kyrios
Serapis.

(d)
En
la
traducción
al
griego
del
Antiguo
Testamento,
Kyrios
es
la
traducción
normal
del
nombre
divino
Yahweh
o
Jehová.
Los

primeros
cristianos
iban
a
la
muerte
con
tal
de
no
confesar
que
el
César
era
Kyrios,
porque
sólo
aplicaban
ese
título
a
Jesucristo.
Cuando
llamaban
a
Jesús
Kyrios,
no
sólo
le
confesaban
como
el
Señor
supremo
de
su
vida,
y
le
estaban
equiparando
al
Emperador
o
a
los
dioses
griegos,
sino
con
el
Dios
único
y
verdadero,
al
Que
se

debía
absoluta
obediencia
y
culto
reverente.
Llamar
Kyrios
a
Jesús
era
reconocer
y
confesar
su
divinidad.
Lo
primero
para
ser
cristiano
es
el
sentimiento
de
qué
Jesucristo
es
supremamente
único.
(ii)
Hay
que
creer
que
Jesucristo
ha
resucitado.
La
Resurrección
de
Jesucristo
era
una
parte
esencial
del
credo
cristiano.
El
cristiano
cree,
no
solamente
que
Cristo
vivió,
sino
también
que

vive.
No
sólo
debe
saber
de
Cristo,
sino
conocerle
perso-
nalmente.
No
se
limita
a
estudiar
un
personaje
histórico,
por
muy
grande
que
fuera;
sino
que
vive
con
una
Presencia
real.
No
sólo
debe
saber
de
Cristo
el
Mártir:
debe
también
conocer
a
Cristo
el
Vencedor.

(iii)
Pero
el
cristiano
no
sólo
debe
creer
en
su
corazón,
sino
también
confesar
con
sus
labios.
Ser
cristiano
es
creer
Y
confe-
sar;
como
se
dice
en
muchas
declaraciones
de
fe
evangélica,
<
Creemos
Y
testificamos.»
El
creer
supone
testificar
ante
los
demás.
No
es
suficiente
que
Dios
sepa
de
qué
parte
estamos,
sino
que
hace
falta
que

también
lo
sepa
la
gente.
A
un
judío
le
resultaría
difícil
creer
que
el
acceso
a
Dios
no
era
por
medio
de
la
Ley;
este
camino
de
la
confianza
y
la
aceptación
era
algo
revolucionario
e
increíblemente
nuevo
para
él.
Además,
le
resultaría
sumamente
difícil
creer
que
el
acceso
a
Dios
estaba
abierto
a
todo
el
mundo.
Le
parecía
que

los
gentiles
no
podían
estar
en
la
misma
posición
que
los
judíos.
Así
es
que
Pablo
concluye
su
argumento
citando
dos
pasajes
del
Antiguo
Testamento
como
última
demostración.
Cita
en
primer
lugar
Isaías
28:16:
<
Nadie
que
crea
en
Él
será
defraudado.»
No
se
dice
nada
de
la
Ley;
todo
se
basa
en
la
fe.
Y
en
segundo
lugar
cita

Joel
2:32;
«Todo
el
que
invoque
el
Nombre
del
Señor
se
salvará.»
No
hay
limitación
aquí;
la
promesa
es
para
todos;
por
tanto
no
hay
diferencia
entre
judíos
y
gentiles.

En
esencia,
este
pasaje
es
una
apelación
a
los
judíos
para
que
abandonen
el
camino
del
legalismo
y
acepten
el
de
la
Gracia.
Es
una
apelación
para
que

reconozcan
que
su
celo
está
descarriado,
y
para
que
presten
atención
a
los
profetas
que
declararon
hace
mucho
tiempo
que
la
fe
es
el
único
camino
de
acceso
a
Dios,
y
que
está
abierto
a
todo
el
mundo.

EL
FINAL
DE
LAS
EXCUSAS

Romanos
10:14-21

Pero,
¿cómo
van
a
invocar
a
Uno
en
Quien

no
han
creído?
¿Y cómo
van
a
creer
en
Uno
del
Que
ni
siquiera
han
oído
hablar?
¿Y
cómo
van
a
oír
si
no
hay
nadie
que
les
proclame
las
Buenas
Nuevas?
¿Y
cómo
va
a
proclamar
nadie
las
Buenas
Nuevas
a
menos
que
Dios
le
envíe?
Pero
todo
esto
es
exactamente
lo
que
ha
sucedido,
como
está
escrito:
«¿Cuán
hermosos

son
los
pies
de
los
que
traen
buenas
noticias
de
cosas
buenas!»
Pero
no
todos
han
hecho
caso
de
la
Buena
Nueva.
Eso
es
verdad,
porque
Isaías
dice:
«Señor,
¿quién
ha
creído
lo
que
ha
oído
de
nosotros?»
Así
que
la
fe
viene
por
el
oír,
y
el
oír
viene
de
la
Palabra
que
viene
de
Cristo
y
que
habla

de
Él.
Pero,
suponed
que
yo
todavía
digo:
«¿Será
que
todavía
no
han
oído?»
¡Claro
que
han
oído!
«La
voz
de
ellos
ha
salido
por
toda
la
Tierra,
y
sus
palabras
han
llegado
hasta
el
fin
del
mundo
habitado.
»
Bien;
entonces,
suponed
que
digo:
«¿Será
que
Israel
no
lo
ha
entendido?»
Primero,
Moisés
dice:
«Os
haré
tener
celos
de

una
nación
que
no
es
nación.
Haré
que
os
dé
rabia
de
una
nación
que
no
tiene
entendimiento.»

Y
más
adelante
se
atreve
a
decir
Isaías:
«Me
encontraron
los
que
no
Me
buscaban.
Me
manifesté
a
los
que
no
preguntaban
por
Mí.

»
Y,
en
cuanto
a
Israel,
dice:
«Me
paso
todo
el
día
con
los
brazos
abiertos, invitando
a
un

pueblo
que
es
desobediente
y
opuesto.
»

Todos
los
intérpretes
están
de
acuerdo
en
que
éste
es
uno
de
los
pasajes
más
difíciles
y
oscuros
en
la
Carta
a
los
Romanos.
Nos
produce
la
impresión
de
que
lo
que
tenemos
aquí
no
es
una
exposición
completa
sino
un
resumen.
Tiene
un
estilo
telegráfico.
Puede
ser
que
sean
las

notas
de
una
predicación
que
Pablo
tenía
costumbre
de
dirigir
a
los
judíos
para
convencerlos
de
su
error.

En
reglas
generales
se
podría
presentar
así:
En
el
pasaje
anterior
Pablo
ha
dicho
que
el
acceso
a
Dios
no
depende
de
las
obras
ni
del
legalismo,
sino
de
la
fe
y
la
confianza.
La
objeción
es:
<
Pero,
¿qué

pasa
si
los
judíos
nunca
lo
han
oído?>
Pablo
se
ocupa
ahora
de
esa
objeción
de
varias
maneras,
reforzando
su
argumento
con
citas
de
la
Escritura.
Vamos
a
tomar
ahora
las
objeciones
y
los
textos
bíblicos
que
las
contestan
uno
a
uno.

(i)
La
primera
objeción
es:
<
Nadie
puede
invocar
a
Dios
a
menos
que
crea
en

El.
Ni
tampoco
creer
en
Él
a
menos
que
haya
oído
hablar
de
Él.
Ni
tampoco
oír
nada
acerca
de
El
si
no
hay
quien
le
anuncie
la
Buena
Nueva.
Y
nadie
puede
pregonar
la
Buena
Nueva
a
menos
que
Dios
le
envíe.»
Pablo
resuelve
esa
objeción
citando
Isaías
52:7.
En
ese
pasaje
el
profeta
expresa
la
bienvenida
que
se

les
da
a
los
que
traen
buenas
noticias
de
cosas
buenas;
así
es
que
la
primera
respuesta
de
Pablo
es:
<
No
puedes
decir
que
no
ha
habido
mensajeros;
porque
Isaías
los
describe
en
este
pasaje,
e
Isaías
vivió
hace
mucho
tiempo.»
(ii)
La
segunda
objeción
es:
«Pero,
el
hecho
es
que
Israel
no
hizo
caso
de
la
Buena
Noticia,

aunque
tu
argumento
fuera
cierto.
¿Qué
dices
tú
a
eso?>
Y
Pablo
contesta:
<
Era
normal
esperar
que
Israel
no
creyera,
porque
hace
mucho
tiempo
Isaías
se
sintió
movido
a
decir
desesperadamente:
«Señor,
¿quién
ha
creído
lo
que
hemos
oído?»
(Isaías
53:1).
Es
verdad
que
Israel
no
aceptó
la
Buena
Noticia
de
Dios,
y
al
rechazarla
repetieron
su
historia.
(iii)

La
tercera
objección
es
una
nueva
formulación
de
la
primera:
«Pero,
¿qué
si
yo
insisto
en
que
nunca
tuvieron
oportunidad
de
oír?»
Esta
vez
Pablo
cita
el
Salmo
19:4:
«
La
voz
de
ellos
ha
recorrido
toda
la
Tierra,
y
sus
palabras
han
llegado
al
fin
del
mundo»;
lo
cual
es
tanto
como
decir:
«No
puedes
decir
que
Israel
nunca

tuvo
oportunidad
de
oír,
porque
la
Escritura
dice
claramente
que
el
mensaje
de
Dios
ha
llegado
a
todo
el
mundo.»

(iv)

La
cuarta
objeción
es:

«Pero,
¿qué
si
Israel
no
se
enteró?»

Aparentemente

quería
decir:

«¿Qué
si
el
mensaje
era
tan
difícil
de
entender

que,
aunque
Israel
lo
oyó,
no
pudo
entender

su
significado?»

Aquí
es
donde
el
pasaje
se

hace
verdaderamente
difícil.
Pablo
responde:
<
Israel
puede
que
no
se
enterara;
pero
los
gentiles
sí:
comprendieron
perfectamente
el
sentido
del
ofrecimiento
cuando
les
llegó,
aunque
no
lo
buscaban

ni
esperaban.»
Para
probarlo,
Pablo
cita
dos
pasajes.
Uno
es
de
Deuteronomio
65:1,
en
el
que
Dios
dice
que,
por
la
desobediencia
Y
rebeldía
de
Israel,
transferirá
Su
favor
a
otro
pueblo,
e
Israel
se
verá
en
la
situación
de
tener
celos
de
una
gente
que
no
son
ni
siquiera
nación.
Y
el
segundo
pasaje
es
de
Isaías
65:1,

donde
Dios
dice
que,
inexplicablemente,
Le
ha
encontrado
un
pueblo
que
ni
siquiera
Le
estaba
buscando.

Por
último,
Pablo
insiste
en
que,
a
lo
largo
de
toda
su
historia,
Dios
ha
estado
apelando
a
Israel
con
Sus
brazos
extendidos,
e
Israel
siempre
ha
sido
desobediente
y
perverso.

Un
pasaje
así
puede
resultarnos
extraño
y
poco
convinciente;

y
puede
parecernos
que
Pablo
cita
algunos
de
los
textos
fuera
de
contexto
y
con
un
sentido
que
no
era
el
original.
Sin
embargo
tenemos
que
reconocer
que
esa
era
la
manera
característica
de
los
rabinos,
de
los
cuales
Pablo
había
sido
uno;
y
que
resultaría
totalmente
aceptable
y
convinciente
para
sus
objetores
judíos.
Lo
que
no
se
puede
negar

es
que
hay
algo
en
este
pasaje
que
es
de
permanente
valor.
Fluye
por
él
la
convicción
de
que
hay
ciertas
clases
de
ignorancia
que
no
se
pueden
excusar.

(i)
Existe
una
ignorancia
que
viene
del
desprecio
del
conocimiento.
Hay
una
máxima
legal
que
dice
que
la
ignorancia
genuina
puede
ser
una
defensa;
pero
el
no
darle
ninguna

importancia
al
conocimiento,
no.
No
se
le
puede
echar
en
cara
a
una
persona
el
que
no
sepa
lo
que
no
tuvo
oportunidad
de
aprender;
pero
sí
el
no
saber
por
haber
desaprovechado
las
oportunidades
que
se
le
brindaron.
Por
ejemplo:
si
una
persona
firma
un
contrato
sin
haber
leído
las
condiciones,
no
puede
luego
quejarse
de
que
sean
distintas

de
las
que
se
imaginó.
Si
dejamos
de
prepararnos
adecuadamente
para
una
tarea
cuando
se
nos
han
dado
todas
las
facilidades,
no
tenemos
disculpa.
Uno
es
responsable
por
no
saber
lo
que
podía
y
debía
haber
sabido.

(ii)
Hay
una
ignorancia
que
viene
de
una
falta
de
visión
voluntaria.
Los
seres
humanos
tenemos
una
capacidad
ilimitada
y
fatal

para
cerrarnos
a
lo
que
no
queremos
saber.
«No
hay
peor
sordo
que
el
que
no
quiere
oír.»
Puede
que
sepamos
que
cierto
hábito,
o
indulgencia,
o
negligencia,
o
amistad,
o
relación,
va
a
traernos
consecuencias
desastrosas;
pero
muchas
veces
nos
negamos
a
reconocerlo
y
obrar
en
consecuencia.
El
hacernos
los
sordos
puede
que
sea
una
virtud
en
algunos
casos;

pero
en
otros
es
la
mayor
estupidez.
(iii)
Hay
una
ignorancia
que
es
en
esencia
pura
falsedad.
Lo
que
ignoramos
o
dudamos
es
menos
de
lo
que
a
veces
pretendemos.
Son
pocas
las
veces
que
tenemos
derecho
a
decir:
«
No
sabía
que
esto
iba
a
acabar
así.»
Dios
nos
ha
dado
la
conciencia
y
la
dirección
del
Espíritu
Santo;

Y
muchas
veces
alegamos
ignorancia
cuando,
si
fuéramos
honrados,
tendríamos
que
reconocer
que,
en
nuestro
fuero
interno,
sabíamos
la
verdad.
Hay
algo
más
que
queda
por
decir
sobre
este
pasaje.
En
el
argumento,
hasta
donde
hemos
llegado,
se
presenta
una
paradoja.
En
toda
esta
sección
Pablo
ha
estado
insistiendo
en
la
responsabilidad
personal
de
los
judíos.
Tenían
que
haber
sabido

lo
que
hacían;
no
les
faltaron
oportunidades;
pero
rechazaron
la
llamada
de
Dios.
Ahora
empezaba
el
argumento
diciendo
que
todo
es
cosa
de
Dios,
y
que
los
hombres
no
somos
más
que
como
la
arcilla
en
manos
del
alfarero.
Ha
puesto
las
cosas
de
dos
maneras:
todo
es
cosa
de
Dios,
y
todo
es
responsabilidad
humana.
Pablo
no
intenta
resolver

el
dilema;
y
el
hecho
es
que
no
tiene
solución:
es
el
dilema
de
la
experiencia
humana.
Sabemos
que
Dios
está
en
todo;
Y,
sin
embargo,
al
mismo
tiempo,
sabemos
que
tenemos
libertad
para
aceptar
o
rechazar
lo
que
Dios
nos
ofrece.
Es
la
paradoja
de
la
situación
humana
que
Dios
está
en
control
de
todo
y
que
la
voluntad

humana
es
libre.

CON CALLOS EN EL CORAZÓN

Romanos 11:1-12

Entonces
se
podría
preguntar:
<
¿Es
que
Dios
ha
repudiado
a
Su
pueblo?>
¡De
ninguna
manera!
Yo
también
soy
israelita,
descendiente
de
Abraham,
de
la
tribu
de
Benjamín.
Dios
no
ha
repudiado
al
pueblo
al
que
señaló
para
Su
plan
desde
tiempo
antiguo.
¿No
sabéis
lo
que
dice
la

Escritura
en
el
pasaje
acerca
de
Elías?
Acordaos
de
lo
que
le
dijo
a
Dios
quejándose
de
Israel:
«Señor,
han
matado
a
Tus
profetas;
han
derribado
Tus
altares, y
ahora
van
a
por
mí, que
soy
el
único
que
quedo.»
¿Ycuál
fue
la
respuesta
que
se
le
dio?
«Me
he
reservado
a
siete
mil
hombres
que
no
han
doblado
la
rodilla
a

Baal.
»
Así
que,
también
en
el
tiempo
presente,
hay
un
remanente
escogido
por
la
Gracia
de
Dios.
Y
al
decir
que
fueron
escogidos
por
Gracia,
está
claro
que
su
relación
con
Dios
no
dependía
de
las
obras
de
ellos;
porque
si
así
hubiera
sido,
eso
ya
no
sería
Gracia.
Entonces,
¿qué
pasa?
Israel
no
ha
conseguido
lo
que
buscaba;

pero
el
remanente
escogido,
sí,
mientras
que
el
resto
han
llegado
a
un
estado
tan
torpe
e
insensible
de
corazón
que
no
pueden
ver.
Como
está
escrito:
«Dios
les
ha
dado
un
espíritu
de
letargo
-ojos
que
no
ven,
oídos
que
no
oyen-hasta
el
día
de
hoy.
>
Y
David
dice:
«Que
la
mesa
se
les
convierta
en
una
red,

o
en
una
trampa,
o
un
tropezadero;
algo,
en
fin,
que
sirva
para
ajustarles
las
cuentas,
de
tal
manera
que
se
les
encorve
la
espalda
para
siempre.»
Así
es
que
yo
digo:
«¿Es
que
han
tropezado
para
caer
definitivamente?»
¡De
ninguna
manera!
Lejos
de
eso,
gracias
a
su
caída
se
les
ha
ofrecido
la
Salvación
a
los
gentiles
como
un

regalo
de
Dios,
para
hacer
que
los
judíos
les
tengan
celos.
Si
su
caída
ha
traído
sanidad
al
mundo, y
su
fracaso
ha
producido
la
riqueza
de
los
gentiles,
¡cuánta
mayor

•
bendición
vendrá
al
mundo
cuando
ellos
entren, y
se

complete
todo
el
proceso
de
Salvación!

Lo
anterior
suscitaba
una
pregunta
que
un
judío
tendría
que
hacer:
«¿Quiere
decir
esto
que
Dios
ha
repudiado
a
su
pueblo?»
Y
esa
era
una
pregunta
que
el
corazón
de
Pablo
no
podía
soportar;
después
de
todo,
él
también
pertenecía
a
ese
pueblo.
Así
es
que
recuerda
una
idea
que
recorre

buena
parte
del
Antiguo
Testamento.
El
profeta
Elías
se
encontraba
en
cierta
ocasión
totalmente
desesperado
(1
Reyes
19:10-18).
Había
llegado
a
la
conclusión
de
que
era
el
único
israelita
que
perma-
necía
fiel
a
Dios.
Pero
Dios
le
dijo
que
todavía
quedaban
siete
mil
que
no
habían
doblado
la
rodilla
a
Baal.
Así
se
presentó
en
el
pensamiento
judío
la

idea
del
Remanente.

Los
profetas
empezaron
a
darse
cuenta
de
que
nunca
había
habido
un
tiempo,
ni
lo
habría,
en
el
que
toda
la
nación
fuera
fiel
a
Dios;
sin
embargo,
siempre
había
habido
un
remanente
que
no
había
olvidado
su
lealtad
ni
falseado
su
fe.
Un
profeta
tras
otro
empezaron
a
verlo
claro.
Amós
(9:8-10)
creía
que

Dios
estaba
cribando
al
pueblo
como
trigo
para
que
quedara
sólo
lo
bueno.
Miqueas
(2:12;
5:3)
tuvo
una
visión
de
Dios
reuniendo
el
remanente
de
Israel.
Sofonías
(3:12s)
tuvo
la
misma
idea.
Jeremías
previó
que
el
remanente
sería
reunido
de
todos
los
países
por
los
que
se
había
desperdigado
(Jeremías
23:3).
Ezequiel,
el
individualista,
estaba
convencido
de
que
el
hombre

no
podía
salvarse
por
una
justicia
nacional
heredada;
los
justos
salvarían
sus
almas
por
su
propia
justicia
(Ezequiel
14:14,
20,
22).
Esta
idea
dominó
de
una
manera
especial
el
pensamiento
de
Isaías,
que
llamó
a
su
hijo
Shear-Yashub,
que
quiere
decir
un
resto
volverá,
es
decir,
La
Salvación
del
Re-
manente.
Una
y
otra
vez
vuelve
a
la
idea
del

resto
fiel
al
que
Dios
salvará
(Isaías
7:3;
8:2,
18;
9:12;
6:9-13).

Aquí
está
amaneciendo
una
tremenda
verdad.
Como
lo
expresó
un
gran
pensador,
«Ninguna
iglesia
o
nación
se
salvará
en

masse.
>
La
idea
de
un
Pueblo
Escogido
hace
agua
por
esta
misma
razón.
La
relación
con
Dios
es
algo
personal
e
individual.
Cada
uno

tiene
que
darle
a
Dios
su
corazón
y
rendirle
su
vida.
Dios
no
llama
a
la
masa;
tiene
«Su
entrada
secreta
a
cada
corazón»,
como
dijo
alguien.
Una
persona
no
se
salva
por
pertenecer
a
una
nación
o
familia,
o
por
medio
de
una
justicia
y
salvación
que
ha
heredado
de
sus
antepasados;
se
salva
porque
ha
decidido
personalmente
entrar

en
relación
con
Dios.
No
se
trata
ya
de
toda
una
nación
que
es
Pueblo
de
Dios
en
bloque,
sino
de
ese
remanente
que
está
formado
por
hombres
y
mujeres
individuales
que
Le
han
dado
a
Dios
el
corazón.

El
argumento
de
Pablo
es
que
la
nación
judía
no
ha
sido
rechazada,
sino
que
los
verdaderamente
judíos
no

son
la
nación
en
su
totalidad
sino
el
remanente
fiel.

Para
confirmar
su
idea
reúne
el
pensamiento
de
varios
pasajes
del
Antiguo
Testamento
(Deuteronomio
29:4;
Isaías
6:9s;
29:10).
Cita
el
Salmo
69:22s:
«Que
su
mesa
se
les
vuelva
una
red.»
La
idea
es
que
hay
gente
sentada
cómodamente
en
un
banquete;
y
su
misma
actitud
de
seguridad
se

convierte
en
su
ruina.
Están
tan
confiados
en
su
falsa
tranquilidad
que
el
enemigo
se
les
puede
echar
encima
y
pillarlos
desprevenidos.
Así
estaban
los
judíos:
tan
confiados,
tan
satisfechos,
tan
convencidos
de
que
eran
el
Pueblo
Escogido,
que
esa
misma
convicción
se
había
convertido
en
su
ruina.
Llegaría
el
día
cuando
ya
no
podrían
ver
en
absoluto,
y
andarían

palpando
con
la
espalda
encorvada
como
ciegos
o
como
personas
sumidas
en
la
más
densa
oscuridad.
El
versículo
7
dice
correctamente
en
la
versión
Reina-Valera:
«
...
los
demás
fueron
endurecidos.»
El
verbo
griego
es
pórun.
El
nombre
pórósis
nos
acercará
al
sentido:
es
un
término
médico
que
quiere
decir
callo.
Se
usaba
en
cirugía
para
designar
la
formación
ósea

alrededor
de
una
fractura
que
ayuda
a
la
cicatrización.

Cuando
se
forma
un
callo
en
alguna
parte
del
cuerpo,
ésta
pierde
sensibilidad.

La
mente
de
la
masa
del
pueblo
se
ha
vuelto
insensible:
ya
no
puede
oír
ni
sentir
la
llamada
de
Dios.

Esto
le
puede
suceder
a
cualquier
persona:
si
persiste
en
no
hacer
caso
a
la

llamada
de
Dios,
acabará
por
hacerse
insensible.

Si
sigue
pecando,
al
final
llegará
a
dejar
de
percibir
el
horror
del
pecado
Y
el
atractivo
de
la
bondad.
Si
uno
vive
mucho
tiempo
en
condiciones
miserables,
se
llega
a
acostumbrar.
Lo
mismo
que
en
los
pies
o
en
las
manos,
nos
pueden
salir
callos
en
el
corazón.
Eso
es

lo
que
le
había
pasado
a
la
masa
del
pueblo
de
Israel.
¡Que
Dios
nos
libre
de
tal
condición!

Pero
Pablo
tiene
más
que
decir.
Esa
situación
es
trágica,
pero
Dios
ha
sacado
de
ella
un
bien:
la
insensibilidad
de
Israel
le
ha
abierto
la
puerta
de
la
Salvación
a
los
gentiles.
Como
Israel
no
quiso
el
mensaje

del
Evangelio,
pasó
a
comunicársele
a
un
pueblo
que
estaba
dispuesto
a
recibirlo.
El
rechazamiento
de
Israel
ha
enriquecido
al
mundo.

Y
de
ahí
pasa
Pablo
a
presentar
el
sueño
que
está
detrás
de
todo
esto.
Si
el
rechazo
de
Israel
ha
enriquecido
al
mundo
al
abrirle
la
puerta
a
los
gentiles,
¡cuál
no
será
la
riqueza
al

final
del
día,
cuando
se
cumpla
plenamente
el
plan
de
Dios
e
Israel
también
entre
en
la
bendición
de
Dios!

Así
que,
al
final,
después
de
la
tragedia
viene
la
esperanza.
Israel
se
ha
hecho
insensible,
«
el
pueblo
escogido»
tiene
el
corazón
hecho
un
puro
callo;
los
gentiles
entraron
por
la
puerta
de
la
fe
y
la

confianza
en
el
amor
de
Dios;
pero
llegará
el
día
en
que
el
amor
de
Dios
actuará
como
un
disolvente
hasta
en
el
corazón
encallecido,
y
se
encontrarán
incluidos
los
judíos
y
los
gentiles.
Pablo
está
convencido
de
que,
a
fin
de
cuentas,
nada
podrá
resistir
al
amor
de
Dios.

EL
ACEBUQUE
-PRIVILEGIO
Y
ADVERTENCIA

Romanos
11:13-24

Ahora
me
dirijo
a
vosotros,
gentiles.
Ya
sabéis
que,
en
cuanto
apóstol
de
los
gentiles,
le
doy
a
mi
ministerio
la
importancia
que
tiene
porque
quiero,
de
alguna
manera,
encontrar
la
forma
de
mover
a
mi
propia
raza
a
que
tenga
envidia
de
los
gentiles, para
así
salvar
a
algunos
de
ellos.
Porque,
si
el
hecho

de
que
fueran
repudiados
ha
tenido
como
resultado
la
reconciliación
del
mundo
con
Dios,
¿cuál
será
el
de
su
plena
incorporación?
¡Algo
así
como
si
la
vida
surgiera
de
la
muerte!
Si
la
primera
parte
de
la
masa
se
consagra
a
Dios,
queda
consagrada
toda
la
masa;
si
la
raíz
se
consagra
a
Dios,
las
ramas
quedan
consagradas.
Si
algunas

de
las
ramas
han
sido
desgajadas,
y
si
tú,
que
eras
acebuche,
has
sido
injertado
entre
ellas
y
has
llegado
a
participar
de
la
riqueza
de
la
raíz,
no
se
te
ocurra
mirar
a
las
ramas
desgajadas
por
encima
del
hombro
con
orgullo.
Si
te
asalta
la
tentación
de
pensarlo,
acuérdate
de
que
no
eres
tú
el
que
sostienes
a

la
raíz,
sino
la
raíz
a
ti.
Tú
dirás:
«Las
ramas
fueron
desgajadas
para
que
yo
fuera
injertado.»
Tienes
razón.
Fueron
desgajadas
por
su
falta
de
fe;
Y
tú
te
mantienes
por
la
fe.
No
te
pongas
orgullosamente,
despectivamente, sino
mantente
en
una
actitud
de
temor
reverente;
porque, si
Dios
no
se
lo
pasó
a
las
ramas, que
eran
parte
natural
del
árbol, tampoco

te
lo
pasará
a
ti.
Así
que, considera
la
amabilidad
y
la
severidad
de
Dios.
Sobre
los
que
cayeron
recayó
la
severidad, y
sobre
ti
la
amabilidad;
pero
sólo
si
te
mantienes
en
esa
amabilidad,
porque,
si
no,
tú
también
serás
desgajado;
y
ellos,
las
ramas
originales,
si
no
se
empecinan
en
la
incredulidad,
serán
injertados;
porque
Dios
puede
injertarlos
otra
vez.

Porque,
si
tú
fuiste
cortado
de
un
olivo
que
era
en
realidad
un
acebuche,
Y,
contra
lo
que
se
hace
naturalmente,
fuiste
injertado
en
el
olivo
cultivado,
¡cuánto
más
podrán
ser
injertadas
las
ramas
originales
en
el
olivo
al
que
perteneían!

Hasta
ahora
Pablo
ha
estado
hablando
a
los
judíos;
pero
aquí
se
dirige
a
los
gentiles.
Es

el
apóstol
de
los
gentiles,
pero
no
se
puede
olvidar
de
su
propio
pueblo.
De
hecho,
llega
a
decir
que
una
de
sus
metas
principales
es
hacer
que
los
judíos
tengan
envidia
cuando
vean
lo
que
el
Evangelio
ha
hecho
por
los

gentiles.
Una
de
las
maneras
más
seguras
de
hacer
que
la
gente
desee
el
Evangelio
es

hacerle
ver
en
la
vida
real
lo
que
puede
hacer
por
una
persona.

Una
vez
había
un
soldado
que
había
sido
herido
en
una
batalla.
El
capellán
se
arrastró
hasta
el
lugar
e
hizo
todo
lo
que
pudo
por
él.
Se
quedó
haciéndole
compañía
cuando
se
retiró
el
resto
de
la
tropa.
En
el
ardor
del
día
le

dio
agua
de
su
cantimplora,
mientras
él
mismo
se
abrasaba
de
sed.
Por
la
noche,
cuando
descendía
el
relente
frío,
le
cubría
con
su
propia
ropa.
Al
final,
el
herido
miró
al
capellán
y
le
dijo:
«Padre,
¿es
usted
cristiano?»
«Lo
procuro»
-le
contestó
el
capellán.
«
Entonces
-siguió
diciendo
el
herido-,
si
el
Cristianismo
le
hace
hacer
a
uno

por
los
demás
lo
que
usted
está
haciendo
por
mí,
dígame
lo
que
es
eso,
porque
yo
lo
quiero.»
El
Cristianismo
en
acción
le
hizo
sentir
envidia
de
una
fe
que
podía
producir
una
vida
así.

Pablo
esperaba,
pedía
y
anhelaba
que
algún
día
los
judíos
vieran
lo
que
el
Evangelio
había
hecho
por
los
gentiles
y
llegaran

a
desearlo.

Para
Pablo
el
mundo
sería
un
paraíso
si
los
judíos
entraran
en
la
Salvación.
Si
el
rechazamiento
de
los
judíos
había
logrado
tanto;
si,
por
medio
de
él,
el
mundo
gentil
se
había
reconciliado
con
Dios,
¡qué
gloria
superlativa
sería
cuando
los
judíos
en-
traran
otra
vez!
Si
la
tragedia
del
rechazamiento
había
tenido
unos
resultados

tan
maravillosos,
¿cómo
sería
el
final
feliz
cuando
la
tragedia
del
rechazamiento
se
cambiara
en
la
gloria
de
la
aceptación?
Pablo
dice
simplemente
que
sería
como
una
resurrección.

Seguidamente
Pablo
usa
dos
alegorías
para
mostrar
que
los
judíos
no
pueden
ser
rechazados
definitivamente.
Todos
los
alimentos,
antes
de
comerse,
tenían
que
ofrecerse
a
Dios.
Así
la
Ley
establecía

(Números
15:19s)
que,
si
se
preparaba
la
masa
para
hacer
pan,
la
primera
torta
se
tenía
que
ofrecer
a
Dios;
una
vez
hecho
eso,
toda
la
masa
quedaba
consagrada.
No
hacía
falta,
digamos,
ofrecerle
a
Dios
todo
el
amasijo;
el
ofrecimiento
de
la
primera
porción
santificaba
el
todo.
Era
costumbre
plantar
árboles
sagrados
en
lugares
consagrados
a
Dios.
Entonces,
cuando

se
plantaba
el
pimpollo,
se
consagraba
a
Dios,
y
todas
las
ramas
que
diera
después
estaban
consagradas.

Lo
que
Pablo
deduce
de
este
principio
es
que
se
da
por
sentado
que
los
patriarcas
fueron
consagrados
a
Dios;
tenían
costumbre
de
oír
la
voz
de
Dios
y
de
obedecer
a
Su
palabra;
habían
sido
elegidos
y
consagrados
a
Dios

de
una
manera
especial.
De
ellos
procedió
toda
la
nación
de
Israel;
y
lo
mismo
que
sucedió
con
la
primera
torta
de
la
masa,
que
se
consagraba
para
que
toda
aquella
hornada
quedara
consagrada,
y
con
los
pimpollos,
para
que
todo
el
árbol
fuera
consagrado,
la
consagración
especial
de
los
fundadores
hacia
a
la
nación
de
Israel
consagrada
a
Dios

de
una
manera
especial.
La
verdad
que
se
nos
quiere
hacer
comprender
es
que
el
remanente
de
Israel
derivaba
su
fidelidad
de
los
antepasados.
Cada
uno
de
nosotros
vive
de
alguna
manera
del
capital
del
pasado.
No
somos
los
primeros,
ni
el
producto
de
nuestro
propio
esfuerzo.
Somos
lo
que
nos
han
hecho
nuestros
padres
y
antepasados
piadosos;
Y,
aunque

nos
apartemos
y
seamos
infieles
a
nuestra
herencia,
no
podemos
desligarnos
del
todo
de
la
bondad
y
fidelidad
que
nos
hizo
lo
que
somos.

Pablo
pasa
a
hacer
otra
larga
analogía.
Más
de
una
vez
los
profetas
habían
comparado
la
nación
de
Israel
con
el
olivo
de
Dios.
Eso
era
natural,
porque
el
olivo
era
el
árbol
más

corriente
y
útil
en
los
países
del
Mediterráneo.
«Olivo
verde,
hermoso
en

su
fruto
y
en
su
parecer,
llamó
el
Señor
tu
nombre»
(Jeremías
11:16).
«
Se
extenderán
sus
ramas,
y
será
su
gloria
como
la
del
olivo»
(Oseas
14:6).
Ahora
Pablo
compara
a
los
gentiles
con
las
ramas
de
un
acebuche
que
han
sido
injertadas
en
el
olivo
cultivado
que
era
Israel.
Desde
el
punto
de
vista
de
la
horticultura

eso
no
se
haría
nunca.
Por
eso
Pablo
dice
«contra
lo
que
se
hace
naturalmente»
(versículo
24).
Lo
natural
sería
injertar
una
rama
de
olivo
cultivado
en
el
silvestre
para
que
diera
buen
fruto.
Pero
lo
que
Pablo
nos
quiere
decir
está
muy
claro:
los
gentiles
habían
estado
en
los
montes
entre
otros

árboles
silvestres,
y
ahora,
por

obra
de
la
Gracia
de
Dios,
estaban
injertados
en
el
buen
olivo
del
huerto
de
Dios,
participando
de
su
riqueza
y
fertilidad.
De
esta
alegoría
Pablo
saca
dos
lecciones:

(i)
La
primera
es
una
palabra
de
advertencia.
Habría
sido
posible
que
los
gentiles
adoptaran
una
actitud
de
desprecio.
¿No
era
verdad
que
los
judíos
habían
sido
rechazados
para

que
ellos
entraran?
En
un
tiempo
en
el
que
los
judíos
eran
despreciados
por
todo
el
mundo,
tal
actitud
habría
sido
de
esperar.
La
advertencia
de
Pablo
nos
sigue
siendo
necesaria
a
nosotros.
En
efecto,
dice
que
no
habría
habido
tal
cosa
como
el
Cristianismo
si
no
hubiera
existido
primero
el
pueblo
de
Israel.
Sería
una
desgracia
que
la
Iglesia

Cristiana
olvidara
su
deuda
para
con
la
raíz
de
la
que
brotó.
Tiene
una
deuda
que
no
podrá
pagar
nunca
más
que
llevando
el
Evangelio
a
los
judíos.
Así
que
Pablo
advierte
a
los
gentiles
contra
el
peligro
del
desprecio.
Severamente,
dice
que
si
las
ramas
naturales
fueron
desgajadas
por
su
infidelidad,
más
fácilmente
les
puede
pasar
lo
mismo
a

las
ramas
injertadas.
(ii)
La
segunda
parte
es
una
palabra
de
esperanza.
Los
gentiles
han
experimentado
la
bondad
de
Dios;
Y
los
judíos,
Su
severidad.
Si
los
gentiles
permanecen
fieles,
seguirán
disfrutando
de
la
bondad
de
Dios;
pero,
si
los
judíos
abandonan
su
incredulidad
y
entran
en
la
fe,
serán
injertados;
porque,
dice
Pablo,
si
fue
posible
que
el
acebuche

fuera
injertado
en
el
olivo
cultivado,
mucho
más
será
posible
que
las
propias
ramas
del
olivo
cultivado
sean
injertadas
de
nuevo
en
su
árbol
original.
De
nuevo
vemos
que
Pablo
sigue
esperando
el
final
feliz,
cuando
los
judíos
se
conviertan
a
Cristo.
Mucho
de
este
pasaje
es
difícil
de
entender,
aunque
las
analogías
mediterráneas
no
podemos
decir
que
nos
suenen

remotas;
pero
una
cosa
queda
más
clara
que
el
agua:
la
relación
que
existe
entre
el
judaísmo
y
el
Cristianismo,
entre
lo
antiguo
y
lo
nuevo,
el
Antiguo
Testamento
y
el
Nuevo.
Aquí
está
la
respuesta
a
los
que
quieren
prescindir
del
Antiguo
Testamento
como
si
fuera
un
libro
exclusivamente
judío
y
sin
nada
que
ver
con
el
Cristianismo.
Eso

es
tan
estúpido
como
desembarazarnos
de
una
patada
de
la
escalera
por
la
que
hemos
subido
adonde
nos
encontramos.
Sería
estúpido
de
la
rama
el
desgajarse
del
tronco
que
la
sostiene.
Israel
es
la
raíz
de
la
que
crece
la
Iglesia
Cristiana.
La
consumación
vendrá
solamente
cuando
el
olivo
silvestre
y
el
cultivado
sean
uno
solo
y
el
mismo,
y

cuando
no
queden
ramas
sin
injertar
en
el
árbol
padre.

PARA
QUE
TODO
SEA
POR
GRACIA

Romanos 11:25-32

Hermanos,
quiero
que
captéis
este
secreto
que
sólo
pueden
comprender
los
que
conocen
a
Dios;
porque
no
quiero
que
presumáis
de
vuestra
sabiduría.
Quiero
que
entendáis
que
el
endurecimiento
que
le
ha
sobrevenido
a
Israel
es
solamente
parcial,

Y
durará
sólo
hasta
que
el
número
completo
de
los
gentiles
haya
entrado.

Y
entonces,
por
fin,
todo
Israel
se
salvará,
como
está
escrito:

«Un
Salvador
saldrá
de
Sión,

Y
eliminará
toda
clase
de
impiedad
de
Jacob.
Este
es
el
cumplimiento

del
pacto
que
Yo
hago
con
ellos
cuando
quite
de
en
medio
sus
pecados.»

Por
lo
que
se
refiere

al
Evangelio,
son
enemigos
de
Dios,
pero
eso
es
para
vuestro
bien.
Pero
en
lo
que
se
refiere
a
la
elección,
son
amados
de
Dios
por
amor
a
los
patriarcas,
porque
los
dones
gratuitos
y
el
llamamiento
de
Dios
no
se
anulan
nunca.
En
un
tiempo
vosotros
desobedecíais
a
Dios;
pero
ahora
habéis
encontrado
Su
misericordia
gracias
a
la
desobediencia

de
ellos;
y
de
la
misma
manera,
los
judíos
ahora
han
desobedecido,
para
estar
en
condiciones
para
entrar
en
la
misma
misericordia
que
vosotros
habéis
encontrado
ahora.
Porque
Dios
ha
confinado
a
todos
los
seres
humanos
en
una
situación
de
desobediencia,
¡para
tener
misericordia
de
todos!

Pablo
está
llegando
al
final
de
su
argumento.
Se
ha
enfrentado
con

una
situación
desconcertante
Y,
para
un
judío,
descorazonadora.
Tenía
que
encontrar
una
explicación
al
hecho
de
que
el
pueblo
escogido
de
Dios
rechazara
al
Hijo
de
Dios
cuando
vino
al
mundo.
Pablo
no
cerró
los
ojos
al
trágico
suceso,
sino
encontró
la
forma
en
que
toda
la
trágica
situación
podía
encajar
en
el
plan
de
Dios.
Es
verdad
que

los
judíos
rechazaron
al
Mesías;
pero,
como
Pablo
lo
veía,
ese
rechazamiento
sucedió
para
que
Cristo
pudiera
ser
ofrecido
a
los
gentiles.
Pablo
insiste
en
la
responsabilidad
personal
de
los
judíos
por
no
haber
aceptado
el
ofrecimiento
de
Dios.
Mantiene
al
mismo
tiempo
la
soberanía
divina
y
la
responsabilidad
humana.
Pero
entonces
suena
una
nota
de
esperanza.
Su
argumento
es

un
tanto
complicado,
y
resultará
más
fácil
si
tratamos
de
separar
las
diferentes
partes.

(i)
Pablo
estaba
seguro
de
que
este
endurecimiento
de
los
corazones
de
los
judíos
no
era
total
ni
permanente.
Había
de
cumplir
un
propósito,
y
una
vez
alcanzado,
la
situación
cambiaría.

(ii)
Pablo
expone
la
paradoja
del
lugar
de
los
judíos
en
el
plan
de
Dios.
A
fin
de
que
los
gentiles
pudieran
entrar
y
de
que
se
pudiera
cumplir
el
propósito
universal
del
Evangelio,
los
judíos
habían
llegado
a
una
situación
en
la
que
quedaban
como
enemigos
de
Dios.
La
palabra
que
Pablo
usa
es
efhroi.
Es
difícil
de

traducir
porque
tiene
al
mismo
tiempo
un
sentido
negativo
y
otro
positivo.
Puede
querer
decir
tanto
aborrecedor
como
aborrecido.
Puede
ser
que
en
este
pasaje
tenga
que
entenderse
en
los
dos
sentidos
a
la
vez.
Los
judíos
eran
hostiles
a
Dios
y
habían
rechazado
Su
ofrecimiento,
cayendo
por
ello
en
la
desaprobación
de
Dios.
Ese
era
el
hecho
presente;
pero

había
otro
hecho
en
relación
con
los
judíos
que
nada
podía
alterar:
eran
el
pueblo
escogido
de
Dios
Y
ocupaban
un
lugar
especial
en
Su
plan.
Independientemente
de
lo
que
hicieran,
Dios
no
podía
faltar
a
Su
Palabra.
Le
había
hecho
a
los
antepasados
de
aquel
pueblo
una
promesa
que
tenía
que
cumplirse.
Era
seguro
para
Pablo
por
tanto,
y

cita
Isaías
59:20s
como
confirmación,
que
el
que
Dios
rechazara
a
los
judíos
no
podía
tener
carácter
permanente;
ellos
también,
por
fin,
entrarían.
(iii)
Entonces
Pablo
tiene
una
idea
que
nos
puede
parecer
extraña:
<
Dios
ha
confinado
a
todos
los
seres
humanos
en
una
situación
de
desobediencia,
¡para
tener
misericordia
de
todos!»
La
única
cosa
que
Pablo
no
podía

concebir
era
que
nadie,
de
ninguna
nación,
pudiera
merecer
su
propia
Salvación.
Ahora
bien:
si
los
judíos
hubieran
observado
una
completa
obediencia
a
la
voluntad
de
Dios,
podrían
haber
considerado
que
se
habían
ganado
la
Salvación
de
Dios
como
un
derecho;
así
es
que
Pablo
dice
que
Dios
involucró
a
los
judíos
en
desobediencia
para
que,
cuando
viniera
Su
Salvación,

pudiera
ser
inconfundiblemente
un
acto
de
Su
misericordia
Y
no
el
resultado
del
mérito
humano.
Ni
los
judíos
ni
los
gentiles
podían
salvarse
nada
más
que
por
la
misericordia
de
Dios.
En
muchos
sentidos
nos
puede
parecer
extraño
el
argumento
de
Pablo;
pero
el
argumento
no
es
irrelevante,
porque
detrás
de
él
se
encuentra
nada
menos
que
una
filosofía
de

la
Historia.
Para
Pablo,
Dios
está
en
control.
Nada
va
a
la
deriva.
Ni
siquiera
el
acontecimiento
más
descorazonador
puede
estar
fuera
del
propósito
de
Dios.
Nada
sucede
a
tontas
y
a
locas.
El
propósito
de
Dios
no
se
puede
frustrar.

Se
dice
que
una
vez
estaba
un
niño
a
la
ventana
en
una
noche
terrible
de
tormenta.

<
A
Dios
-dijo-tienen
que
habérsele
desbocado
los
vientos.»
Para
Pablo
eso
no
podía
suceder
jamás.
Nada
estaba
nunca
fuera
del
control
de
Dios.

Pablo
habría
añadido
a
ésta
otra
tremenda
convicción.
Habría
insistido
en
que
en
todo
y
por
medio
de
todo
el
propósito
de
Dios
es
de
Salvación
y
no
de
destrucción.
Puede
que
Pablo
hubiera

llegado
a
decir
que
Dios
ordenaba
las
cosas
para
salvar
a
los
hombres
aunque
fuera
contra
voluntad
de
ellos.
En
última
instancia
no
es
la
ira
de
Dios
la
que
persigue
a
los
hombres
sino
el
amor
de
Dios.

La
situación
de
Israel
era
exactamente
la
que
Francis
Thompson
describe
de
manera
tan
conmovedora
en
The
Hound
of

Heaven
-El
Mastín
celestial:

Huí
de
Él
atravesando
las
noches
Y
los
días,
Le
huí
bajo
los
arcos
de
los
años;
Le
huí
por
los
caminos
laberínticos
de
mi
mente;
Y
en
la
niebla
de
lágrimas
me
escondí
de
Él,
Y
en
risa
galopante.

Pero
en
caza
sin
prisa,
con
paso
imperturbable,
con
ritmo
calculado
e

instancia
mayestática,
los
pies
batían
-y
una
voz
latía
más
insistente
que
los
pies-.
-Todas
las
cosas
te
traicionan,
porque
me
traicionas
a
Mí.

Y
entonces
llega
el
momento
de
la
derrota
del
fugitivo:

¡Desnudo
espero
el
inminente
golpe
de
Tu
amor!
Has
arrancado
una
tras
otra
las
piezas
de
mi
arnés,
y
me
has
hecho

caer
de
rodillas,
abatido,
totalmente
indefenso.»

Y
entonces
llega
el
fin:

Junto
a
mí
se
detienen
las
pisadas;
¿Es
que
es
mi
sombra
sólo
la
de
Tu
mano
en
gesto
de
caricia?
-¡Ah
simple,
ciego
Y
débil,
¡Yo
soy
el
Que
tú
buscas!
¡Te
alejás
del
amor
al
huir
de
Mí!

Esa
era
exactamente

la
situación
de
los
judíos.
Se
encontraron
luchando
contra
Dios,
resistiéndole;
Y
aún
lo
siguen
haciendo.
Pero
el
amor
de
Dios
los
sigue
persiguiendo.
Aunque
a
veces
Romanos
9-11
nos
dé
otra
impresión,
en
el
último
análisis
es
la
historia
de
una
todavía
inacabada
persecución
de
amor.
No
es
la
única.

EL
GRITO
DE
UN
CORAZÓN
ADORADOR

Romanos
11:33-36

¡Qué
insondables
son
las
riquezas
y
la
sabiduría
y
el
conocimiento
de
Dios!
¡Cómo
trascienden
Sus
decisiones
la
capacidad
de
la
inteligencia
humana!
¡Cuán
misteriosos
son
Sus
métodos!
Porque,
¿quién
ha
alcanzado
jamás
a
conocer
la
mente
del
Señor?
¿O
quién
puede
pretender
ser
Su
consejero?
¿Quién
Le
ha
dado
a
Dios
nada
que
Le

pueda

reclamar?
i
Todas
las
cosas
proceden
de
Él, y
existen
gracias
a
El,
Y
tienen
en
Él
su
meta!
Por
tanto,
ja
El
sea
siempre
la
gloria!
Amén.

Este
es
el
pasaje
más
característico
del
apóstol
Pablo.
Aquí
la
teología
se
hace
poesía.
Aquí
se
pasa
de
la
investigación
de
la
mente
a
la
adoración
del
corazón.
Como

conclusión,
todo
debe
quedar
como
un
misterio
que
el
hombre
no
puede
comprender
ahora,
pero
cuyo
secreto
es
el
amor.
Si
uno
puede
decir
que
todas
las
cosas
proceden
de
Dios,
que
todas
las
cosas
tienen
su
ser
por
Él
Y
que
todas
las
cosas
conducen
a
Él,
¿para
qué
decir
más?
Hay
una
cierta
paradoja
en
la
situación
humana.

Dios
le
ha
dado
al
hombre
una
mente,
y
el
hombre
está
obligado
a
usarla
para
pensar
las
cosas
hasta
donde
pueda
alcanzar
su
pensamiento.
Pero
es
igualmente
cierto
que
a
veces
se
llega
al
límite
y
a
uno
no
le
queda
más
que
aceptar
y
adorar.

Es
pobre
ahora
mi
cantar;
mas
cuando
en
gloria
esté
y

allí
Te
pueda
contemplar,
mejor
Te
alabaré.

Pablo
se
había
enfrentado
con
un
problema
descorazonador
con
todas
las
fuerzas
de
su
extraordinaria
inteligencia.

No
dice
que
lo
ha
resuelto
como
uno
podría
resolver
un
problema
de
matemáticas;
pero
dice
que,
después
de
intentarlo
lo
mejor
posible,
está
contento
con
dejárselo
todo
al
poder
y
al
amor

de
Dios.
Muchas
veces
en
la
vida
no
nos
queda
más
que
decirle
a
Dios:
«Con
mi
mente
no
lo
puedo
comprender,
pero
con
todo
mi
corazón
confío
en
Tu
amor.
¡Hágase
Tu
voluntad!»

EL
CULTO
VERDADERO
Y
EL
CAMBIO
ESENCIAL

Romanos
12:1, 2

Hermanos,
os
ruego
por
las
misericordias
de
Dios
que
Le
presentéis

vuestro
cuerpo
como
un
sacrificio
vivo
y
santo
que
le
sea
agradable;
porque
esta
es
la
única
clase
de
culto
que
es
verdaderamente
espiritual.
Y
que
no
amoldéis
vuestra
vida
alas
caprichosas
modas
de
este
mundo;
sino
transformaos
independientemente
de
él;
es
decir,
por
medio
de
la
renovación
de
vuestra
mentalidad,
hasta
que
experimentéis
una
verdadera
transformación
en
la
misma

esencia
de
vuestro
ser;
para
que, en
vuestra
propia
vida, comprobéis
que
la
voluntad
de
Dios
es
buena, y
agradable, y
perfecta.

Aquí
tenemos
a
Pablo
siguiendo
su
esquema
habitual
de
escribir
a
sus
amigos:
siempre
termina
sus
cartas
con
consejos
prácticos.
Su
mente
se
zambulle
en
el
infinito,
pero
nunca
se
pierde
en
él;
siempre
termina
con
los
pies
firmemente
plantados

en
la
tierra.
Puede
debatirse
con
los
problemas
más
profundos
de
la
teología;
pero
siempre
acaba
con
las
demandas
éticas
que
gobiernan
la
vida
de
todo
el
mundo.

«Presentadle
a
Dios
vuestro
cuerpo»
-dice.
No
hay
exigencia
más
característicamente
cristiana.
Ya
hemos
visto
que
eso
es
lo
que
nunca
diría
un
griego.
Para
él,
lo
que
importaba
era

el
espíritu;
el
cuerpo
no
era
más
que
una
prisión,
algo
despreciable
y
vergonzoso.
Pero
el
cristiano
sabe
que
su
cuerpo
pertenece
a
Dios
tanto
como
su
alma,
y
que
puede
servir
a
Dios
tanto
con
su
cuerpo
como
con
su
mente
o
su
espíritu.

El
cuerpo
es
el
templo
del
Espíritu
Santo
y
el
instrumento
con
el

que
hace
Su
obra.
Después
de
todo,
el
gran
hecho
de
la
Encarnación
quiere
decir
básicamente
que
Dios
no
desdeñó
asumir
un
cuerpo
humano,
vivir
en
él
y
obrar
por
medio
de
él.
Tomad
el
caso
de
una
iglesia
o
catedral:
se
construye
para
dar
culto
a
Dios;
pero
tiene
que
diseñarla
la
mente
de
un
arquitecto;
tienen
que
construirla

obreros
y
artesanos,
y
sólo
entonces
llega
a
ser
un
templo
en
el
que
la
gente
se
reúne
para
dar
culto
a
Dios.
Es
un
producto
de
la
mente
y
del
cuerpo
y
del
espíritu
del
hombre.

Dice
Pablo:
«Tomad
todas
las
tareas
que
tenéis
que
hacer
todos
los
días:
el
trabajo
ordinario
de
la
tienda,
la
fábrica,

los
astilleros,
la
mina...
Y
ofrecédsele
a
Dios
como
un
acto
de
culto.»
La
palabra
del
versículo
1
que
hemos
traducido
por
culto
con
la
versión
Reina-Valera
tiene
una
historia
interesante.
Es
latreía,
el
nombre
correspondiente
al
verbo
latréuein.
En
su
origen,
latréuein
quería
decir
trabajar
por
la
paga
o
el
sueldo.
Era
la
palabra
que
se
usaba
para
un

trabajador
que
daba
su
tiempo
y
esfuerzo
a
un
contratista
a
cambio
de
un
salario.
No
era
el
trabajo
de
un
esclavo,
sino
una
actividad
voluntaria.
De
ahí
pasó
a
significar
servir
en
general;
pero
también
aquello
a
lo
que
una
persona
dedica
toda
su
vida.
Por
ejemplo:
de
un
artista
se
decía
que
estaba
latréuein
kallei,
que
quiere
decir

dedicar
la
vida
al
servicio
de
la
belleza.
En
ese
sentido
ya
se
acercaba
al
de
dedicarse
o
dedicar
la
vida.
Por
último,
llegó
a
ser
la
palabra
característica
del
servicio
de
los
dioses.
En
la
Biblia
siempre
se
refiere
al
servicio
y
al
culto
a
Dios.

Aquí
tenemos
un
hecho
muy
significativo:
el
verdadero
culto
es
ofrecerle

a
Dios
nuestro
cuerpo
y
todo
lo
que
hacemos
con
él
todos
los
días.
El
verdadero
culto
a
Dios
no
es
ofrecerle
una
liturgia,
por
muy
noble
que
sea,
o
un
ritual,
ni
siquiera
el
más
solemne.
El
verdadero
culto
es
ofrecerle
a
Dios
nuestra
vida
cotidiana;
no
algo
que
hay
que
hacer
en
la
iglesia,
sino
algo
que

ve
todo
el
mundo,
porque
somos
el
templo
del
Dios
vivo.
Uno
puede
que
diga:
«Voy
a
la
iglesia
a
dar
culto
a
Dios»;
pero
debería
también
decir:
«Voy
a
la
fábrica,
la
tienda,
la
oficina,
la
escuela,
el
garaje,
la
mina,
el
astillero,
el
campo,
el

jardín
o
la
cocina,
a
dar
culto
a
Dios.»
Esto

no
quiere
decir
precisamente
estar
cantando
himnos
o
pensando
en
Dios
o
<
dando
testimonio»
mientras
se
trabaja,
lo
cual
tal
vez
nos
restaría
concentración
en
lo
que
estamos
haciendo;
sino
hacer
lo
que
se
espera
de
nosotros
lo
mejor
posible,
como
si
fuera
-¡como
que
es!-para
la
gloria
de
Dios.

Esto,
sigue
diciendo
Pablo,
exige
un
cambio

radical.
No
debemos
adoptar
las
formas
del
mundo;
sino
transformarnos,
es
decir,
adquirir
una
nueva
manera
de
vivir.
Para
expresar
esta
verdad
Pablo
usa
dos
palabras
griegas
casi
intraducibles,
que
requieren
frases
para
transmitir
su
sentido.
La
palabra
que
usa
para
amoldarnos
al
mundo
es
sysjématízhai,
de
la
raíz
sjéma
-de
donde
viene
la
palabra
española
y
casi
internacional
esquema-,

que
quiere
decir
forma
exterior
que
cambia
de
año
en
año
Y
casi
de
día
en
día.
El
sjéma
de
una
persona
no
es
el
mismo
cuando
tiene
17
años
que
cuando
tiene
70;
ni
cuando
sale
del
trabajo
que
cuando
está
de
fiesta.
Está
cambiando
constantemente.
Por
eso
dice
Pablo:
«
No
tratéis
de
estar
siempre
a
tono
con

todas
las
modas
de
este
mundo;
no
seáis
"camaleones",
tomando
siempre
el
color
del
ambiente.»

La
palabra
que
usa
para
transformaos
de
una
manera
distinta
a
la
del
mundo
es
metamorfústhai,
de
la
raíz
morfé,
que
quiere
decir
la
naturaleza
esencial
e
inalterable
de
algo.
Una
persona
no
tiene
el
mismo
sjéma
a
los
17
que
a
los

70
años,
pero
sí
la
misma
morfé;
con
el
mono
no
tiene
el
mismo
sjéma
que
vestido
de
ceremonia,
pero
tiene
la
misma
morfé;
cambia
su
aspecto
exterior,
pero
sigue
siendo
la
misma
persona.
Así,
dice
Pablo,
para
dar
culto
y
servir
a
Dios
tenemos
que
experimentar
un
cambio,
no
de
aspecto,
sino
de
personalidad.
¿En
qué
consiste
ese
cambio?

Pablo
diría
que,
por
nosotros
mismos,
vivimos
kata
sarka,
dominados
por
la
naturaleza
humana
en
su
nivel
más
bajo;
en
Cristo
vivimos
kata
Jriston
o
kata
Pneuma,
bajo
el
control
de
Cristo
o
del
Espíritu.
El
cristiano
es
una
persona
que
ha
cambiado
en
su
esencia:
ahora
vive,
no
una
vida
egocéntrica,
sino
Cristocéntrica.

Esto
debe
ocurrir,
dice

Pablo,
por
la
renovación
de
la
men-
talidad.
La
palabra
que
usa
para
renovación
es
anakainósis.
En
griego
hay
dos
palabras
para
nuevo:
neós
Y
kainós.
Neós
se
refiere
al
tiempo,
Y
kainós
al
carácter
Y
la
naturaleza.
Un
lápiz
recién
fabricado
es
neós;
pero
una
persona
que
era
antes
peca-
dora
Y
ahora
está
llegando
a
ser
santa
es

kainós.
Cuando
Cristo
entra
en
la
vida
de
un
hombre,
éste
es
un
nuevo
hombre;
tiene
una
mentalidad
diferente,
porque
tiene
la
mente
de
Cristo.

Cuando
Cristo
llega
a
ser
el
centro
de
nuestra
vida
es
cuando
podemos
presentarle
a
Dios
el
culto
verdadero,
que
consiste
en
ofrecerle
cada
momento
y
cada
acción.

UNO
PARA
TODOS

Y
TODOS
PARA
UNO

Romanos 12:3-8

Por
la
gracia
que
se
me
ha
concedido
os
digo
a
cada
uno
de
vosotros
que
no
tenga
una
actitud
orgullosa
por
encima
de
como
debe
ser,
sino
encaminada
a
la
sabiduría,
y
de
acuerdo
con
la
medida
de
la
fe
que
Dios
le
ha
dado
a
cada
uno
de
vosotros.
Así

como
tenemos
muchos
miembros
en
el
cuerpo,
pero
no
todos
tienen
la
misma
función,
así
los
cristianos,
aunque
somos
muchos,
formamos
un
cuerpo
en
Cristo
Y
somos
miembros
los
unos
de
los
otros.
Puesto
que
tenemos
diferentes
dones,
según
la
gracia
que
se
nos
ha
dado
a
cada
uno,
usémoslos
en
el
servicio
mutuo.
Si
hemos
recibido
el
don
de

profecía,
profeticemos
de
acuerdo
con
la
proporción
de
la
fe
que
hemos
recibido.
Si
hemos
recibido
el
don
del
servicio
práctico, usémoslo
en
el
servicio.
Si
nuestro
don
es
la
enseñanza, enseñemos.
Si
está
en
la
exhortación, usémoslo
para
exhortar.
Si
somos
llamados
para
compartir,
hagámoslo
con
sencilla
amabilidad.
Si
somos
llamados
para
dirigir,
hagámoslo
con
celo.
Si
se
presenta
la
ocasión
de

mostrar
misericordia, hagámoslo
con
simpática
alegría.

Uno
de
los
pensamientos
favoritos
de
Pablo
acerca
de
la
Iglesia
Cristiana
es
que
es
como
un
cuerpo
(cp.
1
Corintios
12:12-27).
Los
miembros
del
cuerpo
no
discuten,
ni
se
envidian,
ni
se
pelean
unos
con
otros.
Cada
parte
del
cuerpo
realiza
sus
funciones,
ya
sean
prominentes
o
humildes.
Pablo
estaba
convencido
de

que
así
debería
suceder
en
la
Iglesia
Cristiana.
Cada
miembro
tiene
una
tarea;
y
es
sólo
cuando
todos
cumplen
con
su
función
como
es
debido
cuando
el
cuerpo
de
la
Iglesia
funciona
como
Dios
manda.

En
este
pasaje
encontramos
reglas
para
la
vida
común.

(i)
Lo
primero
de
todo
es
concernos
a
nosotros
mismos.
Uno
de

los
principios
básicos
de
los
sabios
griegos
era:
«Conócete
a
ti
mismo.»
No
llegaremos
muy
lejos
en
nada
hasta
que
sepamos
lo
que
podemos
Y
lo
que
no
podemos
hacer.
El
tener
clara
nuestra
capacidad,
sin
presunción
ni
falsa
modestia,
es
una
de
las
primeras
cosas
esenciales
para
una
vida
útil.
(ii)
Segundo,
nos
anima
a
aceptarnos
a
nosotros
mismos

Y
a
usar
los
talentos
que
Dios
nos
ha
confiado.
No
tenemos
que
envidiar
los
que
tengan
otros
ni
lamentar
no
tenerlos
nosotros.
Tenemos
que
aceptarnos
tal
como
somos
Y
usar
el
don
que
tengamos.
Puede
que
el
resultado
sea
que
descubramos
y
tengamos
que
aceptar
el
hecho
de
que
nuestro
servicio
ha
de
ser
humilde
Y
poco
apreciado.
Una

de
las
creencias
básicas
importantes
de
los
estoicos
era
que
hay
una
chispa
divina
en
todas
las

vidas.
Los
escépticos
se
reían
de
esa
doctrina.
«¿Que
Dios
está
en
los
gusanos?
-preguntaban
los
escépticos-.
¿Dios
en
los
abejorros?»
A
lo
que
respondían
los
estoicos:
«¿Por
qué
no?
¿Es
que
no
pueden
esas
criaturas
servir
a
Dios?
¿Es
que
hay
que
ser
general
para
ser
un
buen
soldado?
¿No
puede
el
soldado
raso
pelear
bien
y
dar

la
vida
por
la
patria?
Feliz
el
que
sirve
a
Dios
Y
cumple
su
misión
tan
fielmente
como
un
gusano.»

La
continuidad
de
la
vida
del
universo
depende
de
las
criaturas
más
humildes.
Pablo
está
diciendo
aquí
que
uno
tiene
que
empezar
por
aceptarse
a
sí
mismo;
Y
aunque
encuentre
que
la
contribución
que
puede
ofrecer
no
se

va
a
ver,
ni
va
a
recibir
alabanza
ni
prominencia,
debe
hacerla
con
la
seguridad
de
que
es
importante,
y
que
sin
ella
el
mundo
y
la
iglesia
quedarían
privados
de
algo.

(iii)
Tercero:
Pablo
está
diciendo
realmente
que
todos
los
dones
vienen
de
Dios.
Llama
a
los
dones
jarísmata.
En
el
Nuevo
Testamento,
járisma
es
algo
que

Dios
le
da
a
una
persona
que
no
habría
podido
adquirir
por
sí
misma.
De
hecho,
así
es
la
vida.
Uno
puede
pasarse
la
vida
practicando,
y
nunca
tocará
el
violín
como
Yehudi
Menuhin.
Este
tiene
más
que
práctica;
tiene
un
extra,
un
járisma,
un
don
de
Dios.
Puede
que
uno
se
afane
toda
la
vida,
y
no
consiga
manejar

como
quisiera
la
madera,
o
el
vidrio,
o
los
metales;
Y
sin
embargo
otro
les
puede
dar
forma
con
tal
facilidad
que
parece
que
la
herramienta
que
usa
es
parte
de
su
cuerpo;
tiene
algo
especial,
el
járisma,
que
es
un
don
de
Dios.
Una
persona
puede
estar
practicando
día
tras
día
para
hablar
en
público,
Y
no
consigue
adquirir

ese
algo
mágico
que
mueve
a
una
audiencia
o
a
una
congregación;
otro
no
hace
más
que
aparecer
en
la
tarima
o
asomarse
al
púlpito,
y
ya
tiene
a
la
gente
pendiente
de
sus
labios;
tiene
ese
járisma,
o
don
de
Dios.
Uno
se
pasará
la
vida
intentando
expresar
sus
pensamientos
por
medio
de
la
palabra
escrita
sin
conseguirlo,
mientras

otro
no
tiene
más
que
ponerse
a
escribir,
y
las
páginas
le
salen
perfectas
y
como
sin
esfuerzo;
el
segundo
tiene
el
járisma,
que
es
un
don
de
Dios.

Cada
uno
tiene
su
propio
járisma.
Puede
que
sea
escribir,
o
predicar,
o
construir
casas,
o
plantar
semillas,
o
tocar
el
piano,
o
cantar
canciones,
o
enseñar
a
los

niños,
o
jugar
al
fútbol
o
a
lo
que
sea.
Es
un
extra
que
Dios
le
ha
dado.

(iv)
Cuarto:
sea
el
que
sea
el
don
que
uno
tenga,
debe
usarlo,
no
para
su
prestigio
personal,
sino
porque
está
convencido
de
que
es
tanto
su
deber
como
su
privilegio
el
hacer
su
contribución
al
bien
común.
La
parábola

de
los
talentos
nos
advierte,
además,
que
es
peligroso
defraudar
a
Dios
en
el
uso
de
sus
dones.
Y
pobre
de
la
iglesia
que
no
tiene
interés
en
descubrir
los
dones
y
en
dar
ocasión
de
practicarlos
al
que
los
tiene.
Se
empobrece
a
sí
misma
y
al
mundo.
Veamos
ahora
los
dones
que
Pablo
especifica
aquí.

'
(i)
El

don
de
profecía.
Rara
vez
se
menciona
en
el
Nuevo

Testamento
con
el
sentido
de
predecir
el
futuro;
más

corrientemente
quiere
decir
proclamar
la
Palabra
de
Dios.
En

1
Corintios
14:3
se
nos
dice
que
el
que
profetiza
habla
para

edificar,
exhortar
y
consolar.
El
profeta
anuncia
el
mensaje
del

Evangelio
con
la
autoridad
del
que
sabe
lo
que
dice.
Para

anunciar
a
Cristo
a
los
demás
uno
tiene
que
conocerle
primero

por
sí
mismo.
«Lo
que
necesita
esta
parroquia
-decía
el

padre
de
Carlyle-es
un
hombre
que
conozca
a
Cristo
más

que
de
segunda
mano.»
Eso
es
lo
que
necesitan
todas

las

iglesias.

(ii)

El
don
del
servicio
práctico
(diakonía).
Es
significativo
que
Pablo
coloque
el
servicio
práctico
entre
los
primeros
dones
de
la
lista.
Puede
que
uno
no
tenga
nunca
la
oportunidad
de
subirse
a
un
púlpito
para
proclamar
a
Cristo;
pero
no
hay
nadie
que
no
tenga
oportunidades
todos
los
días
de
mostrar
el
amor

de
Cristo
en
obras
de
servicio
a
sus
semejantes.

(iii)

El
don
de
enseñar.

No
basta
con
proclamar
el
mensaje
de
Cristo;
también
hay
que
explicarlo.

Es
muy
posible
que
uno
de
los
fallos
de
las
iglesias
en
el
tiempo
presente
esté
precisamente
ahí.

La
exhortación

y
la
invitación
sin
una
enseñanza
sólida
son
insuficientes

y
a
veces
hasta
inútiles.

(iv)
El
don
de
la
exhortación.
La
exhortación
debe
tener
una
nota
dominante,
que
es
dar
ánimo.
Hay
una
regla
en
la
marina
que
es
que
ningún
oficial
debe
desanimar
a
otro
en
el
cumplimiento
de
su
deber.
Hay
una
clase
de
exhortación
que
desalienta.
La
verdadera
exhortación
tiene
por
objeto,
no
suspender
al
oyente
sobre
las
llamas
del
infierno,

sino
animarle
a
disfrutar
plenamente
de
la
vida
en
Cristo.
(v)
Está
el
compartir.
Pablo
dice
que
hay
que
hacerlo
con
una
simpática
amabilidad.
La
palabra
que
usa
Pablo
es
haplotés,
que
es
difícil
de
traducir
porque
incluye
la
sencillez
y
la
generosidad.
Un
gran
comentario
cita
un
pasaje
del
Testamento
de
Isacar
que
ilustra
perfectamente
el
significado
de
esta

palabra:
<
Y
mi
padre
me
bendijo,
viendo
que
yo
me
conducía
con
sencillez
(haplotés).
Yo
no
era
entremetido
en
mis
acciones,
ni
malintencionado
ni
envidioso
con
mi
prójimo;
no
hablaba
mal
de
nadie
ni
atacaba
la
vida
de
nadie,
sino
miraba
a
la
gente
con
sinceridad
(literalmente:
con
haplotés
de
mi
ojo).
Proveía
de
las
cosas
buenas
de
la

tierra
a
los
pobres
y
afligidos
con
sencillez
(haplotés)
de
corazón.
Una
persona
sencilla
(haplús)
no
desea
oro,
ni
seduce
a
su

prójimo,
ni
se
preocupa
de
alimentos
delicados,
ni
anhela
ropas
diversas,
ni
se
promete
una
larga
vida,
sino
recibe
solamente
lo
que
Dios
quiere
para
él.
Se
conduce
rectamente
Y
considera
todo
con
sencillez
(haplotés).

Hay
una
clase
de
dar
que
fisgonea
las
circunstancias
de
la
persona,
que
suelta
un
rollo
al
dar
la
ayuda,
y
da

no
tanto
para
aliviar
la
necesidad
del
otro
como
para
regodearse
en
su
propia
vanidad
y
satisfacción;
que
da
por
un
molesto
sentido
del
deber
en
lugar
de
un
sentimiento
radiante
de
alegría;
que
da
siempre
con
una
segunda
intención
y
nunca
por
el
simple
placer
de
dar.
El
compartir
cristiano
es
con
haptotés, la
sencilla
amabilidad
que
se
deleita
en

el
simple
placer
de
dar,
sin
otra
razón.

(vi)
También
está
el
ser
llamado
a
ocupar
un
puesto
de
responsabilidad
o
de
dirección.
Pablo
dice
que,
si
somos
llamados,
debemos
hacerlo
con
celo.
Uno
de
los
problemas
más
difíciles
que
acechan
hoy
a
las
iglesias
es
encontrar
personas
responsables
para
todos
sus
departamentos.
Hay
cada
vez
menos
personas

con
sentido
de
servicio
y
de
responsabilidad,
deseosas
de
sacrificar
su
ocio
para
asumir
un
cargo
directivo.
En
muchos
casos
se
pretende
no
estar
preparado
ni
ser
digno,
cuando
la
verdad
es
que
no
se
está
dispuesto,
o
no
se
tiene
suficiente
interés.
Si
tal
puesto
directivo
se
asume,
dice
Pablo,
se
ha
de
cumplir
con
celo.
Hay
dos
maneras

en
las
que
un
anciano
de
la
iglesia
puede
dar
una
tarjeta
de
comuni3n
-para
mencionar
algo
que
se
hace
en
Escocia-:
puede
echarla
en
el
buz3n
o
entregarla
personalmente
al
hacer
una
visita.
Hay
dos
maneras
en
que
un
maestro
puede
preparar
una
lecci3n:
con
mente
y
coraz3n
entregados,
o
de
una
manera
rutinaria.
Una
persona
puede
cumplir
sus

deberes
en
la
iglesia
aburrida
Y
monótonamente,
o
con
la
alegría
Y
el
entusiasmo
que
da
el
celo.
Las
iglesias
necesitan
ahora
líderes
con
celo
en
el
corazón.
Hay
una
palabra
terrible
en
Jeremías
48:10:
<
Maldito
el
que
hiciere
indolentemente
la
obra
del
Señor.»

(vi;)
Hay
momentos
en
los
que
hay
que
mostrar
compasión.
Y
ha
de

hacerse
con
amable
simpatía,
dice
Pablo.
Se
puede
perdonar
de
una
forma
que
resulta
un
insulto.
Se
puede
perdonar
Y
al
mismo
tiempo
mostrar
crítica
Y
desprecio.
Si
alguna
vez
hemos
de
perdonar
a
un
pecador,
debemos
recordar
que
nosotros
también
somos
pecadores.
<
Ese
sería
yo,
si
no
fuera
por
la
gracia
de
Dios»
-dijo
George
Whitefield
cuando
vio

a
un
criminal
camino
de
la
horca.
Hay
una
manera
de
perdonar
que
empuja
al
ofensor
hacia
el
sumidero;
y
hay
otra
manera
que
saca
del
cieno.
El
verdadero
perdón
se
basa
en
el
amor
y
no
en
la
superioridad,
y
redime
y
no
humilla.

DIEZ
REGLAS
PARA
LA
VIDA
COTIDIANA

Romanos
12:9-13

Vuestro

amor
debe
ser
absolutamente
sincero.
Aborreced
lo
malo
Y
adheríos
a
lo
bueno.
Sed
afectuosos
en
vuestro
amor
a
los
hermanos.
Conceded
prioridad
a
los
demás
en
lo
que
reporta
honor.
No
seáis
perezosos
en
lo
que
requiere
celo.
Mantened
el
espíritu
al
rojo
vivo.
No
dejéis
escapar
las
oportunidades.
Regocijaos
en
la
esperanza.
Enfrentaos
con
la
tribulación
con
victoriosa

entereza.
Sed
constantes
en
la
oración.
Compartid
lo
que
tengáis
para
ayudar
en
sus
necesidades
a
los
que
están
consagrados
a
Dios.
Estad
dispuestos
a
ofrecer
hospitalidad.

Pablo
ofrece
a
sus
amigos
diez
reglas
telegráficas
para
la
v*da
ordinaria
y
cotidiana.
Vamos
a
considerarlas
una
a
una.
i

(i)
El
amor
debe
ser
absolutamente
sincero.
No

debe
tener
nada
de
hipocresía,
ni
de
apariencia,
ni
de
segundas
intenciones.

Hay
tal
cosa
como
un
amor
interesado
que
da
afecto
con
un
ojo

Y
mira
la
ganancia
con
el
otro.

Hay
tal
cosa
como
un
amor
egoísta
cuya
meta
es
recibir
más
de
lo
que
se
da.

El
amor
cristiano
está
limpio
de
egoísmo;
es
dar
el
corazón

antes
que
nada.
(ii)
Debemos
aborrecer
lo
malo
Y
adherirnos
a
lo
bueno.
Se
ha
dicho
que
nuestra
única
seguridad
frente
al
pecado
está
en
que
nos
repela.
Fue
Carlyle
el
que
dijo
que
lo
que
necesitamos
es
ver
la
infinita
belleza
de
la
santidad
y
la
infinita
fealdad
del
pecado.
Las
palabras
que
usa
Pablo
son
fuertes.
Se
ha

dicho
que
ninguna
virtud
es
fuerte
si
no
es
apasionada.
Una
persona
no
tiene
estabilidad
si
todo
lo
que
hace
es
evitar
prudentemente
el
mal
Y
calcular
su
adhesión
al
bien;
debe
odiar
el
mal
Y
amar
el
bien.
De
una
cosa
tenemos
que
estar
seguros:
lo
que
muchos
odian
no
es
el
mal,
sino
sus
consecuencias.
Nadie
es
realmente

bueno
si
lo
es
sólo
porque
teme
las
consecuencias
de
ser
malo.
El
camino
a
la
verdadera
bondad
no
es
temer
las
consecuencias
de
la
deshonra,
sino
amar
apasionadamente
la
honra.
(iii)
Debemos
ser
afectuosos
en
nuestro
amor
a
los
hermanos.
La
palabra
que
usa
Pablo
es
filostorgos,
y
storgué
es
la
palabra
griega
para
el
amor
de
la
familia.

Debemos
amarnos
porque
somos
de
la
familia.
No
somos
extraños
para
los
demás
de
la
iglesia,
ni
ellos
para
nosotros.
Y
mucho
menos
unidades
aisladas.
Somos
hermanos
y
hermanas
porque
tenemos
un
mismo
Padre,
Dios.
(iv)
Debemos
conceder
prioridad
a
los
demás
en
el
honor.
Más
de
la
mitad
de
los
problemas
que
surgen
en
las
iglesias
es
por
los

derechos
y
los
privilegios
y
los
prestigios.
A
alguien
no
se
le
ha
respetado
el
puesto;
se
ha
olvidado
a
alguien
o
no
se
le
han
dado
las
gracias.
La
señal
del
verdadero
cristiano
ha
sido
siempre
y
debe
ser
la
humildad.
Uno
de
los
hombres
más
humildes
fue

el
gran
santo
e
investigador
rector
Caims.
Alguien
ha
recordado
un
incidente
simpático
que
le
mostraba
tal
como
era.
Formaba
parte
del
equipo
que
presidía
una
gran
conferencia.
Cuando
él
salía
por
la
puerta,
en
la
reunión
pública

hubo
una
gran
explosión
de
aplausos.
Caims
se
puso
a
un
lado,
cedió
el
paso
al
siguiente
y
empezó

a
aplaudirle;
no
se
figuraba
que
el
aplauso
era
para
él.
No
es
fácil
ceder
a
otro
el
puesto
de
honor.
Hay
lo
bastante
del
hombre
natural
en
nosotros
como
para
querer
que
se
nos
ponga
por
delante;
pero
el
cristiano
no
tiene
derechos;
sólo
deberes.

(v)
No
debemos
ser
perezosos
en
lo
que
requiere
celo.
Hay
una

cierta
intensidad
en
la
vida
cristiana;
no
hay
lugar
para
el
letargo.
El
cristiano
no
puede
echarle
pachorra
a
las
cosas,
porque
el
mundo
es
siempre
un
campo
de
batalla
entre
el
bien
y
el
mal,
el
tiempo
es
corto
y
la
vida
es
una
preparación
para
la
eternidad.
El
cristiano
se
puede
consumir,
pero
no
oxidar.
(vi)
Debemos
mantener

el
espíritu
al
rojo
vivo.
El
único
al
que
el
Señor
Resucitado
no
podía
aguantar
era
el
que
no
era
ni
caliente
ni
frío
(Apocalipsis
3:1
Ss).
Ahora
la
gente
mira
con
sospecha
a
los
entusiastas;
el
grito
de
batalla
moderno
es:
«¡Me
importa
un
rábano!»
Pero
el
cristiano
lo
toma
desesperadamente
en
serio;
está
ardiendo
para
Cristo.
(vi;)
La

séptima
advertencia
de
Pablo
puede
querer
decir
una
de
dos
cosas.
Los
manuscritos
antiguos
oscilan
entre
dos
lecturas:
unos
ponen
«Servid
al
Señor»,
y
otros
«Servid
al
tiempo»,
es
decir,
«No
dejéis
escapar
las
oportunidades.»
La
razón
por
la
que
hay
estas
variantes
es
que
todos
los
antiguos
amanuenses
usaban
abreviaturas.
Una
de
las
más
corrientes
era
omitir
las
vocales

-como
se
hace
ahora
en
taquigrafía-y
colocar
una
tilde
sobre
las
restantes
letras.
Ahora
bien:
la
palabra
para
Señor
es
Kyrios,
y
la
de
tiempo
es
kairós;
así
es
que
las
dos
se
abreviaban
krs.
En
una
sección
tan
llena
de
consejos
prácticos
es
lo
más
probable
que
Pablo
estuviera
diciéndoles
a
sus
amigos:
«Aprovechad
las
oportunidades
que
se
os

presenten.»
La
vida
nos
ofrece
toda
clase
de
oportunidades
-de
aprender
algo
nuevo,
o
de
podar
algo
viejo
o
infructuoso;
de
dar
una
palabra
de
ánimo,
o
de
advertencia;
de
ayudar,
o
de
consolar.
Una
de
las
tragedias
de
la
vida
consiste
en
dejar
escapar
estas
oportunidades
que,
en
la
misma
forma,
no
se
nos
volverán
a
presentar.
Como
dice

un
refrán:
«Hay
tres
cosas
que
no
vuelven:
la
flecha
que
se
tira,
la
palabra
que
se
dice
y
la
oportunidad
que
se
pierde.»

(viij)
Tenemos
que
regocijarnos
en
la
esperanza.
Cuando
Alejandro
Magno
estaba
haciendo
los
planes
para
una
de
sus
campañas
en
Oriente,
estaba
repartiendo
toda
clase
de
regalos
entre
sus
amigos.
En
su
generosidad
ya

había
dado
casi
todas
sus
posesiones.
<
Señor
-le
dijo
uno
de
sus
amigos-,
no
te
va
a
quedar
nada.»
«¡
Sí!
-contestó
Alejandro-.
Me
quedarán
mis
esperanzas.»
El
cristiano
es
optimista
por
naturaleza.
Simplemente
porque
Dios
es
Dios,
el
cristiano
siempre
está
seguro
de
que
lo
mejor
está
por
venir.
No
le
va
aquello
del
poeta
de
que
«cualquiera

tiempo
pasado
fue
mejor.»
Como
sabe
que
la
Gracia
de
Dios
es
siempre
suficiente,
y
que
la
potencia
de
Dios
se
perfecciona
en
nuestras
debilidades,
el
cristiano
sabe
que
ninguna
tarea
le
vendrá
grande.
«
No
hay
situaciones
desesperadas
en
la
vida;
lo
que
hay
son
personas
que
han
perdido
la
esperanza.»
No
existe
tal
cosa
como
un
cristiano
desesperado

o
desesperanzado.

(ix)
Tenemos
que
enfrentarnos
con
la
tribulación
con
victoriosa
entereza.
Alguien
le
dijo
una
vez
a
un
hidalgo
sufridor:
«El
sufrimiento
le
da
color
a
la
vida,
¿verdad?»
A
lo
que
él
contestó:
«
Sí;
pero
yo
elijo
los
colores.»
Cuando
se
cernía
sobre
Beethoven
la
terrible
perspectiva,
ya
segura,
de
una
sordera
total,
dijo:
«Cogereé

a
la
vida
por
el
cuello.»
Cuando
Nabucodonosor
arrojó
a
los
tres
israelitas
al
«horno
de
fuego
ardiendo»,
se
maravilló
de
que
no
sufrieran
ningún
daño,
y
preguntó
si
no
habían
arrojado
a
tres
hombres
atados.
Cuando
le
dijeron
que
sí,
él
añadió:
«Pues
yo
veo
a
cuatro,
suelos,
andando
por
las
Vainas
tan
campantes;
y
el
Cuarto
tiene
el

aspecto
de
un
"hijo
de
los
dioses"»
(Daniel
3:24s).
El
cris-
tiano
se
puede
enfrentar
con
lo
que
sea,
siempre
que
sea
con
Jesús.

(x)
Hemos
de
ser
constantes
en
la
oración.
¿No
es
verdad
que
a
veces
en
la
vida
se
nos
pasan
los
días
y
hasta
las
semanas
sin
hablar
con
Dios?
Cuando
un
cristiano
deja

de
orar,
se
despoja
de
la
armadura
del
Todopoderoso.
No
hay
que
sorprenderse
de
que
la
vida
se
desmorone
cuando
nos
empeñamos
en
vivirla
solos.

(xi)
Hemos
de
compartir
lo
que
tenemos
para
ayudar
a
los
hermanos
necesitados.
En
un
mundo
consumista
que
no
piensa
más
que
en
conseguir,
el
cristiano
está
dispuesto
a
dar,
porque
sabe

que
<
perdemos
lo
que
retenemos
Y
tenemos
lo
que
damos.»
(xii)
El
cristiano
ha
de
estar
dispuesto
a
ofrecer
hospitalidad.
Una
Y
otra
vez
insiste
el
Nuevo
Testamento
en
este
deber
de
la
puerta
abierta
(Hebreos
13:2;
1
Timoteo
3:2;
Tito
1:8;
1
Pedro
4:9).
El
traductor
inglés
Tyndale
usaba
una
palabra
magnífica
cuando
ponía
aquí
que
el
cristiano

debe
tener
una
disposición
de
puerto.
Un
hogar
no
puede
ser
nunca
feliz
si
es
egoísta.
El
Cristianismo
es
la
religión
de
la
mano
abierta,
el
corazón
abierto
y
la
puerta
abierta.
EL
CRISTIANO
Y
SUS
SEMEJANTES

Romanos
12:14-21

Benedicid
a
los
que
os
persiguen;
benedicidlos
en
vez
de
maldecirlos.
Alegraos
con
los
que
están
alegres,

y
llorad
con
los
que
lloran.
Vivid
en
armonía
con
los
demás.
Guardaos
del
orgullo,
y
no
os
resistáis
a
asociaros
con
la
gente
sencilla.
No
os
creáis
más
sabios
que
nadie.
No
devolváis
mal
por
mal.
Procurad
que
vuestra
conducta
sea
tal
que
no
ofenda
a
nadie.
En
lo
que
dependa
de
vosotros,
vivid
en
paz
con
todo
el

mundo.
Queridos
hermanos:
No
tratéis
de
vengaros
de

nadie
por
vosotros
mismos;
dejad
que
sea
La
Ira
la
que
lo
haga
por
vosotros;
porque
está
escrito:
«La
venganza
me
corresponde
a
Mí;
Yo
retribuiré,
dice
el
Señor.
»
Así
que, si
tu
enemigo
tiene
hambre, dale
de
comer;
y
si
tiene
sed, dale
de
beber.
Al
hacer
eso
le
amontonas
brasas
sobre
la
cabeza.
No
te
dejes
vencer
por
el

mal, sino
vence
el
mal
con
el
bien.

Pablo
ofrece
una
serie
de
reglas
y
principios
para
governar
nuestras
relaciones
con
nuestros
semejantes.

(i)
El
cristiano
debe
arrostrar
la
persecución
orando
por
los
que
le
persiguen.
Hace
mucho
tiempo
Platón
había
dicho
que
una
buena
persona
prefiere
que
le
hagan
mal
antes
que
hacérselo
ella
a
los

demás;
y
odiar
siempre
es
malo.
Cuando
un
cristiano
es
insultado
o
maltratado,
tiene
el
ejemplo
de
su
Maestro,
que
pidió
el
perdón
de
los
que
le
estaban
crucificando.
Una
de
las
más
fuertes
fuerzas
de
atracción
al
Cristianismo
ha
sido
esta
serena
actitud
de
perdón
que
han
mostrado
los
mártires
de
todos
los
tiempos.
Esteban
murió
pidiéndole
a
Dios

que
perdonara
a
los
que
le
estaban
apedreando
(Hechos
7:60),
entre
los
cuales
había
un
joven
llamado
Saul,
que
después
sería
Pablo,
apóstol
de
los
gentiles
Y
siervo
de
Cristo.
No
cabe
duda
que
el
impacto
de
la
escena
de
la
muerte
de
Esteban
fue
una
de
las
claves
de
su
conversión.
Como
dijo
Agustín:
«
La
Iglesia
debe
Pablo

a
la
oración
de
Esteban.»
Muchos
perseguidores
han
llegado
a
ser
seguidores
de
la
fe
que
trataron
de
destruir
al
comprobar
cómo
perdonan
los
cristianos.

(ii)
Hemos
de
alegrarnos
con
los
que
están
alegres,
y
llorar
con
los
que
lloran.
Hay
pocos
lazos
tan
entrañables
como
el
del
dolor
compartido.
Cierta
escritor
nos
cuenta
lo
que
dijo
una

mujer
americana
de
color:
Una
señora
de
Carleston
conocía
a
la
criada
negra
de
una
vecina.

«
He
sentido
mucho
la
muerte
de
su
tía
Lucy
-le
dijo-.
Debe
de
echarla
usted
mucho
de
menos,
porque
eran
tan
amigas...»

«
Es
verdad
-contestó
la
criada-,
siento
mucho
que
se
haya
muerto.
Pero
no
éramos
amigas.»

«
¿Qué?
Yo
creía
que

sí
lo
eran.
Las
he
visto
a
ustedes
hablar
Y
reírse
juntas
muchas
veces.»
«
Sí,
es
verdad
-fue
su
respuesta-;nos
reíamos
Y
hablábamos
mucho,
pero
no
éramos
más
que
conocidas.
¿Sabe,
señorita
Ruth?
Nunca
lloramos
juntas.
Las
personas
tienen
que
llorar
juntas
para
ser
amigas.»
El
lazo
que
producen
las
lágrimas
une
más
que
nada
en
el
mundo.
Y

sin
embargo
es
más
fácil
llorar
con
los
que
lloran
que
alegrarse
con
los
que
están
alegres.
Hace
mucho,
Crisóstomo
escribió
sobre
este
pasaje:
«Requiere
más
talante
cristiano
alegrarse
con
los
que
están
alegres
que
llorar
con
los
que
lloran;
porque
esto
último
se
hace
perfectamente
por
naturaleza,
y
no
hay
nadie
tan
duro
de
corazón
que
no
llore
con

el
que
pasa
por
una
calamidad;
pero
lo
otro
requiere
un
alma
muy
noble,
que
no
sólo
está
libre
de
la
envidia,
sino
que
siente
placer
con
la
persona
que
es
estimada.»
Es
verdad
que
es
más
difícil
congratularse
con
el
éxito
ajeno,
especialmente
cuando
supone
una
desilusión
propia,
que
sentir
el
dolor
o
la
pérdida
de
otro.
Sólo
cuando

estamos
muertos
al
yo
podemos
regocijarnos
en
el
éxito
de
otro
como
si
fuera
nuestro.

(iii)
Hemos
de
vivir
en
armonía
con
los
demás.
Fue
Nelson
el
que,
después
de
una
de
sus
grandes
victorias,
dio
como
la
razón
de
ésta
en
su
informe:
«Tuve
la
dicha
de
mandar
a
una
compañía
de
hermanos.»
Eso
es
lo
que

debe
ser
una
iglesia
cristiana:
una
compañía
de
hermanos.
Leighton
escribió
una
vez:
«
La
forma
de
gobierno
eclesiástico
puede
ser
optativa;
pero
la
paz
y
la
concordia,
la
amabilidad
y
la
buena
voluntad
son
indispensables.»
Cuando
la
discordia
se
introduce
en
la
sociedad
cristiana,
se
pierde
la
esperanza
de
hacer
un
buen
trabajo.
(iv)
Hemos
de
guardarnos
del
orgullo

y
el
esnobismo.
Tenemos
que
recordar
siempre
que
el
parámetro
por
el
que
juzga
el
mundo
no
es
necesariamente
el
mismo
que
usa
Dios.
La
santidad
no
tiene
nada
que
ver
con
el
rango,
la
riqueza
o
el
nacimiento.
El
Dr.
James
Back
describe
una
escena
de
una
iglesia
cristiana
primitiva.
Se
ha
convertido
una
persona
importante,
y
viene
al

culto
por
primera
vez.
Entra
en
la
habitación
donde
se
está
celebrando.

El
que
dirige
el
culto
le
señala
un
lugar.

«
¿Se
quiere
sentar
ahí,
por
favor?»

-le
dice.

«No
me
puedo
sentar
ahí
-le

contesta
el
hombre
importante-, porque
eso

sería
sentarme
al
lado
de
mi
esclavo.»

«¿Quiere
usted
tener
la
bondad
de
sentarse
ahí?»

-le
vuelve
a
indicar

el
pastor.
«Pero
-replica
el
hombre-,
¿no
querrá
usted
que
me
siente
al
lado
de
mi
esclavo!»
«
¿Quiere
usted
sentarse
ahí?»
-le
dice
el
otro
por
tercera
vez.
Por
último
el
hombre
importante
cruza
la
habitación,
se
sienta
al
lado
de
su
esclavo
y
le
da
el
beso
de
paz.
Eso
es
lo
que
hacía
el
Cristianismo,
que
era

lo
único
que
lo
podía
hacer
en
el
Imperio
Romano.
La
iglesia
cristiana
era
el
único
lugar
en
el
que
se
sentaban
el
amo
y
el
esclavo
el
uno
al
lado
del
otro.
Sigue
siendo
el
único
sitio
en
el
que
todas
las
diferencias
humanas
han
desaparecido,
porque
Dios
no
hace
discriminación.
(v)
Hemos
de
procurar
que
nuestra
conducta
sea

tal
que
no
ofenda
a
nadie.
Pablo
insiste
en
que
la
conducta
cristiana
no
sólo
debe
ser
buena,
sino
parecerlo.
Hay
un
supuesto
«cristianismo»
intransigente
y
antipático;
pero
el
verdadero
Cristianismo
es
algo
que
da
gusto
ver.
(vi)
Hemos
de
vivir
en
paz
con
todo
el
mundo.
Pero
Pablo
añade
dos
condiciones: ' (a)
Dice
si
es
posible.
Puede
llegar
el
momento

en
que
las
exigencias
de
la
cortesía
tengan
que
ceder
el
paso
a
las
del
principio.

El
Cristianismo
no
es
una
pachorra
tolerante
que
lo
acepta
todo
con
los
ojos
cerrados.

Puede
que
haya
momentos
en
los
que
hay
que
librar
batallas,
y
el
cristiano
no
debe
evadirlas.

(b)
Dice
en
lo
que
dependa
de
vosotros.
Pablo
sabía
muy
bien

que
a
algunos
les
es
más
fácil
vivir
en
paz
que
a
otros.
Sabía
que
algunos
tienen
que
contenerse
más
en
una
hora
que
otros
en
toda
la
vida.
Haremos
bien
en
recordar
que
la
bondad
les
es
considerablemente
más
asequible
a
unos
que
a
otros.
Eso
nos
librará
de
la
crítica
y
del
desánimo.
(vi;)
Hemos
de
abstenernos
hasta

de
pensar
en
vengarnos.
Pablo
da
tres
razones:
(a)
La
venganza
no
nos
corresponde
a
nosotros,
sino
a
Dios.
En
última
instancia
ningún
ser
humano
tiene
derecho
a
juzgar
a
otro;
sólo
Dios
puede
hacerlo.
(b)
La

mejor
manera
de
ganarnos
a
una
persona
es
tratarla
con
amabilidad
en
lugar
de
vengarnos.
La
venganza
puede
quebrantar
su
espíritu;
pero
la
amabilidad
quebrantará
su
corazón.

«
Si
somos
amables
con
nuestros
enemigos
dice
Pablo-,
eso
amontonará
brasas
sobre
su
cabeza.»

Eso
no
quiere
decir
que
hará
que
le
caiga
encima
un
castigo
peor,
sino
que
les
hará

sentir
una
vergüenza
que
no
podrán
soportar,
y
que
los
obligará
a
cambiar.

(c)

El
rebajarnos
a
vengarnos
es
dejarnos
vencer
por
el
mal.

El
mal
nunca
se
puede
conquistar
con
el
mal.
Cuando
el
odio
se
encuentra
frente
al
odio,
se
crece;
pero
si
se
encuentra

con
el
amor,
se
desintegra.

Como
decía
Booker
Washington:

'
«No

voy
a
permitir
que
ninguna
persona
me
haga
rebajarme
a
odiarle.»
La
única
manera
de
dejar
de
tener
enemigos
es
hacernos
sus
amigos.

EL
CRISTIANO
Y
EL
ESTADO

Romanos
13:1-7

Que
cada
cual
preste
la
debida
obediencia
a
dos
que
están
en
puestos
de
autoridad,
porque
no
hay
autoridad
a
la
que
Dios
no

le
haya
asignado
su
esfera;
porque
ha
sido
Dios
Quien
ha
colocado
en
su
sitio
a
las
autoridades
que
existen.
Esto
quiere
decir
que
el
que
se
opone
a
una
autoridad
realmente
se
está
oponiendo
al
orden
de
cosas
que
Dios
ha
establecido.
Los
que
se
oponen
a
la
autoridad
se
acarrearán
un
merecido
castigo.
Porque,
el
que
vive
honradamente

no
es
el
que
tiene
que
tenerles
miedo
a
los
gobernantes, sino
el
que
hace
lo
que
no
debe.
¿Quieres
no
tener
que
temer
a
la
autoridad?
Pues
vive
como
es
debido,
y
las
autoridades
no
podrán
decir
de
ti
nada
más
que
cosas
buenas,
porque
los
que
están
al
servicio
de
Dios
están
para
tu
bien.
Si
haces
lo
que

no
debes,
entonces
sí
que
debes
tener
miedo;
porque
no
en
vano
tiene
poder
para
dictar
sentencia
de
muerte
el
que
está
en
autoridad,
ya
que
está
al
servicio
de
Dios,
y
su
misión
es
aplicar
ira
y
venganza
al
que
lleva
mala
vida.
Por
eso
es
por
lo
que
debes
someterte,
no
sólo
por
temor
a
la
ira, sino
por

causa
de
la
conciencia.

Por
esta
misma
razón
debes
también
pagar
los
impuestos;
porque
los
que
están
en
autoridad
son
siervos
de
Dios
Y
esa
es
su
misión.
Dale
a
cada
uno
lo
que
le
es
debido:
al
que
se
le
deba
pagar
tributo, págaselo;
a
los
que
impuestos, lo
mismo;
al
que
se
deba
tener
respeto, trátale
con
respeto.
Al

que
se
le
deba
mostrar
honor, muéstraselo.

La
primera
impresión
que
nos
hace
este
pasaje
es
muy
extraña.
Parece
aconsejar
al
cristiano
una
sumisión
total
al
poder
civil.
Pero,
de
hecho,
este
es
un
mandamiento
que
aparece
en
todo
el
Nuevo
Testamento.
En
1
Timoteo
2:1
s
leemos:
«Insisto
en
que
se
hagan
súplicas,
oraciones,
intercesiones
y
acciones
de

gracias
por
todos
los
hombres;
por
los
reyes
y
por
todos
los
que
están
en
posiciones
de
autoridad,
para
que
vivamos
tranquilamente
y
en
paz,
piadosamente
y
con
respeto
en
todos
los
sentidos.»
En
Tito
1:3,
el
consejo
al
predicador
es:
«Recuérdales
que
sean
sumisos
a
los
gobernantes
y
a
las
autoridades,
que
sean
obedientes,
que
estén
siempre
dispuestos
a

hacer
las
cosas
honradamente.»
En
1
Pedro
2:13-17
leemos:
«Por
causa
del
Señor
someteos
a
toda
institución
humana,
ya
sea
al
emperador
como
jefe
supremo,
o
a
los
gobernantes
que
aquél
envía
para
castigar
a
los
que
obran
mal
y
recompensar
a
los
que
bien.
Porque
la
voluntad
de
Dios
es
que,
viviendo
honradamente,
hagáis
callar
la
ignorancia
de
algunos

tontos...
Tened
respeto
a
todos
los
hombres.
Amad
a
los
hermanos.
Temed
a
Dios.
Honrad
al
emperador.»

Puede
que
nos
dé
la
tentación
de
suponer
que
estos
pasajes
provienen
de
un
tiempo
cuando
el
gobierno
romano
no
había
empezado
a
perseguir
a
los
cristianos.
Sabemos,
por
ejemplo,
que
en
el
Libro
de
los
Hechos,
como
hizo
notar
Gibbon,

el
tribunal
de
los
magistrados
paganos
fue
a
menudo
el
refugio
más
seguro
contra
la
furia
del
populacho
judío.
Una
Y
otra
vez
vemos
a
Pablo
recibiendo
protección
de
manos
de
la
justicia
imperial
romana.
Pero
lo
interesante
Y
significativo
es
que
muchos
años
Y
hasta
siglos
después,
cuando
la
persecución
había
empezado
a
rugir
Y
se
consideraba
a
los

cristianos
fuera
de
la
ley,
los
líderes
cristianos
seguían
diciendo
exactamente
lo
mismo.

Justino
Mártir
(Apología
1:17)
escribe:
«En
todas
partes
nosotros
estamos
más
dispuestos
que
nadie
y
nos
esforzamos
por
pagar
a
los
funcionarios
que
asignáis
los
impuestos
ordinarios
y
extraordinarios,
como
Jesús
nos
ha
enseñado.
No
damos
culto
nada
más
que
a
Dios,
pero
en
otros

respectos
os
servimos

de
buena
gana,
reconociéndoos
como
reyes
y
gobernantes,
y
orando
para
que,
con
vuestro
poder
real,
se
os
conceda
también
sano
juicio.»
Atenágoras,
suplicando
la
paz
de
los
cristianos,
escribe
(capítulo
37):
«Merecemos
consideración
porque
oramos
por
vuestro
gobierno,
para
que
podáis
recibir
el
reino
de
la
manera
más
justa,
el
hijo
del
padre,
y

que
vuestro
imperio
aumente
y
se
acrecente
hasta
que
toda
la
humanidad
os
esté
sujeta.»
Tertuliano
(Apología
30)
escribe
extensamente:
«Ofrecemos
oración
por
la
salud
de
nuestros
príncipes
a
nuestro
Dios
eterno,
verdadero
y
vivo,
cuyo
favor
ellos
deben
desear
más
que
ninguna
otra
cosa...
Sin
cesar,
por
todos
nuestros
emperadores
ofrecemos
oración.
Oramos
para
que
se
les
prolongue
la

vida;
para
que
haya
seguridad
en
el
imperio;
por
protección
para
la
casa
imperial;
por
ejércitos
valerosos,
por
un
senado
fiel,
por
un
pueblo
virtuoso,
por
la
paz
del
mundo
-por
todo,
en
fin,
lo
que
el
emperador
pueda
desear,
como
hombre
o
como
César.»
Y
sigue
diciendo
que
el
cristiano
no
puede
por
menos
de
apreciar
al
emperador,
porque

«es
llamado
por
nuestro
Señor
para
ejercer
su
cargo.»
Y

concluye
diciendo
que
«
el
César
es
más
nuestro
que
vuestro,
porque
nuestro
Dios
es
el
que
le
ha
nombrado.»
Arnobio
(4:36)
declara
que
en
las
reuniones
de
los
cristianos
«se
pide
la
paz
y
el
perdón
para
todos
los
que
están
en
autoridad.»
Era
la
constante
y
reconocida
enseñanza
de
la
Iglesia
Cristiana
que
había
que
obedecer
y

orar
por
el
poder
civil,
aunque
estuviera
personificado
en
un
Nerón.
¿Qué
pensamiento
y
creencia
hay
detrás
de
todo
esto?

(i)
En
el
caso
de
Pablo
había
una
razón
inmediata
para
que
hiciera
hincapié
en
la
obediencia
civil.
Los
judíos
eran
notorios
como
rebeldes.
Palestina,
y
especialmente
Galilea,
estaba
bullendo
constantemente
de
insurrección.
Sobre
todo,
estaban
los
celotas,

que
estaban
convencidos
de
que
no
debía
haber
más
rey
para
los
judíos
que
Dios,
y
que
no
se
debía
pagar
tributo
a
nadie
más
que
a
Dios.
Tampoco
se
conformaban
con
una
resistencia
pasiva.
Creían
que
Dios
no
los
ayudaría
más
que
si
se
embarcaban
en
acción
violenta
para
ayudarse
a
sí
mismos.
Su
intención
era
hacer
cualquier
gobierno

civil
imposible.
Se
los
conocía
como
los
«dagados».
Eran
nacionalistas
fanáticos
conjurados
para
usar
métodos
terroristas,
no
sólo
contra
los
romanos,
sino
hasta
el
punto
de
destruir
las
casas,
quemar
las
cosechas
y
hasta
asesinar
a
las
familias
de
sus
compatriotas
judíos
que
pagaran
tributo
al
Imperio
Romano.
Pablo
no
le
encontraba
ningún
sentido
a
una
actitud
así.
Esa
era

la
negación
más
absoluta
de
la
conducta
cristiana.
Y
sin
embargo,
por
lo
menos
para
una
parte
de
la
nación
judía,
eso
era
lo
normal.
Puede
que
Pablo
estuviera
escribiendo
aquí
tan
claramente
porque
quería
disociar
el
Cristianismo
de
cualquier
insurreccionismo
judío,
y
dejar
totalmente
claro
que
los
cristi-
tianos
eran
buenos
ciudadanos.

(ii)
Pero
hay
algo
más

que
una
situación
coyuntural
en
la
relación
entre
los
cristianos
y
el
estado.
Puede
ser
verdad
que
Pablo
tuviera
en
mente
las
circunstancias
que
causaban
las
insurrecciones
judías,
pero
tenía
otras
cosas
también.
Lo
primero
y
principal
es
que
nadie
puede
ni
debe
disociarse
totalmente
de
la
sociedad
en
la
que
vive.
Nadie
puede,
en
conciencia,
optar
por
desligarse
de

la
nación.
Como
parte
de
ella,
disfruta
de
ciertos
beneficios
que
no
podría
tener
si
viviera
aislado;
pero
no
puede
reclamar
los
privilegios
Y
evitar
las
obligaciones.
De
la
misma
manera
que
forma
parte
del
Cuerpo
de
Cristo
que
es
la
Iglesia,
también
forma
parte
del
cuerpo
de
la
nación;
no
hay
tal
cosa
en
el
mundo
como
individualismo
aislacionista.

La
persona
tiene
deberes
para
con
el
estado,
que
debe
cumplir
aunque
el
que
esté
en
el
trono
sea
Nerón.
(iii)
El
ciudadano
debe
al
estado
la
protección.
Era
una
de
las
ideas
platónicas
que
el
estado
existe
para
garantizar
la
justicia
y
la
seguridad,
y
para
proteger
al
hombre
de
las
bestias
y
de
«los»
bestias,
es
decir,
de

la
gente
salvaje,
dentro
y
fuera
del
país.
«La
gente
-se
ha
dicho-se
reunía
como
un
rebaño
detrás
de
un
muro
para
sentirse
a
salvo.»
Un
estado
es
esencialmente
un
cuerpo
de
personas
que
se
han
aliado
para
mantener
ciertas
relaciones
mutuas
mediante
el
cumplimiento
de
ciertas
leyes.
Sin
esas
leyes
y
el
consentimiento
general
de
cumplirlas,
el
malvado
fuerte

Y
egoísta
se
haría
con
el
poder;
el
más
débil
estaría
indefenso;
la
vida
no
tendría
más
ley
que
la
de
la
selva.
Todas
las
personas
ordinarias
deben
su
seguridad
al
estado,
y
tienen
por
tanto
una
responsabilidad
para
con
él.

(iv)
La
gente
ordinaria
debe
al
estado
una
gran
gama
de
servicios
que
viviendo
individualmente
no
podría

disfrutar.
Sería
imposible
que
todos
tuviéramos
agua
corriente,
alcantarillado,
electricidad,
transporte
y
un
largo
etcétera.
Todo
esto
sólo
es
posible
cuando
se
está
de
acuerdo
en
vivir
en
sociedad.
No
estaría
bien
que
uno
disfrutara
de
todo
lo
que
provee
el
estado
sin
cumplir
sus
obligaciones.
Esa
es
una
razón
que
obliga
al
cristiano
a
ser
un
buen
ciudadano
y

cumplir
todos
sus
deberes
como
tal.
(v)
Pero
la
principal
razón
que
veía
Pablo
era
que
el
Imperio
Romano
era
el
instrumento
divinamente
ordenado
para
salvar
al
mundo
del
caos.
Quitad
el
imperio,
y
el
mundo
se
desintegraría
en
pavesas.
Fue
en
realidad
la
pax
romana
lo
que
hizo
posible
la
expansión
misionera
del
Cristianismo.
Idealmente
las
personas
deben
estar

unidas
por
el
amor
cristiano;
pero
no
lo
están;
y
el
cemento
que
las
mantiene
unidas
es
el
estado.
Pablo
vio
en
el
estado
un
instrumento
en
las
manos
de
Dios
para
preservar
al
mundo
del
caos.
Los
administradores
del
estado
estaban
cumpliendo
un
papel
importante
en
una
gran
tarea.
Lo
supieran
o
no,
estaban
haciendo
un
trabajo
ordenado
por

Dios,
Y
el
deber
del
cristiano
es
ayudar
Y
no
dificultar.

LAS DEUDAS QUE HAY QUE PAGAR

Y LA QUE NUNCA SE PUEDE PAGAR

Romanos
13:8-10

No
le
debáis
nada
a
nadie,
a
excepción
del
amor;
porque
el
que
ama
a
los
demás
ya
ha
cumplido
la
Ley.
Los
mandamientos
No
adulteres,
No
mates, No
robes, No
codicies, y
todos
los
demás-se
resumen
en
éste:
«Ama

a
tu
prójimo
como
a
ti
mismo.
»
El
amor
no
le
hace
mal
al
prójimo;
así
que
el
amor
es
el
perfecto
cumplimiento
de
la
Ley.

El
pasaje
anterior
trataba
de
lo
que
se
podrían
llamar
las
deudas
sociales
de
las
personas.
El
versículo
7
mencionaba
dos
de
esas
deudas:
lo
que
Pablo
llama
tributo,
y
lo
que
llama
impuestos.
Entiende
por
tributo
el
que
tenían
que
pagar
los
ciudadanos
de
una
nación
sometida.
Las
tres
clases
de
contribuciones
que
imponía
el
Imperio
Romano
eran:

(a)
Una
contribución
sobre
el
suelo, que
se
pagaba
o
en
dinero
o
en
especie
-una
décima
parte
del
grano,
un
quinto
del
vino
y
de
los
productos
del
campo-.

(b)
El
impuesto
sobre
la
renta,
que
era
del
uno
por
ciento
de
los
ingresos.

(c)
El
impuesto
de
capitación,
que
pagaban
todos
los
comprendidos
entre
catorce
y
sesenta
y
cinco

años.
Por
impuestos
Pablo
entendía
los
locales
-de
aduanas,
importación
y
exportación;
por
el
uso
de
ciertas
carreteras
y
puentes;
los
de
entrada
en
mercados
y
puertos;
por
tener
derecho
a
poseer
un
animal
o
un
carro-.
Pablo
insistía
en
que
los
cristianos
deben
pagar
los
tributos
e
impuestos
al
estado
y
a
las
autoridades
locales,
aunque
sean
gravosos.

Y
luego
pasa
a
las
deudas
privadas.
Dice:
«No
le
debáis
nada
a
nadie.»
Puede
parecer
que
eso
no
hacía
falta
decirlo;
pero
había
algunos
que
tergiversaban
la
petición
del
padrenuestro
-«Perdónanos
nuestras
deudas
como
nosotros
perdonamos
a
nuestros
deudores»-como
una
razón
para
pedir
que
se
le
perdonaran
las
obligaciones
económicas.
Pablo
tenía
que
recordarle
a
su
gente
que

el
Cristianismo
no
es
una
disculpa
para
dejar
de
cumplir
las
obligaciones
que
tenemos
con
nuestros
semejantes,
sino
al
contrario:
es
una
razón
para
cumplirlas
a
rajatabla.

Luego
sigue
hablando
de
la
única
deuda
que
el
cristiano
tiene
que
pagar
todos
los
días
y
que,
sin
embargo,
no
acaba
de
saldar
nunca:
la
deuda
de
amor
que
tiene

con
todos
los
hombres.
Orígenes
decía:
«
La
deuda
del
amor
sigue
con
nosotros
permanentemente
y
nunca
nos
deja;
es
una
deuda
que
devolvemos
todos
los
días
y
que
debemos
siempre.»
Pablo

mantiene
que
si
una
persona
trata
de
cumplir
esta
deuda
de
amor
honoradamente,
cumplirá
automáticamente
todos
los
man-
damientos.
No
cometerá
adulterio;
porque,
cuando
dos
personas

se
dejan
llevar
por
sus
pasiones,
no
lo
hacen
porque
se
quieren
demasiado,
sino
porque
se
quieren
demasiado
poco;
en
el
amor
verdadero
hay
respeto
y
dominio
propio
que
nos
libra
del
pecado.
No
matará;
porque
el
amor
no
trata
de
destruir,
sino
de
edificar;
es
siempre
amable,
y
tratará
de
destruir,
no
al
enemigo,
sino
la
enemistad,
convirtiéndola
en

amistad.
No
robará;
porque
el
amor
tiene
más
interés
en
dar
que
en
tomar.
No
codiciará;
porque
la
codicia
(epithimía)
es
un
deseo
incontrolado
de
cosas
prohibidas,
y
el
amor
limpia
el
corazón
desterrando
de
él
el
mal
deseo.

Hay
un
dicho
famoso:
<
Ama,
y
haz
lo
que
quieras.»
Si
el
amor
mana
abundantemente
en
el
corazón;

si
toda
la
vida
está
dominada
por
el
amor
a
Dios
Y
al
prójimo,
uno
no
necesita
más
ley.

LA
ADVERTENCIA
DEL
TIEMPO

Romanos
13:11-14

Además
hay
otra
cosa:
daos
cuenta
del
tiempo
en
que
vivís,
y
que
ya
es
hora
de
que
os
despertéis
del
sueño
en
que
vivíais;
porque
ahora
estáis
más

cerca
de
la
Salvación
que
cuando
os
convertisteis.
La
noche
está
en
las
últimas,
y
se
acerca
el
día;
así
que
dejémonos
ya
de
lo
que
se
hace
en
la
oscuridad
y
pongámonos
la
armadura
de
la
luz.
Comportémonos
como
los
que
ven
lo
hermosa
que
es
la
vida,
es
decir,
como
los
que
viven
de
día,
y
no
ya

en
jaranas
ni
borracheras,
en
inmoralidad
y
desvergüenza,
en
rivalidades
y
peleas.
En
una
palabra:
Vestíos
del
Señor
Jesucristo,
y
dejaos
ya
de
vivir
como
si
no
tuvierais
más
propósito
que
el
satisfacer
los
deseos
de
la
naturaleza
humana
sin
Cristo.

Como
tantos
grandes
hombres,
Pablo
era
consciente
de
la
brevedad
del
tiempo.
A
Andrew
Marvell
le
parecía

estar
oyendo
siempre:
«La
carroza
alada
del
tiempo
se
apresura...»
Keats
también
estaba
obsesionado
con
el
temor
de
dejar
de
ser
antes
de
que
su
pluma
hubiera
espigado
los
últimos
productos
de
su
cerebro.

Pero
había
más
en
el
pensamiento
de
Pablo
que
la
indiscutible
brevedad
del
tiempo.
Esperaba
la
Segunda
Venida
de
Cristo.
Era
la
esperanza
inminente

de
la
Iglesia
Primitiva,
y
por
tanto
no
olvidaba
la
obligación
de
estar
preparada.
Esa
esperanza
se
ha
ido
haciendo
más
tenue
e
imprecisa;
pero
queda
un
hecho
permanente:
ninguno
sabemos
cuándo
Dios
nos
va
a
llamar
para
que
dejemos
el
mundo
y
vayamos
con
Él.
El
tiempo
se
va
acortando,
porque
cada
día
estamos
más
cerca
de
su
final.

Debemos
estar
preparados.

Los
últimos
versículos
de
este
pasaje
no
se
olvidarán
jamás,
porque
fueron
clave
en
la
conversión
de
Agustín
de
Hipona.
El
mismo
nos
lo
cuenta
en
sus
confesiones:
Estaba
paseando
por
un
jardín,
con
el
corazón
apesadumbrado
por
su
fracaso
moral,
y
no
hacía
más
que
exclamar
angustiosamente:
«
¿Hasta
cuándo,
hasta
cuándo?
Mañana
y

mañana...
¿por
qué
no
ahora?
¿Por
qué
no
ha
de
ser
esta
hora
el
final
de
mi
depravación?»
De
pronto
le
pareció
oír
una
voz
que
decía:
«
¡Toma
Y
lee!
¡Toma
Y
lee!»
Parecía
la
voz
de
un
chiquillo;
pero,
por
más
que
lo
intentó,
no
pudo
recordar
ningún
juego
infantil
en
el
que
se
dijeran
esas
palabras.
Volvió

a
toda
prisa
al
lugar
en
que
estaba
sentado
su
amigo
Alipio,
donde
había
dejado
un
volumen
de
los
escritos
de
Pablo.

«
Lo
tomé
con
ansia
-cuenta
Agustín-y
leí
en
silencio
el
primer
pasaje
en
que
se
posaron
mis
ojos:

«
No
andemos
en
jaranas
ni
borracheras,
en
inmoralidad
y
desvergüenza,
en
rivalidades
y
peleas.
En
una
palabra:
Vestíos

del
Señor
Jesucristo,
y
dejaos
ya
de
vivir
como
si
no
tuvierais
más
propósito
que
el
satisfacer
los
deseos
de
la
naturaleza
humana
sin
Cristo.»
Ni
quise

ni
necesité
leer
más.
Al
acabar
esa
frase,
como
si
la
luz
de
la
certeza
me
hubiera
inundado
el
corazón,
todas
las
sombras
de
la
duda
se

dispersaron.
Puse
el
dedo
en
la
página,
y
cerré
el
libro;
me
volví
hacia
Alipio
con
el
rostro
tranquilo,
y
se
lo
conté.»
Dios
había
hablado
a
Agustín
desde
Su

Palabra.
Fue
Coléridge
el
que
dijo
que
creía
que
la
Biblia
estaba
inspirada
«porque
me
encuentra
a
mí.»
La
Palabra
de
Dios
siempre
puede
encontrar
al
corazón
humano.

Es
interesante
fijarse
en
los
seis
pecados
que
selecciona
Pablo
como,
digamos,
típicos
de
la
vida
sin
Cristo.

(i)
Está
la
jarana
(kómos).
Es
una
palabra
muy
interesante.

En
un
principio
kómos
designaba
a
la
banda
de
amigos
que
acompañaban
hasta
su
casa
a
un
vencedor
en
los
juegos,
cantando
sus
alabanzas
Y
celebrando
su
triunfo.
Luego
llegó
a
significar
una
banda
de
gamberros
que
recorrían
las
calles
de
la
ciudad
de
noche
armando
jaleo.
Describe
la
clase
de
jarana
que
deshonra
a
los
que
participan
en
ella

Y
molesta
a
todos
los
demás.
(ii)
Está
la
borrachera
(methé).
Los
griegos
la
consideraban
de
lo
más
desagradable.
Eran
un
pueblo
que
bebía
vino.
Hasta
los
niños
lo
bebían.
Llamaban
al
desayuno
akratisma,
que
consistía
en
una
rebanada
de
pan
mojada
en
vino.
Pero,
con
todo
y
con
eso,
la
borrachera
les
parecía
algo
vergonzoso;
porque
bebían
el
vino

bastante
diluido,
y
lo
bebían
porque
el
agua
no
siempre
era
más
inofensiva.
Este
era
un
vicio
que
no
sólo
los
cristianos,
sino
también
los
paganos
respetables
despreciaban.
(iii)
Estaba
la
inmoralidad
(koité).
Koité
quiere
decir
literalmente
cama,
y
suele
tener
el
sentido
de
una
cama
prohibida
o
deshonrosa.
Este
era
un
pecado
característico
del
paganismo.
La
palabra
sugiere
la

actitud
del
que
no
da
ningún
valor
a
la
fidelidad,
y
que
busca
el
placer
donde
y
cuando
quiere.
(iv)
Está
la
desvergüenza
(asélgueia).
Asélgueia
es
una
de
las
palabras
más
feas
de
la
lengua
griega.
No
describe
simple-
mente
la
inmoralidad,
sino
al
que
ha
perdido
totalmente
la
vergüenza.
La
mayor
parte
de
la
gente
trata
de
ocultar
sus

malas
acciones;
pero
no
el
hombre
que
se
ha
vendido
a
la
asélgueia.

A
ese
no
le
importa
que
le
vean,
ni
la
clase
de
espectáculo
que
es,
ni
lo
que
la
gente
piense
de
él.

Asélgueia
es
la
cualidad
del
que
se
atreve
a
hacer
públicamente
lo
que
sería
vergonzoso
para
cualquiera
de
sus
semejantes.

(v)
Está
la
rivalidad

(eris).
Eris
es
el
espíritu
que
nace
de
la
competencia
desembocada
Y
despiadada.
Viene
del
ansia
de
posición
Y
poder
Y
prestigio,
Y
del
odio
a
que
le
sobrepasen.
Es
esencialmente
el
pecado
que
coloca
el
yo
por
delante,
Y
es
por
tanto
la
negación
total
del
amor
cristiano.
(vi)
Está
la
envidia
(zélus).
Zélus
no
tiene
que
ser
una

palabra
mala.
En
español
tiene
sentidos
contrarios
según
se
use
en
singular
-celo-o
en
plural
-celos-.
Puede
describir
la
noble
emulación
del
que,
cuando
se
encuentra
ante
la
nobleza
de
carácter,
desea
alcanzarla.
Pero
también
puede
querer
decir
la
envidia
que
resiente
la
nobleza
y
la
preeminencia
de
otro.
Aquí
describe
el
espíritu
que
no
se
da
por
satisfecho
con

lo
que
tiene,
y
que
mira
con
envidia
todo
lo
que
obtienen
los
demás
merecidamente.
RESPETAR
LOS
ESCRÚPULOS

Romanos
14:1

Haced
que
se
sienta
bienvenido
entre
vosotros
el
que
es
débil
en
la
fe,
pero
no
para
luego
poneros
a
criticarle
sus
escrúpulos.

Pablo
se
está
refiriendo
aquí
a
algo
que
puede
que
fuera

un
problema
temporal
y
local
de
la
iglesia
de
Roma,
pero
que
se
presenta
con
mucho
frecuencia
en
las
iglesias
y
requiere
solución.
En
la
iglesia
de
Roma
parece
que
había
dos
tendencias.
Algunos
creían
que
la
libertad
cristiana
había
desterrado
los
viejos
tabúes;
que
ya
no
tenían
sentido
las
antiguas
leyes
relativas
a
los
alimentos,
y
que
el
Cristianismo

no
tenía
que
ver
con
guardar
ciertos
días
como
si
tuvieran
un
carácter
especial.
Pablo
deja
bien
claro
que
ésta
es
la
actitud
de
la
verdadera
fe
cristiana.
Por
otra
parte,
había
algunos
que
estaban
llenos
de

escrúpulos:
creían
que
no
se
podía
comer
carne,
y
que
había
que
cumplir
rigurosamente
la
ley
del
sábado.
Pablo
llama
a

los
superescrupulosos
débiles
en
la
fe.
¿Qué
quería
decir?

Se
puede
ser
débil
en
la
fe
por
dos
razones:

(i)
Porque
todavía
no
se
ha
descubierto
el
sentido
de
la
libertad
cristiana,
y
en
el
fondo
se
sigue
siendo
legalista
y
se
ve
el
Cristianismo
como
una
serie
de
reglas
y
reglamentos.
(ii)
Porque
uno
no

se
ha
liberado
todavía
de
la
fe
en
la
eficacia
de
las
obras,
y
cree
que
puede
ganar
el
favor
de
Dios
haciendo
ciertas
cosas
y
renunciando
a
otras.
En
el
fondo
está
intentando
ganarse
la
debida
relación
con
Dios
y
no
ha
aceptado
el
camino
de
la
Gracia;
todavía
está
pensando
más
en
lo
que
él
puede
hacer
por

Dios
que
en
lo
que
Dios
ha
hecho
por
él.
Pablo
exhorta
a
los
hermanos
fuertes
a
que
reciban
con
cortesía
a
los
hermanos
débiles
y
que
no
los
asedien
constantemente
con
sus
críticas.

Este
problema
no
se
limitó
a
los
días
de
Pablo.
Aún
sigue
habiendo
en
las
iglesias
dos
puntos
de
vista.
Uno
es
el
más
liberal,
que
no
ve
ningún
peligro
en
muchas
cosas
y
considera
que
ciertos
placeres
inocentes
no,
tienen
por
qué
estar
en
contra
del
Evangelio.
Y
hay
otro
punto
de
vista
más
estrecho
que
se
ofende

de
muchas
cosas
que
los
más
liberales
consideran
aceptables.

Pablo
nos
deja
ver
que
sus
simpatías
están
con
el
punto
de
vista
más
amplio;
pero,
al
mismo
tiempo,
dice
que
hay
que
recibir
con
simpatía
cristiana
a
esos
hermanos
más
débiles
que
vienen
a
la
iglesia.
Cuando
nos
encontramos
con
alguien
que
tiene
un
punto
de
vista
más

estrecho
hay
tres
actitudes
que
debemos
evitar:

(i)
Debemos
evitar
la
irritación.
El
ponernos
negros
con
estas
personas
no
conduce
a
ninguna
parte.
Por
muy
en
desacuerdo
que
estemos
con
ellas,
debemos
tratar
de
comprender
y
respetar
su
punto
de
vista.

(ii)
Debemos
evitar
poner
en
ridículo.
A
todo
el
mundo
le
hiere
que
se
rían
de
algo

que
considera
que
tiene
valor.
No
es
ningún
<
pecadillo
insignificante»
el
burlarse
de
la
fe
de
otro.
Tal
vez
nos
parezcan
prejuicios
más
que
creencias;
pero
nadie
tiene
derecho
a
reírse
de
lo
que
otro
considera
sagrado.
Además,
la
risa
no
hará
que
el
otro
salga
de
su
estrechez,
sino
le
hará
encerrarse
más
dentro
de
su
concha
y

volverse
más
rígido.
(iii)
Debemos
evitar
el
desprecio.
Está
muy
mal
considerar
al
más
estrecho
como
un
estúpido
anticuado
y
despreciar
sus
puntos
de
vista.
El
punto
de
vista
de
una
persona
es
cosa
suya,
y
hay
que
tratarla
con
respeto.
No
podremos
nunca
atraer
a
otro
a
nuestra
posición
si
no
le
mostramos
un
respeto
genuino
a
la
suya.

De
todas
las
actitudes
que
podamos
adoptar
con
los
demás,
la
más
incompatible
con
la
fe
de
Cristo
es
el
desprecio.
Antes
de
concluir
con
este
versículo
tenemos
que
advertir
que
hay
otra
traducción
perfectamente
posible:
«Haced
que
se
sienta
bienvenido
entre
vosotros
el
que
es
débil
en
la
fe,
pero
no
le
metáis
en
seguida
en
discusiones
sobre
cosas

que
sólo
pueden
suscitar
dudas.»
Hay
cristianos
cuya
fe
es
tan
fuerte
que
no
hay
cuestiones
ni
debates
que
la
puedan
hacer
vacilar;
pero
hay
otros
que
tienen
una
fe
sencilla
que
se
puede
inquietar
innecesariamente
con
discusiones
intelectuales.
En
las
dos
actitudes
puede
haber
nobleza
o
extremismos
perjudiciales;
porque
a
veces,
«
el
fuerte»
cae
en
el
orgullo
de

considerarse
superior
y
despreciar
al
«débil»
por
su
ignorancia
o
escrúpulos;
o
«el
débil»
igualmente,
dándoselas
de
verdaderamente
creyente
y
piadoso,
critica
al
«fuerte»
por
su
intelectualismo
mundano
y
su
libertinaje.

Puede
que
en
nuestro
tiempo
guste
más
de
la
cuenta
discutir
por
discutir.
Es
pernicioso
dar
la
impresión
de
que
el
Cristia-
nismo
consiste
en
una
serie

de
cuestiones
en
discusión.
«
Hemos
descubierto
-dice
G.
K.
Chesterton-todas
las
preguntas
que
se
pueden
plantear.
Ya
es
hora
de
que
dejemos
de
buscar
preguntas,
y
nos
apliquemos
a
buscar
respuestas.»
«Dime
algo
de
tus
certezas
decía
Goethe-,
que
yo
ya
tengo
bastantes
dudas.»
Hay
una
buena
regla
que
se
debería
tener
en
cuenta
en
cualquier
discusión:
aunque
sea

una
discusión
desconcertante,
y
aunque
haya
sido
sobre
cuestiones
que
no
tienen
una

solución
clara,
siempre
se
debe
concluir
con
una
afirmación.
Puede
que
muchas
preguntas
queden
sin
contestación,
pero
debe
haber
alguna
certeza
que
permanezca.

TOLERANCIA
PARA
OTROS
PUNTOS
DE
VISTA

Romanos 14:2-4

Un
creyente
tiene
la
fe
suficiente
para
creer
que
puede

comer
de
todo;
mientras
que
otro
tiene
una
fe
débil, y
no
come
más
que
verduras.
Que
el
que
come
de
todo
no
desprecie
al
que
no
lo
hace;
y
que
el
que
no
come
de
todo
no
critique
al
que
sí
lo
hace;
si
Dios
los
ha
recibido,
nosotros
debemos
recibirlos
también.
Además,
¿quién
eres
tú
para
juzgar
al
esclavo

ajeno?
Lo
que
le
hace
aceptable
o
inaceptable
es
lo
que
piense
de
él
su
amo...
¡Y
es
aceptable,
porque
para
su
Amo
lo
es!

Aquí
aparece
una
de
las
cuestiones
que
se
debatían
en
la
iglesia
de
Roma.
Había
algunos
que
no
observaban
leyes
especiales
en
relación
con
la
comida
ni
respetaban
ciertos
tabúes,
y
que
comían

de
todo;
y
había
otros
que
concienzudamente
se
abstenían
de
la
carne
y
eran
vegetarianos.

Había
muchas
sectas
y
religiones
en
el
mundo
antiguo
que
observaban
leyes
estrictas
de
comida;
entre
ellas,
los
judíos.

En
Levítico
11
tenemos
una
lista
de
los
animales
cuya
carne
se
puede
comer

y
de
los
que
no.
Una
de
las
sectas
judías
más
estrictas

eran
los
esenos:
tenían
comidas
de
la
comunidad
a
las
que
iban
bañados
y
con
ropas
especiales.
Los
alimentos
tenían
que
prepararlos
los
sacerdotes,
o
no
se
podían
comer.
Pitágoras
enseñaba
que
el
alma
humana
es
una
deidad
caída
confinada
en
el
cuerpo
como
en
una
tumba;
creía
en
la
reencarnación,
por
medio
de
la
que
al
alma
le
podía

corresponder
habitar
en
una
persona,
en
un
animal
o
en
una
planta,
en
la
cadena
internáble
del
ser.
La
liberación
de
esa
cadena
del
ser
se
obtenía
por
medio
de
una
pureza
y
disciplina
rigurosas.
La
disciplina
incluía
el
silencio,
el
estudio,
el
examen
de
conciencia
y
la
abstención
de
la
carne
en
las
comidas.
En
casi
todas
las
iglesias

cristianas
habría
quienes
siguieran
alguna
de
esas
leyes
o
tabúes.

Es
una
forma
del
problema
anterior.
En
la
iglesia
había
un
partido
más
estrecho
y
otro
más
liberal.
Pablo
indefectiblemente
señala
el
peligro
que
podía
surgir.
Era
de
esperar
que
el
partido
más
liberal
despreciara
los
escrúpulos
del
más
estrecho;
y
aún

más,
que
el
partido
más
estrecho
emitiera
juicios
condenatorios
contra
lo
que
ellos
consideraban
la
laxitud
del
partido
más
liberal.
La
situación
es
tan
acusada
y
peligrosa
en
las
iglesias
de
hoy
como
lo
era
en
tiempos
de
Pablo.

Para
salirle
al
paso,
Pablo
establece
un
gran
principio:
Nadie
tiene
derecho
a
criticar
al
esclavo
de
otro.

El
esclavo
no
tiene
que
dar
cuenta
nada
más
que
a
su
amo.
Ahora
bien:
todos
somos
esclavos
de
Dios.
No
nos
corresponde
a
nosotros
criticar
a
los
demás,
y
menos
condenarlos.
Ese
derecho
sólo
Le
corresponde
a
Dios.
No
somos
nosotros
los
que
tenemos
que
decir
si
es
aceptable
o
inaceptable
nadie;
y
Pablo
añade
que,
si
una
persona

vive
honradamente
de
acuerdo
con
sus
principios,
es
aceptable
para
Dios.

Muchas
iglesias
se
han
dividido
porque
los
que
tienen
puntos
de
vista
más
amplios
tienen
una
actitud
despectiva
hacia
los
que
consideran
conservadores
cerrados
o
fundamentalistas;
y
porque
los
que
tienen
una
actitud
más
estricta
censuran
a
los
que
se
reservan
el
derecho
de
hacer
lo
que

los
otros
consideran
malo.
No
nos
corresponde
a
nosotros
condenarnos
unos
a
otros.
«Os
ruego
por
las
entrañas
de
Cristo
-decía
Cromwell
a
los
rígidos
escoceses
de
su
tiempo-que
tengáis
en
cuenta
la
posibilidad
de
que
estéis
equivocados.»
Debemos
desterrar
de
la
comunión
de
la
iglesia
tanto
la
censura
como
el
desprecio,
y
dejar
todos
los
juicios
a
Dios;
lo

nuestro
debe
ser
simpatizar
y
comprender.

DIFERENTES
CAMINOS
CON
EL
MISMO
DESTINO

Romanos
14:
Ss

Un
creyente
guarda
un
día
especial;
otro
los
considera
todos
iguales.
Pues
que
cada
cual
esté
convencido
de
lo
que
hace.
El
que
guarda
un
día
especial
lo
hace
para
el
Señor.
El
que
come,
come
delante
del
Señor,

porque
Le
da
gracias.
EL
que
se
abstiene
de
ciertos
alimentos, lo
hace
delante
de
Dios,
porque
también
Le
da
gracias
a
Dios.

Pablo
introduce
otra
situación
en
la
que
puede
haber
diferencias
entre
los
más
estrechos
y
los
más
anchos.
Las
personas
más
rigurosas
dan
mucho
importancia
a
guardar
ciertas
fechas.
Eso
era
especialmente
característico
de
los
judíos.

En
más
de
una
ocasión
Pablo
tuvo
problemas
con
los
que
guardaban
escrupulosamente
las
fiestas.

A
los
gálatas
les
escribió:
«Guardáis
los
días,
las
lunas,
las
estaciones

y
los
años...
¡Me
temo
que
he
estado
trabajando
para
nada
con
vosotros!»
(Gálatas
4:
10s).

Y
a
los
colosenses:
«Que
nadie
os
critique
por
cuestiones
de
comida
o
bebida,
o
en
relación

con
fiestas,
lunas
nuevas
o
sábados.
Estas
cosas
no
son
más
que
la
sombra
de
lo
que
ha
de
venir;
pero
su
contenido
pertenece
a
Cristo»
(Colosenses
2:16s).
Los
judíos
habían
convertido
el
sábado
en
una
tiranía,
rodeándolo
de
una
jungla
de
reglas
y
prohibiciones.
No
es
que
Pablo
quisiera
acabar
con
el
día
del
Señor;
eso
de
ninguna
manera.

Lo
que
temía
era
una
actitud
que
de
hecho
creía
que
el
Cristianismo
consistía
en
guardar
un
día
especial.

El
Cristianismo
es
mucho
más
que
guardar
el
día
del
Señor.
Cuando
Mary
Slessor
pasó
en
solitario
tres
años
en
la
selva,
a
menudo
se
confundía
de
día,
porque
no
tenía
calendario.
«Una
vez
la
encontraron
celebrando
el
culto

en
lunes,
y
otra
vez
arreglando
el
tejado
en
domingo
creyendo
que
era
lunes.»
Nadie
va
a
pretender
que
los
cultos
de
Mary
Slessor
eran
menos
válidos
por
tenerlos
en
lunes,
o
que
estaba
quebrantando
un
mandamiento
por
trabajar
en
domingo.
Pablo
no
habría
negado
jamás
que
el
día
del
Señor
es
especialmente
precioso;
pero
habría
insistido
igualmente
en
que

no
se
convirtiera
en
una
tiranía,
y
menos
en
un
fetiche.
No
es
el
día
lo
que
hemos
de
reverenciar,
sino
a
Aquél
a
Quien
ofrecemos
el
culto
porque
es
el
Señor
de
todos
los
días.

A
pesar
de
todo,
Pablo
pide
que
haya
simpatía
entre
los
hermanos
más
estrechos
y
los
más
anchos.
Su
argumento
es
que,

a
pesar
de
las
diferencias
de
práctica,
su
invalidad
es
la
misma.
En
sus
diferentes
actitudes
en
relación
con
los
días,
todos
creen
que
están
haciendo
la
voluntad
de
Dios;
Y
cuando
se
sientan
a
comer,
unos
comen
carne
Y
otros
no,
pero
todos
dan
gracias
a
Dios.
Haremos
bien
en
recordarlo.
Si
yo
quiero
ir
de
Glasgow
a
Londres,

hay
varias
rutas
que
puedo
seguir.
De
hecho
podría
llegar
a
mi
destino
sin
pasar
por
los
mismos
lugares
que
otro
viajero
que
saliera
del
mismo
sitio
y
llegara
al
mismo
sitio
que
yo.
Según
Pablo
es
el
destino
lo
que
nos
une,
y
no
debemos
dejar
que
las
diferencias
de
método
nos
dividan.

Pero
sí
insiste
en

una
cosa:
Sea
cual
sea
el
camino
que
escoja,
que
cada
cual
esté
convencido
de
lo
que
hace.
Sus
acciones
deben
estar
inspiradas,
no
en
la
convención,
sino
en
la
convicción.
Uno
no
debe
hacer
nada
simplemente
porque
los
otros
lo
hacen,
ni
porque
está
dominado
por
un
sistema
de
tabúes
más
o
menos
supersticiosos;
sino
porque
se
lo
ha

pensado
y
ha
llegado
a
la
conclusión
de
que,
por
lo
menos
él,
eso
es
lo
que
tiene
que
hacer.

Pablo
hubiera
añadido
algo
más:
Que
nadie
pretenda
hacer
de
su
conducta
la
regla
universal
para
todos
los
demás.
Esta
ha
sido,
de
hecho,
una
de
las
maldiciones
de
las
iglesias.
Los
seres
humanos
tenemos
la
tendencia
a

considerar
que
nuestra
manera
de
hacer
las
cosas
es
la
única
perfecta,
incluido
el
culto
a
Dios.
T.
R.
Glover
cita
en
algún
lugar
lo
que
decía
Cambridge:
«Sea
lo
que
sea
lo
que
tienes
entre
manos,
hazlo
conforme
a
tu
leal
saber
y
entender;
pero
recuerda
que
otro
lo
haría
de
otra
manera.»
Haríamos
bien
en
no
olvidar
que,

en
muchos

casos,
es
nuestro
deber
tener
convicciones;
pero
también
dejar
que
los
demás
tengan
las
suyas
sin
tomarlos
por
publicanos
o
pecadores.

LA
IMPOSIBILIDAD
DEL
AISLAMIENTO

Romanos
14:7-9

La
razón
de
todo
lo
dicho
es
que
no
hay
nadie
que
viva
ni
muera
para
sí
solo;
porque,
ya
sea
que
vivamos
o
que
muramos,
vivimos
o
morimos
para
el
Señor,
porque
somos
Su
propiedad.
Fue
para
esto
para
lo
que
Cristo
murió
Y
resucitó
otra
vez
a

la
vida:
para
ser
el
Señor
tanto
para
los
que
viven
como
para
los
que
mueren.

Pablo
presenta
el
hecho
innegable
de
que
es
por
naturaleza
imposible
vivir
una
vida
independiente.
No
hay
tal
cosa
en
el
mundo
como
un
individuo
totalmente
aislado.
De
hecho,
eso
es
verdad
en
dos
sentidos.
<
El
hombre
-decía
Macneile
Dixon-
tiene

que
ver
con
los
dioses
Y
con
los
mortales.»
Nadie
puede
desligarse,
ni
de
sus
semejantes
ni
de
Dios.

Hay
tres
dimensiones
en
las
que
uno
no
puede
desligarse:

(i)
No
se
puede
aislar
del
pasado.
No
hay
nadie
que
se
haya
hecho
a
sí
mismo.
«Soy
parte
-decía
Ulises-de
todo
lo
que
me
he
encontrado.»

Todos
hemos
recibido
una
tradición.
Somos
una
amalgama
de
todo
lo
que
nuestros
antepasados
nos
han
hecho.
Cierto
que
cada
uno
hace
algo
en
esa
amalgama;
pero
no
empieza
desde
cero.
Para
bien
o
para
mal
empieza
con
todo
lo
que
el
pasado
le
ha
hecho.
La
innumerable
nube
de
testigos
no
sólo
le
rodea,
sino
que
está
en
él.

No
se
puede
disociar
del
tronco
del
que
ha
salido
o
de
la
roca
de
la
que
ha
sido
extraído.

(ii)

No
se
puede
aislar
del
presente.
Vivimos
en
una
civilización
que
nos
va
uniendo
cada
vez
más
estrechamente.

Nada
que
haga
una
persona
la
afecta
solamente
a
ella.

Cada
uno
tiene
el
tremendo
poder
de
hacer
a
otros
felices

o
desgraciados
con
su
conducta;
y
el
poder
todavía
más
tremendo
de
hacer
a
otros
buenos
o
malos.
Cada
persona
irradia
una
influencia
que
les
hace
a
otras
seguir
el
camino
hacia
arriba
o
hacia
abajo.
Las
obras
de
cada
cual
tienen
consecuencias
que
afectan
más
o
menos
a
otros.
Cada
persona
está
envuelta
en
el
paquete
de
la
vida,

del
que
no
puede
escapar.
(iii)
No
se
puede
aislar
del
futuro.
Como
recibe
la
vida,
así
la
transmite.
Comunica
a
sus
hijos
una
herencia
de
vida
física
Y
de
carácter
espiritual.
No
es
una
unidad
hermética,
sino
un
eslabón
de
la
cadena.
Alguien
ha
contado
lo
que
le
pasó
a
un
chico
que
iba
a
lo
suyo,
y
que

empezó
a
estudiar
biología.
Estaba
viendo
por
el
microscopio
algunas
de
esas
criaturas
que
se
pueden
ver
nacer
Y
producir
otras
Y
morir
en
un
instante
de
tiempo.
Cuando
se
levantó,
dijo:
<
Ahora
sé
que
soy
un
eslabón
de
la
cadena,
y
ya
no
quiero
ser
más
un
eslabón
flojo.»
Nuestra
tremenda
responsabilidad
está
en
lo
que
dejamos
de

nosotros
mismos
en
el
mundo
al
dejarlo
en
otros.
El
pecado
sería
algo
mucho
menos
terrible
si
solamente
afectara
al
que
lo
comete.
Nos
debe
infundir
santo
temor
el
pensar
que
cada
pecado
empieza
o
continúa
una
cadena
de
maldad
en
el
mundo.
Y
una
persona
puede
desligarse
todavía
menos
de
Jesucristo.

(i)
En
esta
vida
Cristo
es

una
Presencia
viva
para
siempre.
No
tenemos
que
hablar
de
vivir
como
si
Cristo
nos
viera;
es
que
Él
nos
ve.
Toda
vida
se
vive
en
Su
Presencia.
Es
tan
imposible
escapar
del
Cristo
Resucitado
como
de
nuestra
propia
sombra:
no
hay
posibilidad
de
dejárnosle
atrás,
ni
de
hacer
nada
que
Él
no
pueda
ver.
(ii)
Ni
siquiera
la
muerte

nos
puede
apartar
de
Su
Presencia.
En
este
mundo
vivimos
en
la
Presencia
invisible
de
Cristo;
en
el
siguiente
viviremos
en
Su
Presencia
visible.
La
muerte
no
es
una
sim
que
acaba
en
la
total
eliminación,
sino
una
puerta
que
conduce
a
Cristo.
Ningún
ser
humano
puede
seguir
una
política
de

aislacionismo.
Está
ligado
a
sus
semejantes
y

a
Cristo
por
lazos
que
no
pueden
romper
ni
el
tiempo
ni
la
eternidad.
Nadie
puede
vivir
ni
morir
para
sí
mismo.

PERSONAS

A

JUICIO

Romanos
14:10-12

¿Quién
eres
tú
para
juzgar
a
tu
hermano
por
nada?
¿Y
tú,
el
otro,
qué
te
has
creído
que
eres
para
despreciar
a
tu
hermano?
Porque
todos

vamos
a
comparecer
ante
el
tribunal
de
Dios;
porque
está
escrito:
«Tan
cierto
como
que
Yo
estoy
vivo
-dice
Dios-, a
Mí
se
doblarán
todas
las
rodillas,
y
todas
las
lenguas
confesarán
su
fe
en
Dios.
»
Así
que
cada
cual
dará
cuenta
a
Dios
por
sí.

Hay
una
razón
fundamental
por
la
que
no
tenemos
derecho
a
juzgar

a
ningún
otro,
y
es
que
cada
uno
de
nosotros
estamos
pendientes
de
juicio.
Es
de
esencia
de
nuestra
condición
humana
que
no
estamos
para
juzgar
a
nadie,
sino
para
ser
juzgados.
Para
demostrarlo,
Pablo
cita
Isaías
45:23.

Cualquier
judío
estaría
de
acuerdo
con
Pablo
en
esto.
Había
un
dicho
rabínico:
«No
te
imagines
que
la
tumba
va

a
serte
un
refugio
seguro;
porque
independientemente
de
tu
voluntad
fuiste
formado,
y
naciste,
y
vives,
y
morirás,
y
tendrás
que
rendir

cuentas
ante
el
Rey
de
reyes,
el
Santo,
bendito
sea.»
Dios
es
el
único
que
tiene
derecho
a
juzgarnos;
el
que
está
pendiente
de
juicio
no
puede
erigirse
en
juez.

Pablo
ha
estado
pensando
en
la
imposibilidad
de
la
vida
aislada.
Pero
hay
una
situación
en
la
que
cada
uno
estará
aislado,
y
es
ante
el
tribunal

de
Dios.
En
los
tiempos
antiguos
de
la
república
romana,
en
la
esquina
del
foro
que
estaba
más
lejos
del
capitolio
estaba
el
tribunal,
en
el
que
el
praetor
urbanus
se
sentaba
para
hacer
justicia.
Cuando
Pablo
escribía
esto,
la
justicia
romana
necesitaba
más
de
un
tribunal;
así
que,
en
las
grandes
basílicas,
es
decir,
las
columnatas
que
rodeaban
el

foro,
se
sentaban
los
magistrados
para
hacer
justicia.
Los
romanos
estaban
familiarizados
con
la
escena
del
acusado
que
se
presentaba
a
juicio
ante
el
tribunal.

Eso
es
lo
que
pasa
con
todas
las
personas.
Y
es
un
tribunal
ante
el
que
nos
hemos
de
presentar
uno
a
uno.
En
este
mundo,
a
veces
se
le
aplican
a
uno

los
méritos
de
otro.
A
muchos
jóvenes
los
ha
librado
del
castigo
la
honorabilidad
de
sus
padres;
muchos
hombres
han
obtenido
gracia
a
causa
de
su
esposa
o
hijos.
Pero
en
el
juicio
de
Dios
cada
uno
tiene
que
responder
por
sí.
A
veces,
cuando
muere
algún
personaje,
se
ponen
encima
del
ataúd
los
ropajes
y
emblemas
de
sus
títulos

o
méritos;
pero
el
muerto
no
lleva
esas
cosas
consigo.
Nacemos
desnudos,
Y
desnudos
partimos
de
este
mundo.
Nos
encontramos
ante
Dios
en
la
tremenda
soledad
de
nuestra
alma;
ante
Él
no
podemos
presentar
más
que
el
carácter
que
hemos
forjado
durante
la
vida.

Sin
embargo,
esa
no
es
toda
la
verdad.
No
nos
encontramos
solos
ante
el

tribunal
de
Dios,
porque
Jesucristo
está
con
noso-
tros.
No
tenemos
que
presentarnos
despojados
de
todo,
sino
cubiertos
con
Sus
méritos.
El
escritor
Y
periodista
Collin
Brooks
escribe
en
uno
de
sus
libros:
<
Puede
que
Dios
sea
más
benévolo
de
lo
que
pensamos.
Si
no
puede
decir:
<
¡Bien
hecho,
buen
y
fiel
siervo!»,
puede
que
acabe
diciendo:
"No

te
preocupes,
mal
e
infiel
siervo
mío:
no
me
disgustas
del
todo."»
Esa
era
la
manera
graciosa
en
que
ese
hombre
expresaba
su
confianza;
pero
es
más
que
eso:
no
es
sólo
que
a
Dios
no
le
disgustamos
del
todo;
es
que,
aunque
somos
pecadores,
nos
ama
por
amor
de
Jesucristo.
Es
verdad
que
tendremos
que
comparecer
ante
el
tribunal

de
Dios
en
la
desnuda
soledad
de
nuestra
propia
alma;
pero,
si
hemos
vivido
con
Cristo
en
el
mundo,
El
estará
con
nosotros
en
la
muerte,
Y
será
nuestro
Abogado
Y
nuestro
Pastor
en
la
Eternidad.

EL
HOMBRE
Y
LA
CONCIENCIA
DE
SU
PRÓJIMO

Romanos
14:13-16

Así
es
que,
dejemos
ya
de
dictar
sentencia

contra
los
demás,
y
más
bien
sea
ésta
nuestra
única
decisión:
proponernos
no
ponerle
a
nuestro
hermano
ningún
tropiezo
ni
escándalo
en
el
camino.
Yo
sé
muy
bien,
y
estoy
convencido
de
ello
como
cristiano,
que
nada
es
impuro
por
sí.
Pero
también,
si
alguien
piensa
que
algo
es
impuro,
para
él
sí
que
lo
es.
Si
haces
que
tu

hermano
se
escandalice
de
que
comas
alguna
cosa,
ya
no
te
estás
conduciendo
de
acuerdo
con
el
principio
que
establece
el
amor.
No
causes
una
desgracia
irreparable
con
lo
que
comas
a
una
persona
por
la
que
Cristo
dio
Su
vida.

Los
estoicos
enseñaban
que
había
muchas
cosas
que
ellos
llamaban
adiáfora,
es
decir,
indiferentes.
En
sí
eran

neutrales,
ni
buenas
ni
malas.
Los
estoicos
lo
explicaban
diciendo
que
todo
depende
del
mango
por
el
que
las
cojas.
Ahora
bien:
eso
es
indudablemente
cierto.
Un
cuadro
puede
ser
una
obra
de
arte
para
un
estudiante
de
pintura,
mientras
que
para
otra
persona
es
una
cosa
obscena.
Una
conversación
puede
ser
interesante
y
estimulante
para
un
grupo
de
personas,

Y
una
sarta
de
herejías
Y
hasta
de
blasfemias
para
otros.
Una
diversión,
un
placer,
un
pasatiempo
pueden
ser
totalmente
permisibles
para
unos,
Y
prohibidos
para
otros.
Más
aún:
hay
placeres
que
son
inofensivos
para
una
persona,
Y
que
pueden
hacerle
un
daño
irreparable
a
otra.
Las
cosas
no
son
en
sí
ni
limpias
ni
inmundas;
lo
que
determina
su

carácter
es
la
actitud
de
la
persona
que
las
ve
o
hace.

Eso
es
lo
que
Pablo
nos
quiere
decir
aquí.
Hay
ciertas
cosas
que
una
persona
que
está
firme
en
la
fe
puede
considerar
que
puede
hacer;
pero,
si
una
persona
con
una
mentalidad
más
rigurosa
la
ve
hacerlo,
no
le
parecerá
bien;
y
si
es
inducida

a
hacerlo,
su
conciencia
puede
sufrir
un
daño
irreparable.
Vamos
a
poner
un
ejemplo
sencillo.
Una
persona
sinceramente
no
ve
nada
malo
en
participar
en
algún
juego
en
domingo;
pero
a
otra
no
le
parece
bien
y
le
molesta;
y
si
se
la
indujera
a
tomar
parte
en
aquello,
estaría
sintiéndose
mal
todo
el
tiempo
y
creyendo
que
está
haciendo

lo
que
no
debería
hacer.

El
consejo
de
Pablo
es
claro:
Es
un
deber
cristiano
el
tener
en
cuenta
no
sólo
nuestro
punto
de
vista,
sino
también
el
de
los
demás.
Fijémonos
bien
que
Pablo
no
nos
está
diciendo
que
debemos
someter
nuestra
conducta
a
los
dictados
de
las
conciencias
de
otros.
Hay
cosas
que
son
en
esencia

cuestiones
de
principio,
y
exigen
una
decisión
personal.
Pero
hay
muchas
que
son
indiferentes
y
neutras;
muchas
no
son
ni
buenas
ni
malas
en
sí;
muchas
no
son
partes
esenciales
de
la
vida
o
de
la
conducta,
y
pertenecen
a
la
categoría
de
lo
que
pudiéramos
llamar
«los
extras».
La
convicción
de
Pablo
es
que,
en
relación
con
esas
cosas,

no
tenemos
derecho
a
ofender
la
conciencia
de
hermanos
más
escrupulosos
haciéndolas
nosotros;
Y,
menos,
induciéndolos
a
que
las
hagan
ellos.

La
vida
debe
regirse
por
el
principio
del
amor;
Y
cuando
así
es
pensaremos,
no
tanto
en
el
derecho
que
tenemos
a
hacer
las
cosas
a
nuestra
manera,
como
en
nuestra
responsabilidad
hacia
los
demás.
No
tenemos

derecho
a
inquietar
la
conciencia
ajena

en
cosas
que
no
tienen
importancia.
No
se
debe
usar
la
libertad
cristiana
como
excusa
para
lacerar
los
sentimientos
de
otros.
Ningún
placer
es
tan
importante
como
para
justificar
causar
ofensa
o
dolor,
y
menos
ruina,
a
otros.
Agustín
de
Hipona
solía
decir
que
toda
la
ética
cristiana
se
puede
resumir
en
el
dicho:
«Ama
a
Dios,
y
haz

lo
que
quieras.»
En
cierto
sentido
es
cierto;
pero
el
Cristianismo
no
consiste
sólo
en
amar
a
Dios,
sino
también
en
amar
a
nuestro
prójimo
como
a
nosotros
mismos.

EL
PELIGRO
DE
LA
LIBERTAD
CRISTIANA

Romanos
14:17-20

No
permitas
que
el
buen
don
que
posees
de
la
libertad
se
convierta
en
algo
que
te

desacredite;
porque
el
Reino
de
Dios
no
consiste
en
comida
y
bebida,
sino
en
la
integridad, la
paz
y
el
gozo
que
son
los
dones
del
Espíritu
Santo.
Porque
la
persona
que
dirige
su
vida
de
acuerdo
con
este
principio, y
así
llega
a
ser
esclavo
de
Cristo, Le
es
agradable
a
Dios
y
aceptable
a
los
hombres.
Así
que
sigamos
con
atención

las
cosas
que
contribuyen
a
la
paz
y
las
que
nos
edifican
mutuamente.
No
destruyamos
lo
que
Dios
está
haciendo
por
causa
de
la
comida.
Es
verdad
que
todas
las
cosas
nos
están
permitidas, pero
no
está
bien
que
uno
les
haga
la
vida
más
difícil
a
los
demás
por
lo
que
come.

En
esencia
Pablo
se
está
refiriendo

aquí
al
peligro
y
al
abuso
de
la
libertad
cristiana.
Para
un
judío,
la
libertad
cristiana
tenía
sus
peligros;
porque
toda
su
vida
había
estado
asediado
por
innumerables
reglas
y
disposiciones:
unas
cosas
eran
limpias
y
otras
inmundas;
unos
animales
se
podían
comer
y
otros
no;
había
que
cumplir
las
leyes
de
la
pureza
ritual.
Cuando
un
judío
entraba
en

el
Cristianismo
se
encontraba
con
que
todas
esas
reglas
y
disposiciones
se
habían
anulado
de
golpe;
y
el
peligro
era
que
tomara
el
Evangelio
como
una
licencia
para
hacer
lo
que
le
diera
la
gana.
Debemos
recordar
que
la
libertad
cristiana
y
el
amor
cristiano
siempre
están
en
armonía.
Tenemos
que
mantenernos
en
la
verdad
de
que
la
libertad
cristiana

Y
el
amor
fraternal
son
inseparables.

Pablo
les
recuerda
a
los
suyos
que
el
Cristianismo
no
consiste
en
comer
y
beber
lo
que
a
uno
se
le
antoje.
Consiste
en
tres
cosas
muy
grandes,
que
son
opuestas
al
egoísmo.

(i)
Está
la
integridad,
que
consiste
en
portarse
con
Dios
y
con
los
hombres
como
es
debido.

Ahora
bien:
lo
primero
que
se
le
debe
a
un
semejante
en
la
vida
cristiana
es
simpatía
Y
consideración;
en
el
momento
en
que
nos
convertimos
a
Cristo,
los
sentimientos
de
los
demás
son
más
importantes
que
los
nuestros;
el
Cristianismo
quiere
decir
poner
a
los
demás
en
primer
lugar,
y
al
yo
en
último.
No
podemos
darle
al
otro

lo
que
le
debemos
y
hacer
lo
que
nos
dé
la
gana.
(ii)
Está
la
paz.
En
el
Nuevo
Testamento,
la
paz
no
es
simplemente
la
supresión
de
las
hostilidades;
no
es
una
actitud
negativa,
sino
intensamente
positiva;
incluye
todo
lo
que
contribuye
al
mayor
bien.
Los
mismos
judíos
muchas
veces
con-
sideraban
la
paz
como
un
estado
de
relaciones

perfectas
entre
los
hombres.
Si
nos
empeñamos
en
que
la
libertad
cristiana
es
hacer
lo
que
nos
dé
la
gana,
la
paz
no
se
puede
conseguir
nunca.
El
Cristianismo
consiste
en
una
relación
personal
con
Dios
y
con
nuestros
semejantes.
La
libertad
cristiana
limita
con
la
obligación
cristiana
de
vivir
en
la
debida
relación,
en
paz,
con
nuestros
semejantes.
(iii)

Está
el
gozo.
El
gozo
cristiano
no
es
nunca
egoísta.
No
consiste
en
hacernos
felices
a
nosotros
mismos,
sino
a
los
demás.
Una
supuesta
felicidad
que
hace
a
otros
infelices
no
puede
ser
cristiana.
Si
uno,
en
su
búsqueda
de
la
felicidad,
hiere
el
corazón
e
intranquiliza
la
conciencia
de
otro,
el
resultado
que
coseche
no
será
gozo,
sino
tristeza.

El
gozo
cristiano
no
es
individualista,
sino
interdependiente.

El
cristiano
experimenta
el
gozo
cuando
se
lo
produce
a
otros,
aunque
le
reporte
limitaciones.

Cuando
uno
vive
de
acuerdo
con
este
principio
llega
a
ser
esclavo
de
Jesucristo.

Aquí
está
el
meollo
de
la
cuestión.

La
libertad
cristiana
quiere
decir
que
somos
libres
para
hacer,
no
lo
que
queramos,
sino
lo

que
Cristo
quiere.
Sin
Cristo
somos
esclavos
de
nuestros
hábitos,
placeres
e
indulgencias.

No
hacemos
realmente
lo
que
queremos,
sino
lo
que
nos
tiene
esclavizada
la
voluntad.

Pero
cuando
entra
en
nosotros
el
poder
de
Cristo,
Él
es
nuestro
dueño,
y
entonces
y
sólo
entonces
tenemos
la
verdadera
libertad.

Entonces
somos
libres,
no
para
tratar
a
los
demás
ni
para

vivir
nuestra
vida
de
la
manera
que
nos

dictaba
antes
nuestra
naturaleza
egoísta.
Somos
libres
para
mostrar
a
todos
nuestros
semejantes
la
misma
actitud
de
amor
que
hubo
también
en
Cristo
Jesús.

Pablo
concluye
estableciendo
la
meta
cristiana
en
la
comunidad.
(a)
Es
una
meta
de
paz;
la
finalidad
de
que
los
miembros
de
la
comunidad

mantengan
entre
sí
la
debida
relación.
Una
iglesia
en
la
que
hay
rivalidades
y
disensiones,
peleas
y
amargura,
divisiones
y
roturas,
ha
perdido
el
derecho
a
llamarse
iglesia
cristiana.
No
es
un
fragmento
del
Reino
de
los
Cielos,
sino
una
sociedad
apresada
por
lo
terreno.
(b)
Es
una
meta
de
edificación.
La
alegoría
de
la
Iglesia
como
un
edificio
se

encuentra
en
todo
el
Nuevo
Testamento.
Los
miembros
somos
las
piedras
del
edificio.
Todo
lo
que
debilita
la
solidez
de
la
Iglesia
está
contra
Dios;
Y
también,
todo
lo
que
la
consolida
y
fortalece
es
de
Dios.

Lo
trágico
es
que
en
muchos
casos
son
cosas
sin
importancia
las
que
alteran
la
paz
entre
los
hermanos,
cuestiones
de

orden
y
de
procedimiento
y
de
prestigio.
Amanecería
una
nueva
era
en
la
Iglesia
si
nos
diéramos
cuenta
de
que
nuestros
derechos
son
mucho
menos
importantes
que
nuestras
obligaciones;
si
recordáramos
que,
aunque
tenemos
libertad
en
Cristo,
siempre
es
una

ofensa
usarla
como
si
nos
diera
derecho
a
herir
el
corazón
o
la
conciencia
de
otros.
A
menos
que
la
iglesia
sea
un
cuerpo
de
personas
que,
en
amor,
se
tienen
mutua
consideración,
no
es
iglesia.

RESPETO
HACIA
EL
HERMANO
MÁS
DÉBIL

Romanos 14:21-23

Está
bien
no
comer
carne,
ni
beber
vino,
ni
hacer
nada

que
le
haga
más
difícil
al
hermano
el
proseguir
su
camino.
Por
lo
que
se
refiere
a
vosotros,
ya
tenéis
fe
suficiente
para
saber
que
estas
cosas
no
tienen
importancia,
así
que
dejadlas
que
sean
algo
entre
vosotros
y
Dios.
Feliz
el
que
nunca
tiene
motivo
para
condenarse
a
sí
mismo
haciendo
lo
que
ha
llegado
a
comprender
que
tiene

derecho
a
hacer.
Pero
el
que
tiene
dudas
acerca
de
comer
algo
incurre
en
la
desaprobación
de
Dios
si
lo
come,
porque
su
decisión
no
procede
de
su
fe.

Otra
vez
volvemos
a
que
lo
que
está
bien
para
uno
puede
causar
la
ruina
a
otro.
El
consejo
de
Pablo
es
muy
práctico.

(i)
Les
aconseja
a

los
que
son
fuertes
en
la
fe.
Esos
saben
que
lo
que
se
coma
o
se
beba
no
hace
ninguna
diferencia.
Han
comprendido
el
principio
de
la
libertad
cristiana.
Bien;
entonces,
que
esa
libertad
sea
algo
entre
ellos
y
Dios.
Han
alcanzado
ese
nivel
en
la
fe,
y
Dios
sabe
que
lo
han
alcanzado.
Pero
eso
no
es
razón
para

hacer
gala
de
esa
libertad
a
la
cara
de
los
que
no
la
han
alcanzado
todavía.
Muchos
han
insistido
en
los
derechos
de
su
libertad,
y
luego
se
han
arrepentido
cuando
han
visto
las
consecuencias
de
su
presunción.
Una
persona
puede
que
llegue
a
la
conclusión
de
que
su
libertad
cristiana
le
da
derecho
a
hacer
un
uso
razonable
del

alcohol;
y
por
lo
que
a
ella
respecta,
puede
que
sea
un
placer
perfectamente
inofensivo
y
que
no
le
pone
en
ningún
peligro.
Pero
tal
vez
hay
otra
persona
más
joven
que
admira
a
la
primera,
que
la
ve
y
sigue
su
ejemplo.
Y
es
posible
que
la
más
joven
resulte
una
de
esas
personas
para
las
que
el
alcohol

es
fatal.
¿Está
bien
que
el
cristiano
más
fuerte
use
su
libertad
para
dar
un
ejemplo
que
bien
puede
llevar
a
la
ruina
a
su
admirador
más
débil?
¿O
debería
limitar
su
libertad,
no
por
causa
de
sí
mismo,
sino
por
causa
del
que
va
siguiéndole?

No
cabe
duda
de
que
lo
cristiano
es
aceptar
las
limitaciones
en

nuestra
libertad
por
amor
a
otros.
Si
no
se
ejercita
esto,
se
puede
encontrar
uno
con
que
algo
que
pensó
genuinamente
que
le
estaba
permitido
le
ha
llevado
a
otro
a
la
ruina.
Es
seguro
que
es
mejor
imponerse
esas
limitaciones
deliberadas
que
tener
el
remordimiento
de
saber
que
el
placer
que
uno
reclamaba
como
un
derecho
ha
traído
la

muerte
a
otro.
Una
y
otra
vez,
en
todas
las
esferas
de
la
vida,
el
cristiano
arrostra
el
hecho

de
que
tiene
que
examinarlo
todo,
no
sólo
por
lo
que
le
pueda
afectar
a
él,
sino
también
por
lo
que
pueda
afectar
a
otros.
Todos
somos
en
cierto
sentido
guardianes
de
nuestros
hermanos;
responsables,
no
sólo
de
nosotros

mismos,
sino
también
de
los
que
están
en
contacto
con
nosotros.
«Su
amistad
me
trajo
la
ruina»
-dijo
Robert
Bums
de
un
hombre
mayor
que
conoció
en
Irvine
cuando
estaba
aprendiendo
el
arte
de
hilar
el
lino.
¡Quiera
Dios
que
nadie
pueda
decir
eso
de
nosotros
porque
hemos
abusado
de
nuestra
libertad
en
Cristo!

(ii)
Pablo
les
da

consejo
a
los
que
son
débiles
en
la
fe,
que
tienen
una
conciencia
excesivamente
escrupulosa.
Estos
puede
que
desoigan
o
desobedezcan
sus
propios
escrúpulos.
Puede
que
alguna
vez
hagan
algo
porque
ven
a
otros
hacerlo,
y
no
quieren
ser
diferentes.
Puede
que
lo
hagan
porque
no
quieren
quedar
en
ridículo
o
hacerse
impopulares.
La
respuesta
de
Pablo
es
que
el

que
desafía
su
conciencia
es
culpable
de
pecado.
Si
cree
que
algo
está
mal,
entonces,
si
lo
hace,
a
esa
persona
se
le
cuenta
como
pecado.
Una
cosa
neutral
se
convierte
en
buena
solamente
cuando
se
hace
con
la
sincera
y
razonada
convicción
de
que
lo
es.
Nadie
es
el
guardián
de
la
conciencia
de
otro;
y
en
las
cosas

indiferentes
la
conciencia
de
cada
cual
debe
ser
el
árbitro
de
lo
que
está
bien
o
mal.
LA COMUNIÓN FRATERNAL

Romanos 15:1-6

Los
que
somos
fuertes
tenemos
la
obligación
de
soportar
las
debilidades
de
los
que
no
lo
son,
y
no
hacer
las
cosas
a
nuestro
gusto.
Que
cada
cual
obre
teniendo
en
cuenta
a
su
prójimo, de
manera
que

sirva
para
el
bien
y
la
edificación
en
la
fe de
los
demás.
Porque
el
Ungido
de
Dios
no
hacía
lo
que
le
venía
en
gana;
sino,
como
está
escrito:
«Los
insultos
de
los
que
te
insultaban
recayeron
sobre
Mí.»
Todo
aquello
que
se
escribió
hace
mucho
tiempo
era
para
nuestra
enseñanza;
para
que
nos
mantengamos
firmes
en
la
esperanza
por

medio
de
la
fortaleza
y
el
ánimo
que
nos
dan
las
Escrituras.
¡Que
el
Dios
Que
nos
infunde
fortaleza
y
ánimo
os
conceda
convivir
en
armonía
como
Jesucristo
quiere,
para
que
se
eleve
al
Dios
y
Padre
de
nuestro
Señor
Jesucristo
la
alabanza
que
procede
de
corazones
que
latan
y
de
voces
que
resuenen
al
unísono!

Pablo
está
tratando
todavía
de
los
deberes
mutuos
de
los
miembros
de
la
iglesia,
y
especialmente
de
los
más
fuertes
hacia
los
más
débiles
en
la
fe.
Este
pasaje
nos
da
un
resumen
maravilloso
de
las
señales
que
deben
caracterizar
la
comunidad
fraternal.

(i)
La
comunidad
cristiana
debe
tener
como
una
de
sus
características
la
consideración
entre

los
miembros.
Cada
uno
debe
pensar,
no
sólo
en
sí
mismo,
sino
en
los
demás.
Pero
esta
consideración
no
debe
degenerar
en
una
laxitud
facilona
Y
sensiblera.
Debe
ir
encaminada
al
bien
Y
a
la
edificación
en
la
fe
del
otro.
No
es
una
tolerancia
que
surge
del
pasotismo
Y
de
la
falta
de
interés,
sino
la
tolerancia
que
sabe

que,
para
ganar
a
una
persona,
hay
que
arrojarla
con
un
ambiente
de
amor,
y
no
bombardearla
con
una
batería
de
críticas.

(ii)

La
comuni3n
cristiana
debe
tener
como
una
de
sus
características
el
estudio
de
la
Palabra
de
Dios.

De
allí
debe
proceder
nuestro
ánimo.

Desde
este
punto
de
vista
la
Escritura
nos
provee
de
dos
cosas:

(a)
Nos

informa
de
la
relación
que
Dios
ha
tenido
con
una
nación,
un
informe
que
es
la
demostración
de
que
siempre
es
mejor
estar
en
buena
relación
con
Dios
Y
sufrir,
que
estar
a
bien
con
los
hombres
Y
evitarse
problemas.
Los
acontecimientos
de
la
historia
de
Israel
demuestran
que
al
final
les
va
bien
a
los
buenos
Y
mal
a

los
malos.
La
Biblia
demuestra,
no
que
el
camino
de
Dios
es
siempre
fácil,
pero
sí
que
a
fin
de
cuentas
es
lo
que
hace
que
la
vida
tenga
buenos
resultados
en
el
tiempo
y
en
la
eternidad.

(b)
Nos
comunica
las
grandes
y
preciosas
promesas
de
Dios.
Se
dice
que
Alexander
White
tenía
la
costumbre
de
decir
un
versículo

cuando
se
marchaba
de
una
visita
pastoral;
Y
añadía:
<
Póntelo
debajo
de
la
lengua
Y
chúpalo
como
un
caramelo.»
Estas
son
las
promesas
de
un
Dios
que
nunca
falta
a
Su
Palabra.
De
estas
maneras
la
Biblia
comunica
al
que
la
estudia
consuelo
en
la
aflicción
Y
ánimo
en
la
lucha.

(iii)
La
comunión
cristiana
debe
tener

como
una
de
sus
características
la
entereza,
que
es
una
actitud
del
corazón
ante
la
vida.

De
nuevo
nos
encontramos
con
esta
gran
palabra
hypomoné.

Es
mucho
más
que
paciencia;
es
la
capacidad
victoriosa

que
puede
con
la
vida;
la
entereza
que

no
se
limita
a
aceptar
las
cosas,
sino
que,
al
aceptarlas,
las
transforma
en
gloria.

(iv)
La
comunión

cristiana
debe
tener
como
una
de
sus
características
la
esperanza.
El
cristiano
es
siempre
optimista,
y
nunca
pesimista.
La
esperanza
cristiana
no
es
algo
que
no
cuesta
nada.
No
es
la
esperanza
inmadura
que
es
optimista
porque
no
ve
las
dificultades
ni
se
ha
enfrentado
con
las
experiencias
de
la
vida.
Se
podría
pensar
que
la
esperanza
es
prerrogativa
de

los
jóvenes;
pero
un
gran
artista
no
lo
veía
así.
Cuando
Watts
pintó
<
La
Esperanza»,
la
pintó
como
una
figura
combatida
Y
asediada
a
la
que
sólo
le
quedaba
una
cuerda
en
la
lira.
La
esperanza
cristiana
lo
ha
visto
todo
y
lo
ha
sufrido
todo;
pero
no
desespera,
porque
cree
en
Dios.
No
es
esperanza
en
el
espíritu,

la
bondad
o
el
éxito
humanos,
sino
en
el
poder
de
Dios.

(v)
La
comuni3n
cristiana
debe
tener
como
una
de
sus
características
la
armonía.

Por
muy
adornada
que
est3
una
iglesia,
por
muy
perfectas
que
sean

su
liturgia
y
su
música,
por
muy
generosas
que
sean

sus
colectas,
habrá
perdido
lo
más
esencial
de

la
comuni3n
cristiana
si
le

falta
la
armonía.
Esto
no
quiere
decir
que
no
debe
haber
diferencias
de
opinión,
o
que
no
deben
producirse
discusiones
ni
debates;
pero
sí
quiere
decir
que
los
que
están
en
la
iglesia
ya
han
resuelto
el
problema
de
la
convivencia.
Están
absolutamente
seguros
de
que
el
Cristo
que
los
une
es
infinitamente
más
grande
que
las
diferencias
que
puedan

tener.
(vi)
La
comuni3n
cristiana
debe
tener
como
una
de
sus
características
la
alabanza.
Una
prueba
certera
para
conocer
a
una
persona
es
preguntar
si
el
principal
registro
de
su
voz
es
la
queja
descontenta
o
la
jubilosa
acci3n
de
gracias.
<
¿Qu3
puedo
hacer
yo,
que
soy
un
pobre
vejete
cojo
decía
Epicteto-,
sino
darle
gracias
a
Dios?»
El

cristiano
debe
gozar
de
la
vida,
porque
goza
de
Dios.
Se
llevará
el
secreto
consigo
mismo;
porque
siempre
estará
seguro
de
que
Dios
hace
que
todo
contribuya
a
su
bien.
(vii)
Y
la
esencia
de
la
cuestión
es
que
la
comunión
cristiana
tiene
el
ejemplo,
la
inspiración
y
la
dinámica
de
Jesucristo.
Él
no
se
agradó
a
Sí
mismo.
La

cita
que
hace
Pablo
está
tomada
del
Salmo
69:9.
Es
significativo
que,
cuando
Pablo
habla
de
soportar
las
debilidades
de
otros,
usa
la
misma
palabra
que
se
aplica
a
Cristo
llevando
la
cruz
(bastazein).
Cuando
el
Señor
de
la
Gloria
eligió
servir
a
otros
en
lugar
de
buscar
su
propia
seguridad,
estableció
un
modelo
que
debe
aceptar
todo
el
que

trate
de
ser
Su
seguidor.
LA
IGLESIA
INCLUSIVA

Romanos
15:7-13

Así
que,
aceptaos
mutuamente
como
Cristo
os
aceptó,
para
que
Dios
sea
alabado.
Lo
que
quiero
decir
es
que
Cristo
se
hizo
servidor
de
la
raza
y
de
la
manera
judía
de
vivir
por
causa
de
la
verdad
de
Dios,
no
sólo
para
garantizar
las
promesas

que
habían
recibido
los
antepasados
de
Israel,
sino
también
para
que
los
gentiles
alabaran
a
Dios
por
Su
misericordia.

Escrito
está:

«Por
tanto,
alabaré

a
Dios
entre
los
gentiles

Y
cantaré

a
Tu
Nombre.

»

Y

en

otro

lugar:

«Regocijaos,
gentiles,
con

Su
pueblo.

»

Y

en

otro

lugar:

«Alabada
Dios,
vosotros
todos

los
gentiles,

Y

que

todos

los

pueblos

Le
alaben.
»
E
Isaías
también
dice:
«Vivirá
el
Pimpollo
de
Jesé, es
decir, el

Que
ascenderá
para
gobernar
a
los
gentiles;
en
Él
pon-

'
drán
los
gentiles
sus
esperanzas.»
¡Que
el
Dios
de
espe-

ranza
os
llene
de
la
alegría
y
de
la
paz
de
la
fe, para

que
reboséis
esperanza
por
el
poder
del
Espíritu
Santo!

Pablo
hace
el
último
llamamiento
para
que
todos
los
de
la
iglesia
estén
de
consuno,
para
que
los
débiles
y
los

fuertes
en
la
fe
se
vean
como
parte
del
mismo
cuerpo,
para
que
judíos
y
gentiles
vivan
en
perfecta
comunión.
Puede
que
haya
diferencias,
pero
no
hay
más
que
un
Cristo,
y
el
lazo
de
unión
es
la
común
lealtad
a
Él.
La
Obra
de
Cristo
fue
para
los
judíos
y
para
los
gentiles.
Nació
judío
y
sometido
a
la

Ley
judía.
Eso
fue
para
que
se
cumplieran
todas
las
grandes
promesas
que
Dios
había
hecho
a
los
antepasados
del
pueblo
de
Israel,
y
para
que
viniera
la
Salvación
a
los
judíos
en
primer
lugar.
Pero
Cristo
vino
no
sólo
para
los
judíos,
sino
para
toda
la
humanidad.

Para
probar
que
esto
no
son
sus
propias
ideas
heréticas,

Pablo
cita
cuatro
pasajes.
Los
cita
de
la
Septuaginta,
que
era
la
versión
griega
del
Antiguo
Testamento.
Los
pasajes
se
encuentran
en
el
Salmo
18:50;
Deuteronomio
32:43;
Salmo
117:1,
e
Isaías
11:10.
En
todos
ellos
encuentra
Pablo
anuncios
antiguos
de
la
entrada
de
los
gentiles
en
la
fe.
Está
convencido
de
que,
de
la
misma
manera
que
Jesucristo
vino
al

mundo
para
salvar
a
todos
los
hombres,
la
Iglesia
debe
recibirlos
a
todos
sin
tener
en
cuenta
sus
diferencias.
Cristo
fue
un
Salvador
incluyente,
y
por
tanto
Su
Iglesia
debe
ser
incluyente
y
no
excluyente.

A
continuación,
Pablo
vuelve
a
hacer
resonar
las
notas
clave
del
Evangelio.
Las
grandes
palabras
de
la
fe
cristiana
irradian
su
luz
una

tras
otra.

(i)
Está
la
esperanza.
Es
fácil
a
la
vista
de
la
experiencia
desesperar
de
uno
mismo.
Y
al
considerar
los
acontecimientos
es
fácil
desesperar
del
mundo.
Alguien
ha
contado
lo
que
sucedió
en
una
iglesia
en
tiempos
difíciles.
Empezó
la
reunión
el
presidente
con
una
oración:
«Todopoderoso
y
eterno
Dios,
Cuya
Gracia
es
suficiente
para
todas

las
necesidades»,
etcétera.
Cuando
terminó,
se
empezó
con
el
orden
del
día,
y
el
presidente
lo
inició
diciendo:
<
Caballeros,
la
situación
de
esta
iglesia
es
totalmente
desesperada,
y
no
se
puede
hacer
nada.»
O
su
oración
era
vacía
y
sin
sentido,
o
su
afirmación
posterior
era
falsa.
Hace
ya
mucho
que
se
dijo
que
no
hay
situación
desesperada,
sino

sólo
personas
que
han
llegado
a
una
condición
de-
sesperada.
Se
dice
que
había
una
reunión
del
gabinete
en
los
días
aciago
de
la
última
guerra,
inmediatamente
después
de
la
capitulación
de
Francia,
Winston
Churchill
presentó
la
situación
en
toda
su
negrura.
El
Reino
Unido
se
había
quedado
solo.
Hubo
un
profundo
silencio
cuando
acabó
de
hablar,
y
en
algunos

rostros
se
dibujaba
la
desesperación;
algunos
de
los
presentes
habrían
optado
por
la
rendición.
Mr.
Churchill
recorrió
con
la
mirada
aquella
triste
compañía,
y
les
dijo:
«
Caballeros,
lo
encuentro
inspirador.»

Hay
algo
en
la
esperanza
cristiana
que
no
pueden
apagar
todos
los
augurios
tenebrosos,
y
es
la
convicción
de
que
Dios
está
vivo.
Nadie
está
sin
esperanza

mientras
exista
la
Gracia
de
Jesucristo;
Y
no
hay
situación
desesperada
mientras
exista
el
poder
de
Dios.

(ii)
Está
el
gozo.
El
placer
Y
el
gozo
son
diferentes
a
más
no
poder.
Los
filósofos
cínicos
declaraban
que
el
placer
es
el
mal
absoluto.
Antístenes
hizo
la
extraña
afirmación
de
que
«preferiría
estar
loco
a
estar
contento.»
Su
argumento

era
que
«el
placer
es
sólo
la
pausa
entre
dos
dolores.»
Si
uno
tiene
ansiedad
por
algo,
eso
es
un
dolor;
si
lo
obtiene,
satisface
la
ansiedad
y
se
produce
una
pausa
en
el
dolor;
disfruta
aquello,
pero
es
un
placer
pasajero,
y
el
dolor
vuelve.
Verdaderamente,
así
es
como
se
experimenta
el
placer.
Pero
el
gozo
cristiano
no
depende

de
nada
que
esté
fuera
de
nosotros;
mana
de
la
consciencia
de
la
presencia
del
Señor
Resucitado,
de
la
certeza
de
que
nada
nos
puede
separar
del
amor
de
Dios
en
Él.
(iii)
Está
la
paz.
Los
antiguos
filósofos
buscaban
lo
que
llamaban
ataraxía,
la
vida
imperturbable.
Deseaban
la
serenidad
que
no
pueden
inquietar
ni
los
golpes
adversos
de
la

fortuna
ni
las
punzadas
molestas
de
la
pasión.
Se
podría
decir
que
hoy
en
día
la
serenidad
es
un
paraíso
perdido.
Hay
dos
'cosas
que
la
hacen
imposible:

(a)
La
tensión
interior.
Se
vive
una
vida
distráida
-porque
la
palabra
distraer
quiere
decir
literalmente
«apartar,
desviar,
alejarse»
(DRAE);
los
componentes
de
la
personalidad
humana
están
dispersos
y
enemistados.

Mientras
llevemos
dentro
una
guerra
civil,
una
personalidad
dividida,
está
claro
que
no
puede
haber
serenidad.

Sólo
hay
una
salida
a
esta
situación,
y
es
rendirse
a
Cristo.
Cuando
Cristo
está
en
control,
la
tensión
desaparece.

(b)
La
preocupación
por
las
cosas
externas.
Muchos
viven
apesadumbrados
por
los
azares
y
avatares
de
la
vida.
Cuenta
H.
G.
Wells
que
se

encontraba
una
vez
en
un
transatlántico
en
el
puerto
de
Nueva
York.
Había
mucho
niebla,
de
la
cual
salió
inesperadamente
otro
transatlántico,
y
los
dos
se
pasaron
a
pocos
metros
de
distancia.
Se
encontró
de
pronto
cara
a
cara
con
lo
que
él
llamaba
la
gran
peligrosidad
general
de
la
vida.
Es
difícil
no
preocuparse,
porque
el
ser
humano
es

por
naturaleza
una
criatura
que
mira
hacia
adelante
con
sospecha
o
miedo.
Lo
único
que
puede
acabar
con
esa
preocupación
es
la
absoluta
convicción
de
que,
pase
lo
que
pase,
Dios
no
causará
a
sus
hijos
ninguna
lágrima
inútil.
Nos
pasarán
cosas
que
no
podamos
entender;
pero
si
estamos
seguros
del
amor
de
Dios,
las
podremos
aceptar
con
serenidad,
aunque

hieran
el
corazón
o
desazonen
la
mente.
(iv)
Está
el
poder.
Aquí
tenemos
la
necesidad
suprema
del
ser
humano:
no
es
que
no
sepamos
lo
que
está
bien;
lo
difícil
es
hacerlo.
El
problema
consiste
en
salir
al
paso
de
las
cosas
y
conquistarlas;
hacer
que
se
haga
realidad
lo
que
llama
Wells
«
el
esplendor
secreto
de
nuestras
intenciones.»

Eso
es
algo
que
no
podemos
hacer
solos.
Sólo
podremos
dominar
la
vida
cuando
la

marea
del
poder
de
Cristo
cubre
nuestra
debilidad.
Por
nosotros
mismos
no
podemos
hacer
nada;
pero
todo
es
posible
con
Dios.
LAS
PALABRAS
REVELAN
AL
HOMBRE

Romanos 15:14-21

Hermanos,
yo
estoy
completamente
seguro
de
que
vosotros,
tal
como
sois,
estáis
llenos
de
bondad,
repletos
de
conocimiento
y
capacitados
para
daros
buenos
consejos
unos
a
otros.
Os
escribo

con
un
cierto
atrevimiento,
como
si
dijéramos,
con
el
propósito
de
recordaros
lo
que
ya
sabéis.
Mi
razón
para
hacerlo
es
la
gracia
que
Dios
me
ha
dado
al
hacerme
siervo
de
Jesucristo
para
con
los
gentiles
y
encomendarme
el
sagrado
ministerio
de
proclamar
el
Evangelio;
y
mi
propósito
es
hacer
que
los
gentiles
sean
una
ofrenda
aceptable
a
Dios, consagrada

por
el
Espíritu
Santo.
Ahora
bien,
como
cristiano
tengo
una
buena
razón
para
sentir
un
legítimo
orgullo
en
mi
trabajo
en
el
servicio
de
Dios.
Puedo
decir
esto
porque
no
me
atrevería
a
hablar
más
que
de
las
cosas
que
Cristo
ha
realizado
por
medio
de
mí,
en
palabra
y
en
obra,
por
el
poder
de
señales
y
milagros,
y

por
el
poder
del
Espíritu
Santo,
para
traer
a
los
gentiles
a
la
obediencia
a
Cristo.
Así
es
que,
partiendo
de
Jerusalén
Y
rodeando
Ilírico,
he
llevado
a
cabo
el
anuncio
de
la
Buena
Noticia
del
Ungido
de
Dios.
Pero
siempre
ha
sido
mi
ambición
anunciar
la
Buena
Noticia,
no
donde
ya
se
haya
predicado
el
Nombre
de
Cristo;
porque

quiero
evitar
el
construir
sobre
el
cimiento
que
haya
echado
otro;
sino
más
bien,
como
dice
la
Escritura:
«Verán
aquellos
a
los
que
no
se
han
anunciado
las
Buenas
Nuevas,
y
entenderán
los
que
nunca
las
habían
escuchado.»

Este
es
uno
de
los
pasajes
que
revelan
mejor
el
carácter
de
Pablo.
Está
llegando
al
final
de
la
carta,

Y
quiere
preparar
el
terreno
para
la
visita
que
espera
hacerles
pronto
a
los
romanos.
Aquí
vemos
algo
por
lo
menos
de
su
secreto
para
ganar
almas.

(i)
Pablo
se
nos
revela
como
un
hombre
de
tacto.
No
hay
aquí
ninguna
reprensión.
No
se
enfada
con
los
hermanos
de
Roma
ni
adopta
el
tono
de
un
maestro
defraudado.

Les
dice
sencillamente
que
no
hace
otra
cosa
que
recordarles
lo
que
ya
saben
muy
bien,
y
les
asegura
que
está
convencido
de
que
ellos
están
preparados
para
servir
al
Señor
y
a
sus
semejantes.
Pablo
estaba
mucho
más
interesado
en
lo
que
un
hombre
podía
llegar
a
ser
que
en
lo
que
ya
era.
Veía
los
defectos
con
claridad

meridiana,
y
los
trataba
con
total
fidelidad;
pero
todo
el
tiempo
estaba
pensando,
no
en
la
criatura
desgraciada
que
era
un
hombre,
sino
en
la
espléndida
criatura
que
podría
llegar
a
ser.
Se
cuenta
que
una
vez
Miguel
Ángel,
cuando
se
puso
a
tallar
un
imponente
y
deforme
bloque
de
mármol,
dijo
que
lo
que
quería
era
liberar
al
ángel

que
estaba
prisionero
en
la
piedra.
Así
era
Pablo.
No
quería
dejar
a
un
hombre
fuera
de
combate
a
golpes;
no
quería
criticar
para
desanimar;
hablaba
con
sinceridad
y
hasta
con
severidad,
pero
siempre
con
el
deseo
de
ayudar
al
hombre
a
ser
el
que
podía
llegar
a
ser
aunque
todavía
no
había
llegado
a
serlo.

(ii)
La

única
gloria
que
Pablo
se
atribuía
era
que
él
era
siervo
de
Cristo.
La
palabra
que
usa
(leiturgós)
es
una
gran
palabra.
En
la
antigua
Grecia
había
ciertas
obligaciones
con
el
estado
que
se
llamaban
liturgias
(leiturgíai),
que
unas
veces
se
imponían
y
otras
las
asumían
voluntariamente
los
que
amaban
al
país.
Había
cinco
de
esos
servicios
voluntarios
de
los

que
se
encargaban
los
ciudadanos
patriotas.
(a)
Uno
era
jorégua,
que
era
el
deber
de
proporcionar
un
coro.
Cuando
Esquilo,
Sófocles
y
Eurípides
estaban
produciendo
sus
inmortales
dramas,
en
cada
uno
de
ellos
intervenía
un
coro
hablando
en
verso.
Había
grandes
festividades
como
las
de
la
Ciudad
Dionisia
en
las
que
se
representaban
hasta
dieciocho
obras
dramáticas
nuevas.
Los
que

amaban
a
su
ciudad
se
ofrecían
para
reunir,
mantener,
instruir
y
equipar
a
un
coro
a
sus
expensas.
(b)
Otro
servicio
era
la
gymnasiarjía.
Los
atenienses
estaban
divididos
en
diez
tribus,
y
eran
grandes
atletas.
En
alguno.
de
los
grandes
festivales
había
famosas
carreras
de
antorchas
en
las
que
competían
los
equipos
de
las
diferentes
tribus.
A
veces
hablamos
todavía

de
llevar
o
de
pasar
la
antorcha.
El
ganar
la
carrera
de
las
antorchas
era
un
gran
honor,
y
había
entusiastas
que
corrían
con
los
gastos
de
seleccionar,
mantener
y
entrenar
al
equipo
que
había
de
representar
a
su
tribu.
(c)
Otro
servicio
era
la
hestiasis.
Había
ocasiones
en
las
que
las
tribus
se
reunían
para
compartir
una
comida
y

una
fiesta
común;
y
había
hombres
generosos
que
se
encargaban
de
los
gastos
de
tales
concentraciones.

(d)
Otro
servicio
era
la
arjetheoría.

A
veces
la
ciudad
de
Atenas
mandaba
una
embajada
a
otra
ciudad,
o
a
consultar
el
oráculo
de
Delfos
o
de
Dodona.
En
tales
ocasiones
todo
tenía
que
hacerse
de
forma
que
mantuviera
el
honor
de
la
ciudad;

y
había
patriotas
que
sufragaban
voluntariamente
los
gastos
de
esas
embajadas.
(e)
Otro
servicio
era
la
triérarjía.
Los
atenienses
eran
el
gran
poder
naval
del
mundo
antiguo;
y
una
de
las
cosas
más
patrióticas
de
las
que
uno
se
podía
encargar
era
costear
voluntariamente
los
gastos
de
mantenimiento
de
un
trirreme
o
barco
de
guerra
durante
un
año.
Ese
es

el
fondo
de
la
palabra
leiturgós.
En
años
posteriores,
cuando
se
perdió
el
patriotismo,
estas
liturgias
dejaron
de
ser
voluntarias
Y
se
hicieron
obligatorias.
Más
tarde
la
palabra
llegó
a
usarse
para
cualquier
clase
de
servicio;
Y
más
tarde
todavía
se
reservó
especialmente
para
el
culto
Y
el
servicio
de
los
dioses
en
los
templos.
Pero
la
palabra
siempre
conservó

el
matiz
de

servicio
generoso.
De
la
misma
manera
que
en
los
tiempos
antiguos
un
hombre
ofrecía
su
fortuna
en
el
altar
del
servicio
a
su
querida
Atenas,
y
lo
consideraba
un
honor
y
una
gloria,
así
Pablo
se
ponía
todo
él
en
el
altar
del
servicio
a
Cristo,
y
estaba
orgullosa
de
ser
siervo
de
tal
Señor.

(iii)
Pablo

se
veía
a
sí
mismo,
en
el
mismo
esquema
de
cosas,
como
un
instrumento
en
las
manos
de
Cristo.
No
hablaba
de
lo
que
había
hecho
él,
sino
de
lo
que
Cristo
había
hecho
con
él.
Nunca
dijo
de
nada:
«
¡Yo
lo
hice!»
Siempre
decía:
«Cristo
me
usó
para
hacerlo.»
Se
dice
que
el
cambio
en
la
vida
de

D.
L.
Moody
llegó
cuando
fue
a
un
culto
Y
oyó
decir
al
predicador:
«
¡Está
por
ver
lo
que
el
Espíritu
Santo
podría
hacer
con
un
hombre
que
se
le
entregara
totalmente
Y
sin
reserva!»
Y
Moody
se
dijo:
«
¿Por
qué
no
he
de
ser
yo
ese
hombre?»
Y
todo
el
mundo
sabe
lo
que
el
Espíritu
de

Dios
hizo
con
D.
L.
Moody.
Las
cosas
empiezan
a
suceder
cuando
una
persona
deja
de
pensar
en
lo
que
puede
hacer
por
sí
misma
Y
empieza
a
pensar
en
lo
que
Dios
puede
hacer
con
ella.

(iv)
La
ambición
de
Pablo
era
ser
un
pionero.
Se
dice
que,
cuando
Livingstone
se
ofreció
voluntario
a
la
Sociedad
Misionera

de
Londres,
le
preguntaron
adónde
le
gustaría
ir.
«
Me
da
igual
-contestó-,
con
tal
de
que
sea
hacia
adelante.»
Y
cuando
llegó
a
África
le
fascinaba
el
humo
de
mil
poblados
que
veía
en
la
distancia.
La
única
ambición
de
Pablo
era
llevar
la
Buena
Nueva
de
Dios
a
los
que
todavía
no
la
habían
escuchado.
Usa
el
texto

de
Isaías
52:15
para
expresar
su
propósito.
Un
antiguo
himno
evangélico
español
expresa
en
el
coro
la
misma
voluntad:
¡Adelante
siempre,
-Adelante
siempre!
Peleeemos
con
valor,
¡Adelante
siempre,
-Adelante
siempre!
Prosigamos
con
ardor
Con
Jesús
delante,
-Con
Jesús
delante
Y
es
nuestra
la
victoria
Hasta
verle
en
la
gloria.

¡Adelante
siempre!
PROYECTOS
PRESENTES
Y
FUTUROS

Romanos

Y
esa
es
la
razón
por
la
que
en
muchas
ocasiones
se
me
ha
cerrado
el
camino
para
ir
a
vosotros.
Pero
ahora,
puesto
que
ya
no
tengo
más
campo
de
trabajo
en
estas
áreas, y
dado
que
desde
hace
muchos
años
he
tenido
muchas
ganas
de
ir
a
vosotros,
cuando
vaya
a
España
espero
veros
de
camino;

y
espero
también,
después
de
disfrutar
por
un
tiempo
de
vuestra
compañía,
que
me
ayudéis
a
proseguir
mi
camino
lo
más
pronto
posible.
Pero
de
momento
voy
de
camino
a
Jerusalén
para
prestarles
un
servicio
a
los
que
están
consagrados
a
Dios
allí;
porque
Macedonia
y
Acaya
han
resuelto
hacer
una
colecta
para
los
pobres
de
entre
los
que
están

consagrados
a
Dios
en
Jerusalén,
porque
esa
era
su
resolución,
y
es
verdad
que
están
en
deuda
con
ellos;
porque,
si
los
gentiles
han
recibido
una
parte
de
los
beneficios
espirituales,
ellos
también
están
en
deuda
con
ellos
de
prestarles
servicio
en
las
cosas
materiales.
Cuando
haya
llevado
a
cabo
este
asunto,
y
haya
entregado
debidamente
completos
los
regalos
que

traigo
para
ellos,
me
pondré
en
camino
hacia
España
pasando
por
vosotros.
Sé
que
cuando
vaya
a
veros, llegaré
llevándoos
una
bendición
abundante
de
parte
de
Cristo.

Aquí
tenemos
a
Pablo
hablando
de
sus
planes
inmediatos
y
más
futuros.

(i)
Su
plan
futuro
era
venir
a
España.
Había
dos
razones
por
las
que
deseara
venir.
La
primera

era
que
España
era
la
tierra
más
occidental
de
Europa.
Era,
en
cierto
sentido,
el
límite
del
mundo
civilizado,
y
eso
ya
era
suficiente
para
hacer
que
Pablo
quisiera
visitarla
para
predicar
el
Evangelio
aquí.
Pablo
quería
llegar
con
el
Evangelio
al
NON
PLUS
ULTRA,
al
último
extremo
más
allá
del
cual
ya
no
se
creía
que
había
más
tierras.

(ii)
En
aquel
tiempo
florecía
en
España
una
verdadera
galaxia
de
genios.
Muchos
de
los
más
grandes
hombres
del
Imperio
eran
españoles:
Lucano,
el
poeta
épico;
Marcial,
el
maestro
del
epigrama;
Quintiliano,
el
más
grande
preceptor
de
oratoria
de
su
tiempo.
Sobre
todos
y
sobre
todo,
Séneca,
el
gran
filósofo
estoico,
preceptor
y
luego
primer
ministro
de
Nerón,
era
español.

Puede
que
Pablo
estuviera
diciéndose
a
sí
mismo
que
podrían
suceder
cosas
maravillosas
si
España
fuera
ganada
para
Cristo.
(iii)
Su
plan
inmediato
era
ir
a
Jerusalén.
Había
tenido
un
proyecto
que
era
muy
querido
a
su
corazón:
había
organizado
que
se
hiciera
una
colecta
entre
las
iglesias
más
jóvenes
para
la
iglesia
madre
de
Jerusalén.
No
cabe
duda
de

que
esa
colecta
seria
muy
necesaria.
En
una
ciudad
como
Jerusalén,
muchos
de
los
empleos
disponibles
tendrían
relación
con
el
Templo
Y
sus
servicios.
Todos
los
sacerdotes
Y
las
autoridades
del
Templo
eran
saduceos,
que
eran
los
más
acérrimos
enemigos
de
Jesús.
Por
tanto,
debe
de
haber
sucedido
que
muchos,
cuando
se
convertían
a
Cristo
en
Jerusalén,
perdían
el
empleo

Y
quedaban
en
la
más

completa
necesidad.
La
ayuda
que
pudiera
venirles
de
las
iglesias
más
jóvenes
sería
un
notable
alivio.
Pero
había
por
lo
menos
otras
tres
razones
de
peso
por
las
que
Pablo
tenía
tanto
interés
en
llevar
aquella
ofrenda
a
Jerusalén.

(a)
Para
él
personalmente
suponía
el
pago
de
una
deuda
y
un
deber.
Cuando
se
llegó
al
acuerdo

de
que
Pablo
fuera
el
apóstol
de
los
gentiles,
lo
único
que
le
habían
pedido
los
líderes
de
la
iglesia
de
Jerusalén
había
sido
que
se
acordara
de
los
pobres
(Gálatas
2:10).

<

Cosa
que
siempre
tuve
mucho
interés
en
hacer»
decía
Pablo.
Él
no
era
un
hombre
capaz
de
olvidar
un
compromiso
o
una
deuda;
y
ahora
era
el

momento
de
cumplir,
por
lo
menos
en
parte.
(b)
No
había
mejor
manera
de
demostrar
prácticamente
la
unidad
de
la
Iglesia.
Era
ésta
una
manera
de
enseñar
a
las
iglesias
más
jóvenes
que
no
eran
unidades
aisladas,
sino
miembros
de
una
gran
Iglesia
que
se
extendía
por
todo
el
mundo.
El
valor
de
ayudar
a
otras
iglesias
consiste
en
que

nos
hace
recordar
que
no
somos
sólo
miembros
de
nuestra
iglesia
local,
sino
también
de
la
Iglesia
universal.

(c)
Era
la
mejor
manera
de
aplicar
la
fe
a
la
práctica.
Era
bastante
fácil
hablar
de
la
generosidad
cristiana;
pero
aquí
se
les
ofrecía
una
oportunidad
de
pasar
de
las
palabras
a
las
obras.
Así
es
que
Pablo
está

de
camino
a
Jerusalén,
y
está
preparándose
para
visitar
España.
No
sabemos
seguro
si
cumplió
su
deseo,
porque
en
Jerusalén
se
enfrentó
con
grandes
dificultades
que
le
condujeron
a
un
largo
encarcelamiento
y
tal
vez
a
la
muerte.
Es
posible
que
este
fuera
un
plan
del
gran
pionero
Pablo
que
nunca
llegó
a
realizar.

CON
LOS
OJOS
ABIERTOS

ANTE
EL
PELIGRO

Romanos 15:30-33

Hermanos,
os
exhorto
por
nuestro
Señor
Jesucristo,
y
por
el
amor
del
Espíritu,
que
luchéis
conmigo
en
oración
a
Dios
por
mí;
porque
necesito
vuestras
oraciones
para
no
caer
en
poder
de
los
de
Jerusalén
que
no
creen,
y
para
que
la
ayuda
que
estoy
llevando
a
Jerusalén
resulte
aceptable
a
los
que

están
consagrados
a
Dios
allí.
Quiero
que
oréis
para
que
en
la
voluntad
de
Dios
pueda
ir
felizmente
a
vosotros,
y
disfrutar
de
un
tiempo
de
descanso
en
vuestra
compañía.
¡Que
el
Dios
de
paz
sea
con
todos
vosotros!
Amén.

Llegamos
al
final
del
pasaje
anterior
diciendo
que,
por
lo
que
nosotros
sabemos,
el
proyecto
de
Pablo
de

ir
a
España
nunca
lo
pudo
realizar.
Sabemos
seguro
que,
cuando
fue
a
Jerusalén,
le
detuvieron
y
pasó
los
siguientes
cuatro
años
prisionero,
dos
en
Cesarea
y
dos
en
Roma.
Aquí
se
nos
revela
de
nuevo
la
grandeza
de
su
carácter.

(i)
Cuando
Pablo
fue
a
Jerusalén,
sabía
lo
que
hacía
y
era
plenamente
consciente
de
los
peligros

que
le
acechaban
(Cp.
Hechos
20:22ss;
21:10-14).
Como
su
Maestro
cuando
«afirmó
Su
rostro
para
ir
a
Jerusalén»
(Lucas
9:51,
R-V),
así
hizo
Pablo.
El
valor
de
más
subido
valor
es
el
del
que
sabe
que
tendrá
que
arrostrar
un
grave
peligro
si
cumple
lo
que
considera
su
deber,
y
sin
embargo
sigue
adelante.
Ese
es
el
valor
del
que

dio
muestra
Jesús.
Y
ese
es
el
valor
que
debemos
tener
todos
los
seguidores
de
Cristo,
como
lo
tuvo
Pablo.

(ii)
En
una
situación
así,
Pablo
pidió
las
oraciones
de
los
cristianos
de
la
iglesia
de
Roma.
Es
una
gran
cosa
seguir
adelante
sabiendo
que
estamos
arropados
por
las
oraciones
de
los
que
nos
aman.
Aunque
estemos
materialmente

a
mucho
distancia
de
los
que
amamos,
ellos
Y
nosotros
nos
podemos
encontrar
ante
el
Trono
de
la
Gracia
de
Dios.
(iii)
Pablo
les
deja
su
bendición
Y
sigue
adelante.
Era
sin
duda
todo
lo
que
podía
dar.
Aunque
no
podamos
hacer
nada
más,
siempre
podremos
presentar
a
nuestros
amigos
Y
amados
en
oración
a
Dios.
(iv)
Fue
la
bendición

del
Dios
de
paz
la
que
Pablo
envió
a
Roma,
y
fue
en
la
presencia
del
Dios
de
paz
como
él
mismo
fue
a
Jerusalén,
a
pesar
de
todas
sus
amenazas.

El
que
tiene
la
paz
de
Dios
en
el
corazón
se
puede
enfrentar
sin
miedo
con
todos
los
peligros
de
la
vida.

UNA
CARTA
DE
PRESENTACIÓN

Os
presento
a
nuestra
hermana
Febe, que
está
al
servicio
de
la
iglesia
de
Cencreas.
Confío
en
que
la
recibiréis
en
el
Señor
como
nos
debemos
recibir
mutuamente
los
que
formamos
parte
del
pueblo
de
Dios;
y
espero
que
la
ayudéis
en
lo
que
le
haga
falta, porque

ella
por
su
parte
ha
ayudado
a
muchos, entre
ellos
a
mí.

Cuando
uno
solicita
un
empleo,
es
corriente
que
presente
cartas
de
sitios
donde
ha
trabajado
o
de
personas
que
le
conocen
y
que
pueden
dar
informes
de
su
carácter
y
habilidad
profesional.
Cuando
una
persona
va
a
vivir
en
algún
lugar
nuevo
para
ella,
se
suelen
llevar
cartas
de
introducción
de
alguien
que
conoce
a
algunos
de
ese

lugar.
En
el
mundo
antiguo
estas
cartas
ya
eran

corrientes;
se
las
llamaba
systatikai
epístolas,
es
decir,
cartas
de
recomendación
o
de
presentación.
Se
han
conservado
muchas
de
estas
cartas,
escritas
en
papiro,
que
se
han
encontrado
en
los
antiguos
basureros
enterrados
en
las
arenas
del
desierto
en
Egipto.

Un
cierto
olivicultor
llamado
Mystarion,
por
ejemplo,
manda
a
un
esclavo
suyo
con
un
encargo
para
un

tal
Stotoetis,
jefe
de
los
sacerdotes;
y
le
da
una
carta
de
presentación
que
dice:

Mystarion
a
su
apreciado
Stotoetis:
¡Saludos
cordiales!
Te
mando
a
mi
Blastus
para
que
me
traiga
aperos
para
mis
olivares.
No
me
le
entretengas,
que
ya
sabes
que
le
necesito
a
todas
horas.

A
Stotoetis,
sacerdote
jefe
de
la
isla.

Aquí
Pablo
escribe
una
carta
de
presentación
de
Febe
a
la
iglesia
de
Roma.

Febe
procedía
de
Cencreas,
que
era
el
puerto
de
Corinto.
Algunas
veces
se
la
llama
diaconisa;
pero
no
es
probable
que
Febe
tuviera
una
posición
oficial
en
el
ministerio
de
la
iglesia.
No
ha
habido
nunca
un
tiempo
en
el
que
el
trabajo

de
las
mujeres
no
fuera
de
un
valor
infinito.
Esto
debe
de
haber
sido
especialmente
cierto
en
los
tiempos
de
la
Iglesia
Primitiva.
En
los
casos
de
bautismo
por
inmersión
-que
era
la
manera
corriente
entonces-,
en
las
visitas
a
los
enfermos
y
en
la
distribución
de
ayuda
a
los
necesitados,
las
mujeres
deben
de
haber
representado
un
papel
importante

en
la
vida
de
las
iglesias;
pero
no
parece
que
tuvieran
cargos
oficiales
en
aquel
tiempo.

Pablo
encarga
que
se
le
dé
la
bienvenida
a
Febe:
Pide
a
los
cristianos
de
Roma
que
la
reciban
como
los
que
están
consa-
grados
a
Dios
deben
recibirse
mutuamente.
No
debería
haber
extranjeros
en
la
familia
de
Cristo;
no
deberían
hacer

falta
las
presentaciones
formales
entre
los
cristianos;
porque
son
hijos
e
hijas
del
mismo
Padre,
y
por
tanto
hermanos
y
hermanas
entre
sí.
Y
sin
embargo
la
iglesia
no
es
siempre
la
institución
dispuesta
a
dar
la
bienvenida
que
debería
ser.
Es
posible
que
las
iglesias,
y
aún
más
las
organizaciones
eclesiásticas,
se
conviertan
en
grupitos
exclusivistas
que
realmente
no

tienen
interés
en
recibir
a
forasteros.
Cuando
venga
uno
a
la
nuestra
-el
consejo
de
Pablo
sigue
siendo
relevante-, debemos
hacer
que
se
sienta
bienvenido,
como
debe
suceder
entre
los
que
son
de
Cristo.

UNA
IGLESIA
QUE
ERA
UNA
FAMILIA

Romanos
16:3,
4

Dadle
mis
saludos
a
mis
colaboradores
en
el
Evangelio
Prisca
Y
Aquila,

que
se
jugaron
el
cuello
para
salvarme
la
vida.
No
soy
yo
el
único
que
les
está
agradecido,
sino
todas
las
iglesias
de
los
gentiles;
Y
transmitidle
mi
saludo
a
la
iglesia
que
está
en
su
casa.

No
hay
pareja
más
fascinante
en
todo
el
Nuevo
Testamento
que
la
formada
por
Prisca
Y
Aquila.
Algunas
veces
a
Prisca

se
la

llama
Priscila
-que
debería
decirse
en
español
Prisquilla,
porque
es
el
diminutivo
cariñoso
de
su
nombre.
Vamos
a
empezar
por

los
hechos
que
sabemos
de
ellos
con
seguridad.

Aparecen
por
primera
vez
en
Hechos
18:2.
Por
ese
pasaje
sabemos
que
antes
habían
sido
residentes
en
Roma.
Claudio
había

publicado
un

edicto
en
el
año
52
d.C.
desterrando
a
los
judíos.
El
antisemitismo
no
es
nada
nuevo,
y
a
los
judíos
se
los
odiaba

en
el
mundo
antiguo
tanto
como
en
el
contemporáneo

a
veces.
Cuando
fueron
desterrados
de
Roma,
Prisca
y
Aquila
se
quedaron
en
Corinto.
Eran
fabricantes
de
tiendas
de
campaña,

que
era

también
la
profesión
de
Pablo,
y
éste
encontró
un
verdadero
hogar
en
la
casa
de
ellos.
Cuando
salió
de
Corinto
y
se
fue

a
Éfeso,
Prisca
y
Aquila
se
fueron
con
él,
y
se
instalaron
allí
(Hechos
18:18).

El
primer
incidente
en
que
intervienen
es
característico.
Había
llegado
a
Éfeso
un
brillante
intelectual
que
se
llamaba

Apolos;
pero
éste
todavía
no
había
comprendido
del
todo
la
fe
cristiana.
El
caso
es
que
Prisca
y
Aquila
se
le
llevaron
a
su
casa,
y
le
ofrecieron
amistad
y
enseñanza
del
Evangelio
(Hechos
18:24-26).
Desde
el
principio
Prisca
y
Aquila
eran
personas
que
mantenían
la
puerta
y
el
corazón
abiertos.

La
segunda
vez
que
nos
los
encontramos

están
todavía
en
Éfeso.
Pablo
escribió
desde
allí
su
Primera
Carta
a
los
Corintios,
y
en
ella
manda
saludos
de
Prisca
y
Aquila
y
de
la
iglesia
que
está
en
su
casa
(1
Corintios
16:19).
Esto
era
mucho
antes
de
que
hubiera
tal
cosa
como
edificios
que
se
usaran
como
iglesias;
y
la
casa
de
Prisca
y
Aquila
se
usaba

como
el
lugar
de
reunión
de
un
grupo
de
cristianos.

La
vez
siguiente
que
tenemos
noticias
de
ellos
están
en
Roma.
El
edicto
por
el
que
Claudio
había
desterrado
de
Roma
a
los
judíos
había
dejado
de
ser
efectivo;
y
es
probable
que
Prisca
y
Aquila,
como
otros
muchos
judíos,
volvieron
a
sus
antiguas
casas
y
negocios,
de

los
que
habrían
conservado
las
llaves
como
hicieron
durante
mucho
tiempo
los
judíos
que
fueron
expulsados
de
España
en
1492.
Descubrimos
que
Prisca
y
Aquila
siguen
siendo
los
mismos:
otra
vez
hay
un
grupo
de
cristianos
que
se
reúne
en
su
casa.

La
última
vez
que
aparecen
en
el
Nuevo
Testamento
es
en
2
Timoteo
4:19,
y
están
en
Éfeso
otra
vez;
y
uno
de
los
últimos
mensajes
que
mandó
Pablo
fueron
sus
saludos
para
esta
pareja
de
cristianos
que
habían
sido
sus
compañeros
en
muchos
de
los
lances
de
su
agitada
vida.

Prisca
y
Aquila
vivieron
una
vida

curiosamente
nómada
Y
desarraigada.
El
mismo
Aquila
había
nacido
en
el
Ponto,
en

Asia
Menor
(Hechos
18:2).
La
primera
vez
nos
los
encontramos
en
Roma;
luego,
en
Corinto;
después,
en
Éfeso;
luego,
otra
vez
en
Roma,
y
finalmente,
de
nuevo
en
Éfeso;
pero
siempre
que
nos
los
encontramos,
su
casa
es
el
centro
de
encuentro
y
de
servicio

de
los
hermanos
cristianos.
Todos
los
hogares
cristianos
deberían
ser
iglesias;
porque
una
iglesia
es
un
lugar
donde
se
puede
encontrar
a
Cristo.
La
casa
de
Prisca
y
Aquila,
donde
estuviera,
irradiaba
amistad
y
comuni3n
y
amor.
Si
uno
es
forastero

o
extranjero
en
alg3n
lugar
desconocido,
una
de
las
cosas
que
m3s
apreciar3
ser3
tener
un
hogar

donde
se
sienta
bien
recibido
Y
esté
a
gusto,
lo
más
posible
como
en
su
propia
casa.
Eso
disipa
la
soledad
Y
protege
contra
la
tentación.
A
veces
puede
que
pensemos
que
el
hogar
es
un
sitio
donde
nos
podemos
encerrar
dejando
fuera
al
mundo;
pero,
por
otra
parte,
un
hogar
debería
ser
un
sitio
con
una
puerta
abierta.
La

puerta
abierta,
la
mano
abierta
y
el
corazón
abierto
son
características
de
la
vida
cristiana.
Hasta
aquí
lo
que
sabemos
seguro
de
Prisca
y
Aquila;
pero
puede
que
haya
algo
aún
más
romántico
en
su
historia.
Hasta
ahora,
hay
una
iglesia
en
el
Aventino
de
Roma
que
se
llama
la
Iglesia
de
Santa
Prisca.
También
hay
un
cementerio
que
se

llama
de
Priscilla,
y
es
el
cementerio
de
la
antigua
familia
Acilia.
Allí
fue
enterrado
Acilio
Glabrio,
que
fue
cónsul
de
Roma
en
el
año
91
d.C.,
el
puesto
más
honorable
que
se
podía
conceder
a
un
romano;
y
parece
ser
que
murió
como
mártir
cristiano.
Debe
de
haber
sido
uno
de
los
primeros
nobles
romanos
que
se
convirtieron
al

Cristianismo

y

dieron

su

vida

por

su

fe.

Ahora

bien:

cuando

un

esclavo

recibía

la

libertad

en

el

Imperio

Romano

se

enrolaba

en

una

de

las

grandes

familias

y

tomaba

uno

de

los

nombres

de

ésta

como

propio.

Uno

de

los

nombres

más

frecuentes

de

mujer

en

la

familia

Acilia

era

Prisca;

y

Acilius

se

escribe

a

veces

Aquilius,

que

está
muy
próximo
a
Aquila.
Aquí
nos
encontramos
con
dos
posibilidades
fascinantes:

(i)

A
lo
mejor
Prisca
Y
Aquila
recibieron
la
libertad
de
algún
miembro
de
la
familia
Acilia,
en
la
que
tal
vez
habían
sido
esclavos.
¿No
serían
ellos
los
que
sembraron
la
semilla
del
Evangelio
en
aquella
familia,
de
tal
manera
que
uno
de
ellos,
nada

menos
que
el
cónsul
romano
Acilio
Glabrio,
se
convirtió
Y
fue
mártir
de
Cristo?
(ii)
Y
hay
otra
posibilidad
todavía
más
romántica.
Es
curioso
que
en
cuatro
de
los
seis
lugares
en
los
que
aparece
la
pareja
en
el
Nuevo
Testamento
se
nombre
a
Prisca
en
primer
lugar,
aunque
lo
normal
habría
sido
poner
el
nombre
del
marido
delante
del

de
la
mujer,
como
cuando
decimos
nosotros
«el
señor
y
la
señora
Rodríguez.»
Existe
la
posibilidad
de
que
se
hiciera
así
porque
Prisca
no
era
una
liberta,
sino
una
dama
de
la
nobleza,
perteneciente
por
nacimiento
a
la
familia
Acilia.
Es
posible
que,
en
alguna
reunión
de
los
cristianos,
esta
gran
señora
romana
conoció
a
Aquila,
el
humilde
judío
fabricante

de
tiendas
de
campaña;
que
se
enamoraron;
que
el
Evangelio
echó
abajo
las
barreras
de
raza
Y
rango
Y
riqueza
Y
nacimiento,
Y
que
estos
dos,
la
aristócrata
romana
Y
el
artesano
judío,
unieron
sus
vidas
para
siempre
en
el
amor
Y
en
el
servicio
cristiano.
De
estas
suposiciones
no
podemos
estar
seguros
del
todo,
aunque
uno
quisiera
que
fueran

verdad;
pero
podemos
estar
seguros
de
que
había
muchos
en
Corinto,
en
Éfeso
Y
en
Roma
que
debían
sus
almas
a
Prisca
Y
Aquila,
Y
al
hogar
de
ambos
que
era
también
una
iglesia.

UN
ELOGIO
PARA
CADA
NOMBRE

Romanos
16:5-11

Dad
mis
saludos
a
mi
querido
Epeneto,
que
fue
el
primero
que
se

convirtió
a
Cristo
en
Asia.
Dad
mis
saludos
a
María,
que
ha
trabajado
mucho
entre
vosotros.
Dad
mis
saludos
a
mis
parientes
Y
compañeros
de
presidio
Andrónico
Y
Junia, que
son
muy
apreciados
entre
los
apóstoles
Y
son
cristianos
desde
antes
que
yo.

Dad
mis
saludos
a
Ampliato,
amado
mío
en
el
Señor.

'
Dad
mis
saludos

a
nuestro
colaborador
cristiano
Urba-
no, y

a
mi
querido
Estaquio.

Dad
mis
saludos

a
Apeles,
cristiano
íntegro.

Dad
mis
saludos

a
todos
los
de
la
familia
de
Aristóbulo.

Dad
mis
saludos

a
mi
pariente
Herodión.

Dad
mis
saludos

a
los
de
la
familia
de

Nar-
ciso
que
son
creyentes.

No
hay
duda
de
que
detrás
de
cada
uno

de
estos
nombres
se
esconde
una
verdadera
saga
cristiana.
Ninguna
de
ellas
nos
es
conocida,
pero
podemos
imaginarnos
algunas.
En
este
capítulo
hay
veinticuatro
nombres
personales
y
dos
cosas
interesantes
que
notar:

(i)
De
los
veinticuatro,
seis
son
mujeres.
Esto
vale
la
pena
recordarlo;
porque
algunos
acusan
a
Pablo
de
ser
machista
y
de
minimizar
el
papel

de
las
mujeres
en
la
iglesia.
Si
de
veras
queremos
conocer
la
actitud
de
Pablo,
debemos
leer
un
pasaje

como
éste,
en
cada
una
de
cuyas
líneas
se
trasluce
el
aprecio
de
Pablo
hacia
la
labor
que
las
mujeres
están
realizando
en
la
iglesia.

(ii)
Trece
de
los
veinticuatro
nombres
figuran
en
inscripciones
o
en
documentos
que
tratan
del
palacio
del
Emperador
de
Roma.
Aunque
varios
son
bastante
corrientes,
este
hecho
es
muy
sugestivo.
En
Filipenses

4:22
Pablo
habla
de
los
santos
de
la
casa
del
César.
Puede
que
fueran
en
su
mayoría
esclavos;
pero
aun
así
es
importante
que
el
Evangelio
parece
haber
penetrado
desde
tan
al
principio
en
el
palacio
imperial.
Andrónico
y
Junias
forman
una
pareja
interesante,
porque
es
probable
que
Junias
sea
un
nombre
de
mujer.
Eso
querría
decir,
¡nada
menos!,
que

en
la
Iglesia
Primitiva
se
podía
incluir
a
una
mujer
entre
los
apóstoles.
Los
apóstoles,
en
este
sentido,
eran
personas
que
la
iglesia
mandaba
al
mundo
a
predicar
el
Evangelio.
Pablo
dice
que
Andrónico
y
Junias
eran
cristianos
desde
antes
que
él.
Eso
quiere
decir
que
se
remontarían
a
los
días
de
Esteban;
deben
de
haber
estado
en
contacto
con

la
iglesia
de
los
primeros
días
en
Jerusalén.
Detrás
del
nombre
de
Ampliato
puede
que
se
esconda
una
historia
interesante.
Es
corriente
como
nombre
de
esclavo.
Ahora

bien:
en
el
cementerio
de
Domitila,
que
es
el
más
antiguo
de
las
Catacumbas,
hay
una
tumba
decorada,
dedicada
exclusivamente
a
Ampliatius.
Los
ciudadanos
romanos
tenían
tres
nombres:
el
nomen,
el

praenomen
y
el
cognomen-,
lo
cual
podría
indicar
que
este
Ampliatus,
que
no
tenía
más
que
uno,
era
un
esclavo.
Pero
la
decoración
de
la
tumba
y
la
distinguida
escritura
nos
hacen
pensar
que
se
trataba
de
una
persona
de
alto
rango
en
la
iglesia.
De
ahí
se
deduce
que,
desde
los
primeros
días
de
la
Iglesia,
las
diferencias
de

rango
estaban
tan
borradas
que
era
posible
que
un
hombre
fuera
al
mismo
tiempo
un
esclavo
y
un
príncipe
de
la
Iglesia.
Las
diferencias
sociales
no
contaban.
No
podemos
asegurar
que
este
Ampliatus
al
que
manda
saludos
Pablo
fuera
el
mismo
que
el
del
cementerio
de
Domitila;
pero
no
es
imposible.

La
casa
de
Aristóbulo
puede
también
ser

una
referencia
que
encierra
una
historia
interesante.
En
Roma,
la
casa
no
describía
solamente
la
familia
o
los
parientes
de
una
persona,
sino
que
incluía
también
a
sus
servidores
y
esclavos.
En
Roma
hacía
tiempo
que
vivía
un
nieto
de
Herodes
el
Grande
que
se
llamaba
Aristóbulo.
Siempre
había
vivido
como
un
mero
particular,
y
no
había
heredado
nada
de

los
dominios
de
Herodes;
pero
era
amigo
personal
del
emperador
Claudio.
Cuando
murió
Aristóbulo,
sus
servidores
y
sus
esclavos
pasarían
a
ser
propiedad
del
Emperador,
pero
formarían
una
sección
conocida
como
la
casa
de
Aristóbulo.
Así
que
esta
frase
puede
describir
a
los
servidores
y
esclavos
judíos
que
antes
habían
pertenecido
a
Aristóbulo,
el
nieta
de
Herodes,
y
que
habían

pasado
a
ser
propiedad
del
Emperador.
Esto
resulta
más
probable
por
los
dos
nombres
entre
los
que
se
encuentra.
Apeles
puede
ser
la
forma
griega
del
nombre
de
un
judío
que
se
llamara
Abel,
y
Herodión
está
claro
que
sería
el
que
correspondiera
a
uno
relacionado
con
la
familia
de
Herodes.

La
casa
de
Narciso
también
puede
que

encierre
una
historia
interesante.
Narciso
era
un
nombre
bastante
corriente;
pero
el

Narciso
más
famoso
era
un
liberto
que
había
sido
secretario
del
emperador
Claudio
y
había
tenido
una
considerable
influencia.
Se
decía
que
había
amasado
una
fortuna
privada
que
equivaldría
ahora
a
miles
de
millones
de
pesetas.
Adquirió
tanto
poder
porque
toda
la
correspondencia
dirigida
al
Emperador

tenía
que
pasar
por
sus
manos,
así
es
que
de
él
dependía
que
llegara
a
su
destino;
los
sobornos
para
que
las
peticiones
de
la
gente
llegaran
al
Emperador
iban
engrosando
la
fortuna
personal
de
Narciso.
Cuando
Claudio
fue
asesinado
y
Nerón
ocupó
su
puesto,
Narciso
sobrevivió
un
poco
de
tiempo,
pero
al
final
se
le
obligó
a
cometer
suicidio,

Y
su
fortuna
Y
casa
pasaron
a
ser
propiedad
de
Nerón.
Puede
que
aquí
se
haga
referencia
a
sus
servidores
Y
esclavos.
Si
Aristóbulo
era
de
veras
el
nieta
de
Herodes,
Y
si
Narciso
era
el
que
había
sido
secretario
de
Claudio,
esto
querría
decir
que
muchos
de
los
esclavos
de
la
corte
imperial
ya
eran
cristianos.
La
levadura
del

Evangelio
había
llegado
a
los
círculos
más
altos
del
Imperio.

SAGAS
QUE
SE
RECUPERAN

Romanos
16:12-16

Dadle
mis
saludos
a
Trifena
Y
a
Trifosa,
que
trabajan
mucho
en
el
Señor.
Dadle
mis
saludos
a
la
querida
Pérsida,
que
ha
trabajado
mucho
en
el
Señor.
Dadle
mis
saludos
a
Rufo,
escogido
del
Señor,
Y
a

su
madre, que
me
trató
como
a
un
hijo.
Dadles
mis
saludos
a
Asíncrito,
Flegonte,
Herma,
Patrobas,
Hermes,
Y
a
los
hermanos
que
están
con
ellos.
Dadles
mis
saludos
a
Filólogo,
Julia,
Nereo
Y
su
hermana,
Olimpas,
Y
todos
los
consagrados
que
están
con
ellos.
Saludaos
unos
a
otros
dándoos
unos
a
otros
de
mi
parte
el
beso
de
los
consagrados

a
Dios.
Todas
las
iglesias
cristianas
os
mandan
recuerdos.

No
cabe
duda
que
todos
estos
nombres
encerrarán
sagas;
pero
sólo
podemos
aventurarnos
a
recuperar
las
de
unos
pocos.

(i)
Cuando
Pablo
manda
saludos
para
Trifena
y
Trifosa
-que
es
probable
que
fueran
mellizas,
por
la
semejanza
de
sus
nombres-,
lo
hace
con
una
sonrisa;
porque
la

forma
en
que
lo
dice
suena
a
una
graciosa
contradicción
en
términos.
En
esta
lista
de
saludos
Pablo
usa
tres
veces
una
cierta
palabra
griega
refiriéndose
al
trabajo
cristiano.
La
usa
de
María
(versículo
6),
y
de
Trifena
y
Trifosa
y
de
Pérsida
en
este
pasaje.
Es
el
verbo
kopian,
que
quiere
decir
ajetrear
hasta
el
agotamiento,
matarse
a
trabajar.

Eso
es
lo
que
Pablo
dice
que
Trifena
y
Trifosa
tenían
costumbre
de
hacer;
y
lo
curioso
es
que
Trifena
y
Trifosa
quieren

decir
respectivamente
melindrosa
y
melosa.
Es
como
si
dijera:
«Vosotras
dos
os
llamáis
melindrosa
y
melosa;
¡pero
dais
un
mentís
a
vuestros
nombres
trabajando
como
negras
en
la
causa
de
Cristo!»
Podemos
figurarnos
a
Pablo
guiñándole
el
ojo
a
su
amanuense
al
dictarle
este
saludo.

(ii)
Una
de
las
sagas
más
gloriosas
ocultas
en
el
Nuevo
Testamento

se
encierra
en
el
nombre
de
Rufo,
Y
su
madre,
que
se
portó
como
una
madre
con
Pablo.
Está
claro
que
Rufo
era
conocido
Y
apreciado
por
su
simpatía
Y
santidad
en
la
iglesia
de
Roma;
Y
también
está
claro
que
Pablo
reconocía
una
deuda
de
gratitud
que
tenía
con
la
madre
de
Rufo
por
la
amabilidad
Y
los
cuidados

que
le
había
deparado.
¿Quién
era
Rufo?
Vayamos
a
Marcos
15:21.
Allí
leemos
que
los
soldados
romanos
que
iban
conduciendo
a
Jesús
al
Calvario
obligaron
a
un
cierto
Simón
Cireneo
a
llevar
la
cruz;
y
se
le
describe
como
el
padre
de
Alejandro
y
Rufo.
Ahora
bien:
si
a
ese
hombre
se
le
identifica
por
los
nombres
de
sus
hijos,

está
claro
que,
aunque
a
él
no
se
le
conociera
en
aquella
comunidad
a
la
que
se
está
contando
aquello,
sus
hijos
sí
eran
conocidos.

¿A
qué
iglesia
dedicó
Marcos
su
Evangelio?
A
la
de
Roma;
Y
daba
por

sentado
que
allí
sabían
quiénes
eran
Alejandro
Y
Rufo.
Es
casi
seguro
que
el
Rufo
que
se
menciona
aquí

era
el
hijo
de
aquel
Simón
Cireneo
que
llevó
la
cruz
de
Jesús.

Aquel
habría
sido
un
día
terrible
para
Simón.
Era
judío,

natural
de
Cirene,
en
el
Norte
de
África.
Es
probable
que
se
hubiera
pasado
media
vida
ahorrando
para
poder
ir
alguna
vez
a
celebrar
la
Pascua
en
Jerusalén.
Cuando
por
fin
lo
pudo

hacer,
cuando
estaba
a
punto
de
entrar
en
la
ciudad
con
el
corazón
emocionado
por
la
solemnidad
de
la
fiesta,
de
pronto
un
soldado
romano
le
puso
la
espada
plana
en
el
hombro,
que
era
la
señal
de
que
se
le
confiscaba
para
un
servicio...
y
se
encontró
llevando
la
cruz
de
un
criminal.
¡Cómo
se
cambiaría
su
elevada
emoción

espiritual
por
el
resentimiento
que
le
causaba
aquella
indigna
humillación!
¡Haber
venido
de
Cirene
para
esto!
¡Él,
que
pensaba
solamente
en
participar
de
la
gloria
de
la
Pascua,
y
tenía
que
hacer
algo
tan
terrible
y
vergonzoso!
¿Tiraría
la
cruz
al
suelo
con
rabia
al
llegar
al
Calvario,
y
se
marcharía
con
odio
en
el
corazón?

Algo
como

lo
que
intuyó
y
nos
contó
Gabriel
Miró
en
sus
Figuras
de
la
Pasión
del
Señor
debe
de
haber
sucedido.
En
el
camino
del
Calvario,
el
encanto
sobrenatural
de
la
figura
quebrantada
de
Jesús
habrá
ido
echando
sus
zarcillos
alrededor
del
corazón
del
Cireneo.
Probablemente
se
quedaría
para
ver
más,
y
la
figura
del
Crucificado
le
atrajo
a
Sí
para

siempre.
Aquel
encuentro
«casual»
en
el
camino
del
Calvario
cambió
la
vida
de
Simón.
Había
ido
a
Jerusalén
para
participar
allí
de
la
Pascua,
¡Y
cómo
cumplió
Dios
su
deseo!
Allí
Y
entonces
conoció
al
Que
había
venido
para
hacer
realidad
todo
lo
que
la
Pascua
anunciaba
Y
representaba,
al
Cordero
de
Dios
Que
quita
el
pecado
del
mundo,
Cristo,

nuestra
Pascua.
Volvería
a
casa,
y
compartiría
su
experiencia
con
su
mujer
e
hijos
de
tal
manera
que
también
ellos
creerían.

Podemos
entretejer
toda
clase
de
especulaciones.
Fueron
hombres
de
Chipre
y
de
Cirene
los
que
fueron
a
Antioquía
y

anunciaron
el
Evangelio
por
primera
vez
a
los
gentiles
(Hechos
11:20).
¿Era
Simón
uno
de
los

de
Cirene?
¿Estaba
Rufo
con
él

entre
los
que
dieron
aquel
gigantesco
paso
de
fe
de
hacer
que
el
Cristianismo
ofreciera
la
Salvación
a
toda
la
humanidad?

¿Estaban
ellos
entre
los
que
soltaron
las
amarras
del
Cristianismo
del
muelle
de
Israel?
¿Será
posible
que
los
gentiles

debamos
el
ser
cristianos
hoy
al
extraño
episodio

del
hombre
de
Cirene
al
que
oblijaron
a
llevar
una
cruz
al
Calvario?

Vayamos
ahora
a
Efeso
en
aquel
día
en
que
produjeron
un
tremendo
disturbio
los
industriales
que
tenían
montado
un
muy
próspero
negocio
en
torno
a
la
diosa
Diana
de
los
Efesios,
cuando
la
multitud
habría
linchado
a
Pablo
si
le
hubiera
echado
mano.
¿Quién
salió

a
enfrentarse
con
aquel
gentío
enfurecido?
Uno
que
se
llamaba
Alejandro
(Hechos
19:33).
¿Sería
el
otro
hermano,
arrostrándolo
todo
por
Jesús
con
Pablo?

Y
en
cuanto
a
la
madre,
no
cabe
duda
de
que
en
momentos
de
necesidad
debe
de
haber
brindado
a
Pablo
la
ayuda
y
la
hospitalidad
que
su
propia
familia
le
rehusó
desde
el
día

que
creyó
que
el
Crucificado
era
el
Mesías.
Puede
que
nos
estemos
pasando
en
algunos
detalles,
porque
Alejandro
y
Rufo
eran
nombres
bastante
corrientes;
pero
no
nos
podemos
pasar
al
suponer
que
aquel
encuentro
<
casual»
en
el
camino
del
Calvario
produjo
consecuencias
maravillosas,
de
las
que
seguimos
beneficiándonos.

(iii)
Todavía
nos
queda
otro
nombre
que
tal
vez

encierre
una
historia
todavía
más
sorprendente,
el
de
Nereo.
El
año
95
d.C.
tuvo
lugar
un
suceso
que
escandalizó
a
toda
Roma.
Dos
de
las
personas
más
distinguidas
de
la
ciudad
fueron
condenadas
a
muerte
por
ser
cristianas.
Eran
Flavio
Clemente,
que
había
sido
cónsul
de
Roma,
y
su
esposa
Domitila,
que
era
de
sangre
real.
Era
nieta
del
emperador

Vespasiano,
y
sobrina
del
actual
emperador,
Domiciano.
De
hecho,
los
dos
hijos
de
Flavio
Clemente
y
Domitila
habían
sido
designados
como
sucesores
de
Domiciano
en
el
poder
imperial.
Flavio
fue
ejecutado,
y
Domitila
fue
desterrada
a
la
isla
de
Pontia,
donde
unos
años
después
Paula
vio
la
cueva
en
la
que
«Domitila
arrastró
su
largo
martirio
por
el
nombre
de

Cristo.»
Lo
curioso
del
caso
es
que
el
mayordomo
de
Flavio
y
Domitila
se
llamaba
Nereo.
Es
posible
que
el
esclavo
Nereo
fue
el
instrumento
para
que
el
ex
cónsul
Flavio
Clemente
y
la
princesa
de
sangre
real
Domitila
se
convirtieran
al
Cristia-

nismo.
Nereo
era
un
nombre
bastante
corriente,
pero
la
suposición
es
posible.

Hay otro hecho de interés que añadir a esta historia. Flavio Clemente era hijo de Flavio Sabino, que era el prefecto de Roma cuando Nerón persiguió sádicamente a los cristianos después de acusarlos de haber provocado el terrible incendio de Roma del año 64 d.C. Como prefecto de la ciudad, Flavio Sabino tiene que haber sido el oficial encargado

de
la
persecución.
Fue
entonces
cuando
Nerón
ordenó
que
se
cubriera
de
brea
a
los
cristianos
y
se
les
prendiera
fuego
para
servir
de
antorchas
vivas
en
sus
jardines,
o
que
se
los
cubriera
de
pieles
de
animales
y
se
les
lanzaran
los
salvajes
perros
entrenados
para
la
caza
mayor,
o
que
los
encerraran
en
navíos
que
luego
se
hundían

en
las
aguas
del
Tíber.
Es
posible
que,
treinta
años
antes
de
morir
por
Cristo,
el
joven
Flavio
Clemente
presenciara
el
valor
inquebrantable
de
los
mártires,
y
se
preguntara
qué
los
hacía
arrostrar
así
las
muertes
más
horribles.

¡Cinco
versículos
de
saludos
y
nombres
que
nos
revelan
sagas
que
alucinan
el
corazón!

LA
ÚLTIMA
APELACIÓN
DEL

AMOR

Romanos
16:17-20

Hermanos,
os
advierto
que
tenéis
que
tener
cuidado
con
los
que,
apartándose
de
la
enseñanza
que
han
recibido,
causan
disensiones
y
ponen
tropiezos
en
vuestro
camino
para
haceros
caer.
No
tengáis
nada
que
ver
con
ellos.
Tales
personas
no
están
realmente
al
servicio
de
Cristo
nuestro
Señor,
sino
sólo
de
su
propia
codicia.

Con
halagos
y
buenas
palabras
engañan
los
corazones
de
los
inocentes.
Sé
que
sabréis
lo
que
tenéis
que
hacer
con
tales
personas,
porque
el
informe
de
vuestra
obediencia
ha
llegado
a
todo
el
mundo.
Así
que
me
alegro
de
cómo
sois.
Quiero
que
seáis
expertos
en
el
bien
e
ignorantes
en
el
mal.
¡El
Dios
de
paz
derribará
pronto
a

Satanás
a
vuestros
pies!
¡La
Gracia
del
Señor
Jesucristo
sea
con
vosotros!

A
Pablo
le
resultaba
difícil
ponerle
punto
final
a
su
Carta
a
los
Romanos.
Ya
había
mandado
saludos;
pero
antes
de
terminar
incluye
una
última
apelación
a
los
cristianos
de
Roma
para
que
se
guarden
de
las
malas
influencias.
Escoge
dos
características
de
las
personas
que

son
dañinas
para
la
iglesia
y
la
comuni3n
cristiana.

(i)
Son
personas
que
causan
divisiones
entre
los
hermanos.
Los
que
hacen
cosas
que
alteran
la
paz
de
la
iglesia
tendr3n
que
dar
cuenta.
Cierta
pastor
estaba
una
vez
hablando
a
uno
que
acababa
de
llegar
a
su
congregaci3n
de
otro
pueblo.
Estaba
claro
que
el
tipo
aquel
tena

poco
amor
de
Cristo.
Le
dijo
al
pastor:
«¿Conoce
usted
tal
y
tal
iglesia?»
-refiriéndose
a
la
anterior
de
la
que
había
sido
miembro.
Cuando
el
pastor
asintió,
prosiguió
con
malvada
complacencia:
«Bueno,
¡yo
la
hice
polvo!»
Hay
personas
que
se
complacen
en
causar
problemas,
y
les
encanta
sembrar
cizaña.
La
que
ha
producido
disensión
en
una
compañía
de
hermanos

tendrá
que
dar
cuenta
algún
día
al
Que
es
Rey
Y
Cabeza
de
la
Iglesia.
(ii)
Hay
personas
que
ponen
tropiezos
en
el
camino
de
los
demás.
El
que
se
lo
pone
más
difícil
a
otro
el
ser
cristiano,
también
tendrá
que
dar
cuenta.
Si
la
conducta
de
alguien
es
un
mal
ejemplo,
o
su
influencia
es
una
trampa,
o

su
enseñanza
diluye
o
tergiversa
la
fe
cristiana
que
pretende
defender,
esa
persona
no
quedará
sin
castigo.
Y
no
será
ligero,
porque
ya
se
lo
advirtió
Jesús
a
los
que
hagan
tropezar
a
uno
de
Sus
pequeñitos.
Hay
dos
palabras
interesantes
en
este
pasaje.
(a)
Una
es
la
que
hemos
traducido
por
halagos
(jréstologuía).
Los
mismos
griegos
definían
a
un

jréstólogos
como
«uno
que
habla
bien
pero
actúa
mal.»
Es
la
clase
de
persona
que,
tras
una
fachada
de
palabras
piadosas,
ejerce
una
mala
influencia
que
desvía,
no
mediante
un
ataque
directo,
sino
rastreramente;
que
pretende

ser
servidor
de
Cristo,
pero
lo
que
hace
en
realidad
es
destruir
la
fe.
(b)
La
otra
palabra
es
la
que
hemos

traducido
por
incontaminado
de
nada
malo
(akeraios), que
se
usa
de
un
metal
puro
y
sin
aleaciones,
o
del
vino
o
la
leche
a
los
que
no
se
ha
añadido
agua.
Describe
algo
que
es
puro
y
sin
contaminación,
«limpio
de
polvo
y
paja.»
El
cristiano
es
alguien
cuya
integridad
ha
de
estar
fuera
de
toda
duda.

Una

cosa
hay
que
notar
en
este
pasaje.
Está
claro
que
los
problemas
latentes
en
la
iglesia
de
Roma
no
han
salido
a
la
luz.
Pablo,
desde
luego,
dice
que
cree
que
la
iglesia
romana
está
capacitada
para
resolverlos.
Era
un
pastor
precavido,
porque
creía
firmemente
que
prevenir
es
mejor
que
curar.
A
veces
en
una
iglesia
o
sociedad
se
deja

desarrollar
una
mala
situación
porque
nadie
tiene
valor
para
exponerla;
Y
a
menudo,
cuando
ya
se
ha
desarrollado
es
demasiado
tarde
para
resolverla.
Es
bastante
fácil
apagar
un
fuego
localizado
cuando
empieza,
pero
casi
imposible
cuando
ya
es
todo
un
bosque
lo
que
está
ardiendo.
Pablo
tenía
la
sabiduría
necesaria
para
atajar
una
situación
peligrosa.

El
pasaje
cierra

con
algo
muy
sugestivo.
Pablo
dice
que
el
Dios
de
paz
derribará
pronto
a
Satanás,
el
poder
del
mal.
Debemos
fijarnos
en
que
la
paz
de
Dios
es
la
paz
de
la
acción
y
de
la
victoria.
Hay
una
clase
de
paz
que
se
puede
obtener
al
precio
de
evadir
todos
los
problemas
y
decisiones,
una
paz
que
viene
del

letargo
de
la
inactividad.
El
cristiano
debe
recordar
siempre
que
la
paz
de
Dios
no
es
la
paz
que
se
ha
sometido
al
mundo,
sino
la
que
ha
vencido
al
mundo.

SALUDOS

Romanos 16:21-23

Mi
colaborador
Timoteo
os
manda
recuerdos,
lo
mis-
mo
que
mis
parientes
Lucio, Jasón
Y
Sosípater.
(Yo
Tercio, el
que
he
escrito
esta
carta, también
os
mando
mis
saludos
en
el
Señor).
Gayo,
que
ofrece
hospitalidad
no
sólo
a
mí
sino
también
a
toda
la
iglesia,
os
manda
recuerdos, lo
mismo
que
el
hermano
Cuarto.

Es
tentador
intentar
identificar

al
grupo
de
amigos
que
mandan
recuerdos.
Timoteo
era
el
brazo
derecho
de
Pablo,
el
que
Pablo
veía
como
su
sucesor
Y
del
que
diría
más
tarde
que
era
el
que
estaba
más
identificado
con
él
(Filipenses
2:19,
20).
Lucio
es
posible
que
fuera
el
Lucio
de
Cirene
que
era
uno
de
los
profetas
y
maestros
de
Antioquía
que
mandaron

a
Pablo
y
Bemabé
en
su
primer
viaje
misionero
(Hechos
13:1).
Jasón
puede
que
sea
el
que
dio
hospitalidad
a
Pablo
en
Tesalónica
y
sufrió
por
ello
a
manos
de
la
multitud
(Hechos
17:5-9).
Sosípater
puede
que
fuera
el
Sópater
de
Berea
que
llevó
la
colecta
de
su
iglesia
con
las
de
las
otras
a
Jerusalén
con
Pablo
(Hechos
20:4).

Gayo
puede
que
fuera
uno
de
los
dos
que
bautizó
Pablo
en
Corinto
(1
Corintios
1:14).

Por
primera
y
única
vez,
sabemos
el
nombre
del
amanuense
que
escribió
esta
carta
al
dictado
de
Pablo,
porque
introduce
aquí
su
saludo
personal.
Todos
los
grandes
hombres
han
dependido
de
la
humilde
ayuda
de
otros
para
llevar
a
cabo
su
labor.

Nos
son
desconocidos
los
nombres
de
los
que
hicieron
las
veces
de
secretarios
para
Pablo
en
otras
ocasiones,
así
es
que
Tercio
es
el
representante
de
los
todos
los
amanuenses
de
Pablo.

Una
de
las
cosas
más
interesantes
de
este
capítulo
es
la
manera
en
que
Pablo
nos
retrata
a
las
personas
con
una
sola
frase.
Aquí
tenemos

dos
de
esas
descripciones
resumidas:
Gayo
es
un
hombre
que
practica
la
hospitalidad,
y
Cuarto
es
un
hermano.
Es
una
gran
cosa
el
pasar
a
la
Historia
como
persona
que
mantuvo
su
casa
abierta
a
los
forasteros,
o
por
haber
sido
un
hombre
de
corazón
fraternal.
Algún
día
alguien
resumirá
nuestra
personalidad
en
una
frase.
¿Qué
dirá
esa
frase?

LA
ALABANZA
FINAL

Romanos
16:25-27

A
Aquel
que
es
poderoso
para
hacer
que
os
mantengáis
firmes
como
promete
el
Evangelio
que
yo
predico
Y
ofrece
el
Mensaje
que
nos
trajo
Jesús, de
la
manera
que
se
desvela
ahora
el
secreto
que
estuvo
envuelto
en
silencio
largas
edades
pero
que
ahora
aparece
totalmente
al
descubierto
Y
se

está
dando
a
conocer
a
todos
los
gentiles
-como
dijeron
que
sucedería
los
escritos
de
los
profetas,
Y
ahora
Dios
manda
que
sea-para
que
Le
ofrezcan
la
sumisión
que
nace
de
la
fe:
¡al
único
sabio
Dios, por
medio
de
Jesucristo, sea
la
gloria
para
siempre!
Amén.

La
Carta
a
los
Romanos
termina
con
una
doxología
que
es
también
el

sumario
del
Evangelio
que
Pablo
amaba
y
predicaba.

(i)
El
Evangelio
nos
permite
mantenernos
firmes.
«Hijo
de
hombre
-dijo
Dios
a
Ezequiel-,
ponte
en
pie
para
que
Yo
hable
contigo»
(Ezequiel
2:1).
El
Evangelio
es
el
poder
que
nos
permite
mantenernos
invictos
frente
a
todos
los
golpes
del
mundo
y
los
ataques
de
la
tentación.
Un
periodista
relata

un
incidente
de
la
guerra
civil
española.
Había
una
pequeña
guarnición
de
hombres
sitiados.
El
fin
estaba
cerca,
y
algunos
querían
rendirse
para
salvar
la
vida;
pero
otros
querían
seguir
resistiendo.
El
dilema
se
resolvió
cuando
un
alma
noble
declaró:
«
Es
mejor
morir
de
pie
que
vivir
de
rodillas.»

La
vida
puede
ser
difícil;
a
veces
abate

con
sus
golpes.
La
vida
puede
ser
peligrosa;
a
veces
es
fácil
caer
en
los
lugares
resbaladizos
de
la
tentación.
El
Evangelio
es
el
poder
de
Dios
para
salvar;
ese
poder
que
nos
mantiene
erguidos,
hasta
cuando
la
vida
se
presenta
de
la
peor
manera
más
amenazadora
posible.
La
vida
no
nos
puede
separar
del
amor
que
Dios
nos
ha

mostrado
en
nuestro
Señor
Jesucristo
(Romanos
8:38,
39).

(ii)
Es
el
Evangelio
que
predicaba
Pablo
y
que
ofreció
Jesucristo.
Es
decir:
el
Evangelio
tiene
su
origen
en
Cristo,
y
lo
transmiten
las
personas.
Sin
Jesucristo
no
podría
haber
Evangelio;
pero
si
no
hay
personas
que
lo
transmitan,
otras
personas
no
lo
llegarán
a
conocer.
El
deber
cristiano
consiste

en
que,
en
cuanto
Cristo
nos
encuentra,
nosotros
vayamos
a
encontrar
a
otros
para
Cristo.
Cuando
Jesús
encontró
a
Andrés,
Juan
nos
dice:
«Lo
primero
que
hizo
éste
fue
salir
al
encuentro
de
su
hermano
Simón
para
decirle:
«
¡Hemos
encontrado
al
Mesías!»
(Juan
1:40-42).
Aquí
tenemos
el
privilegio
cristiano
y
el
deber
cristiano.
El
privilegio
cristiano
es
apropiarnos
el

Evangelio
para
nosotros;
y
el
deber
cristiano,
que
no
sea
sólo
para
nosotros,
sino
que
se
lo
transmitamos
a
otros.

Una
leyenda
famosa
nos
cuenta
que
Jesús,
después
de
la
Cruz
y
de
la
Resurrección,
volvió
a
su
gloria,
con
las
señales
de
sus
sufrimientos.
Uno
de
los
ángeles
le
dijo:

-Tienes
que
haber
sufrido
terriblemente
por
la
gente
de
ahí
abajo.
¿Ya
saben
todos
los
seres
humanos
lo
que
has
hecho

por
ellos?

-No
-respondió
Jesús-, todavía
no.
Hasta
ahora
sólo
lo
saben
unos
pocos.

-Y
-siguió
preguntando
el
ángel-,
¿qué
has
hecho
para
que
todos
lo
sepan?

-Bueno
dijo
Jesús-,
les

he
dicho
a
Pedro,
Santiago,
Juan
y
los
demás;
que
se
dediquen
a
contárselo
a
todo
el
mundo,

hasta
que
lo
sepan
hasta
los
que
viven
en
el
último
rincón
de
la
Tierra.

El
ángel
se
quedó
pensativo,
porque
sabía
lo
despistados
que
son
los
seres
humanos.

-Sí
-siguió
diciendo-;pero,
¿Y
si
se
les

olvida
a
esos?
¿Y
si
se
cansan
de
decírselo
a
otros?
¿Qué
pasará
si,
allá
para
el

siglo
XX,
los
que
saben
la
historia
de
Tu
amor
Te
fallan

Y
dejan
de
contársela
a
otros?
¿Qué
pasará
entonces?
¿Es
que
no
has
hecho
ningún
otro
plan?
-No
he
hecho
ningún
otro
plan.
Cuento
con
ellos.
Me

fío
de
ellos
-fue
la
respuesta
de
Jesús.

Jesús
murió
para
darnos
el
Evangelio;
Y
ahora
cuenta
con
nosotros
para
transmitírselo
a
todos
los
demás.

(iii)
El
Evangelio
es
la
consumación
de
la
Historia.
Es
algo
que
existía
desde
todos
los
tiempos,
y
que
ha
venido
y
se
ha
revelado
al
mundo
en
la
Persona
de

Jesucristo.
Algo
absolutamente
nuevo
sucedió
cuando
Jesús
vino
al
mundo:
la
eternidad
invadió
al
tiempo
Y
Dios
apareció
en
la
Tierra.
Su
venida
fue
el
acontecimiento
al
que
se
dirigía
toda
la
Historia
anterior
Y
del
que
fluye
toda
la
Historia
posterior.
Después
de
la
venida
de
Cristo,
el
mundo
ya
no
puede
seguir
siendo
el
mismo.
Fue
el
acontecimiento

central
de
la
Historia,
y
por
eso
fechamos
el
tiempo
en
antes
de
Cristo
y
después
de
Cristo,
a.
C.
y
d.
C.
Es
como
si,
con
Su
venida,
la
vida
y
el
mundo
empezaran
de
nuevo
otra
vez.
(iv)
El
Evangelio
es
para
toda
la
humanidad,
y
así
ha
sido
siempre.
No
solamente
para
los
judíos;
su
salida
a

todo
el
mundo
no
fue
algo
que
ocurrió
después.
«De
tal
manera
amó
Dios
al
mundo»,
y
no
solamente
a
Israel.
Los
profetas,
tal
vez
sin
darse
cuenta
del
todo,
intuyeron
y
anunciaron
el
tiempo
en
que
todos
los
pueblos
conocerían
a
Dios.
Ese
tiempo
no
ha
llegado
todavía;
pero
es
el
propósito
de
Dios
que
algún
día
Su
conocimiento

cubra
toda
la
Tierra
como
las
aguas
cubren
el
mar,
y
es
nuestro
privilegio
el
colaborar
en
que
el
propósito
de
Dios
se
haga
realidad.
(v)
El
Evangelio
conduce
al
mundo
a
la
obediencia,
a
ser
el
mundo
en
el
que
Dios
es
el
Rey.
Pero
esa
obediencia
no
la
impone
una
ley
de
hierro
que
quebranta
al
que
se

opone;
es
una
obediencia
que
brota
de
la
fe,
una
rendición
que
es
la
conquista
y
el
resultado
del
amor.
Para
Pablo,
el
cristiano
no
es
uno
que
se
ha
rendido
a
un
poder
ineludible,
sino
uno
que
se
ha
enamorado
del
Dios
que
ama
a
todos,
y
Cuyo
amor
se
ha
revelado
para
siempre
en
Jesucristo.
Así
termina
el

largo
argumento
de
la
Carta
a
los
Romanos:
con
un
cántico
de
alabanza
al
Dios
y
Padre
de
nuestro
Señor
Jesucristo.

